LAS 8 VIDAS DE UNA CENTENARIA SIN NOMBRE

MIRINAE LEE



narrativa
salamandra

Mirinae Lee

LAS 8 VIDAS DE UNA CENTENARIA SIN NOMBRE

Traducción del inglés de
Ana Alcaina

narrativa
salamandra

Para mi marido:
mi musa y el héroe
más aguerrido de mi libro

La idea se me ocurrió cuando me estaba divorciando.

Tenía cuarenta y siete años y un poco de sobrepeso. Sin hijos de los que ocuparme, mis días transcurrían solitarios y silenciosos. No era una de esas mujeres modernas e independientes que han descartado conscientemente la maternidad. No, yo deseaba tener niños, pero mi marido sufría oligospermia, o eso me dijo. En su momento, cuando le propuse que probáramos con la fecundación in vitro, se negó, alegando que el proceso le parecía demasiado denigrante para él. Más adelante, al enterarme de que ya había ido a una primera visita a una famosa clínica de fertilidad de Gangnam con su nueva novia, doce años más joven que él, un mes antes de que firmáramos el divorcio, monté en cólera. Me pasé semanas soñando que lo mataba a martillazos. Por supuesto, carecía del valor y la pulsión violenta necesarios para perpetrar semejante barbaridad, pero no me costaba imaginarme irrumpiendo en su despacho de Gwanghwamun como una de esas *ajummas* furiosas de los culebrones coreanos de la tele matinal que saltan a la yugular de su marido infiel blandiendo los papeles que prueban su traición mientras enumeran delante de sus compañeros de trabajo la lista de pecados que lo condenarán al ostracismo. Huelga decir que nunca llegué a hacer realidad esa fantasía —sucumbir a una conducta tan impulsiva e irracional sería algo demasiado «denigrante» para mí—, pero no negaré que acariciar la idea me resultaba muy estimulante.

Buscaba un revulsivo desesperadamente. Me apunté a un gimnasio y me puse a entrenar una hora tres veces por semana.

Perdí peso y empecé a llevar una vida más saludable, pero no me bastaba con el cambio físico. Desde pequeña he sido una persona reflexiva, siempre me ha gustado leer, meditar las cosas y escribir en mi Moleskine. Necesitaba algo más que un cuerpo atlético y esbelto. Necesitaba un cambio de mentalidad.

Estaba hojeando una revista femenina en la sala de espera de la consulta de mi psicólogo cuando vi el artículo. Era la historia de un médico que trabajaba en un asilo de Singapur y ayudaba a los ancianos a organizar sus funerales y escribir sus necrológicas antes de morir. Según explicaba, en contra de lo que suele creerse, la mayoría de esos pacientes en fase terminal no le tenían miedo a la muerte: les preocupaban más las secuelas, el dolor y el sufrimiento que ésta causaría a sus seres queridos. Para su asombro, los residentes acogieron aquella nueva actividad con gran entusiasmo. Muchos declararon que se encontraban mejor tanto mental como físicamente después de haber participado en sus preparativos fúnebres: eso no sólo les proporcionaba una gran sensación de control y tranquilidad, sino que les permitía darle un sentido propio a su breve paso por este mundo.

Le enseñé el artículo a la directora Haam, mi jefa, y le dije que quería poner en marcha una actividad similar para nuestros residentes. La verdad es que no podía quejarme de mi trabajo en Golden Sunset: el sueldo era bastante bueno, la empresa me garantizaba muchos días de vacaciones pagadas y ni mi horario ni mis tareas me resultaban extenuantes. Básicamente, lo que hacía era llevar la contabilidad de manera informal, pero mi puesto oficial era el de asistente personal de la directora. Haam era una mujer afable de unos cincuenta años, dos veces divorciada, que estaba

criando a sus tres hijos con dos apellidos diferentes. No se la veía muy entusiasmada con su trabajo en Golden Sunset; me contó que lo había elegido sobre todo por su estabilidad, algo esencial para una madre soltera de tres hijos.

Con gesto nervioso, la directora se puso a tamborilear con las uñas rojo sangre sobre su escritorio antes de anunciar que Golden Sunset no disponía de fondos para preparativos funerarios personalizados. Entonces le dije que sólo la actividad de redacción de necrológicas ya sería un gran cambio. Aunque a regañadientes, me dio permiso para ponerla en marcha después de que le prometiera que no interferiría en el desempeño de mis funciones principales y que trabajaría horas extra si fuese necesario. Antes de salir del despacho, me miró con preocupación, como si estuviera pensando: «Yo también me vi en ésas.» Pero en su lugar me dijo: «Llámame si necesitas salir con alguien de vez en cuando a tomar una copa.» Mientras oía cómo se desvanecía el taconeo de sus zapatos, me pregunté si sería más fácil divorciarse la segunda vez.

Al principio, la actividad de redacción de necrológicas me ayudó sobre todo en un aspecto práctico: distraía mi atención del divorcio. Mi cabeza, empecinada hasta entonces en volver una y otra vez como un perro fiel al tema de mi marido y del fracaso de nuestro matrimonio, empezó a olfatear en las vidas de los demás.

Hablaba a los ancianos con la máxima serenidad posible: «Estoy aquí para ayudarlos a redactar sus notas necrológicas. Pueden hacerme un breve resumen de su vida, de las cosas que los han hecho más felices, de las que se sienten orgullosos y también de las que se arrepienten. Pueden decirme cómo desean que los recuerden

los demás, sus seres queridos, toda esa gente que los quiere y se preocupa por ustedes.»

Tras respirar hondo varias veces, la mayoría empezaba a relatar su vida con toda naturalidad. Ser consciente de que el tiempo que te queda en este mundo es limitado puede aportar un asombroso grado de sinceridad a tus palabras, al silenciarse todo ese ruido de fondo intrascendente que tanto nos complica la existencia. Pero a los que les costaba romper el hielo, les daba un consejo muy simple que no fallaba nunca: «Elija tres palabras (un nombre, un adjetivo, un verbo, lo que sea) que puedan definirle o describir su vida con precisión.» Tres es el número mágico que suele satisfacer a todo al mundo: una sola palabra parece demasiado restrictiva, mientras que dos pueden resultar ambivalentes, como si remitieran a una doble vida. Sin embargo, tres sugieren un equilibrio perfecto, como en un triunvirato, una trilogía o la trinidad. Todos nos sentimos cómodos con el número tres: ni mucho ni poco, sino todo lo contrario.

Al afrontar el final, la gente siente la necesidad de dejar su huella en este mundo, por pequeña que sea. Y escribir su necrológica confirma que sus vidas fueron importantes: para ellos y para aquellos por quienes gustosamente sacrificaron sus sueños. Para alguien joven, una necrológica es algo triste y solemne, pero las personas mayores entienden que significa, entre otras cosas, un privilegio. Los ancianos, acostumbrados a leer el periódico, saben que las necrológicas oficiales se reservan para comunicar la muerte de celebridades, y que incluso ellas deben luchar por hacerse un hueco en un espacio cada vez más reducido. En realidad la mayoría tiene que contentarse con un par de líneas, mientras que unos pocos afortunados consiguen todo un párrafo. Una página entera es una

quimera, por supuesto, a menos que se trate de un político de alto nivel, como un ex presidente, o un caudillo militar con influencia internacional. Sin embargo, en Golden Sunset todos los fallecidos merecen una página escrita de principio a fin. Ésa era la idea central de mi proyecto: ¿acaso no merecemos todos un obituario completo? Quería creer que cada muerte y cada vida, incluso las más turbias y marginales, guardan una historia importante que contar. Y ahí estaba yo, dispuesta a prestar mis oídos y mi pluma a los últimos susurros de una vida pasada.

El segundo día de las vacaciones del Año Nuevo lunar conocí a la señora Mook. Me había ofrecido voluntaria para trabajar porque no estaba preparada para enfrentarme a mi primera gran reunión familiar tras el divorcio. Ya sabía qué clase de preguntas me harían mis tíos y mis tías, y en especial mis primos, todos ellos aún felizmente casados y con hijos. No estaba lista para que los demás echasen más sal en la herida.

Una residencia de ancianos pública puede llegar a ser el lugar más solitario del planeta en un día de celebración nacional. Más de un tercio de los residentes de Golden Sunset no tenía familiares directos. Sólo unos pocos afortunados, los que aún gozaban de buena salud y tenían alguna relación con parientes que estaban pendientes de ellos, salían a pasar uno o dos días fuera, invitados por sus familiares. Cuando esos pocos suertudos abandonaban el centro, se adueñaba de las instalaciones un silencio desgarrador, capaz de sumir en un estado de tristeza catatónica incluso a los enfermos de demencia más activos y vivarachos.

Aquella tarde, en el solitario silencio de mi despacho, recibí una llamada del supervisor de la sección A, que alberga a la mitad de los residentes de Golden Sunset, los ancianos diagnosticados con alzhéimer. Normalmente yo no tenía mucho contacto con esa mitad del centro, porque sólo podían participar en la redacción de necrológicas quienes estuvieran en plena posesión de sus facultades mentales. Ese día, sin embargo, muchos miembros del personal estaban de permiso, así que debía echar una mano en todo lo que hiciera falta.

Me pidieron que hiciera guardia delante de una habitación doble. El supervisor me dijo que la abuela Song Jae-soon había vuelto a escaparse. Mi tarea consistía en esperar y avisarlos de inmediato si la fugitiva regresaba a su habitación mientras ellos escudriñaban hasta el último rincón de la residencia. Planté la sillita plegable que me había traído de mi despacho en mitad de la puerta para mantenerla abierta y me senté. Con el *walkie-talkie* en la mano, miré a uno y otro lado del pasillo con la esperanza de detectar alguna señal de la abuela Song Jae-soon.

Entonces vi una figura de pie dentro de la habitación, con la espalda apoyada en la pared. Era una mujer delgada que iba cubierta de blanco de pies a cabeza. Solté un grito ahogado.

—No te asustes, no soy ningún fantasma —murmuró la figura, y se rió con ganas—. Ya me has visto antes, ¿no te acuerdas?

Se llamaba Mook Miran y era la compañera de habitación de la abuela Song. Efectivamente, la había visto la primera vez que entré en su cuarto. Ese día estaba en su cama, despertándose muy despacio de una cabezadita. No la reconocía: de pie era muy alta,

pero tumbada era imposible diferenciarla de otros cuerpos envejecidos, igual de apáticos y escuchimizados.

—Tú eres la mujer de las necrológicas, ¿verdad?

Sonrió y se le subió el color a las mejillas.

Mook Miran era una mujer con un aspecto un poco raro y un nombre igual de raro: nunca había conocido a una coreana llamada Mook. Tenía una abundante melena de pelo rizado y rebelde, completamente blanco, que le rodeaba la cabeza como una aureola. Los brazos eran largos y delgados, como las pinzas de un cangrejo de las nieves. Bajo la luz fluorescente, podías leer su cuerpo como un mapa: se le transparentaban las venas, como senderos de montaña entrecruzados, la mayoría de color malva y azul claro. La intensa luz también le dibujaba unas sombras como de mariposa bajo los pómulos marcados.

—Sí, soy la mujer de las necrológicas —respondí, todavía sin salir de mi asombro ante aquella anciana.

—Te he visto fuera, en el jardín de cosmos, hablando con los viejos —dijo la señora Mook.

Llamaba a los otros residentes «los viejos», como si ella no lo fuera. Sin embargo, teniendo en cuenta su buena vista y el hecho de que se acordara de mí, me pregunté qué hacía ella en la sección A.

—Deberías escribir mi necrológica —dijo enseñando un incisivo mellado.

Disimulé mi perplejidad y le dije que podíamos hablar ahí mismo, si no le importaba, mientras esperábamos a que volviera la señora Jae-soon. Me sorprendió su lucidez, pero seguía desconfiando de ella: supuse que si mis compañeros del departamento de

Administración habían decidido asignarla al pabellón de los enfermos de alzhéimer, debían de tener sus buenos motivos.

—¿Recuerda por qué está aquí, en la sección A? —le pregunté a bocajarro.

Tenía que asegurarme de no estar perdiendo el tiempo. No quería volver a la semana siguiente y encontrarme con una cara de desconcierto que me soltase: «¿Y tú quién demonios eres?»

La señora Mook dijo que al principio estaba en la sección normal, pero que la habían trasladado allí hacía unos seis meses por algún motivo que se escapaba a su comprensión.

—Yo diría que la cabeza me funciona perfectamente, pero son ellos los que deciden, ¿no? —susurró tensando las mejillas.

Sin tenerlas aún todas conmigo, le hice la primera gran pregunta:

—¿Qué tres palabras escogería para resumir su vida?

Se sentó en la cama. Se volvió de cara a la pared, despacio, y se quedó mirándola fijamente. Tenía el rostro inexpresivo, tan liso y pálido como la pared encalada que había delante de ella. La boca flácida, los ojos cenicientos. «Se le está yendo la cabeza», pensé previendo lo inevitable: que de pronto se volvería y me preguntaría quién era yo y qué hacía allí.

Pero en lugar de eso resopló.

—¿De verdad crees que alguien puede resumir su vida en sólo tres palabras? —murmuró con la mirada aún fija en la pared.

Su pregunta me pilló desprevenida, aunque hice como si nada. Tras unos instantes de silencio, le pregunté cuántas palabras preferiría usar.

—¿Cuáles serían tus tres palabras, eh? ¿Lo has pensado?

De nuevo ignoraba mi pregunta y me respondía con otra.

Me puse inusitadamente tensa, como si la abuela Mook y yo nos hubiésemos enzarzado en una guerra de preguntas y perdería quien respondiese primero. Esbocé una sonrisa leve, entornando un poco los ojos y estirando los labios sin enseñar los dientes, la sonrisa a la que solía recurrir para desarmar a los abuelos incrédulos. En parte lo hice porque me veía incapaz de responder a su última pregunta: no tenía ni idea de cuáles serían mis tres palabras. Nunca me había parado a pensarlo, aunque me pasaba el día preguntándoselo a los demás. Y nadie me lo había preguntado nunca.

—Señora Mook, ¿quiere que hable con Dirección en su nombre? —le pregunté, aferrándome a mi sonrisa profesional, como si fuera un escudo.

Le dije que podía hablar con el departamento de Administración sobre la posibilidad de cambiarla de pabellón si creía que estaba en la sección equivocada. Le dije que todos los residentes a los que había ayudado con sus necrológicas estaban en la sección normal. Sabía que no podía ignorar aquella pregunta así como así.

—No, no es necesario —respondió sin darle mayor importancia y volviendo a poner a prueba mis prejuicios—. En la sección A estoy bien. Y al final tampoco es que haya mucha diferencia, ¿no crees? En ninguna de las dos nos dejan salir solos de la residencia. Además, aunque tenemos una hora menos de paseo diario por el jardín, disponemos de más espacio en nuestras habitaciones. Antes tenía que compartir habitación con tres viejas, mientras que aquí sólo la comparto con una, así que tengo más intimidad.

—Pero ¿no le resulta difícil compartir habitación con la abuela Song?

Había oído que no era la primera vez que Song Jae-soon hacía alguna trastada parecida. El supervisor me había dicho que estaba empeorando muy rápido y que a veces había llegado incluso a embadurnar las paredes con heces.

Oí otro resoplido, más suave ahora.

—Me ofrecí voluntaria para compartir habitación con ella —contestó la señora Mook.

Otra respuesta que no esperaba oír.

—¿Por qué?

—Si conoces la historia de una persona, puedes comprenderla mejor. Aunque tenga alzhéimer. —Volvió la cabeza para mirarme a los ojos—. ¿Sabías que mataron a los padres de Song durante la ocupación japonesa?

Negué con la cabeza, preguntándome adónde querría ir a parar con aquello. Apreté la mandíbula, como hacía de forma inconsciente cuando empezaba a perder la paciencia.

La señora Mook me explicó que la abuela Song provenía de una larga estirpe de ricos terratenientes, pero que los japoneses les habían expoliado sus bienes de la noche a la mañana, sin duda con algún pretexto falso.

—En aquella época esas cosas estaban a la orden del día —añadió con indiferencia—. Por suerte, uno de los vecinos avisó a los padres justo antes de que la policía japonesa irrumpiera en la finca y la saqueara. No tuvieron tiempo de esconder los objetos de gran tamaño, sólo las cosas pequeñas.

La señora Mook levantó la vista hacia mí, como esperando que tomara el relevo y prosiguiese con el resto de la historia.

La miré, sin saber qué decir.

—La abuela Song, con sus hermanas pequeñas, tuvo que tragarse tantas joyas y anillos como pudo, lo más rápido posible. La policía se llevó todos los objetos de valor que encontró y mató a los padres allí mismo, delante de las hijas. Pero Song tenía que seguir adelante, claro. No había tiempo para llorar y lamentarse: ahora ella era la responsable de la familia. No tuvo más remedio que pasar los días siguientes rebuscando entre sus excrementos y los de sus hermanas para encontrar las joyas. Ésa era toda su fortuna.

La voz de la señora Mook sonaba distinta. Ahora hablaba despacio y entrecortadamente. Tenía la cara roja y le sobresalía una vena morada del cuello delgado.

Continuó explicando que allí, en Golden Sunset, obligada a retroceder en el tiempo por culpa del alzhéimer, Song Jae-soon parecía atrapada en aquel momento de su infancia: la muerte de sus padres y la lucha por sacar adelante a sus hermanas pequeñas. En una ocasión, cuando vio que Song se ponía otra vez a manchar las paredes con sus propias heces, la señora Mook la oyó mascullar algo parecido a Jade, Perla y Rubí. Las auxiliares de enfermería creyeron que eran los apodos de las hermanas pequeñas de Song, pero la señora Mook sabía que no era nada de eso.

—No estaba toqueteando sus excrementos porque sí, a lo tonto, como hace otra gente con demencia. Hurgaba en ellos para buscar las joyas. En su cabeza, con su memoria cada vez más esquiva y debilitada, la abuela Song vuelve a ser aquella niña de trece años que lucha por sobrevivir.

Se levantó y se dirigió a la cómoda de madera del fondo de la habitación. Se puso en cuclillas y abrió con cuidado el candado infantil de silicona del cajón inferior. De ahí sacó una lata redonda y

oxidada de caramelos de goma. Me la dio e hizo una seña para que la abriera.

Dentro había una docena de joyas de plástico brillante.

—Son juguetes para niños pequeños. Demasiado grandes para tragárselos —dijo la señora Mook cogiendo una pieza con forma de diamante ovalado. Era de un brillante rosa chillón y llevaba impresa la imagen de Sailor Moon. Tenía el tamaño de un globo ocular—. Se las pongo a la abuela Song en las manos en cuanto veo que está a punto de empezar a examinar su caquita. Le digo que ya hemos encontrado las joyas y ella se pone muy contenta e inmediatamente abandona esa idea. Entonces no hace falta recurrir a la fuerza. Nada de agujas ni de dramas innecesarios.

Me quedé mirando la Sailor Moon del diamante, sin saber qué decir.

Luego desplacé la mirada hacia la cómoda que había detrás de la señora Mook y descubrí un montón de papeles en el cajón inferior, que aún estaba abierto.

A su lado vi que había un montoncito de cachivaches de colores, aunque no podía distinguirlos bien desde aquella distancia.

—¿Qué es eso de ahí, dentro del cajón? —le pregunté.

Por primera vez, la señora Mook parecía un poco nerviosa. Se apresuró a cerrar el mueble.

—Nada que esté prohibido —respondió con calma, aunque ese brillo de inquietud seguía en su mirada.

Cuando estaba a punto de repetir mi pregunta, el *walkie-talkie* que tenía en el regazo emitió un crujido.

—Los de seguridad han encontrado a la abuela Song —anunció el supervisor entre interferencias—. Se había quedado dormida en el

cuarto de los suministros de limpieza, ¿te lo puedes creer?

Oí el ruido de unos pasos apresurados que se acercaban. Probablemente traían a la señora Song de vuelta a su habitación.

Miré a la señora Mook.

—¿Puedo volver a verla? —le pregunté.

Me gustaba estar en el jardín de cosmos incluso cuando ya no había flores. Me encantaba estar al aire libre bajo el sol, lejos del olor a desinfectante y orina seca que impregnaba cada rincón de las habitaciones de los ancianos y los pasillos de la residencia. Además, el sol tiene un poder mágico: a veces, el abismo de desesperación que se abría por las noches bajo mis pies me parecía, a la luz del día, demasiado ridículo para suponer una molestia.

La señora Mook también parecía otra persona bajo la luz del sol. Hacía una tarde seca, sin viento. El astro rey era un ojo efervescente en mitad de un cielo azul ácido. Apareció en silla de ruedas, empujada por la señora Docgo, la auxiliar de enfermería más veterana de la sección A.

—Disponen de una hora y media antes del baño de la abuela Mook —nos dijo la auxiliar mirándonos a ambas con hostilidad. Luego se fue a su edificio.

El sol era tan potente que me lloraban los ojos. La señora Mook entrecerró los suyos e hizo visera con la mano para protegerse. Con los ojos entornados y cubiertos por una película reumatoide, parecía tan indefensa y derrotada como la mayoría de los pacientes de la sección A. Su pelo y la bata desteñida parecían aún más blancos

bajo el sol que bajo la luz fluorescente. Inmóvil, era un molde de escayola con forma humana.

Sin embargo, en cuanto abrió la boca y habló, su presencia se hizo imponente.

—Te mueres de ganas de escribir sobre mí, ¿verdad? —preguntó la anciana levantando un poco una comisura del labio. Por extraño que parezca, le vi cara de niño pequeño.

—Me muero de ganas de oír lo que tiene que contar. Ni siquiera he pensado en escribir todavía.

Era la pura verdad.

La señora Mook parecía estar disfrutando de esos instantes de silencio previos al momento de relatar su historia. Era como si esos segundos absorbiesen todo el aire que rodeaba su cuerpo escuálido. Me pregunté qué era exactamente lo que me atraía de ella. No resultaba obvio. Hablaba a menudo despacio y siempre en voz baja. Aun así, era la clase de persona a la que la gente prestaba atención de manera natural, alguien a quien rara vez interrumpían. Mi antítesis. Yo no había nacido con ese carisma. Yo era una persona «fácilmente manipulable por los demás», según mi marido. Demasiado fácil de impresionar y de engañar.

Y engañada fue como me sentí conforme avanzaba nuestra conversación. Aunque fascinante, el preámbulo a su historia estaba repleto de elementos épicos. Parecía una película. Cuando le pregunté cuántos años tenía, me dijo que iba a cumplir los cien «pasado mañana». Y, sin embargo, era imposible que tuviese esa edad. Aparentaba ochenta y siete a lo sumo. Había visto a muchos ancianos de casi un siglo en Golden Sunset, pero ninguno hablaba con su desparpajo y mordacidad.

No sabía muy bien cómo reaccionar. ¿Debía enfadarme porque me hubiese tomado por una idiota capaz de creerse semejante disparate? ¿O debía mantener una postura serena y comedida, como si fuera una periodista de investigación tratando de encontrarle la lógica a una situación ilógica? ¿O comportarme como una ávida espectadora de aquel teatro del absurdo? A regañadientes, opté por esto último y me limité a escuchar, luchando contra el impulso de interrogarla sobre hechos concretos.

Dijo que había tenido tres nacionalidades.

—Nací japonesa, viví como norcoreana y ahora voy a morir siendo surcoreana.

Su generación nació bajo el dominio colonial japonés, así que técnicamente sí, cuando nació su nacionalidad era la japonesa, pero no entendía eso de que había vivido «como norcoreana». Le pregunté si había escapado al Sur durante la guerra de Corea, y me dijo que no obtuvo la nacionalidad surcoreana hasta que tuvo el pelo lleno de canas.

—Pasé mi juventud en Pionyang —añadió como si tal cosa, como si Pionyang fuera una zona normal del mundo que cualquiera podía visitar cuando le viniese en gana.

Una parte de mí enarcó una ceja con aire escéptico, pero otra asintió con la cabeza. A esta última parte más asertiva le pareció que ese detalle de su pasado resolvía al menos un misterio sobre la señora Mook: su acento. Aunque muy leve, tenía una entonación única que subía y bajaba a su antojo en los puntos más insospechados de la frase, un acento que sonaba contundente y cantarín a la vez. Me pregunté si no sería una versión descafeinada del acento de la provincia de Gangwon, pero no supe ubicarlo.

—Japonesa, norcoreana y surcoreana —repetí—. Pues ya tiene sus tres conceptos clave para su necrológica. ¿No le parece que sintetizan esa vida tan intensa que ha tenido?

Esbocé una sonrisa falsa.

—Pero ¿por qué estás tan obsesionada con eso de «los tres conceptos»? —preguntó ladeando la cabeza como un cuervo—. ¿Es que tienen algún significado sagrado o algo así?

Me encogí de hombros con aire incómodo y dije que no.

—Me parece práctico, eso es todo. Escoger sólo uno o dos sería muy limitado, mientras que nueve, por ejemplo, son demasiados. Eso tira a la gente para atrás. El tres es el número perfecto para que a todo el mundo se le ocurra algo.

La señora Mook se volvió bruscamente hacia un lado, como una paloma apartando la cabeza.

—Ja.

Fue un sonido híbrido entre una risa y un bufido. Ahora miraba directamente a la luz del sol, dorada como la miel, que incidía al bies sobre el jardín de cosmos. Tuvo que volver a entrecerrar los ojos.

—Ocho, entonces —dijo.

—¿Qué?

—Ocho. Te daré ocho palabras. Ni para ti ni para mí: tú dices que nueve son demasiadas y yo digo que tres son muy pocas, así que ocho. Tómatelo como una señal de respeto a tu método, doña Escritora.

Me miró y me guiñó un ojo, con una mueca que parecía más bien la contracción involuntaria de un músculo del párpado.

—¿Y cuáles son sus ocho palabras, señora Mook? —le pregunté mientras esa ladeada sonrisa traviesa reaparecía en su rostro.

—Esclava. Escapista. Asesina. Terrorista. Espía. Amante. Y madre.

Me quedé en silencio. Sus ojos se iluminaron como un árbol de Navidad: estaba eufórica por haberme dejado boquiabierta y ansiosa por oír mi reacción.

—Eso son siete palabras, no ocho —le dije.

—Así que me has escuchado de verdad —señaló, y su sonrisa traviesa se hizo más amplia.

Me preguntó por cuál de las historias quería que empezara primero.

—La de asesina —le contesté.

Eso la hizo reír. Le sorprendía, dijo. No me veía como a alguien con pinta de ir directa a «asesina». Pensaba que primero elegiría «amante» o «madre».

Le dije que se había equivocado conmigo.

—¿A quién asesinó? —le pregunté.

Chasqueó la lengua.

—No tan deprisa —dijo.

LA QUINTA VIDA

La Virgen Fantasma en la frontera norcoreana

1961

No era un fantasma de verdad, por supuesto. Tampoco estábamos seguros de que fuera virgen, pero la llamamos así por la ropa: el *hanbok* gris claro hecho de tela basta de cáñamo, un vestido que sólo llevaban las plañideras de los funerales o los fantasmas de las vírgenes de las leyendas populares, esas bellezas etéreas e hipnóticas que morían antes de tiempo y, por tanto, sufrían la angustia y el eterno tormento de no haber poseído nunca a un marido. Me gustaba oír el electrizante frufrú que hacía la tela de cáñamo almidonado cuando la veía retozar como un cachorro enloquecido en el campo de hierba alta, plateada y salvaje junto al río Imjin. Tenía una mata de pelo rebelde, que adornaba siempre con una flor fresca de su elección. Como no aparecía hasta bien entrado el otoño, la flor solía ser un cosmos o un diente de león. En raras ocasiones, se decidía por un diente de león ya marchito, una pelusa erizada y cargada de semillas. Por obra y gracia del viento, esas veces parecía como si alguien le hubiera vomitado unas gachas de arroz aguadas por el pelo. Pero me encantaba ese lado suyo tan peculiar.

Nadie quería reconocerlo a las claras, pero todos sabíamos que era guapa. A los chicos les daba miedo y los fascinaba a un tiempo;

decían que podía ver fantasmas e incluso hablar con ellos. Supongo que se debía a que tenía unos ojos un tanto perezosos; el iris era inusitadamente grande, como si hubiera estado una hora masticando amapolas. Su mirada inquietante, a menudo acompañada de una risa aguda y entrecortada que te hacía preguntarte si no se estaría ahogando, parecía traspasarte, como si estuviera mirando una criatura espeluznante agazapada a tu espalda. Por eso, cada vez que nos cruzábamos con ella en el campo de hierba alta, plateada y salvaje junto al río Imjin, se nos aceleraba el corazón. Siempre la rodeaba un halo de misterio. Nadie sabía su edad. Su extravagante aspecto podía situarla en algún punto entre los quince y los treinta y cinco años. Nadie sabía quiénes eran sus padres ni de dónde había salido.

Pero en aquella época no era raro ver a gente extraña entrando y saliendo de la región. La guerra había dejado una cifra altísima de huérfanos, cuyos padres habían muerto o se habían quedado atrapados en el norte cuando el país se dividió en dos. Mi mejor amigo, Yong, era un ejemplo desafortunado. Su hermano mayor, Wan, era la única familia que tenía y lo reverenciaba más que a una madre, un padre y Dios juntos. Yong no era la clase de persona que elegirías como amigo. Era el chico más bajito y alborotador de la clase, y a menudo le salía sangre de la oreja izquierda, sin venir a cuento. Mi padre se refería a él como «ese desgraciado que se ha escapado de un circo». Yong siempre se embadurnaba el pelo grasiento y despeinado con la brillantina de su hermano, hecha de manteca de cerdo, acaso para enmascarar la mugre, y como resultado hacía una peste inmunda, entre alcantarilla y matadero. Uní mi suerte con la suya ya en segundo curso, cuando me defendió

de los cinco de quinto que se metían conmigo llamándome «comunista de mierda» por haber nacido en el norte. Nos dieron tal paliza que a ambos se nos aflojó un diente. Me enteré de que Yong también había nacido en el norte, y aunque ninguno de los dos tenía ningún recuerdo del otro lado de la frontera, aquel deshonroso pasado común nos unió, convirtiéndonos en hermanos de sangre.

Nuestro pueblo, llamado Geumpari, estaba situado en la cuenca alta del río Imjin. Estaba tan cerca del paralelo 38 que, en un día despejado y sin viento, hasta se podía oír la propaganda de la radio norcoreana: Yong y yo a menudo intentábamos imitar su extraño acento histriónico de alegría falsa. Me contó que, cerca de Panmunjoem, en el río Imjin había un *yeoulmok* secreto, el estrechamiento de los rápidos, lo bastante poco profundo para que lo cruzara un niño. Después de eso, sólo había un par de soldados, y luego ya estaba la DMZ, la zona desmilitarizada, me explicó Yong con entusiasmo. Siempre estaba insistiéndome para que lo acompañara en el viaje secreto que haría algún día a Corea del Norte. Yo siempre le decía que sí, convencido de que era una de esas cosas que planeábamos pero que nunca llevaríamos a cabo. En cualquier caso, el río Imjin era una auténtica mina de oro para nosotros: pasábamos los veranos nadando y saciando nuestra hambre con sus ranas y sus peces enfangados. En otoño, husmeábamos entre la hierba alta y plateada que cubría la orilla del río y que a veces nos llegaba hasta la barbilla, con la excitante esperanza de ver allí, aunque fuese de refilón, a la Virgen Fantasma. Mi madre me repetía una y otra vez que no me acercara a la orilla del río porque de vez en cuando, sobre todo después de una tormenta, emergían las viejas minas de los yanquis. Pero eso nunca me había impedido frecuentar aquel

sitio. Estaba en esa etapa de la vida en que la curiosidad transforma un firme «no» en un tentador «sí».

A Yong le gustaba fingir que sabía más cosas que nadie sobre la Virgen Fantasma. Un día, hojeando la manoseada revista *Playboy* de su hermano, soltó que él sabía de dónde había salido la Virgen Fantasma.

—El otro día me enteré de que en realidad es de la Casa Roja de Munsan, la que está cerca de la base militar de los yanquis. La vendieron allí cuando era muy joven y se escapó hace unos años. Lleva vagabundeando por todo el país desde entonces, haciendo como que está loca y que es retrasada, para que no la lleven de vuelta allí, ¿sabes?

Yong hizo aquella afirmación con apasionada sinceridad y casi estuve a punto de tragarme su versión del mito.

—¡Que no, joder! ¡Te digo yo que esa zorra no es de la Casa Roja! —le contradijo su hermano.

Wan dijo que él ya se lo había preguntado a la vieja madama de la Casa Roja, puesto que era su segundo cliente más importante después de los yanquis. Ella le había respondido que no le constaba que ninguna chica se hubiera ido aún de la Casa Roja, excepto las que habían tenido la suerte de casarse con un soldado americano y mudarse con él a Estados Unidos.

—¡Lo que significa que ese coñito está sin estrenar! —exclamó Wan relamiéndose los labios.

Él y Yong estallaron en carcajadas aviesas, como esas de los villanos de poca monta de los cómics americanos, y por primera vez sentí una punzada de desprecio por mi mejor amigo.

No quiero ofender a Yong, pero su hermano mayor siempre me pareció un ser aborrecible. Odiaba su cara de comadreja, con esa barbilla puntiaguda y la nariz estrecha y respingona, siempre apestando a *soju* y a problemas. Era la pesadilla de cualquier padre: un macarra malhablado y pendenciero que se pasaba el día bebiendo ron barato, fumando porros y confraternizando con las innobles princesas yanquis. Como nunca le había visto dar un palo al agua durante el día, solía preguntarme de dónde había sacado todo el dinero que despilfarraba en alcohol y en la Casa Roja. Pero por mucho que lo sondeara, Yong nunca soltaba prenda.

Poco después, mi padre me contó la verdad.

Fue un día de fuertes lluvias. Mi padre regresó a casa a altas horas de la noche, desprendiendo un agrio olor a vómito y a *makgeolli* demasiado fermentado. Sin mediar palabra, me llevó a rastras hasta el patio delantero, encendió la pálida lámpara de noche bajo el alero y empezó a darme guantazos en las orejas, las clavículas, el esternón y las rodillas. Mi hermana pequeña, que acababa de despertarse por el ruido, estaba acurrucada bajo el alero en penumbra, agarrándose con ansiedad los fríos pies descalzos, y observaba la escena en silencio. Los dos sabíamos muy bien lo que debíamos hacer: ni gritar, ni llorar. «¡Mira que te lo tengo dicho, descerebrado de mierda! ¡Te dije que te rompería el pescuezo como te viera con ese desgraciado escapado de un circo!», vociferó mi padre. Con los años habíamos aprendido a soportar sus palizas, con la boca y la cabeza en silencio, hasta que se le pasaba el cabreo. Lo normal era que parase cuando ya me había dejado fuera de combate, como a un boxeador, destrozado, sangrando profusamente por al menos dos partes del cuerpo.

Mi padre trabajaba en la base militar estadounidense. Lo llamaban «gestor de residuos», pues su trabajo consistía en encargarse de la basura que se generaba. Era el trabajo soñado de cualquiera: tener pleno acceso a ese paradójico paraíso fabricado en Estados Unidos al que ellos llamaban «basura», pero que para nosotros era un tesoro. Cualquier cosa podía encontrar un nuevo uso y propósito en nuestras manos hambrientas. Del revoltijo de la comida que desechaban (a la que llamaban «bazofia para los cerdos») obteníamos nuestra mejor fuente de proteínas y calcio: trozos de salchichas, carne enlatada (huele mal pero sabe bien, decía mi madre) y huesos de ternera que aún conservaban algo de carne jugosa en sus articulaciones y con los que ella hacía un espeso caldo *gomtang* para ayudar a que nuestros huesos crecieran tan fuertes como los de los descomunales yanquis. Sus ajados uniformes militares, una vez teñidos de negro, se convertían en nuestros uniformes escolares, que nos protegían de las ventiscas invernales del norte con su grueso forro de lana. Sus manoseados cómics de *Superman* y *Batman* se convirtieron en nuestras biblias para conciliar el sueño: me inventaba la traducción de esos textos indescifrables y le contaba aquellas historias a mi hermana pequeña, que se dormía con un profundo suspiro de satisfacción. En resumen, crecimos a base de basura americana.

Y el trabajo del hermano de Yong era robarlo. Supuestamente, empezó colándose en el vertedero donde trabajaba mi padre y robando comida y trapos. Con el tiempo, se había convertido en una forma de robo más arriesgada: tras reunir a unos cuantos indeseables sin trabajo, empezó a llevarse armas. Cuando un camión militar repleto de suministros reducía la velocidad al deslizarse por

las vertiginosas y serpenteantes carreteras que atraviesan las montañas de Geumpari, Wan se subía en la parte de atrás, como un mono fantasma; y mientras uno de sus secuaces se plantaba delante del camión para distraer la atención del conductor, Wan arrojaba rápidamente la mayor cantidad de armas posible a otros tipos que esperaban fuera. Para cuando el conductor empezaba a sospechar y corría a la parte trasera, los sigilosos salteadores ya se habían escondido en la espesura del valle de Geumpari, que conocían como la palma de su mano.

Pero lo que Wan ganaba lo perdía mi padre.

Mi padre también se agenciaba distintas piezas de maquinaria estadounidense. Cada cuatro meses más o menos, me despertaba en plena madrugada y me ordenaba que lo ayudase a cavar un hoyo fuera, detrás de nuestra letrina, donde enterrábamos unos sacos voluminosos y llenos de cachivaches metálicos fríos al tacto. A continuación, siempre recibíamos la visita sorpresa de unos hombres uniformados que ponían patas arriba todos los rincones de nuestra destartalada vivienda. Así que cuando mi padre amenazaba con denunciar a Wan, éste le respondía con otra amenaza y con una enorme sonrisa, dando a entender que estaba al tanto de los trapicheos que llevábamos a cabo detrás del cobertizo de la letrina.

Imagino que llamándome «descerebrado de mierda» y moliéndome a palos lo que pretendía era darme la siguiente lección: nuestra vida, cerca de la frontera norcoreana, era un juego de suma cero, una batalla continua en la que o golpeabas tú primero o te llevabas una tunda, o robabas tú o te robaban los demás.

Llegó un momento en que los chicos dejaron de llamarla «la Virgen Fantasma» —quizá consideraron que era un nombre demasiado común para alguien tan surrealista— y empezaron a referirse a ella como Yadada. Queríamos algo único, un nombre que no pudiera evocar ninguna otra cosa.

«Yadadadada» era el sonido que hacía cuando los chicos la perseguían o ella los perseguía a ellos. Alargaba la primera sílaba, «ya», con una atronadora voz de barítono, luego aceleraba, tocaba la clave de sol con precisión de castrato y, para acabar, enlazaba con los últimos «da» en un alarido metálico que te arañaba los nervios como si fuera el zarpazo de un lince. A los chicos el sonido les parecía alarmante como gracioso, y decían que tenía voz masculina y femenina, todo en una. Siempre estaban maquinando nuevas formas de cabrearla, sólo para arrancarle ese sonido otra vez.

Decían que «Yadada» era su única expresión verbal reconocible porque era lo único que habían oído salir de su boca.

Yo me reía para mis adentros viendo lo simples que eran.

Con frecuencia me ponía de su lado para protegerla cuando los demás le hacían sus jugarretas habituales para sacarla de quicio, una de las cuales consistía en robarle la flor del pelo, como el día que se lo había adornado con la flor más extraordinaria del mundo: un cosmos gigantesco, con los pétalos más largos que el dedo corazón de mi padre y de un extraño color que iba difuminándose del púrpura sangre del centro al rosa algodón de azúcar de los bordes. La flor era de un tamaño y un color tan insólitos que su pelo encrespado parecía menos voluminoso que de costumbre y su rostro aún más inquietante. Los chicos le quitaron el cosmos mientras se

echaba una cabezadita en el campo de hierba plateada con la esperanza de arrancarle un «Yadada». No lo consiguieron.

Aquella tarde, tenía los ojos inusualmente vacíos, parecía inmersa en una extraña nebulosa, sumida en un cansancio absoluto. Yo no tenía ni idea de cuál era la causa, pero confiaba en que devolverle la flor la ayudaría a sentirse mejor. Esperé con paciencia hasta que los chicos dejaron de provocarla y se marcharon. Recogí la flor que habían tirado a la orilla enfangada del río y retiré con cuidado los trocitos de tierra de los pétalos. Cuando me pareció que ya estaba lo bastante limpia, volví corriendo al campo de hierba plateada y encontré a la Virgen Fantasma en el mismo sitio donde había estado durmiendo, con la mirada fija en el borboteante río Imjin y los ojos igual de vacíos. En cuanto me vio, frunció el ceño, pero le di con delicadeza la flor de cosmos y la cara se le iluminó, como la de mi hermana de tres años cuando veía esas chocolatinas que mi padre traía a casa de extranjis.

Mientras me recreaba viendo aquella cara de felicidad y su deslumbrante sonrisa, ella se echó hacia delante y tiró de mi mano. Se me aceleró el corazón cuando me miró a los ojos. Los suyos tenían un brillo fantasmal.

Y con la voz de falsete más tierna del mundo, me dijo: «Yalu, Yalu.»

Tras esbozar otra inquietante sonrisa a un centímetro de la punta de mi nariz, se fue a seguir retozando por el campo de hierba plateada.

Me quedé paralizado, inmóvil como una rana muerta y con los pies pegados al suelo, donde aún se veía la huella de su siesta aplastando la hierba plateada.

Mientras tanto, seguía resonando en mi cabeza el frufrú de su *hanbok*, su «Yalu, Yalu».

Así que me negué a llamarla Yadada. Para mí siempre fue Yalu, mi Yalu.

Cuanto más fuertes se hacían mis sentimientos por Yalu, más se debilitaba mi amistad con Yong. Tal vez formara parte de lo que la gente llama «madurar», del proceso de perder, ya sea de forma abrupta o gradual, a tu amigo de la infancia. Pero no era sólo cosa mía: Yong también empezó a distanciarse, a medida que crecía la admiración por su hermano y trataba por todos los medios de unirse a la panda de Wan.

Yong comenzó a faltar a clase más a menudo. Antes sólo hacía novillos el día del mercado de Munsan, la gran concentración mensual de comerciantes de todo el país, que vendían y compraban cualquier cosa a la que hubieran podido echar el guante, desde un toro bravo hasta un mondadientes. Pero en vez de sentirme solo, empecé a cogerle el gusto a tener mi intimidad, ya que eso significaba pasar más tiempo con Yalu.

Sin embargo, ella se volvió más escurridiza. Iba a buscarla a todos los sitios donde se dejaba ver normalmente: el campo de hierba plateada, los arrozales dorados cerca de Panmunjeom, la granja de cerdos abandonada de Imjingak. En teoría, aquella granja embrujada era el refugio donde Yalu pasaba las noches. Había pertenecido a una familia que se había instalado en Geumpari unos años después de la tregua entre el Norte y el Sur. El padre se suicidó tras perder todos sus cerdos a causa de la fiebre aftosa, y poco

después la desconsolada familia se marchó para siempre de Geumpari. Nadie se acercaba al lugar por miedo a la enfermedad y a los fantasmas que rondaban el edificio. Sólo un puñado de charlatanes lo había visitado, supuestamente de noche, y había hecho circular el rumor de que había visto allí a Yalu, farfullando palabras en una lengua incomprensible y poseída por el espectro del criador de cerdos.

A pesar de mi debilidad por Yalu, nunca iba a la granja después del anochecer. Ya había tenido unas pesadillas espantosas con aquel sitio: cerdos cubiertos de sangre, con las patas trinchadas, correteando por la pocilga e inundando el aire con sus gruñidos estridentes y sus chillidos afilados como agujas. Así que sólo iba allí durante el día, cuando el vigoroso sol otoñal bañaba la granja. Nunca entraba, sólo dejaba mis regalitos para Yalu en la puerta: unos preciosos ramilletes de cosmos y dientes de león que había cogido en las colinas de Geumpari, unos bagres ya limpios y salados, y unas ranas leopardo que había cazado en el río Imjin.

Tardó semanas en volver a aparecer por allí.

Sucedió un día después de que acabara por fin la tardía racha de lluvias. Presintiendo que iba a tener suerte, fui corriendo a la entrada de la granja abandonada con el cubo lleno de unos voluminosos bagres que acababa de pescar en el río, que bajaba muy lleno por la crecida del caudal. Era un día de cielo azul opalino, sin una sola nube a la vista. Pese a ello, el aire que rodeaba la puerta seguía siendo fresco y los sauces llorones más próximos tapaban la luz del sol con su cascada de ramas verde camuflaje, que se descolgaban y danzaban al ritmo de la suave brisa otoñal.

Entonces sentí el impacto del sol sobre mi cabeza, inundándome la vista con formas estampadas de neón, con patrones ondulantes que palpitaban al compás de mi ralentizado corazón. A paso de tortuga, sentí como si el mundo entero estuviese bailando un vals en el sentido de las agujas del reloj, como si mi oreja derecha se hundiese en la tierra, con el regusto a óxido en la lengua. Un chirrido bronco y ahogado me zumbó en el oído izquierdo, como una avispa hambrienta.

Y llegó el dolor, agudo como un picahielo. Lo percibía en oleadas bruscas y entrecortadas, un dolor tan voraz que engullía todos mis sentidos. A través de mi conciencia intermitente, vi dos piececillos deslizándose hacia mí. Ella me cogió en sus brazos fibrosos, me estrechó con fuerza contra su pecho y echó a correr.

Con mi visión periférica vi pasar Geumpari a la velocidad de la luz, con su río, sus colinas y sus arrozales saturados de la extrañeza de un daguerrotipo. Aunque yo tenía la mirada fija en Yalu: sus orificios nasales henchidos y tensos con la respiración, su afilada clavícula rozándome la mejilla, su cuello nervudo oscurecido por el sol. «¡Qué velocidad! ¡Qué manera de agarrarme!», murmuré para mí, maravillado por la fuerza que emanaba de aquel cuerpo menudo. Su inquietante mirada se deslizaba hacia abajo de vez en cuando para mirarme a los ojos, sonriendo entre lágrimas, asegurando que todo iría bien, susurrando con su chocante voz de contratenor: «Yalu, cariño mío... Yalu, Yalu.» Juro, por el dulce amor de Dios, que oí un «cariño mío» entre los «Yalu», alto y claro como la campana del templo cuando suena por las noches. Cariño mío, me susurró. Sí, lo hizo; no, no era mi cerebro enfebrecido inventando lo que yo quería oír. Lo dijo con su mismísima boca, con su mismísima voz etérea.

Luego vi las dos figuras vestidas de blanco cegador que corrían hacia mí. Y... eso fue todo.

Dijeron que había sido un milagro.

Dijeron que podría haber perdido la pierna izquierda para siempre; que podría haberme quedado totalmente sordo del oído izquierdo; que, en el peor de los casos, podría haber muerto... que podría haberme quedado tirado en la granja de cerdos, inconsciente, desangrándome.

Lo primero que vi al despertar fue el rostro surcado de lágrimas de mi madre. «Te dije que no fueras allí después de las lluvias, tontito», murmuró. Pese al deje de reproche en su voz, sabía que estaba exultante de alegría por verme vivo, consciente y entero. El médico dijo que mi recuperación había sido casi un milagro. Esperaba una infección, que me habría dejado el pie izquierdo destrozado y una sordera irreversible en el oído del mismo lado. Pero conservé ambos. Por supuesto, aún cojeo de la pierna izquierda, he perdido el setenta por ciento de audición y tanto la pierna como la oreja están cubiertas de cicatrices de diversos tamaños y texturas. Pero ¿qué más da? Lograron sobrevivir —yo logré sobrevivir— a la explosión de una mina antipersona. El médico declaró con orgullo que jamás había conocido a ninguna otra víctima de una mina que hubiera salido del hospital sin que le faltara un solo miembro.

Pero sabía que el milagro no era yo. Debería haberlo sido Yalu. Dijeron que había llegado al hospital jadeando como un animal salvaje, con su *jeogori* rojo carbonizado, empapado en mi sangre.

Conmigo en brazos, había corrido sin parar los doce kilómetros que separaban Geumpari de Munsan, por el escarpado y serpenteante camino de montaña, implacable y hostil incluso para el poderoso kraken de un camión militar estadounidense. Los aldeanos decían que era el fantasma masculino que llevaba dentro haciendo alarde de su coraje. A mí, en cambio, ella me parecía más bien una pequeña diosa bajo el disfraz de un débil armazón.

Los días de mi convalecencia fueron plácidos. No tenía que ir a clase; por primera vez en mucho tiempo, me convertí en el objeto de atención de mi madre, y la gente del pueblo me trataba como a una especie de héroe de guerra y venía a vernos con pastel de arroz recién hecho y zumo agridulce de ginseng para ayudarme en mi recuperación. Lo único malo era que no podía ver a Yalu porque no me dejaban salir. A mi madre le daba miedo que volviese a acercarme al río, así que hacía todo lo posible por impedirlo. Sin embargo, oí que mi padre sí lo hizo: volvió al lugar de la explosión para recoger restos de cobre y pólvora que poder vender por un dinero decente.

Por extraño que parezca, no tenía prisa por ver a Yalu. Sentía que ahora ella y yo estábamos irremediablemente unidos, que de algún modo nuestros caminos estaban destinados a cruzarse. Mientras iba perfeccionando con cuidado mi discurso, me tomé mi tiempo con la esperanza de que, una vez recuperado, le expresaría mi gratitud y mis sentimientos hacia ella... sin sospechar ni por un instante que nunca más volvería a verla.

Yong vino a visitarme una noche de luna llena, una noche de otoño antes del comienzo de las largas vacaciones de Chuseok. Sabía que mi padre tenía turno de noche. «Ahora mi hermano y yo lo sabemos todo sobre el ejército en esta región», dijo rebosante de orgullo.

Nos sentamos en el banco de madera del patio trasero a contemplar la corpulenta luna, admirando su resplandor dorado durante un minuto, en pleno silencio, como un par de tortugas. Procuré disimularlo, pero me alegraba de ver a Yong. Lo había echado de menos, estaba triste porque no había venido a verme.

Mientras se lo confesaba, vi que su rostro se ponía tenso y que una fina película de sudor le cubría el labio superior.

—Así que no tienes ni puta idea de lo que ha pasado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a esa gente de Seúl que ha estado merodeando por nuestro pueblo y todo eso...

Negué enérgicamente con la cabeza y percibí un brillo repentino en sus ojos, un destello amarillo de ansiedad y excitación que no presagiaba nada bueno.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie, ni una puta palabra, ni a tu madre ni a tu hermana pequeña —susurró Yong con voz temblorosa.

Me mordí el labio agrietado. Noté cómo la sangre me humedecía la lengua. Presioné a Yong para que continuara.

—Ya sé que ha habido rumores, pero sólo mi hermano y yo lo sabemos todo. Tú ya sabes que hubo un tiempo en que mi hermano le tenía echado el ojo a Yadada.

Se calló unos segundos, estudiando mi rostro de soslayo. Contrito, curioso, cruel, todo a la vez. Como debe de ser alguien a punto de

confesarse.

—Una noche, mi hermano fue a la granja de cerdos, para hacerle compañía, ya sabes... A veces hace esas cosas, cuando ha bebido demasiado.

Yong interrumpió sus palabras para reírse, con la cabeza repleta de recuerdos repugnantes compartidos con su hermano, recuerdos que a mí me importaban un bledo. Lo único que quería saber era qué le había pasado a Yalu.

—Continúa —le dije secamente.

—Por suerte, ella estaba allí esa noche, así que mi hermano intentó darle conversación, y, bueno, pues eso... magrearla un poco... Esa pobre chica debía de sentirse muy sola viviendo por ahí sin nadie.

La voz de Yong era un eco de la de Wan. Mi cara se endureció como una losa de granito. No podía mover la lengua. En mi cabeza, visualicé mis propios dedos cerrándose con fuerza alrededor de un cuello: el de Wan o el de Yong, no sabría decirlo.

—El caso es que forcejearon y, no veas, mi hermano dijo que esa zorra enclenque era más dura que el tendón de un toro. Cuando por fin le metió la mano en las bragas, joder... ¡aquello fue la rehostia! ¡Se armó un follón de cojones! Porque ahí abajo, descubrió...

—¿Que era un tío? —Lo corté en seco, con un nudo de angustiosa esperanza en el pecho.

—¡No! —gritó Yong frunciendo las cejas llenas de hollín—. Pero ¿qué coño dices? Puto pervertido... —Me fulminó con una larga mirada—. Mi hermano descubrió que llevaba ahí una cosa fría y pesada de metal... una pistola.

—¡¿Una pistola?!

Yong me hizo una señal para que me callara, agachó la cabeza y miró a su alrededor con cautela, como si pudiera haber alguien agazapado detrás de los arbustos grabando nuestra conversación. Al cabo, bajando la voz, interrumpió el silencio.

—Volvieron a forcejear y, por supuesto, mi hermano iba ganando terreno, pero la muy hija de puta cogió una piedra disimuladamente y golpeó a mi hermano en la cabeza. Luego echó a correr. Pero mi hermano ya había cogido la pistola, así que le disparó. La oyó soltar un alarido.

Un alarido: la palabra me incrustó una roca en la garganta de una patada.

—La pistola que llevaba no era una pistola normal y corriente. Mi hermano es capaz de distinguir una M1900 de una M1911 sólo con tocarlas en la oscuridad, pero es que ésa ni siquiera era americana. Llevaba el dibujo de un círculo muy raro en la empuñadura, con una estrellita dentro.

Yong inspiró hondo y me miró con expresión urgente, a la espera de una reacción determinada que yo estaba demasiado perplejo para darle.

—¿Es que no lo entiendes? —Suspiró—. La pistola era de los putos comunistas, joder. Esa zorra de mierda es del Norte.

Silencio: afilado como una aguja.

Vi un elefante, una verdad grande como un elefante estrafalario y desnudo, con su trasero descomunal tapándome toda la vista. Abrí la boca, pero no me salió nada.

Yong sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Dijeron que era una pistola Makarov. Una puta pistola de fabricación soviética. ¡Hecha por los comunistas, tío! Ni siquiera mi

hermano había visto nada igual. —Yong dio una profunda calada impregnada de ansiedad—. Mi hermano y yo somos patriotas, así que lo largamos todo. En un día, esos tipos de Seúl vinieron e invadieron el pueblo entero. La mayoría ni siquiera llevaba uniforme. Esa gente va muy en serio, tío, te lo juro. Nos hicieron prometer que no diríamos una palabra de esto, así que será mejor que tú también tengas cuidado con lo que dices —soltó Yong con una solemnidad catedralicia apretándome los hombros con ambas manos.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué tipo de cosas podía estar haciendo ella aquí exactamente?

—¿Y yo qué coño sé? Joder.

Nervioso, con la respiración entrecortada, Yong tamborileó con los dedos sobre el banco de madera.

—Al menos eso explica cómo es posible que esa hija de puta fuera tan dura, tan rápida y todas esas mierdas. Ni siquiera han podido encontrarla.

Al oír aquello, noté que mis párpados se agitaban frenéticamente, como las alas de una polilla.

—Mi hermano la oyó soltar un alarido cuando le disparó, pero la tía volvió a salir corriendo. Y no han podido localizarla. No había rastros de sangre. Puede que la bala sólo la rozase. Pero es que tendríamos que haber atrapado a esa zorra, tío. Maldito topo comunista, casi mata a mi hermano, ¿sabes?

Mirando a Yong, sentí una punzada de culpa. En ese momento, me habría importado un comino que Wan se hubiera muerto de un tiro. Me habría importado un comino que Yong muriese de una muerte lenta atravesado por mil cuchillos al rojo vivo... con tal de que Yalu viviera.

En ese preciso instante, hice un trato con Dios, en el que ni siquiera sabía que creía: si dejaba que ella sobreviviera, nuestros caminos futuros no tendrían que cruzarse jamás, yo podría seguir adelante con mi vida sin volver a saber de ella... con tal de que viviera.

Me importaba un comino la política, las ideologías que habían dibujado la frontera. Aunque ella fuese el enemigo, yo quería que sobreviviera.

Yong siguió parloteando un buen rato —sobre el negocio que se traía entre manos con su hermano, sobre la cantidad de chicas con las que había estado saliendo— haciéndome sentir que la distancia entre nosotros crecía con cada segundo que pasaba.

Sólo cuando llegó la hora de despedirse vi un resquicio de su yo más joven y afable. Dijo que se alegraba de que me hubiese recuperado, que era probable que no le viese mucho el pelo por la escuela a partir de entonces. Sentí una mezcla de alegría y tristeza al verlo marchar.

Cuando se fue, me quedé un rato a solas en el patio. Contemplé la luna rodeada de su halo de niebla cenicienta, tan llena y serena, indiferente al drama que nosotros, pobres mortales, vivimos aquí abajo, en la frontera. Inspiré su pálida luminosidad hasta sentir un cosquilleo en los pulmones, consciente de que la luna permanecería siempre así, igual de bella e insensible, al año siguiente, y al otro, mientras que aquí abajo nosotros iríamos desvaneciéndonos, distanciándonos unos de otros o cambiando sin más.

Volví a entrar en casa. Y me eché a llorar.

Sentí que el pequeño monstruo que temblaba en el fondo de mis tripas aleteaba ahora en la suave base de mi esternón. Era el pajarillo de la infancia que había merecido tener, pero que me habían arrebatado. A partir de ese momento supe que había dejado de ser un niño.

Mi hermana pequeña, que iba a cumplir cuatro años al cabo de una semana, se despertó de golpe. Me miró con los ojos anegados en sueño y la boca entreabierta. Acurrucada en mi regazo, recorrió rápidamente la casa con la mirada, buscando de forma automática la presencia de nuestro padre. Con cara de mayor desconcierto aún, me puso la manita en el hombro, que seguía temblándome en silencio, mientras con la otra se agarraba con gesto nervioso los fríos pies descalzos. Vi cómo un terror familiar le inundaba los ojos y supe que ahora me tocaba a mí consolarla, decirle que todo iría bien. La abracé, le acaricié el pelo con las yemas de los dedos, como hacía siempre antes de acostarla, y le dije: «Yalu, cariño mío, Yalu, Yalu.»

LA PRIMERA VIDA

Cuando dejé de comer tierra

1938

Cuando era joven, comía tierra.

No lo hacía porque fuese pobre ni movida por la curiosidad: sólo era un impulso, el que me hacía comer tierra, el mismo que nos hace querer beber agua cuando tenemos sed.

De vez en cuando, mi cuerpo tenía sed de tierra y yo no tenía más remedio que acceder a sus deseos.

Pero eso no significa que comiera tierra sólo para llenarme el estómago: paladeaba su sabor, su intenso aroma y su textura sin parangón. Además, mi capacidad para apreciar sus delicadas sutilezas me permitió dominar el arte de comer tierra desde muy tierna edad. Sé que esto resulta difícil de entender para los no geófagos, quienes suelen dar por sentado que cuando comemos tierra lo hacemos como hienas atiborrándose a bocados de carne, cegadas por un hambre atroz.

Sin embargo, yo nunca tomaba un bocado: sólo una cucharadita, rara vez más grande que la uña de mi dedo meñique y que casi nunca pesaba más que una moneda de cobre de diez won. Sólo así podía disfrutar al máximo su sabor a herrumbre: esparciendo sus minúsculos gránulos por la lengua, lo que facilitaba al paladar captar su textura, tierna y áspera a la vez.

Siempre esperaba hasta encontrar la tierra perfecta. Su viscosidad debía ser equiparable a la del arroz de jazmín al vapor, lo bastante glutinosa para formar una pasta, pero también capaz de desmenuzarse hasta el punto de poder desapelmazarla sólo con soplar con fuerza. El exceso de humedad también la estropea, convirtiéndola en una masa pringosa que la boca podría asociar con algo parecido a la mierda. A primera vista, el color debería ser marrón chocolate con leche. Sin embargo, al examinarla de cerca, se descubrirían sus diminutas partículas en múltiples tonalidades. Las de un delicado color nogal son mayoría y confieren al terroncillo su característico y cálido sabor a frutos secos. Las de color hollín son las oscuras promesas que chacolotean contra la lengua con su amargor de café negro. Los gránulos blancos, brillantes como piedras preciosas pero duros como el pedernal, son los más raros: dejan un regusto contundente y metálico, como la sangre en el labio. La combinación adecuada de todos ellos puede convertir un pellizco de tierra en un pedazo de cielo en la boca. Me encantaba cómo se deslizaba, cómo crujía bajo el paladar, como la caricia del lametón de un gato. Aunque sabía que me estaba destrozando los dientes, no podía parar.

Mi padre creía que todo aquello era obra de algún fantasma resentido. Los ancianos del pueblo estaban de acuerdo: decían que normalmente era el espíritu de un niño hambriento que se cebaba con otro vivo, intentando aplacar su hambre engullendo tierra. Mi padre decía que había que ahuyentarlo, así que, cada vez que me pillaba comiéndola, me daba unas palizas tremendas. Pero no había tunda capaz de detenerme. De hecho, no hacía más que empeorar,

pues las palizas añadían un toque de emoción a comer tierra, el placer secreto de lo prohibido.

Mi padre no me conocía. No teníamos nada en común, salvo la sangre que corría por nuestras venas, él mismo lo decía. Era un pescador analfabeto que nunca creyó en la importancia de la educación. Vivía en el mundo de la simpleza, lo veía todo sólo en términos de blanco y negro; los distintos matices del gris le pasaban desapercibidos. Bebía sólo para emborracharse, comía para llenarse el estómago. No sabía apreciar los mil y un sabores distintos de la comida y la bebida, y palabras como «matiz» y «sutileza» no habían formado jamás parte de su vocabulario. Nunca llegó a convertirse en un experto en nada. No era como yo; no era como mamá.

Mi madre, en cambio, era una mujer sofisticada. Sabía distinguir perfectamente sabores y olores. Me enseñó a diferenciar las hierbas medicinales de sus parientes venenosas: la *sahwa* huele amargo, mientras que la *sanak* desprende un penetrante aroma a nueces, como la soja fermentada, decía mi madre frunciendo el ceño. También me enseñó a distinguir los caquis buenos de los malos sin tocarlos: el tallo de uno maduro está reseco y de color marrón, como puedes ver, mientras que la fruta en sí se ha vuelto casi bermellón. Como discípula suya, observaba y me regodeaba en el mundo de los colores, con los ojos bien abiertos para captar las distintas tonalidades. En nuestro mundo, el rojo nunca era sólo rojo: era bermellón, como un caqui maduro; escarlata, como las hojas de arce de principios de otoño; burdeos, como la sangre vieja y pegajosa; y fucsia, como un moratón reciente.

No era de extrañar que mamá y yo tuviéramos un vocabulario tan amplio. Lo necesitábamos para describir todos los matices que

percibíamos en nuestro mundo, todos los colores, sabores, olores y sentimientos distintos. Así que, cuando cumplí doce años, mi léxico ya triplicaba al menos el de mi padre: cuando él sólo podía decir que tenía hambre, yo era capaz de calificar esa hambre con adjetivos como «atroz» o incluso «perentoria». No le gustaba que una niña utilizara palabras que él no entendía. Cada vez que me oía pronunciar un término esotérico para su oído, le soltaba un bofetón a mamá, dejándole la cara «fucsia» con la mano abierta.

Mi madre era la viva imagen de la perfección: una mujer inteligente, guapa, refinada y cariñosa. Sin embargo, tuvo que pagar muy caro su único defecto: un exceso de empatía. Supuse que ésa era la razón por la que había seguido casada con un hombre tan obtuso como mi padre, todo por culpa del *jeong*, ese retorcido sentimiento de apego, esa compasión innecesaria. Ella provenía de una familia acomodada. Su padre era un renombrado médico especialista en medicina oriental de Seúl, de quien había aprendido a leer y escribir, cómo apreciar la literatura y la gastronomía, o cómo seleccionar las hierbas adecuadas con el fin de preparar brebajes para miles de enfermedades. Pero la ocupación japonesa lo puso todo patas arriba: acusaron a su padre de pertenecer a la resistencia coreana y los japoneses le quitaron todo lo que tenía. Por miedo a perder también a su hija, la casó con el hijo de un campesino del Norte, muy lejos de Seúl. Ella nunca volvió a ver a sus padres; ambos murieron en prisión. Y poco después, me tuvo a mí.

Vivíamos en Heoguri, un pueblo agrícola cerca de la periferia norte de Pionyang. Heoguri no se parecía en nada al centro de Seúl, donde ella había tenido acceso a bibliotecas y teatros, pero mamá siempre sabía cómo sacarle partido a todo. En la temporada de caza

del atún o la ballena, mi padre pasaba varios meses en alta mar; esos meses sin padre fueron los más felices de mi infancia. Mamá y yo íbamos todos los días al Sagrado Corazón, un orfanato-fábrica de cerillas situado en la frontera entre Pionyang y Pyongannamdo. El Sagrado Corazón fue uno de los primeros edificios «modernos» del Norte, y en nuestro pueblo plano de casitas con tejados de paja, esa fortaleza de hormigón de tres pisos se alzaba por encima de todo lo demás, con su imponente estructura angulosa y de color gris ceniza. La fundaron unos misioneros canadienses, y mamá se ganaba algún dinerillo extra ayudándolos con trabajos ocasionales y con las tareas domésticas. Aun así, el dinero no era el objetivo principal: mamá y yo íbamos allí para asistir a clases de inglés con los huérfanos y los trabajadores de la fábrica. Nuestro profesor de inglés era el pastor Arnaud Peltier, un misionero canadiense de Quebec que también hablaba francés y coreano con fluidez. Cuando lo vi por primera vez, me quedé sin aliento: era el primer occidental que tenía delante, el primer ser humano cuyos ojos no eran castaño oscuro, cuyo pelo no era liso ni negro azabache. Sobre su cabeza danzaban unas llamas chisporroteantes, enroscándose sobre sí mismas dentro de todo aquel fuego bermellón. «Pelirrojo con rizos», se hacía llamar el pastor. Pese a su inquietante aspecto, me cayó bien nada más verlo. Era un viajero entusiasta y una enciclopedia andante, alguien capaz de contarnos historias interminables sobre el otro lado del planeta. A mí me encantaban los relatos del Antiguo Testamento, sobre todo los del arca de Noé y Sansón, y casi todas las obras de Shakespeare, que me parecía un narrador extraordinario, siempre amenizando sus dramas con algún que otro toque de muerte, amor y traición, como en *Romeo y Julieta* y *Otelo*. Y así, en compañía de aquel extranjero

de cabeza llameante, en su oscura torre de cemento gris, mamá y yo viajábamos por el mundo.

Alguna gente del pueblo hablaba mal de nosotras y decía que, al aprender su lengua, estábamos vendiendo nuestras almas a los demonios extranjeros. Mamá me decía que no les hiciera caso, decía que aquellos pueblerinos no entendían la importancia de un idioma.

—Las palabras no son sólo palabras, cariño. Son mucho más que una simple herramienta para transmitir tu intención. Las propias palabras pueden afectar a tu forma de pensar y, con ellas, tú puedes influir en la forma de pensar de los demás. No es algo que funcione en una sola dirección.

Aunque yo no entendía del todo lo que quería decir con aquello, asentía con ganas, con el corazón henchido de orgullo. No podría haber deseado una madre más lista e inteligente.

—Piensa en la lengua como en un arma blanda, mi vida. ¿Por qué crees que papá se siente dolido cuando usas un vocabulario que no conoce? ¿Lo ves?

Seguí asintiendo, a pesar de lo mucho que me irritaba esa palabra: «dolido». Qué ironía... ¿Era mi padre quien estaba dolido cuando lo único que hacía era maltratar a mi madre? Pero no quería contradecirla, así que me callé. Y seguí yendo a clases de inglés, pero no porque lo considerara un arma importante, sino porque me gustaba y punto.

Mamá también era la única persona en el mundo que me decía que comer tierra estaba bien. Decía que todos teníamos nuestros gustos, y que a veces había personas que desarrollaban algún gusto fuera de lo común.

—Pero que sea fuera de lo común no significa que sea malo, cariño —añadió mamá sonriendo con los ojos, como dos medias lunas.

Le pregunté qué otra clase de cosas «fuera de lo común» comía la gente.

—¡El pastor Peltier me dijo que en Francia los caracoles se consideran una *delicatessen*! —respondió arrugando la frente como un niño ante la col hervida de su plato.

—Qué asco... —murmuré tapándome la boca con las manos al imaginar el bichejo brillante y viscoso deslizándose hacia mi estómago.

Luego me reí, sintiéndome aliviada y mucho menos rara. Mamá se rió conmigo y me dijo que comer tierra estaba bien siempre y cuando no me causara problemas de salud, que con el tiempo se me pasaría, igual que se me habían pasado las rabietas de la infancia y las manías con la ropa.

Pero mi padre no estaba de acuerdo, así que encontró e impuso su propia manera de resolver el asunto. Y, como siempre, no necesitó la aprobación de nadie para hacerlo.

La idea se la dio un estibador que no tenía donde caerse muerto, un pobre desgraciado tan bruto y tarugo como mi padre. Un perfecto desconocido que no sabía nada de mí.

Mi padre se hizo amigo de aquel idiota cuando fondearon en el puerto de Busan, sin duda yendo juntos de bares y a prostíbulos de mala muerte. Resultó que aquel viejo estibador tenía una hermana menor que también comía tierra. Decía que había empezado a comerla de pequeña y que con el tiempo se ha-bía vuelto una auténtica adicta, que se ponía morada, atiborrándose todos los días.

El asunto fue a peor y empezó a comer otras cosas raras, como telarañas, larvas de cigarra y hasta sus propias heces, lo que poco a poco fue empujándola al límite de la locura, momento en el que perdió el interés por ponerse ropa humana e incluso por el lenguaje humano.

El estibador le confió a mi padre la cura que él mismo no había podido permitirse pagarle a su hermana: el *goot*, un exorcismo realizado por un chamán.

Mi padre no nos dijo ni media, ni a mi madre ni a mí. No supimos lo que pasaba hasta que llegó el chamán con su túnica de seda brillante a rayas rojas, amarillas y azul chillón, pero para entonces mi padre ya me había atado de pies y manos, a sabiendas de que saldría huyendo hacia el bosque si sabía lo que me iba a hacer soportar.

Me colocaron en el centro de nuestro patio trasero, atada como un pollo preparado para echarlo al puchero, rodeada de montones de habitantes del pueblo, todos con un brillo de excitación en los ojos ante el espectáculo inminente. Vi a mi padre entre ellos, con el rostro impasible, tan rígido como una pata de palo. Estaba sujetando a mamá, quien, con los brazos a la espalda, se retorcía forcejeando entre los de él, llorando en silencio.

El implacable sol del mediodía me martilleaba en la cabeza y me dejaba empapada en sudor. Tres hombres que acompañaban al chamán empezaron a entonar cánticos con voces atronadoras, afiladas y penetrantes, como los llantos en un funeral, y la estridente cacofonía del gong, el tambor y la rústica pipa de sauce me destrozaba los tímpanos.

Cuando la música cesó, entró el chamán, enarbolando una espada larga y reluciente en cada mano, entonando él también unos cánticos más agudos, como los maullidos de un gato, que se superpusieron a los berridos del coro de acompañamiento. Luego me abucheó, me escupió y me maldijo en el tono más amenazador del mundo, con su fingida voz de niño pequeño emponzoñada de veneno. Hizo que se me estremecieran hasta los huesos, y que los ojos se me anegaran de lágrimas abrasadoras.

Entonces mi padre se acercó a mí. Tenía los brazos abiertos, pero el semblante seguía siendo frío. Vi el brillo de la hoja de un cuchillo en su mano y cortó las cuerdas que me ataban las manos y las piernas. En cuanto me liberó, sentí un peso insoportable en la espalda y, al levantar la vista, vi a mi padre encima de mí, con las rodillas aplastándome el torso y los muslos. Me sujetó la mano derecha sobre el muslo derecho y luego me agarró la mano izquierda, me la pasó por encima de la cabeza y la aplastó contra el suelo, con la palma mirando hacia el cielo.

El chamán se dirigió contoneándose hacia mí, dejó una espada en el suelo y blandió la otra sobre mi cabeza trazando un movimiento circular, como escribiendo una letra en el aire. A continuación, con la punta de la espada, me abrió un corte en la palma de la mano.

A través de la masa neblinosa del calor, el sudor acre y las lágrimas, distinguí un líquido grumoso de color beis saliéndome a borbotones de la mano abierta. Su olor agrio parecía el de un vómito. Impotente, vi cómo los coágulos fangosos iban cayendo, ensuciando el suelo... hasta que todo a mi alrededor se volvió negro.

Recobré el conocimiento ya de madrugada, con el cuerpo envuelto en una fría humedad.

Me miré la mano izquierda. Recubierta de varias capas de arpillera, parecía un guante de boxeo improvisado, de un color rojo sucio con sangre pegajosa.

Mi padre y mi madre dormían a pierna suelta. Mi padre roncaba despacio, con el aliento impregnado de hedor a alcohol. Rodeaba a mamá del cuello con el brazo. Ella tenía la cara hinchada, marcada por los surcos de las lágrimas resecas.

Salí a hurtadillas a la oscuridad de la noche, sin resuello, jadeando como un pececillo fuera del agua. Corrí hasta llegar al bosque de abedules del extremo sur de Heoguri, el lugar seguro de mis cavilaciones más íntimas, donde las ramas sarmentosas y sus exuberantes hojas verde musgo mantienen el suelo húmedo y cálido todo el año, acogiendo la sombría vida de helechos, setas y hierbas venenosas. Sabía con certeza que sería allí donde encontraría una delicada tierra marrón chocolate con leche, la tierra perfecta.

En la penumbra de la arboleda, hice algo que nunca había hecho antes.

Me arrodillé, hinqué los dedos en la tierra sedosa y cerré la mano, envolviéndola. Me metí un puñado de tierra —no un trocito— en la boca y la tragué sin saborearla. Me comí un puñado tras otro, y otro, hasta que el corazón se me subió a la garganta y empujó hacia fuera el nudo compacto.

Cuando cesaron las violentas contracciones, levanté la cabeza, haciendo un esfuerzo por enfocar la vista. Vi un montoncito de tierra regurgitada delante de mí, con la superficie de jade reluciente mezclada con mi bilis, mi ácido odio y mi desprecio por el monstruo

con el que no compartía nada más que la sangre que corría por nuestras venas. Cuando le abrieran el corazón, dentro sólo se vería todo negro.

Un mes más tarde, el monstruo se marchó de casa: era la temporada de caza de ballenas, lo que lo mantendría en alta mar durante meses, lejos de nosotras. Obligadas a despedirnos de él, mamá y yo nos quedamos un rato a la entrada de nuestro pueblo, saludándolo de tanto en tanto con la mano cada vez que se daba la vuelta, como si midiera nuestra obediencia en función del tiempo que permanecíamos allí plantadas.

Al ver cómo su espalda quedaba reducida a una mota de polvo, recé por primera vez en mi vida. Recé al Dios canadiense, único creador y avizor del mundo, a quien el pastor Peltier había elogiado con fervor en sus interminables relatos.

«Por favor, haz que no vuelva nunca más. Entonces seré tu discípula para siempre.»

Fue la lengua del Dios Blanco la que provocó el principio del fin.

La ironía del caso es que sólo fue una palabra: una palabra de una sílaba, de apenas tres letras.

El factor decisivo era que se trataba de una palabra en inglés.

SEX

Los habitantes del pueblo descubrieron la palabra escrita en el pilar de hormigón bajo el puente de Heogu. Era el único puente moderno de la ciudad, los canadienses lo habían construido junto

con la fábrica de cerillas. Aunque de tamaño discreto, lo utilizaban todos los lugareños, incluidos los campesinos que se dirigían a sus arrozales con los bueyes, y también los niños, que dormían la siesta bajo su arco, refugiándose del abrasador sol del mediodía.

Un niño pequeño la vio primero: la misteriosa palabra escrita en negro hollín, probablemente con un trozo de carboncillo, cada una de las letras del tamaño de su propio cuerpo diminuto. Luego se la enseñó a sus amigos, y a su madre y a su padre, ansioso por averiguar su significado.

Yo fui allí al cabo de unos días. Supe reconocer las formas —la S, la E y la X mayúsculas— y les dije a los otros niños que eran letras en inglés, la lengua de los occidentales. Supuse que, fuese quien fuese el responsable, quería asegurarse de que la palabra no se borrase fácilmente: las letras tenían una forma nítida, pero al mirarlas de cerca, se veía que el autor había repasado una y otra vez el trazo de las curvas, lo que hacía que, en lugar de escribirlas, pareciera como si las hubiese coloreado. No creía que fuese obra de un niño. Aparte de mí, no había ningún otro en el pueblo tan listo como para hacer algo tan elaborado, que requería además el conocimiento de una lengua extranjera.

Les dije que nunca había visto esa palabra y que no sabía lo que significaba. No creía estar mintiendo, puesto que no recordaba haberla aprendido en clase. Sin embargo, en el fondo ya me había hecho una idea de lo que podía querer decir. Intuía que el significado era evidente por la forma en que se exhibían las letras: la sensual curva de la S, la severa e inquietante X, y la E en el centro, como un tridente a punto de atravesar a su vecina de la derecha. Recurrí a mi madre para confirmar mi corazonada, pero, para mi

sorpresa, se negó a tratar el tema. Así que, al final, tuve que consultar el diccionario de inglés, un regalo del pastor Peltier que mamá había escondido en su costurero.

Para mí, la negativa de mi madre a hablar de ello me resultó más chocante que la propia palabra: casi nunca me ocultaba ningún secreto. Sólo al cabo del tiempo comprendí cuál había sido su intención: era su forma de protegerme. Conocía demasiado bien la realidad del mundo en el que vivíamos. Heoguri era un lugar en el que entender una lengua pecaminosa podía convertirse en pecado, en el que aprender una lengua extranjera significaba vender tu alma al demonio extranjero.

Aparentemente, nadie en el pueblo parecía hablar del tema. Y no obstante, los rumores se propagaron como un fuego descontrolado, sin hacer ruido, prendiendo la mecha de la curiosidad y la desconfianza de la gente, su deseo de señalar a los demás con el dedo. Hacia el final de la semana, como por arte de magia, todo el pueblo sabía ya lo que significaba el garabato.

Mamá tenía razón. Las palabras son poderosas. Mágicas, incluso.

Y la magia negra de esa única palabra se adueñó del pueblo entero.

Hizo desaparecer a la gente: el puente, bullicioso lugar de peregrinación de todo Heoguri desde su construcción, se quedó desierto de la noche a la mañana. Las mujeres locales, cargadas con las cestas de comida para sus maridos, que trabajaban en los arrozales, daban un rodeo que alargaba en una hora el trayecto. Todas las madres del pueblo prohibieron a sus hijos jugar allí y algunas hasta daban un azote a las criaturas cuando las pillaban mirando el garabato. Era como si pensasen que el puente estaba

maldito, como si alguien lo hubiese violado, como si hubiese sido profanado por la obscenidad de la palabra del demonio extranjero. Como si cualquier relación con él pudiera convertirte en un apestado moral.

El monstruo regresó al pueblo en medio de toda esa conmoción, mientras las acusaciones se cruzaban acuchillando el aire como puñales invisibles. Mi madre no decía nada, pues no tenía el menor deseo de verse envuelta en aquella locura. El silencio no ayudó, pero, pensándolo ahora, con la perspectiva del tiempo, nada habría ayudado. Eso es lo curioso de la sospecha. La sospecha no es sospecha en realidad, sino convicción enmascarada con una careta. Lo único que necesita es tiempo, y al final acaba cristalizando en una certeza en toda regla.

Y no pasó mucho tiempo hasta que la sospecha de mi padre cristalizó por completo.

El hecho de que hubiera treinta personas más que asistían a las clases de inglés —veintidós huérfanos y ocho trabajadores de la fábrica a jornada completa— le trajo sin cuidado. Aunque esas treinta personas eran libres de vagar por el pueblo en sus horas de ocio, sin tener que someterse a las restricciones impuestas por unos padres entremetidos, nunca estuvieron en el radar de las sospechas de mi padre. Sus ojos encendidos se clavaron desde el principio en mi madre y en mí.

Yo veía cómo el monstruo de ojos verdes iba creciendo, cómo iba evolucionando hacia su forma definitiva cada vez que interrogaba a mi madre sobre el tema. Empezó con los típicos comentarios de censura hacia el hecho en sí y sus responsables: «¿Qué clase de tarado haría una cosa así?»; «Sea quien sea, tenemos que quemar

vivo a ese pedazo de cerdo»; «Como dejes a nuestra hija acercarse a ese puente, vas a saber lo que es bueno»; «Será mejor que me digas quién ha sido, mujer, porque a mí no me engañas: sé que tú lo sabes.» Al final de la semana, la certeza ya estaba allí, enseñando sus afilados dientes: «Venga, dime toda la verdad ahora mismo. Seré bueno y te perdonaré, cariño, no te castigaré»; «¿Cómo puedo hacer que abras la boca, sin hacerte daño?»; «¿Quieres que os mate a ti y a ese demonio blanco tuyo? ¿Es eso lo que quieres?»

Entonces encontró el diccionario.

A decir verdad, el diccionario de inglés de tapa dura en sí no demostraba nada. Él ya sabía que íbamos a esas clases y que mi madre ganaba dinero ayudando a los curas del Sagrado Corazón; así pagábamos el alquiler y la comida, pues lo que ganaba como pescador apenas le alcanzaba para costearse las borracheras. Sólo estaba loco por encontrar algún detonante, por nimio que fuera, capaz de desencadenar la tragedia, igual que Otelo necesitaba el pañuelo de Desdémona. Cuando mi madre rechazó tajantemente la acusación, él arremetió contra ella, preguntándole por qué había escondido entonces el diccionario en el fondo de su costurero, bajo las madejas de hilo y los alfileteros.

Mi madre no se encogió. Y mi padre se creció.

La agarró del pelo y la llevó a rastras hasta el puente, agitando el diccionario en el aire con la otra mano, como si fuera un predicador callejero enarbolando la Biblia, y dándome patadas y empujándome hacia la acera cada vez que intentaba morderle la mano o golpearle el tobillo para que soltase a mi madre, siempre en vano.

—¿Es que no lo ves? ¿No sabes reconocer tu propia letra, maldita zorra de mierda? —exclamó el monstruo golpeando la frente de mi

madre contra el pilar de hormigón.

—No, por favor... no es mi letra —suplicó ella.

—Ah, ¿que no lo ves? Pues entonces haré que lo veas —respondió el monstruo, mientras le golpeaba la cara con el diccionario.

Cuando la tapa estaba ya toda pringosa y resbaladiza con la sangre de mi madre, tiró el diccionario al arroyo y siguió dándole puñetazos.

No paró hasta que ni ella ni yo fuimos ya capaces hacer ningún ruido.

Y entonces lo oí susurrarle al oído, entre jadeos: «Si vuelves a engañarme, te entregaré a los japos. Entonces tu hija crecerá sin madre. Piensa en eso.»

Mamá perdió un ojo ese día, bajo el puente.

Y yo perdí mi última hebra de esperanza de recibir alguna ayuda de Dios.

A partir de ese momento supe que, de cara al futuro, sólo podía confiar en mí misma.

Mi madre tardó tres días en recobrar el conocimiento. Y esa tercera noche tuve que presenciar de nuevo la misma escena repugnante: el monstruo durmiendo con mamá, agarrado a ella como una sanguijuela hambrienta, ciñéndole el cuello con el brazo.

Los miré a los dos, sumidos en el sueño, y entonces la noté, la sensación de desprecio absoluto y desgarrador.

El rostro sereno del monstruo esbozaba una leve sonrisa de satisfacción: «Tengo a tu mamá», parecía susurrarme, imitando la vocecilla de un niño pequeño, impregnada de veneno, como el

hermanito avaricioso que no había llegado a tener. «Es mía y sólo mía. Nunca podrás arrancarla de mi lado.»

Y por primera vez en mi vida, también sentí desprecio hacia mi madre. La odié por ser incapaz de quitarse de encima el brazo de aquel demonio; la odié por ser tan impotente.

Y supe, en ese preciso instante, lo que tenía que hacer. La misión que tenía que cumplir antes de que el monstruo extinguiese para siempre la luz resplandeciente que irradiaba mi madre, antes de que el monstruo apagase en mí todo el amor que sentía por ella.

Salí corriendo de nuevo hacia la húmeda oscuridad, hacia el bosquecillo de abedules, donde me sentía más como en casa que en nuestra propia casa. El lugar rodeado de verde donde cobraban vida todas las pequeñas y sombrías clases de musgos y setas, el lugar donde sabía con certeza que podría encontrar la tierra perfecta.

Sin embargo, no era tierra lo que buscaba esta vez. Buscaba un olor.

Un olor a basura recalentada por el sol, ligeramente repulsivo y dulzón. Un olor a aceite de sésamo rancio y a soja fermentada. Buscaba la nuez de serpiente, la *sanak*, la hierba que tomaba su sobrenombre de su peculiar olor: la pariente venenosa de la planta medicinal *sahwa*, la flor de serpiente.

Sólo las personas con un sentido muy agudo del olfato y del gusto, como mi madre y yo, podían reconocer su toxicidad.

Aunque yo era la única que podía cumplir aquella misión, pues el exceso de empatía de mi madre no se lo permitiría. Así que, al final, al menos sí tenía algo que agradecerle a mi padre: después de todo, era hija suya y compartíamos la sangre que corría por nuestras venas. Y su parte de sangre compensaría el exceso de empatía que

había heredado de mi madre, impidiéndome de ese modo mostrar clemencia con el demonio, que no la merecía, el demonio que respiraba alcohol y al que estaba a punto de exorcizar.

Años más tarde oí en algún sitio que, a sus ojos, todos los asesinos tienen razones legítimas para cometer sus crímenes. Yo no fui ninguna excepción: pensaba que mi decisión podía justificarse, cuando no perdonarse. Y, a decir verdad, ni siquiera sentía demasiada culpa.

Pero supongo que la diferencia entre un asesino psicópata y yo era que al menos yo me sentía culpable por no sentirme culpable. Además, no disfruté del trámite en sí. Para los psicópatas, según tengo entendido, lo más importante está en el trámite, en ver a la víctima sufrir y morir.

Yo no quería verlo morir, pese a lo mucho que lo odiaba. Así que le preparé la comida por la mañana temprano y luego me llevé a mi madre a buscar setas, una excursión de varias horas. Volvimos a casa por la tarde.

Lo que vimos a la vuelta no fue un espectáculo agradable.

Sus labios, cubiertos de una telaraña de sangre y espuma, eran de un rosa brillante. También el blanco de sus ojos, con las pupilas negras desorbitadas hacia dentro. Las dos protuberancias inyectadas en sangre resistían tenazmente todos mis esfuerzos por cerrarlas con los dedos. Al final le quité el chaleco acolchado y le tapé la cabeza con él.

Mi madre no era tonta; supo de inmediato lo que había ocurrido. Pasó dos días sumida en un estado de aturdimiento constante,

negándose a dirigirme la palabra, pero yo sabía que, al final, todo iría bien, que sólo necesitábamos algo de tiempo para asimilar la nueva realidad.

No podíamos organizar un entierro, así que tendríamos que decir a los vecinos que mi padre se había hecho a la mar de nuevo para cazar ballenas. La tercera noche, cuando el manto de la oscuridad cayó sobre todo el pueblo, envolvimos el cadáver en un saco de patatas, lo arrastramos hasta el bosque de abedules y lo enterramos allí, lo más hondo posible.

En el camino de vuelta a casa, andando las dos juntas y en silencio, me pregunté cuánto tardaría el cadáver en descomponerse. Gracias a la acción del calor y la humedad del suelo del tupido bosque de abedules, supuse que su cuerpo no tardaría mucho en fundirse con la tierra. Con la tela de arpillera como única barrera entre ésta y él, quizá no tardara ni medio año.

Imaginé su cara enterrada, con los ojos cerrados con delicadeza. Los labios y las mejillas serían tal vez los primeros en desintegrarse, invitando a los gránulos terrosos a adentrarse en sus fauces como si estuviera comiendo tierra. Los fragmentos descompuestos de su carne, despellejados de su cuerpo, se mezclarían con ella, contaminando y mancillando mi tierra perfecta.

Entonces vi en mi cabeza cómo mi mayor temor se hacía realidad.

Hundí las manos en la tierra lisa, bajo los abedules, y cogí un puñado para metérmelo en la boca. Cuando saqué las manos de la tierra, vi que tenía los dedos negros por la sangre de mi padre.

Y fue en ese momento, el momento en que me enfrenté al color de mi pecado, cuando dejé de comer tierra.

LA TERCERA VIDA

Hasta derrumbar la casa

1950

Rara vez dormíamos bajo techo. A menudo el único refugio para pasar la noche eran las casas abandonadas que habían sido pasto del fuego. La luz de las estrellas se cernía sobre nuestros rostros ceñudos, vencidos por el sueño. A pesar del frío nocturno que se colaba por el techo destrozado, dormíamos bien. Comíamos lo que podíamos. Sobrevivíamos.

Durante la guerra de Corea, esa primera persona del plural, ese «nosotros», era un concepto un poco ambiguo: podía hacer referencia tanto a alguien del Norte como del Sur, a un comunista o a un capitalista; en realidad, no importaba. Cada noche intentaba formar un «nosotros» con algún extraño, con otro cuerpo humano junto al mío en la suave oscuridad, para no pasar frío y protegerme de la soledad. Primero acurrucaba el cuerpo, pegando con cuidado los antebrazos y las espinillas a la espalda de la persona en cuestión y, si no se movía, acercaba el vientre a aquella cálida pared, rodeándole los hombros despacio con ambas manos. Para mi asombro, casi nadie oponía resistencia. A la mañana siguiente podíamos pelearnos con uñas y dientes por un trozo de raíz de flor de globo, pero en las noches sin techo, sólo éramos cuerpos calientes necesitados de más calor humano. A veces, cuando los

demás dormían a pierna suelta, les metía los dedos en los bolsillos interiores y les birlaba cualquier cosa que tuviese algún valor: caramelos, monedas de plata, un frasquito de aceite de serpiente para la fiebre tifoidea.

Recuerdo haber hablado de esa guerra antes incluso de que estallara. Era más joven e ingenua. Estaba en la clase de inglés que impartía el pastor Peltier, un misionero canadiense que dirigía un orfanato y fábrica de cerillas a la vez, en mi pueblo natal de Corea del Norte. Mientras nos hacía un breve repaso de la historia de Estados Unidos, nos habló de un tipo de guerra un tanto peculiar en la lucha de hermanos contra hermanos. La guerra no siempre se libra entre los ciudadanos de naciones distintas, subrayó monsieur Peltier mientras su tez lechosa iba volviéndose de un rosa claro, como las nalgas de un lechón. Los occidentales llaman a este tipo de confrontación «guerra civil», dijo, y mi mente juvenil se rió para sus adentros de aquella estupidez, de la inane ironía de llamar «civil» al fratricidio, del hecho de que esa guerra «civil» fuese en realidad mucho más brutal que una guerra al uso.

Al principio, la guerra sólo era un incordio. Cuando regresé a mi pueblo tras años de ausencia, los camaradas con brazaletes rojos ya se habían infiltrado en la vida cotidiana de los lugareños, atosigándolos con reuniones obligatorias y mítines semanales, a menudo incluso convocando a las mujeres casadas para que se formaran como centinelas. Aquello hizo que la gente desapareciese del pueblo. Los rumores sobre el cálido Sur, libre de obligaciones partidistas forzosas, empezaron a atraer a algunos soñadores del Norte, como mi madre y mi hermana, quienes, según los vecinos, se habían ido al Sur hacía mucho tiempo.

Empezó a esfumarse más gente. Una familia del pueblo vecino murió de la noche a la mañana, según se rumoreaba, alcanzados por un misil que había errado su objetivo. Tras varios meses de fuegos artificiales continuos, la gente del pueblo presenció al fin la llegada de los yanquis y comenzó lo que llamaron el «trasiego». El pueblo se dividió en dos, como una concubina menesterosa que sirve a dos señores sin saber aún a cuál de los dos entregarse por completo para sobrevivir. Durante el día, los yanquis, acompañados de soldados del Sur, recorrían el pueblo con su camión militar repartiendo comida y haciendo preguntas; por las noches, unos guerrilleros de aspecto demacrado, escondidos hasta entonces en las montañas, bajaban y merodeaban por el pueblo como fantasmas hambrientos, recogiendo comida e información a hurtadillas. En tan extrañas circunstancias, una disputa familiar o una simple riña entre vecinos se convertía en una sangrienta fatalidad. A la luz del sol, alguien del pueblo acusaba a su vecino de simpatizar con los comunistas; bajo la luz de la luna, el hijo de la víctima delataba al primero por ser una marioneta de los yanquis. Los supuestos comunistas a quienes se llevaba el camión militar yanqui no volvían nunca, mientras que muchos de los supuestos amiguitos de los yanquis eran ejecutados en el acto. Los señalamientos del rojo comunista y la caza del traidor se turnaban día tras día, mientras la afilada guadaña de la guerra oscilaba de un lado a otro en el aire, segando la vida de los lugareños al azar.

Yo me negué a ser una víctima desamparada. Me dirigí al Sur, con el sueño infantil de reunirme con mi madre y mi hermana aún vivo, aunque sólo fuese a medias, en algún recoveco de mi cabeza.

Durante el día caminaba y rebuscaba en la basura, ampliando cada día la definición de la palabra «alimento», desde gachas de cebada hasta manzanas agrias, ortigas hervidas o cortezas de árbol. Por las noches robaba calor de un cuerpo ajeno, bajo la luz cenicienta de la luna que se filtraba por una casa quemada.

Sin embargo, la noche en que decidí convertirme en un niño, no era una casa. Anteriormente había sido una escuela. El refugio nocturno más espacioso hasta entonces. Los yanquis habían reconvertido en cuartel el que fuera un moderno edificio escolar construido por el ejército japonés durante la Segunda Guerra Mundial, y ahora, en plena guerra de Corea, se utilizaba como campo de refugiados temporal. Yo estaba tumbada en una de las aulas, mirando hacia el techo de retazos, una enorme fisura con las cicatrices de la guerra y recubierta de planchas de chapa ondulada. Y pese a todo, bajo el tejado de chapa, aún seguía percibiendo el olor de la luna pálida. Las ventanas sin cristales invitaban a entrar su aliento helado, haciendo crecer en mi cuerpo de nuevo el ansia de calor humano.

Encontré una espalda perfecta. Era de una mujer, ni joven ni vieja. Tenía los hombros redondos envueltos en una piel de terciopelo. Sus poderosas caderas se estremecían cada vez que se movía y daba vueltas en la cama. Esperé a que apaciguara sus movimientos. Dejé escapar un suspiro suave y agudo por detrás de sus orejas, para desarmarla, aun dormida, con mi tierno aliento femenino. Estaba a punto de abrazarme a ella, con toda la delicadeza posible, con los brazos cruzados como los de una mantis religiosa, cuando los depredadores nocturnos entraron por la ventana. Murmuraban, con

la respiración entrecortada. Comprendí la naturaleza de sus murmullos; entendía su idioma. Eran los yanquis. Dos. Uno blanco y el otro negro. Le metieron un trapo en la boca y se llevaron a la mujer, que no dejó de forcejear y resistirse furiosamente, sacudiendo las caderas con cada protesta, hasta que una bofetada la obligó a quedarse quieta. Desde el otro lado de las ventanas sin cristales de la escuela llegaba el tenso ruido de una violación silenciosa.

A la mañana siguiente recorrí las calles buscando el cadáver de algún niño. No me costó demasiado encontrar uno, más o menos de mi tamaño. Le quité la ropa de chico: un par de calzoncillos largos, un chaleco grueso y pantalones de arpillera. Del color del óxido y con olor a raya podrida. Antes de ponérmelos, me aplasté los pechos con mi pañuelo de algodón. Por suerte, ya me había cortado el pelo muy corto.

Era alta para ser una mujer y bajita para un hombre. Perfecta para un chico.

«De todas maneras, sólo soy una mujer a medias», pensé sonriendo, vaciada por dentro.

Antes de darnos una bofetada a mí o a mi madre, mi padre siempre decía que, en cierto modo, las mujeres eran como los críos pequeños: estancadas para siempre en la inmadurez, incapaces de aprender o de madurar algún día, y que por eso hacía falta que nos dieran unos buenos azotes regularmente. Me dieron ganas de susurrarle a mi padre, si hubiera estado vivo, que a los niños nunca los llamaban a filas, sólo a los hombres; además, era más probable que dejasen en paz su entrepierna que la de las niñas.

Ya he sobrevivido a cosas peores, me dije. Puedo sobrevivir a esto.

En mi viaje a través del Norte hacia el Sur, no vi ni una sola casa indemne, ninguna que hubiese sobrevivido al fuego.

El cielo estaba preñado de ruido y los cazabombarderos eran sus ocupantes permanentes: cuando surcaban el aire con relativa calma, refunfuñaban en voz baja; más lejos, ronroneaban como un gato o gruñían como un sabueso justo por encima de las colinas cubiertas de maleza; luego, cuando menos lo esperaba, se pedorreaban atronadores directamente en mis tímpanos, prendiendo fuego a todas las techumbres de paja de alrededor.

Días después, podía cagar en los arbustos sin pestañear siquiera, bajo la serenata de los aviones aulladores y sus excrementos incendiarios. Los bombardeos eran tan omnipresentes que, a partir de un momento dado, sentí que sobrevivir era pura cuestión de suerte.

Por eso no salía de mi asombro cuando vi el tren cruzando la frontera por primera vez. Me sorprendió que tanta gente hubiera sobrevivido a semejante infierno: el tren iba repleto de refugiados, toda su superficie bullía de cuerpos que no dejaban de moverse, como lapas cubriendo el casco de un barco hundido.

Me encontraba entre los centenares de personas que viajaban en la parte superior de los vagones. El viento que me azotaba la cara arreciaba conforme el tren aceleraba al abrirse paso a través del frío nocturno. Pero robar el calor de otro cuerpo era impensable. Había que exprimir hasta la última gota de fuerza para agarrarse al borde

del techo de acero. No hacerlo significaba el fin. Vi desaparecer varios cuerpecitos, cayendo uno por uno detrás del implacable traqueteo del tren nocturno. Las delgadas franjas de espacio que habían ocupado aquellos cuerpos menudos se llenaban entonces con los alaridos de sus madres.

Para mí, el Sur era el lugar de las casas sin restos de hollín.

Busan fue el destino final de numerosos huérfanos de guerra. Una de las ciudades más meridionales de Corea, Busan no había caído bajo las fuerzas comunistas, por lo que era la única región del país que había escapado a los bombardeos. Las casas de Busan, al igual que el pelotón de refugiados coreanos recién llegados que habían huido del régimen comunista, eran supervivientes; sus paredes y tejados nunca fueron pasto de las llamas.

Pese a todo, el número de casas apenas era suficiente para el flujo cada vez mayor de supervivientes humanos. Las colinas peñascosas del barrio de Ami no tardaron en convertirse en una barriada de chabolas. Cada semana aparecían allí nuevas hileras de casas hechas con tablones de madera, como setas después de una fuerte tormenta. Los rezagados que no consiguieron refugiarse en las colinas acabaron aglomerándose en el camposanto. El cementerio público para los japoneses, un fosal construido bajo la ocupación nipona, dio paso a los *pondoks* de los refugiados coreanos, con sus techos de planchas de hojalata oxidada y las paredes hechas de restos de cajas de embalaje y barro. Los que habían sido ocupados ocupaban ahora el lugar de descanso de sus ocupantes muertos, convirtiendo el último lugar de descanso de los muertos en el de los

vivos, las lápidas en piedras angulares, y bautizando así el enclave con su nuevo sobrenombre, «Biseok Maeul», la Ciudad de las Lápidas.

Enseguida proliferaron los mercados y mercadillos, a medida que los refugiados, acuciados por el hambre, se agolpaban en las calles para vender y comprar, para regatear y comerciar con todo lo que pillasen. El más popular era el Mercadillo de Enlatados. Allí, los refugiados comerciaban con conservas de fabricación yanqui: las raciones tipo C del ejército estadounidense eran una de las pocas fuentes estables de alimento. El plato más exquisito eran los espaguetis con carne y salsa de tomate, mientras que las salchichas y las habichuelas siempre estaban entre los productos más populares. Había una demanda incesante de chicles recubiertos de caramelo y de cigarrillos Lucky Strike, mientras que algunos bichos raros obsesionados con la guerra buscaban como rarezas las placas de identificación robadas a los soldados muertos, para conservarlas como *souvenir* y utilizarlas de abrelatas.

Ahora la concubina ya no estaba indecisa sobre a quién debía recurrir para sobrevivir: de cintura para abajo al menos, por debajo del paralelo 38, todos los ámbitos de la vida giraban en torno a los yanquis. A mí me daba igual a quién tuviera que servir, si a los capitalistas o a los comunistas, siempre y cuando me dieran una comida caliente y no me pegaran palizas: entre otras cosas, yo era una superviviente.

Un día los abordé directamente. Pensaba que ir disfrazada de chico me protegía.

—¿Tenéis algún trabajo para mí? —les pregunté sin más, en mi inglés casi sin acento.

Los pillé desprevenidos, un grupo de soldados disfrutando de su pausa para fumar a la entrada del mercadillo de productos enlatados. Se quedaron sin habla, mirándome fijamente durante un par de segundos, dos de ellos con la boca abierta, despidiendo volutas de humo.

—Largo de aquí, chaval —me contestó en coreano un nativo que estaba entre ellos, agitando la mano en el aire como si espantara un mosquito.

—Hablo bien inglés —volví a decir despacio—. Necesito un trabajo, señor. —Ya ni siquiera me daban miedo los golpes: llevaba cuatro días con el estómago vacío.

—¿Dónde aprendiste inglés, chaval? —me preguntaron al fin, tras intercambiar risas y algunas miradas curiosas. Un soldado occidental, con un cigarrillo encendido todavía colgando de la comisura de los labios, hizo una seña al coreano para que se acercara y le murmuró algo inaudible al oído.

Seguí al coreano, un hombre de labios finos y ojos de lechuza. Me dijo, con una sonrisa aviesa, que tenían un trabajillo para mí, aunque era demasiado joven y flaco para ser soldado. Con mi buen inglés, me dijo, podría hacer de intérprete. Me prometió que me darían de comer y un techo. Los rugidos de mi estómago dijeron que sí antes de que lo hiciera mi boca.

—Eres un huérfano de guerra, ¿verdad? ¿Cómo te llamas, chico? —me preguntó.

—Yongmal —respondí. No era mi nombre, aunque tampoco era un nombre de chico.

Me subieron a su camión militar.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A la Casa —le dijo al conductor sin mirarme.

—¿Adónde vamos? —insistí preguntándole esta vez al conductor y mirándolo a los ojos reflejados en el retrovisor.

Pero en vez de responderme, el conductor esbozó una sonrisa débil y emitió un ruido extraño, una sucesión de graznidos entrecortados, como los jadeos de un animalillo. Hizo como que se rascaba un momento la mejilla con la mano derecha.

La Casa no era una casa. Era lo que antes había sido una escuela.

El edificio estaba intacto. No había ninguna cicatriz de una antigua fisura en el tejado. No le faltaba ninguna ventana.

El cristal de la ventana tenía dos dedos de grosor y estaba protegido por barrotes de hierro tan anchos como la muñeca de un hombre. Los regueros de óxido que se deslizaban por los barrotes seguían el mismo trazo descendente por las paredes de hormigón, como las rayas del uniforme de un preso.

Otro edificio escolar moderno, construido por los japoneses y reconvertido por la guerra de Corea.

La llamaban «la Casa» en su forma abreviada, y «la Casa de los Monos» en su forma completa. La gente del pueblo vecino a veces la llamaba «el Camión», porque el edificio, de color gris azulado y de líneas perpendiculares, parecía un camión militar gigante.

Vi los rostros de las mujeres a través de las ventanas del segundo piso. Estaban colgadas de la malla metálica soldada tras los ventanales, con la mirada anegada de gemidos silenciosos, apretando los dedos con fuerza.

Como monos, aferrados a la pared de una jaula.

Se movían con un cabeceo constante, encogiendo los hombros espasmódicamente.

—Sé que no es una vista demasiado agradable —me susurró el hombre—, pero te acostumbrarás.

Me dijo que esas mujeres estaban enfermas y que las curaban allí, en el segundo piso de la Casa. Yo debía ayudarlas, como intérprete de los males que las aquejaban, me explicó. Mi tarea era sencilla: traducir del coreano al inglés, o del inglés al coreano, entre las chicas y los dos médicos y los soldados yanquis que iban de visita.

En realidad, la Casa no necesitaba presentación. Supe todo lo que ocurría allí desde que mi mirada se encontró con la de las mujeres. Supe qué clase de dolores sufrían, a qué se debían todos los movimientos y espasmos, los gritos y los sudores; supe que eran por un exceso de penicilina inyectada a la fuerza en el organismo.

Ya conocía, de principio a fin, la lista de todos los «males» que las aquejaban. Ya sabía qué era la Casa, para qué servía en realidad.

Un leve escalofrío me recorrió la nuca y la columna vertebral, y se detuvo al llegar a la zona de la pelvis, donde se demoró un rato. Me puse las manos sobre el vientre, donde había estado mi útero.

Me sentí inmolada por dentro.

Como mi propia existencia, la estructura de la Casa era una ironía.

En contraste con el moderno exterior gris cemento, casi todos los elementos del interior eran de una madera de tonos cálidos, incluidos los suelos, las vigas, los travesaños y las pilastras. El suelo de parquet, de madera de cedro, siempre desprendía su agradable aroma especiado, pese a las manchas de sangre color cobre que le

habían salido en cuatro de sus esquinas. Las mujeres me contaron que el edificio no se había concebido como escuela. Se suponía que debía ser una casa de verano, me susurraron, para la concubina de un prefecto japonés. El oficial quería construir una suntuosa villa de madera para su amante mestiza, pero murió en los primeros meses de la llamada «guerra del Pacífico» (un nombre que me parecía tan paradójico como el de «guerra civil»), con lo que la casa de veraneo nunca llegó a terminarse. Mucho más tarde, durante la guerra, la reconvirtieron a toda prisa en una moderna escuela, donde soñaban con moldear a los insolentes mocosos coreanos para convertirlos en leales defensores del Imperio japonés.

Bueno, la Casa. Un hogar para doce mujeres sin hogar, aunque el número solía fluctuar bastante. Según el celador coreano de la cara de lechuza, la guerra había destruido sus auténticos hogares o habían dejado de ser seguros para ellas por culpa de sus propios tejemanejes con sus dobles juegos.

—Resulta que mientras se llamaban a sí mismas «sureñas amantes de la libertad» —explicó—, los comunistas les daban sacos de arroz gratis, bajo mano. Ahora les han dado una segunda oportunidad, aquí en la Casa, de servir a su verdadera patria poniéndose a disposición de los soldados del mayor aliado de su país, las fuerzas estadounidenses, los héroes que vinieron a rescatarnos de las malvadas garras de los comunistas. —El celador recalcó que su salud era un asunto de gran importancia, pues podía afectar directamente a la de los soldados yanquis que entraban y salían de allí—. Por eso hemos habilitado el segundo piso, donde tratamos de eliminar de raíz, al menor indicio, cualquier enfermedad transmisible.

El segundo piso era el lugar que había dado al edificio su sobrenombre, y también donde vi a Jenny por primera vez. Su verdadero nombre era Jae-soon, pero todos los soldados la llamaban Jenny. Con el tiempo, el resto también la llamamos así. Vi su cuerpo desnudo desde el principio: con un pecho de pichón y pies de pato, parecía un pájaro alto. A diferencia de otras mujeres, nunca bajaba la vista hacia el suelo. Su mirada siguió la mía y la del médico yanqui sin ningún pudor durante todo el tiempo que duró la revisión médica, como si estuviera esforzándose por desentrañar algún código secreto detrás de nuestras acciones. Me hizo sentir incómoda. Era como si viese a través de mí, como si de algún modo estuviera desenmascarando a la farsante que se ocultaba bajo mi disfraz masculino. En mi cabeza, la clasifiqué como «Jenny, Ojo de Halcón». En la historia clínica que llevaba en la mano la clasifiqué como APTA.

Jenny fue la única mujer que intentó escapar de la Casa, aunque sin éxito. Una noche, el celador me despertó y me ordenó que hiciera sonar la alarma. Subió corriendo al segundo piso y yo lo seguí. Vi a Jenny al otro lado de los barrotes de la ventana: había conseguido de algún modo salir al patio y corría descalza hacia el bosque. Vi a un soldado, el conductor del camión, persiguiéndola con zancadas amplias y parsimoniosas.

—¡Corre, nena, corre! —gritaba entre risas con la bragueta entreabierta mientras se subía los pantalones con una mano.

No tardaron en desaparecer, ambos casi al mismo tiempo, engullidos por la oscuridad del bosque. Cuando regresaron, enviaron a Jenny de inmediato al segundo piso, donde pasó los siguientes tres días en un rincón oscuro de la Sala de los Monos, con las venas

de los muslos hinchadas por el cóctel de inyecciones y sus gritos inundando toda la Casa como el alarido interminable y desgarrador de una *banshee*.

Jenny me recordaba a una antigua amiga mía, y la admiraba y la compadecía precisamente por eso. Admiraba su coraje, su temeridad. Y sin embargo, me preguntaba si de verdad podía alguien escapar de la Casa.

Yo también creía haber escapado.

Antes de la Casa, estuvo la Estación, el lugar que me había arrancado la adolescencia.

La chatarrería, o el suelo de la carnicería, donde la memoria sólo existía a modo de escalofríos y fragmentos.

La Estación era la forma abreviada; la Estación de Consuelo, la completa.

Aprendimos por las malas lo que significaba para ellos la palabra «consuelo». Un grupo de adolescentes coreanas hambrientas, abandonando nuestro país natal por Japón. Una fábrica, nos habían prometido. Resultó que no era una fábrica de cosas, sino una fábrica de hombres, soldados japoneses, en la selva de Semarang, llena de mosquitos, sangre y sudor oxidado.

Un soldado tras otro, día tras día. Sobrios y borrachos. A veces les faltaba un ojo, la punta de un dedo. Grasa en sus manos. El sudor. El semen, salado como el pescado, cayendo a gotas. Los gritos venían primero. El silencio de la rendición después. Dejaban que el opio, la penicilina y el mercurio nos inundaran las venas. Nos daban una paliza y luego nos cantaban una nana. Las chicas morían. Una

tras otra. De malaria. O de los azotes, o de asfixia. Y de todos los males que te tiñen eso que hay entre las piernas de negro, de púrpura. De úteros robados, sin anestesia general, los ojos entreabiertos viendo cómo te arrancan del cuerpo el nudo caliente y tenso, un puño pequeño envuelto en sangre.

El suicidio era un sueño prohibido para nosotras.

En la Estación de Consuelo conocí a Yongmal. La dueña de mi seudónimo: un nombre raro en realidad, con los caracteres del dragón y el caballo juntos, dos letras que no se usan casi nunca en un nombre de chica. Yongmal era la loca, la payasa. La narradora que nos mantenía despiertas por la noche. Nunca consiguieron acallarla, ni siquiera después de quitarle dos dientes delanteros. Cuando se apagaban las luces, empezaba a susurrar, a contarnos historias mientras notábamos su aliento en la nuca. Las palabras brotaban a borbotones: el nombre de su madre, los suspiros de su padre, el año en que nació su primer poni, el día que le vino la regla por primera vez, el primer vino que probó, las exageradas anécdotas de sus aventuras a caballo y su primer amor, toda la ternura y la estupidez de su infancia, leyendas de su hogar. Nos prendamos de su sonrisa desdentada, de su risa tonta. Todas las noches nos hacía vibrar de emoción con sus historias.

Allí, la imagen de nuestro hogar se iba extinguiendo poco a poco en nuestro interior, pero Yongmal la mantenía viva. Aunque murió en la Estación, quería que yo sobreviviera. Quería que escapara de aquel puñetero sitio y volviera a casa. En cierto modo tuvo suerte, pensé, porque nunca llegaría a ver que lo que ella llamaba su «hogar» ya no estaría allí, devorado por otra guerra; ella nunca sabría que las mismas manos que me habían salvado me volvían a

arrojar al interior de aquellas paredes: las manos de las fuerzas aliadas, las de los soldados estadounidenses que habían puesto un grandioso final a la guerra del Pacífico.

A medida que pasaba el tiempo, se hizo evidente por qué me habían asignado aquel trabajo, como responsable extraoficial e intérprete de la Casa. A sus ojos, yo era un crío, no un machote, y por tanto no era probable que le echase mis sucias zarpas a su carne fresca, las vituallas de guerra reservadas a los yanquis. Estaban empeñados en mantener esa misma carne lo más pura posible, en mantener sus cuerpos militares sanos, en perfecto estado de funcionamiento. Debían de pensar que su Casa, junto con su secreto, estaba a salvo de todo peligro. No sabían que habían dejado entrar a una sabandija, un mal bicho de dientecillos afilados que iba royendo despacio todos los rincones.

Cuando encerraron tres días a Jenny en la Sala de los Monos, me asignaron la tarea de vigilarla, de asegurarme de que no volviera a escaparse, de que no muriese. La mayor parte del tiempo ni siquiera era ella misma, sólo podía gemir o gritar. Sin embargo, en los raros y fugaces momentos en los que mostraba su verdadero yo, hablábamos. Su magnetismo era innegable, pero me aterraba lo que veía en ella: sabía adónde la llevaría su audacia. Ya lo había visto antes, y no podía permitirme otra pérdida. Aun así, hablábamos. Y le daba más comida y agua a escondidas. Casi siempre, yo la escuchaba y ella hablaba. Aunque yo tenía alguna que otra historia que contar, procuraba callarme, porque sabía que era lo mejor para las dos. Como Yongmal, Jenny hablaba mucho de su hogar. También

me contó cómo había llegado a la Casa: no hicieron falta más que dos sacos de cebada para llevarla hasta allí.

—Mis hermanas pequeñas llevaban días muertas de hambre, así que acepté alegremente la comida que me ofrecían y apunté mi nombre en su lista. ¿Cómo coño iba a saber yo lo que era el Namrodang? —exclamó—. ¿Una cría que ni siquiera podía acercarse a la puerta de la escuela?

Con el tiempo, me acostumbré a la rutina de la Casa; Jenny también me ayudó a descubrir cómo funcionaba la cosa. Las visitas las hacían dos médicos, uno coreano y otro estadounidense. El coreano venía con más frecuencia, cada vez acompañado de una enfermera y con una caja llena de agujas y ampollas. El blanco sólo aparecía una vez cada varias semanas y nunca participaba directamente en el tratamiento, más bien era un mero observador: leía los historiales y tomaba nota de los progresos o del deterioro. Y una vez al mes, como hacían en la Estación, sacaban a todas las mujeres, las subían a la caja del camión y las llevaban al gran hospital militar de la ciudad, donde las sometían a un reconocimiento más exhaustivo.

Yo sabía dónde guardaban los suministros médicos; estaban apilados en el almacén improvisado del segundo piso, cerca de la entrada de la Sala de los Monos, a la que yo no tenía acceso. El celador coreano que acechaba por las noches llevaba la llave consigo a todas horas. Deduje que nunca me confiaría del todo las chicas ni los objetos de valor. Pero eso no era ningún problema para mí: yo era una ratera nata, alguien que había sobrevivido a la guerra, sin vergüenza, robando. No sólo robaba el calor de otros cuerpos, sino

también sus cosas de valor: su comida, dinero, medicinas... lo que fuera. Lo que se escondían en el escote, entre los pechos, fue lo que me ayudó a sobrevivir un día tras otro.

Y el veneno no era algo desconocido para mí, todo lo contrario. Era un rostro entre la multitud, una cara familiar, lanzándome una sonrisa sibilina. O un pequeño centinela, montando guardia en mi bolsillo lleno de oscuros secretos. «Con tu ayuda, ya me he cargado a dos hombres», me susurraba con su voz femenina al oído. Sí, era una voz femenina y no masculina, porque, según dicen, era una forma femenina de hacerlo: disimulada e insidiosa y, por tanto, nunca un medio lo bastante varonil. Para mí, era el único método concebible, por mi desamparo absoluto, despojada de opciones y dignidad. Cuando las manos que deberían protegerte son las que vienen a estrangularte, no te da vergüenza recurrir a los únicos dientes que te quedan. El veneno, por obra y gracia de Dios, era la verdadera democracia: no hacía discriminaciones de ningún tipo, acabaría contigo tanto si eras rico como pobre, comunista o capitalista, hombre o mujer.

Aunque estuve tentada de hacerlo, nunca llegué a revelar mi verdadera identidad a Jenny ni a ninguna otra mujer de la Casa. Pese a mi poderoso deseo de salvarlas, evitaba sentir algún tipo de apego. No me paraba a charlar con ellas de cosas insustanciales. Evitaba o ignoraba sus miradas suplicantes. Sabía que esos rostros me atormentarían en sueños incluso mucho después de que se hubiera desvanecido el olor de los obuses. Hacía un esfuerzo por no recordar sus nombres, todos aquellos bisílabos familiares que se me

escapaban de la lengua si se lo permitía. Todos excepto el de Jenny, por supuesto.

Tenía la sensación de que ella, al igual que Yongmal, había llegado a mi vida de la mano de alguna fuerza sobre la que yo no tenía ningún control. Deseaba con toda mi alma que sus ojos de águila, con aquella mirada inquietante y excitante a la vez, siguieran siendo siempre tan peligrosos, que siguieran estando tan llenos de espíritu combativo. Deseaba con toda mi alma recordarla siempre así. De manera que cuando llegó aquella mañana —la mañana de la revisión médica mensual en la ciudad, la mañana en que les hice aquellos engañosos nudos corredizos en las muñecas a todas las mujeres, unos que podrían deshacer fácilmente con sólo un tirón largo y suave; después de meter la pistola del celador en las bragas de Jenny, la pistola a la que sólo le faltaba una bala, que ahora estaba alojada en algún punto entre las orejas del guardia dormido; la pistola, le dije, que sólo debían sacar cuando el camión redujera la velocidad al descender por el escarpado y serpenteante camino de montaña, que sólo debían disparar a la nuca del conductor en cuanto ella y el resto de las mujeres se hubiesen soltado sin hacer ruido las ataduras de las manos deshaciendo los nudos corredizos; la mañana en que le conté al conductor la mentirijilla de que el celador había vuelto a quedarse traspuesto «bajo los efectos del alcohol»; la mañana decisiva, si la suerte las acompañaba, de su único intento de fuga—, le hice a Jenny algo que no había planeado: la abracé. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza por detrás, robándole un pedacito de calor, dándole también un poco del mío, de forma que ahora yo tenía un trozo de ella y ella otro de mí. Noté el suave ronroneo de su caja torácica entre mis brazos. Ninguna de las dos se

movió. Aunque sólo fuera por unos instantes, no había desgracia en el mundo que pudiese afectarnos.

El mayor problema estaba en la propia Casa. Aun después de librarnos del celador, el conductor y el guardia, la Casa siempre estaría ahí, haciendo imposible que escapáramos de ella, incluso mucho después de que nos sacaran de aquellas cuatro paredes. Así que empecé a robar combustible; cualquier cosa que tuviese debilidad por el fuego, de hecho: gasolina para el camión, queroseno para la estufa, alcohol para friegas del botiquín del médico, hasta el licor apestoso que el celador había escondido detrás del armario de la cocina. Le eché un chorrito de líquido tóxico en la botella y llené mi jeringuilla de morfina. Sentí una irónica gratitud hacia los médicos, hacia el celador; como muchos otros esclavos antes que yo, había aprendido a poner cara de imbécil mientras mantenía los ojos y los oídos bien abiertos, captando sin cesar las migajas de información que el amo esparcía. Qué raro se me hizo al final, ver la cara plácida del celador, sumido en una paz profunda, rendido en brazos del sueño eterno, en contraste con su habitual actitud ansiosa, los ojos grandes y nerviosos en constante modo de alerta, su disposición a abalanzarse sobre el primer ratón que pasase correteando por delante. Le di el descanso que necesitaba y que nunca había podido procurarse a sí mismo.

Conocía las entrañas crudas y tiernas de la Casa, escondidas bajo la robusta piel. El exterior de color gris hierro era un barniz que protegía el fragante armazón de madera.

Y si en realidad no podíamos salir de la Casa, pensé, ¿por qué no ponerla del revés?

Con sumo cuidado, le inyecté el líquido robado en el esqueleto, empapando cada pilastra, cada travesaño, cada rincón de los suelos de parquet con el penetrante perfume del líquido inflamable, su aroma dulce y siniestro elevando mi cabeza en el aire hasta flotar alrededor de la Casa, como si no tuviera cuerpo, una extraña sonrisa deformándome los labios.

Podría haber huido de la zona de inmediato. En vez de eso, remonté sin prisa la montaña que hay detrás de la Casa y me adentré en la espesura de sus bosques. Pasé allí toda la mañana, escondida, observando.

Vi el movimiento de las alas de los pájaros de fuego a través de las ventanas de barrotes, preparando sus cuerpecillos para emprender el vuelo. «Arde, nena, arde», articularon mis labios, sin emitir sonido alguno.

Qué belleza. Qué placer fue aquello. Arder, ver quemarse todo, ver las cosas desaparecer engullidas por la danza de las lenguas ámbar, enloqueciéndose unas a otras a su antojo. Sucedió mucho más rápido de lo que pensaba, cien brazos de aquellas lenguas abrasadoras asomando por entre los barrotes, lamiendo, acariciando la pared, pintando de negro encendido el gris apagado. De pronto, con un cambio en la dirección del viento, la Casa no tardó en exhalar uno de sus últimos suspiros, lanzando las luciérnagas parpadeantes en mi dirección, los hermosos restos de llamas que me hacían cosquillas en la cara y me dejaron borrones de oscuridad en la piel, manchas que muy probablemente no conseguiría quitarme jamás. Más bien las luciría con orgullo. En ese momento los travesaños empezaron a ceder, entre rugidos y con un estruendoso aplauso. Por última vez, me puse el dedo índice debajo de la nariz y aspiré el

persistente olor a queroseno. Apuré su aroma embriagador hasta el fondo. Luego eché un último vistazo a las fauces que se venían abajo y que antaño fueron las ventanas protegidas con rejas de acero. Tal vez pensaban que aquellos barrotes de hierro podrían guardar su sucio secreto para siempre. No sabían que habían dejado entrar a la sabandija equivocada, una incendiaria, una farsante chaquetera que prendió fuego al tejado, dispuesta a derrumbar toda la puñetera Casa hasta sus cimientos.

LA SEGUNDA VIDA

Cuentacuentos

1942

Hay que reconocer que, al fin y al cabo, eran buenos narradores de historias. Nos contaban un montón de cuentos para atraernos.

Para Soori, fue la promesa de la liberación de su padre: le dijeron que lo único que tenía que hacer era trabajar en una fábrica de *senninbari* en Japón durante dos años para que dejaran en libertad a su progenitor, al que habían detenido por un delito de evasión de impuestos que nunca había cometido. Para Nami, fue la educación: la mejor de su clase, pero pobre como una rata, vio una oportunidad única en la beca que le ofrecieron para ir al instituto y a la universidad a cambio de trabajar dos años en una fábrica de zapatos. Para Jayoung, el cebo fueron los caramelos: como desafortunada cuarta hija de una menesterosa familia sin hijos varones, no se lo pensó dos veces y aceptó el empleo en una fábrica de caramelos de Osaka. Le prometieron que no sólo nadie iba a criticarla por trabajar siendo una chica, sino que su jornada diaria se vería recompensada con un generoso sueldo y un voluminoso saco de caramelos que satisfaría su incorregible afición por los dulces.

Para mí, fue un ojo.

Me engatusaron haciéndome creer que podían deshacer el daño que le había arrebatado el ojo derecho a mi madre. «El mejor

hospital moderno de Tokio puede obrar ese milagro, así que el benevolente Imperio japonés va a redimir lo que tu padre, digno heredero de Joseon, ha destrozado», aseguró el oficial Kinoshita. No puedo decir que no hubiese motivos para la suspicacia, pero estaba demasiado desesperada para preocuparme. Tras la repentina muerte de mi padre maltratador a causa de una intoxicación alimentaria —después de que sus manos de bestia dejasen a mi madre medio ciega—, la salud de ella cayó en picado. Con sus problemas de vista y sus vértigos, ya no podía trabajar en la fábrica de cerillas. Para colmo, a los tres meses de la muerte de mi padre, mi madre descubrió el regalo de despedida que nos había dejado: una semilla que crecía dentro de su vientre. Así que, a una edad en la que los niños de familias ricas estaban ingresando en la escuela secundaria, yo me convertí en el sostén económico infantil de una hermana recién nacida y de una madre prácticamente ciega. Sin embargo, con mis jornadas interminables apenas nos alcanzaba para comer tres veces al día. Por eso, cuando el oficial Kinoshita vino con la propuesta —un sueldo digno y cirugía ocular para mi madre a cambio de dos años de mi trabajo en una fábrica textil de Nagoya— la acepté, pensando que era imposible que mi situación empeorase.

A veces, cuando estaban demasiado cansados para inventarse historias, ni siquiera se molestaban. Cogían a las primeras adolescentes de aire fresco y juvenil que pasaban por la calle, las metían en la parte trasera de sus camiones militares y se marchaban. Así fue como Mija y Yongmal llegaron a la Estación. Estaban en el mercado, en pleno día, delante del vendedor de dulces, viéndolo cortar el pegajoso caramelo masticable de calabaza en rectángulos dorados perfectos. Mija estaba contando la calderilla

cuando notó que un brazo le rodeaba la cintura y una mano la agarraba de la trenza. Estaba demasiado conmocionada para gritar, pero oyó a Yongmal, que se resistía con fuerza, dando patadas al soldado en las espinillas y mordiéndole el antebrazo. Aun así, terminó igual que Mija, en la caja del camión, escupiendo un diente ensangrentado que acababa de perder por el puntapié de una bota militar. Mija y Yongmal me contaron que nos tenían envidia al resto, ya que al menos nosotras habíamos tenido la oportunidad de despedirnos de nuestras familias. Decían que eso les partía el corazón: quizá sus padres habían dado por hecho que se habían fugado de casa. Pero yo pensaba que, en el fondo, no había ninguna diferencia. Pensaba incluso que era mejor que sus padres creyeran que sus hijas se habían escapado a que supieran la verdad, a que supieran todo por lo que nos hacían pasar en la Estación.

Ellos lo redefinían todo con su propio relato.

Primero nos cambiaron los nombres. Jayoung se convirtió en Sawako, que significa «dulce». Jobasan dijo que el nombre le iba que ni pintado, por su afición por el caramelo y el chocolate. Mija, al ser la más joven y menuda de toda la Estación, se convirtió en Akiko, que significa «niña». El de Yongmal lo eligió el oficial Kaneda, que la probó antes que todos los soldados de menor rango y ordenó a Jobasan, sonriendo: «Llámala Anzu, porque su trasero sabe a un *anzu* ácido y fresco.» Un albaricoque. Naturalmente, Yongmal se negaba a que la llamáramos así cuando ellos no estaban delante, y juraba que no volvería a tocar un albaricoque en su vida. Soori pasó a ser Saori y Nami, Namiko, sin duda por la similitud fonética. Yo no

me negué a usar el mío: al adoptar su *nom de guerre*, quería separar a la mujer de la Estación de mi yo anterior, la niña avispada y pizpireta de Heoguri, Corea. Así que, a partir de entonces, fui Kaiyo. «No olvidéis nunca que sois fieles súbditas del Imperio japonés, así que abandonad todas vuestras antiguas costumbres coreanas, sobre todo el idioma», proclamó Jobasan.

Sus maniobras no sólo redefinieron nuestros nombres, sino que también alteraron el significado de algunas palabras. Lo que ellos llamaban «fábrica» no lo era en absoluto, y el lugar que llamaban «Japón» no era el Japón que conocíamos. Nuestro destino final resultó ser Semarang, Indonesia, uno de los múltiples emplazamientos en Asia de las bases militares imperiales japonesas, e íbamos a servir en lo que ellos llamaban «la Estación de Consuelo», dentro de la base. En nuestra primera noche en Semarang aprendimos, de forma visceral, lo que significaba «consuelo» para ellos. La Estación era un pequeño refugio improvisado hecho sobre todo de bambú y cuyo interior constaba de veinticinco habitaciones diminutas separadas por finas paredes de corteza de árbol entretejida. Nos encerraron a cada una de nosotras, veinticuatro en total, en una de esas habitaciones. Luego, al cabo de unas horas, llegaron los oficiales. Y nos hicieron lo que otros miles de soldados harían repetidamente cada día que pasamos en la Estación, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Aquella primera noche oí toda la gama de sonidos que es capaz de emitir un ser humano aterrorizado. La polifonía empezó con gritos y chillidos, y evolucionó a toda velocidad hasta convertirse en un rugido gutural, como el de un animal acorralado. A veces el ruido cesaba de repente, de forma brusca, tras un leve impacto metálico o un golpe

sordo que hacía temblar la pared, acompañado de unos exabruptos en japonés. Al final, después de que el último oficial satisfecho se marchara, se oyeron unos gemidos ahogados al unísono. Al poco rato, la profunda y húmeda trinchera de la noche lo engulló todo, acto seguido eructó una pizca de sollozos jadeantes y, finalmente, se hizo el silencio: una quietud resignada tan turbia y gris como el ojo muerto de mi madre.

Durante el día, una multitud de soldados me robaba todo «consuelo»: entre semana, unos cincuenta al día, doscientos los fines de semana. Cuando perdía el conocimiento, me echaban un cubo de agua helada para que me despertara y siguiera cumpliendo con mi deber hasta el anochecer. Cuando se nos hinchaba la entrepierna con ampollas de color burdeos, nos sangraba el culo y el dolor nos impedía caminar, nos inyectaban opio en las venas, ocho o nueve inyecciones los fines de semana, para satisfacer la fuerte demanda.

Por la noche, nos contábamos en susurros secretos en nuestra lengua materna los agridulces recuerdos que teníamos de nuestro hogar, retazos de la memoria que nos hacían sonreír, a veces atragantarnos de la risa, y luego llorar. Parecía que Yongmal nunca se quedaba sin palabras. Era muy parlanchina, de las que no se callan ni debajo del agua. Incluso había insistido en hablar coreano los primeros días delante de Jobasan y los soldados, hasta que le quitaron otro diente delantero y la dejaron coja de la pierna izquierda. Como le faltaban dos dientes delanteros, Yongmal pronunciaba todas las eses como si fueran equis, lo que muchas

veces nos hacía reír. Ella lo sabía y lo utilizaba a su favor en su cháchara nocturna: una vez llamó a Jobasan «*¡exe extúpido xoplapollax xacamuelax!*», provocando una risita ahogada que se extendió entre las chicas como la pólvora. Nunca nos cansábamos de las historias de Yongmal. A mí me daba mucha envidia la infancia que había tenido y el estilo con que la describía.

Había nacido en el seno de una acaudalada familia de granjeros del norte de Pyongan-do. El padre de Yongmal había heredado una enorme explotación de peras de su tío, quien había muerto sin descendencia, y era un hombre de carácter dulce y tranquilo, con una voz aterciopelada y unos ojos mansos y redondos como los de un ternero. Su madre, que dirigía la casa y la granja con puño de hierro, poseía el ojo clínico de un hombre de negocios y unos antebrazos robustos, hechos al trabajo duro. Pese a la diferencia de caracteres, los padres de Yongmal crearon un hogar acogedor lleno de amor, risas y comida. Incluso tenía un caballo. Lo llamó *Baram*, que en coreano puede significar «viento» y «deseo». *Baram* era muy goloso, incluso más que Jayoung, añadió Yongmal con una sonrisa pícara. A ella le costaba seguirle el ritmo de sus exigencias y a menudo renunciaba a sus propios dulces y los escondía en la funda de su almohada para sus futuras sesiones de entrenamiento. A veces tenía que robar de la cocina el carísimo azúcar blanco de su madre o comprar caramelo masticable de calabaza en el mercado con su propio dinero. A diferencia de la mayoría de los hombres, que encontraban vulgar a una mujer que montara a caballo, a su padre le gustaba verlos a ella y a *Baram* juntos, por lo alegre y vivaracha que se mostraba cuando estaba con él.

Nuestra historia preferida era la de cuando Yongmal se escapó la madrugada del día de su boda, una historia con visos de leyenda que nos contó una y otra vez, en innumerables ocasiones. Un día, para su sorpresa, descubrió que sus padres le habían estado organizando su boda. Un simple vistazo a la foto de su futuro marido la dejó absolutamente horrorizada: un hombre pálido y desgarbado con dos marcas de viruela justo encima del arco de la ceja derecha, como un punto y coma. Resultó ser un sastre acomodado de Pionyang, hijo de un amigo de la infancia del padre de Yongmal, un viudo trece años mayor que ella. Yongmal sintió la puñalada de la traición: ¿cómo podía su padre, el hombre liberal de mirada inocente, haber concebido un plan tan reaccionario a espaldas de su hija? Le explicó que era por su propio bien. «Corre el rumor de que los japoneses se están llevando a las solteras», dijo, con una tristeza desconocida que le hacía fruncir las cejas. Ahora entendía perfectamente a qué se refería su padre, pero aquella versión más joven de sí misma era demasiado inocente para comprenderlo. Lo único que supo vislumbrar, vestida con el brillante vestido de tafetán rojo sangre en la mañana de su boda, fue la perspectiva de rebelarse. Sola en su oscura habitación, tras una cortina de muselina blanca, mientras todas las mujeres de la casa estaban ocupadas preparando la comida para el banquete, se despojó de su vestido carmesí. Como una serpiente que deja atrás su piel muerta, salió a hurtadillas de la habitación por la ventana que daba al patio trasero, corrió hasta el establo y montó a *Baram*. Huyeron por la puerta de atrás sin que nadie se percatara y, cuando llegaron al camino seguro a través del bosque, impulsó a *Baram* al galope y le hizo correr, por primera vez en su vida, haciendo honor a su nombre.

Se dirigían a toda velocidad hacia el puente, y estaban a una docena escasa de metros de abandonar los límites de su pueblo natal cuando divisaron la diminuta figura. Era un hombre, bajo y regordete, con los hombros encorvados bajo dos enormes bultos marrones que llevaba a cuestas. El hombre fijó la mirada en ella y en *Baram*.

—Qué espectáculo debió de ser aquello para sus ojos... —susurró Yongmal—. ¡Una chica a lomos de un caballo, vestida con fina lencería de seda, dirigiéndose hacia él a la velocidad del rayo!

Vio cómo al hombre le temblaban las rodillas y cómo uno de los fardos que llevaba al hombro caía al suelo, desparramando su pulverizado contenido por el puente. Yongmal no aminoró la marcha, pero de repente *Baram* soltó un bufido. Relinchó con fuerza y se detuvo en seco, catapultándola por los aires. El golpe que se dio en la nuca al caer sobre el río helado fue su último recuerdo antes de desmayarse. Despertó más tarde en su habitación, rodeada por sus padres, los criados, un médico y el hombre regordete del puente. Resultó que era un vendedor ambulante, que llevaba los sacos de azúcar blanco que su madre había encargado para el postre del banquete de bodas. Mientras *Baram* consumía el polvo nevado que cubría el puente, el vendedor ambulante la rescató del río. Por suerte, Yongmal sólo sufrió heridas leves, de modo que, desgraciadamente, la boda se celebró según lo previsto, a pesar de que la novia estornudaba cada dos minutos y tenía el labio superior hinchado, del tamaño de una nuez. Según contaba, durante los siguientes días, el puente espolvoreado de azúcar se convirtió en un lugar de atracción para todos los cachorros del pueblo y las mulas que lo transitaban.

Esperamos, con una mezcla de curiosidad y horror, el relato de su primera noche con aquel marido indeseado. Yongmal contó que tenía una vaga idea de lo que iba a pasar y que estaba dispuesta a defenderse con uñas y dientes, y hasta con las velas encendidas del dormitorio, si era necesario.

—La vida está llena de sorpresas —murmuró—. No me puso un solo dedo encima.

Le dijo que ella necesitaba descansar después de un día tan largo y duro, con una voz suave y plateada. Lo que Yongmal creía que iba a suceder no ocurrió ni al día siguiente ni al otro. Y se dio cuenta de que no era tan feo como había supuesto por la foto: su figura torpe y desgarbada tenía un aire elegante en persona, incluso majestuoso a veces, con el traje granate de estilo occidental confeccionado por él mismo. A ella le gustaba la forma en que sus ojos sonreían antes de que lo hiciera su boca. También le sorprendió que le hablara en coreano honorífico, a pesar de la diferencia de edad. Le gustaba hablar con él, pues su voz suave fluía en medida cadencia, como si recitara un poema. Incluso empezaron a resultarle simpáticas las dos marcas de viruela sobre la ceja, que parecían darle un no sé qué especial, como si tuviera la ceja enarcada permanentemente de pura curiosidad o de asombro ante el mundo que describía con tanta pasión. Le encantaba Pionyang y creía que a ella también le gustaría, pero se aseguró de que no hubiera ninguna prisa.

—Serás tú quien decida cuándo empezar las cosas —le dijo, con los ojos brillantes.

Algunos detalles menores de la historia cambiaban un poco con cada nueva versión: de *Baram* dijo una vez que era un poni y no un caballo —un *lapsus linguae*— y el puente sobre el río a veces parecía

más bien unos escalones sobre un arroyo. Sin embargo, esos cambios nunca socavaron nuestra devoción por la historia. Siempre nos arrancaba suspiros de satisfacción y luego de añoranza por el mundo que habíamos perdido. Jamás le pedíamos que repitiera lo que había sucedido después: Yongmal y Mija, la criada de Yongmal, que era más bien como su hermana pequeña, desaparecieron de camino al mercado para comprar dulces para *Baram*.

—Tendría que haber abrazado a mi marido. —Yongmal hablaba en voz baja, con la voz ronca de pena y pesar—. Y haberle dicho lo mucho que había llegado a quererlo, aun en tan poco tiempo.

Mija empezó a llorar, con la respiración entrecortada. En silencio, procuramos absorber un pedazo de su dolor y guardarlo enterrándolo en la boca del estómago. Jayoung, tumbada junto a Mija, la estrechó contra su generoso pecho. Luego buscó a tientas un trozo de caramelo que tenía en el bolsillo y lo deslizó con delicadeza en la manita de Mija.

Yongmal y yo nos parecíamos en muchas cosas. Las dos éramos inteligentes y testarudas, decían. Nos resistíamos a mostrar nuestras lágrimas delante de los ladrones de consuelo. Hasta nos parecíamos en el físico: las dos más o menos de la misma estatura y peso, con los pómulos marcados y las barbillas un poco cuadradas que a los hombres les resultaban tan fascinantes como desagradables. «Vosotras dos podríais pasar perfectamente por hermanas», me soltó Jobasan una vez que se equivocó y me llamó Anzu, cuando estaba a apenas un par de pasos de distancia. También compartíamos la pasión por las historias.

Sin embargo, a diferencia de Yongmal, que se inspiraba en los relatos de su hogar, yo evitaba pensar en el mío. Sobre todo en mis

últimos recuerdos de mi madre. En cómo había ido perdiendo una capa cada día desde la muerte de mi padre. En cómo su vientre cada vez más abultado parecía minarle la cordura y su agudo ingenio. Aquélla no era la historia de mi madre a la que deseaba aferrarme. Era un abismo demasiado grande que salvar: el que se abría entre mi querida madre, una mujer brillante y moderna que llevaba a su hija pequeña a clases de inglés impartidas por misioneros extranjeros, y la mujer de ojos grises cuyas ganas de vivir habían ido menguando con la muerte de su maltratador hasta desaparecer por completo.

Mi miserable vida siempre ha estado marcada por la violencia. Con sus puños y su boca, mi padre me arrancó la infancia. La Estación se llevó mi adolescencia. Pero no me hizo sentirme mujer. En vez de eso, me veía como un viejo ante mis propios ojos, un anciano con el rostro surcado de arrugas, a quien ya no le sorprendía nada y que tampoco esperaba nada de la vida, salvo su inevitable final.

Aun así, de tanto en tanto, cuando me sentía presa de la desesperación por no perder la cordura, pensaba en la tierra de mi pueblo natal, Heoguri. Pensaba en su bosque de abedules, donde las frondosas hojas verde musgo mantenían la tierra cálida y húmeda todo el año. De niña, solía comer esa tierra. Me encantaba saborear su textura tierna y áspera a la vez, su cálido sabor a frutos secos que encerraba un sorprendente toque amargo y metálico. Tras la muerte de mi padre, después de enterrarlo en el bosque de abedules, dejé de comer tierra. Retomé la costumbre de nuevo en la Estación, tras la primera muerte de una chica de consuelo. Fue Soori: la nostalgia se había apoderado de ella. En la víspera de su fallecimiento, me entró el impulso de comer la tierra de la Estación

con la esperanza de que me devolviera, a través de los sentidos, al mundo exterior, ese que antaño me había sido tan familiar, de que me transportara de regreso al bosque de abedules de mi pueblo natal. Pero la tierra de Semarang no se parecía en nada a la de Heoguri. Era demasiado fina, demasiado sedosa, su textura se asemejaba a la del polvo o la tiza, desprovista del agudo amargor metálico que yo anhelaba.

Cuando la opción de comer tierra me falló, me colé en el refugio de otra persona, me perdí en las historias de Yongmal y fingí que vivía su infancia, por efímero que fuera el momento. Durante esa escapada imaginaria, yo era ella, la querida hija que no había conocido la maldad antes de la Estación, y le brindé a su historia un final alternativo en lugar de morir en aquel lugar: regresaba junto a su padre de mirada inocente, junto a su madre robusta y a los delicados brazos de su amante enjuto, que nunca había dejado de esperarla.

La realidad no era tan bonita como las historias que nos contábamos al amparo de la noche.

Algunas nos quedamos embarazadas y nos arrancaron al niño y también el útero. Milagrosamente, sobrevivimos a la operación, pero perdimos la posibilidad de volver a tener hijos.

Fue la locura de Soori la que nos hizo preguntarnos quién sería la siguiente. Soori fue la primera en perder el contacto con la realidad. Empezó a llamar a todos los soldados «*appa*», «papá» en coreano, a parlotear sin parar y de forma incoherente sobre su familia, con una voz de niña pequeña que te ponía los pelos de punta, a menudo

entre risas tontas y ruiditos jadeantes, guturales. Era como si hubiese olvidado el japonés, incapaz de responder a nada que le dijesen en ese idioma, incluido su nombre japonés, Saori. Todo el tiempo que estaba despierta lo pasaba farfullando cosas en coreano, y un día el oficial Kaneda decidió hacerla callar: primero le metió la boca de su pistola en la garganta y luego le destrozó la mandíbula inferior con la culata.

Sabíamos que no sobreviviría. No se llevaron su cuerpo, en cualquier caso. Lo dejaron allí tirado, junto a la entrada de la Estación, para que todas lo viéramos. Pasaron casi dos días —ella respirando con ruiditos gorgoteantes, como la respiración de un recién nacido; contrayendo espasmódicamente la mitad de la cara, una telaraña plana de sangre— hasta que su cuerpo se desangró poco a poco y se calló para siempre.

Luego, un día, fue Mija la que se cayó, sujetándose la barriga con las manos. Mija era la más menuda y tierna de la Estación, la última a quien hubiésemos querido perder, pero un dolor lacerante en el bajo vientre la hizo desplomarse de pronto. Se pasó toda la madrugada gimiendo, acurrucada en el suelo en posición fetal, como una gamba. El reguero de sangre le llegaba hasta las rodillas. Cuando Jobasan y un médico se la llevaron, muchas lloramos, Yongmal la que más, claro. Regresó a la media hora, con los brazos enroscados en el vientre y los hombros caídos, pero sonriente. Para nuestro alivio, resultó que no tenía ninguna enfermedad grave: era su primera regla, sus primeros calambres menstruales. Yongmal abrazó a Mija durante diez largos minutos, sin decir palabra. Tenía doce años.

No obstante, el ángel de la muerte se llevó a otra chica. Fue Nami, un mes después. Nami, la más brillante, la que mejor hablaba japonés, la pequeña genio que quería convertirse en la primera mujer médico de su ciudad natal cuando acabara la guerra. Llevaba semanas con la barriga hinchada, sangrando. Cuando se desmayó por la fiebre, el médico se la llevó y la devolvió al cabo de una hora, semiinconsciente y muy dolorida. Hiciera lo que hiciese el médico, no mejoró su estado, sino que tal vez lo empeoró. Nami murió una semana más tarde, con las piernas de color negro púrpura, como un cielo de tormenta.

A medida que la guerra se prolongaba, malogrando nuestras ya debilitadas esperanzas, la crueldad de los soldados fue en aumento. Las palizas y los gritos enfurecidos acompañaban a las violaciones. Y nuestra precaria paz nocturna se vio interrumpida por las visitas cada vez más frecuentes de los oficiales ebrios y violentos. Olí el miedo en ellos, un atisbo de fragilidad disfrazado de salvajismo. Sólo en eso parecían remotamente humanos.

Una noche, el oficial Kaneda vino a verme, borracho como una cuba.

—Quítame la ropa, Kaiyo —me dijo, con una voz asombrosamente tierna.

Yo sabía lo que quería: que fingiera ser su dulce concubina, que le quitara la ropa empapada de guerra, que le lavara los pies cansados, todo eso mientras le decía la mentira piadosa de que todo iría bien. Le dije que no.

—No pienso hacerlo —le solté. Si me violan, me violan, pensé, no tengo ningún poder para impedirlo. Ahora bien, tener que ceder a sus emociones era otra historia.

Entrecerró los ojos hasta formar dos pequeñas rendijas, con las pupilas de color negro brillante como la piel de foca. Lo que vino a continuación no fue ninguna sorpresa: bofetadas y puñetazos, el sabor cálido y metálico de la sangre filtrándose por mis encías. Oí el falsete burlón de mi negativa resonando en sus labios contraídos. Rodeó con los dedos la empuñadura de la espada y la desenfundó de un solo movimiento, prolongado y suave.

Pensé que había llegado mi hora. Cerré los ojos.

Una voz me los abrió de nuevo:

—Adelante, clávamela —dijo.

La voz era extraña, pero resonaba con un tintineo áspero y sibilante, muy familiar.

—¿No se supone que tienes que cortarle la cabeza a un soldado enemigo con eso? —siguió diciendo—. ¿No vas a manchar con la sangre de una *josenpi* indefensa la preciosa espada que te ha otorgado el emperador?

Kaneda se había quedado inmóvil, boquiabierto. La punta de su espada ya se había deslizado hasta el suelo, a su pesar.

—¿Qué clase de hombre eres? —continuó diciendo la voz leñosa de Yongmal—. ¿Y tú te haces llamar «oficial del Ejército Imperial»? Debería darte vergüenza.

Yongmal se había interpuesto con su cuerpo enjuto por delante del mío, con la pelvis inclinada hacia la izquierda, hacia la espada bajada.

Kaneda se estaba poniendo lívido. Me di cuenta de que se le estaba pasando el susto.

—¡Maldita *josenpi* de mierda...! —bramó Kaneda, con una voz que estremeció las paredes—. ¿Cómo te atreves a mencionar el nombre

del emperador con tu sucia boca?

Tensó las manos alrededor de la empuñadura de la espada, con las puntas de los dedos tornándose blancas. Luego, muy despacio, la elevó en el aire y acercó el filo curvo a la barbilla de Yongmal.

Ella enarcó una ceja, poco a poco, con una leve sonrisa. Un pensamiento desfiló por mi mente: «Quiere morir.»

—Adelante. Déjame comprobar qué se siente. Mi corazón está justo aquí.

Se bajó el holgado escote de la blusa, dejando al descubierto el lado izquierdo de su pecho, la piel amarillo pergamino de debajo, salpicada de quemaduras de cigarrillo.

Al día siguiente contemplé todos los posibles porqués. ¿Había sido su voz, tan extraña, tan impregnada de inquietante serenidad? ¿De veras estaba dispuesta a morir? ¿Por qué había vacilado él? Y, sobre todo, ¿por qué había enfundado la espada? ¿Cómo habíamos salido ilesas Yongmal y yo de aquella noche?

Poco después de aquello, la vi toser y escupir un grueso coágulo de sangre.

—¡No os acerquéis! —nos gritó. Era tuberculosis. La había desarrollado después de un ataque de malaria—. No me queda mucho tiempo. Conozco mi cuerpo —murmuró antes de dejar escapar un suspiro o un resoplido, no lo supe distinguir.

—Por eso no tenías miedo —le dije, a ella y a mí misma.

—Ay, cielo... claro que tenía miedo —me contestó, con una sonrisa —. Si te digo la verdad, creía que se me iba a salir el corazón del pecho.

—Entonces, ¿cómo...? —le pregunté.

—Bueno, pensé, sabiendo que voy a morir de todos modos, ¿qué más da? Además, ese cobarde sabía que tengo tuberculosis. No quería que mi sangre le salpicara.

Me guiñó un ojo y su sonrisa desdentada se ensanchó. Esa sonrisa irresistible suya, que irradiaba el descaro y la inocencia de una niña, era la imagen que acompañaría siempre a su nombre en mi cabeza. Yongmal murió un mes después.

Las historias de Yongmal no pudieron salvarla, aunque salvaron la vida de muchas otras en la Estación, incluida la mía.

Pero después de su muerte ya nada fue igual. Nuestras charlas nocturnas casi siempre estaban jalonadas de silencios. Ninguna de las chicas tenía la mitad de gracia ni la voluntad para contar historias como ella. La quietud de nuestras noches nos recordaba constantemente su ausencia. También le robó la lengua a Mija, que dejó de hablar. Parecía haberse sumido en una resignación absoluta, acaso el único acto de agresión pasiva que podía permitirse.

Tras enterarse de la enfermedad de Yongmal, el oficial Kaneda había empezado a visitarme por las noches. Después de su muerte, sus visitas se convirtieron en parte de mi rutina. Sabía que yo era el segundo plato, una sustituta de su favorita ausente, que compartía con ella la misma vena de terquedad desquiciante pero irresistible a un tiempo, los mismos rasgos faciales rudos que tan bien acogían sus retorcidos puñetazos, los pómulos marcados cuya blancura destacaba bajo la lámpara de gas. Esos que tanto disfrutaba

torturando, domeñando y follando. En una de sus muchas noches de borrachera, me soltó que él nos había creado a Yongmal y a mí.

—Fui yo quien la llamó Anzu, y a ti Kaiyo —murmuró, preguntándome si sabía lo que significaba mi nombre. Le dije que no quería saberlo, pero me lo dijo de todos modos—. «Perdón», Kaiyo significa «perdón». —Me miró de hito en hito, con los ojos llenos de húmeda nostalgia, como esperando a que asintiera con la cabeza.

Yo le dije que «perdón» era, posiblemente, la palabra que menos me gustaba de todas. Un vocabulario falso, de pacotilla, para ser precisos. Mis pechos tuvieron que soportar una docena de quemaduras de cigarrillo aquella noche, igual que los de Yongmal.

En ocasiones, una vida cotidiana sumida en la tristeza hacía que encontrases la belleza en el lugar más inesperado. Tras la muerte de Yongmal y el insoportable silencio de nuestras noches, lo que me ayudó a superar la locura que nos acechaba fue una imagen de lo que a casi todas las demás bien podía parecerles una absoluta banalidad. Veía aquella imagen una vez a la semana, al otro lado de los muros de la Estación, en el exterior de la base, cuando nos enviaban al hospital militar del pueblo para la revisión médica habitual. Agazapada en la caja traqueteante del camión militar, absorbiendo con el vello de mis antebrazos el resplandeciente sol del Pacífico, devoraba con la vista la imagen de los lugareños. Sus radiantes rostros morenos me llenaban de alegría. Eran los pocos rostros humanos que veía, aparte de los de los gimientes soldados japoneses. Era como si fuesen mis aliados más próximos, amigos íntimos a los que podía confiar mis penas y mis secretos más oscuros. Verlos llevando a cabo sus quehaceres diarios —un abuelo desdentado conduciendo una bicicleta a paso de tortuga, en la

perezosa bruma del día; un grupo de campesinos charlando durante el trayecto al trabajo, riéndose a carcajadas guturales; una madre fornida con su bebé pegado al pecho entre gorgoritos y otro colgando del brazo— era la esencia de una deliciosa normalidad. A veces, cuando el camión reducía la velocidad al toparse con una manada de búfalos de agua fuertemente acorazados, incluso podía oírlos hablar en su lengua nativa, tan dulce y reconfortante que los ojos se me llenaban de lágrimas. Su entonación, chirriante y juguetona, llegaba a mis oídos como una canción infantil que hubiera tarareado mi propia madre, llena de una intimidad y un consuelo inefables. Durante esos ocho minutos de viaje en camión, repleto de baches, el tiempo dejaba de importar; aquel intervalo era una dosis semanal de fortaleza, esperanza y belleza que me permitía sobrevivir otra semana en el infierno, con mi ser más íntimo aún reconocible como mío. El momento era en verdad mío y sólo mío, algo que no podían corromper, que no podían arrebatarme. Me aferraba a él con todas mis fuerzas.

La revisión médica semanal, por supuesto, también me proporcionaba una ayuda de carácter más práctico.

Aunque había una enfermería dentro de la base, la creciente proliferación de enfermedades venéreas entre los soldados nos obligaba a someternos a una revisión periódica por parte de un médico de verdad del hospital militar de la ciudad. La cuarta vez que fui a visitarme con él, el doctor Mitsuyama me reveló su auténtico nombre: Kim Young-soo. Nacido y criado en Seúl, estaba terminando la carrera de Medicina en Tokio cuando fue reclutado por el ejército

japonés. «Todos luchamos por sobrevivir en un campo de batalla que no es el nuestro», me susurró en coreano, con un brillo de tristeza en sus ojos hundidos.

Fue a través de él como empecé a hacer acopio de pastillas: *keumgyerab*, las pastillas para la malaria, a base de quinina. En cada visita le pedía una o dos, en voz baja. Mi objetivo era reunir cuarenta. No comencé a hacerlo hasta después de la muerte de Yongmal: pensé que era la única medida digna que podía tomar para acabar con mi propia vida, el día que me exprimiesen hasta la última gota de esperanza.

Entonces empecé a sentirlo, el principio del fin. El aire que nos rodeaba era cada día más denso: el aliento agrio y siniestro del miedo. Lo percibíamos en sus gritos de borrachos. Lo veíamos en sus ojos abatidos que, de vez en cuando, afloraban a través de su coraza. Incluso los soldados rasos se presentaban bebidos en la Estación, a plena luz del día. Se rumoreaba que algunos oficiales pasaban más tiempo drogándose con opio que diseñando tácticas militares. Por primera vez vi al oficial Kaneda, bajo la doble influencia del whisky y el opio, desmayarse delante de mí. Jayoung me contó que un soldado raso con un temperamento inestable se había hecho el *seppuku* en los barracones, el ritual de suicidio por destripamiento, la antigua práctica de los samuráis japoneses que perdían en la batalla.

—Vienen los yanquis —susurró Jayoung, con la respiración acelerada por la emoción.

El doctor Kim, con su ceño fruncido y sus filosóficos ojos oscuros, me dijo una vez que, al principio, el final de las cosas siempre llega de forma gradual, y luego, de repente. El día que me dio la

keumgyerab número cuarenta, me dijo que el final estaba a la vuelta de la esquina.

—Pronto, las fuerzas estadounidenses atacarán la base, podría ser mañana o dentro de un mes —me susurró.

Mi corazón se puso a brincar como un pájaro enjaulado mientras le daba las gracias y me despedía de él. Esbozó una fina sonrisa, me llamó por mi nombre coreano por última vez y me hizo señas para que me acercara. Me pidió en voz baja que le prometiera algo.

—Cuando comience el ataque, puede que los japoneses os lleven a todas al refugio antiaéreo. No los sigáis allí. Están entrenados para no admitir la palabra «rendición». No le perdonarán la vida a nadie, ni siquiera a sí mismos. ¿Me has entendido?

Esa noche me visitó el oficial Kaneda, medio borracho, como cabía esperar. Como siempre, trajo su propio vaso y sus botellas azuladas y opacas de licor barato. Mientras observaba con desprecio su evidente desesperación, mientras respiraba su agria inseguridad, de pronto me di cuenta de que había muchas cosas en este mundo de las que Kaneda no era consciente. En primer lugar, se sorprendería al verme hacer algo que no había hecho nunca sin que él me obligara: le serviría su bebida con ambas manos, con la mirada gacha en señal de respeto. No podía imaginar que lo dejaría regodearse en mi repentina rendición, así como en su ufano sentido de la conquista, asintiendo en silencio a sus embriagados recuerdos de Yongmal y de sus días de gloria. Lo oiría murmurar: «Al igual que yo te he creado, vas a morir como mi pequeño perdón, Kaiyo, igual que Anzu murió como mi dulce albaricoque.» Luego, entre risas y lágrimas destempladas, tallaría la forma irregular de un albaricoque en mi costado con su navaja militar, familiarizada ya con el sabor de

la sangre de las chicas jóvenes. No tenía la menor idea de que yo lo soportaría todo en silencio.

Qué poco me conocía, después de tantos años ensañándose con todos los orificios de mi cuerpo. Esta revelación me arrancó una risa silenciosa, una de esas risas teñidas de lástima. Lo que él no sabía era que yo era una cuentacuentos, igual que él y Yongmal. Por supuesto, era yo quien había urdido el final de mi propio padre: después de que su violencia hacia mi madre se hiciera insoportable, provocándole la pérdida de un ojo, ideé el plan de poner fin a todo aquello. Lo envenené y creé el contexto ficticio de su muerte para los habitantes del pueblo. Enterré su cuerpo en el fondo del bosque de abedules en secreto y les conté a los vecinos que mi padre pescador se había hecho a la mar para cazar ballenas, sólo que al cabo de un mes me envié a mí misma un telegrama falso diciendo que había muerto ahogado durante una tormenta. Aunque me espeluznaba el aspecto físico de la muerte que me había visto obligada a provocar, inventarme aquel trasfondo me resultó del todo natural. Años más tarde, llegué a plantearme si no habría sido mi descaro lo que había enloquecido a mi madre tras la muerte de mi padre: la conmoción de que su dulce hijita fuera capaz de concebir semejante argucia sin tan siquiera pestañear.

Lo que el oficial Kaneda tampoco sabía de mí era que Kaiyo no era el primer nombre alternativo que me habían puesto. Antes que él, ya hubo un hombre mayor, un occidental, que me había bautizado con un nombre extranjero. El pastor Peltier me llamaba Deborah. Era el misionero canadiense que impartía clases de inglés en las inmediaciones de nuestro pueblo natal, a las que mi madre me llevaba todas las semanas cuando aún era la joven moderna y

brillante que yo admiraba. He aquí otra cosa que Kaneda nunca sabría de mí: el japonés no era la única lengua extranjera que conocía. Formada como Deborah en los últimos años de mi infancia, hablaba y escribía inglés con fluidez. Sí, de hecho, eso era yo: escritora; así que cuando el doctor Kim supo de mi habilidad secreta en mi visita número treinta y ocho, me pidió que lo ayudara a escribir la nota crucial en inglés —el diminuto trozo de papel pintado amarillo que contenía un SOS para las tropas estadounidenses, describiendo la ubicación y la situación general de la base militar de los japoneses en Semarang—, que él mismo entregaría furtivamente a un lavandero local para que se lo diera a uno de los yanquis.

Aún debía tejer otra historia, esta vez por iniciativa propia. Kaneda había inventado mi nuevo nombre; yo le escribiría su nuevo final secreto. No me quedaba elección, ya que de todos modos la muerte se dirigía con paso firme hacia mí desde ambos lados. Con mi plan al menos tenía una oportunidad, por pequeña que fuera, de vengarme y sobrevivir. Desempeñaría el papel de la concubina perfecta, la geisha sumisa que él tanto deseaba que interpretara: le serviría vino y le encendería la pipa cargada con la flor pecaminosa mientras, cada vez que saliese tambaleándose del cuarto para ir a orinar, le llenaría a hurtadillas las botellas de whisky con pastillas de quinina en polvo hasta que su cuerpo se diese por vencido, hundiéndose despacio en el sueño letárgico. El doctor Kim me dijo que la muerte por *keumgyerab* era algo muy aparatoso: que sangrabas a chorros por cada orificio de tu cuerpo, por pequeño que fuese. Así que, para enmascarar la sangría, tendría que llevar a cabo el último acto de sumisión en su nombre: el *sepukku*, el suicidio por destripamiento. Si descubrían que lo había envenenado yo, me esperaba una muerte

segura, pero si creían que había recurrido a su propia forma de suicidio, digna de un guerrero, tal vez me libraría de la acusación de asesinato.

El doctor Kim tenía razón. Tal como había filosofado, al principio, el final de las cosas siempre llega de forma gradual, y luego, de repente. Con la espada samurái de Kaneda en mis manos, observé su cuerpo, con sus miembros estremeciéndose en silencio, librando la última batalla que nunca ganaría contra la copiosa trinidad de alcohol, opio y quinina. Blandí la espada en alto, apuntando con ella al extremo izquierdo del bajo vientre de Kaneda, asombrada ante mi propia calma, ante la gélida firmeza con que sujetaba la empuñadura. Estaba preguntándome qué clase de pensamientos se le pasarían por la cabeza si abriese aquellos ojillos suyos con forma de renacuajo cuando oí el primer trueno.

Reverberó desde la esquina este de la base con un sonido sordo y ondulante, onírico e intangible, como si fuera el trueno de otra persona. El segundo llegó como una de esas violentas bofetadas que te dejan el oído en un silencio denso durante un buen rato. Sabía que aquél estaba cerca, pues sentí el suelo temblar bajo mis pies descalzos. Entonces sonó la sirena. Solté la espada y salí a toda prisa de la habitación.

—¡Chicas, si queréis vivir, corred al refugio antiaéreo! —oí gritar a un hombre entre el ruido de las sirenas.

Cayó otra bomba. Llovieron del techo terrones de barro reseco que llenaron los pasillos de una niebla amarillenta. Se oían ataques de tos por todas partes. Gruñidos apagados, gimoteos.

—¡Al refugio antiaéreo! ¡Ya! —volvió a gritar la misma voz masculina, seguida del chasquido de un rifle al cargarlo.

Caí al suelo y jadeé en busca de aire para recobrar la voz.

Al momento, una estampida de pasos atolondrados resonó en toda la Estación. «Son las chicas, que corren para salvar su vida.» Mi cabeza empezó a palpitar como un reloj cuando me di cuenta de que, en realidad, corrían derechas hacia la muerte. Quise gritar la verdad a pleno pulmón, pero, con la vista nublada, vi a un soldado japonés sujetando un arma allí mismo, a tiro de piedra; en la entrada de la Estación, otro soldado seguía con la mirada a cada una de las chicas que salían corriendo por la puerta destrozada. Me agaché y me escondí tras la esquina más próxima del pasillo principal. Esperé. Luego le puse la zancadilla al siguiente par de piececillos que pasó por mi lado. Con un ruido sordo, la chica cayó al suelo, junto a mí. Era Jayoung. Le tapé la boca con la mano de inmediato y, sin apartarla, la miré fijamente mientras negaba despacio con la cabeza. Jayoung asintió, con los ojos abiertos como platos. Señalé la letrina que había cerca de la puerta trasera y comenzamos a reptar hacia ella.

—Creo que somos las últimas —me susurró Jayoung resollando—. Estaba buscando a Mija.

Cuando hubimos sumergido nuestros cuerpos en el charco de color tabaco, se oyeron los disparos. Venían del refugio antiaéreo. La primera ronda fue rápida y certera, la segunda más bien perezosa, intermitente. Jayoung y yo permanecimos en silencio, quietas como estatuas, confiando en que el techo de paja de la letrina no se derrumbara sobre nuestras cabezas. Más truenos, más golpes, tan fuertes que se notaban en la garganta. A continuación vino el terremoto que se comió una esquina de la letrina, y dejó entrar el resquicio de esperanza del estimulante sol de la mañana. El silbido

de las balas, la densa cantinela de los proyectiles perforando el aire, los gritos guturales de los moribundos. Nuestros oídos sobrevivieron a la hora de mortífera barahúnda que se nos hizo una eternidad, hasta que consiguieron distinguir de nuevo el silencio auténtico.

El silencio como de niebla: el pitido fantasmal, sordo y agudo a la vez.

El sonido insonoro que solamente se percibe tras un ataque aéreo.

Cuando Jayoung y yo salimos arrastrándonos por la enorme fisura de la esquina de la letrina, con el dobladillo de nuestros vestidos chorreando mugre de color tabaco, la base entera parecía cubierta de ese manto de silencio.

Impregnaba el aire el fuerte rescoldo de la pólvora, el hedor a carne quemada. El irónico olor, cúprico y almizclado, de toda la sangre esparcida, derramada y echada a perder.

Lo único que quedaba en pie era nuestra letrina torcida y el extremo norte de la Estación. El extremo sur, donde se hallaba el cadáver de Kaneda, era ahora un promontorio irregular de piedras y trozos de cortezas y ramas de árboles ennegrecidas. A pesar del humo, reconocí el antebrazo rechoncho y oscuro que sobresalía a través de él. A su lado se estaba formando un charco de aceite sucio, del color de la sangre de buey, cuya superficie se volvía iridiscente cuando le daba el sol.

A Jayoung y a mí se nos saltaron las lágrimas. Que mi cuerpo menudo y frágil hubiera sobrevivido a aquel imposible resultaba extremadamente gratificante, a un profundo nivel animal. Y sin embargo, al mismo tiempo, sentí cómo una enorme tristeza empezaba a abrirse paso en mis entrañas. «De forma gradual, y luego, de repente», había dicho el doctor Kim. Reflexioné sobre la

expresión «de repente». Me pregunté cómo aquello que nos había parecido imposible a nosotras, acabar con aquella esclavitud, había sido tan fácil de conseguir para las fuerzas estadounidenses, casi en un abrir y cerrar de ojos. La Estación de Consuelo, la fortaleza inexpugnable del mal, se había venido abajo así de súbito, con suma facilidad.

Avancé unos pasos, a trompicones y con las manos en alto en señal de rendición, hacia el refugio antiaéreo. Jayoung me siguió en silencio. Advertí que los soldados japoneses debían de tener prisa: ya se veían un par de pies polvorientos en la entrada. No habían esperado a que las chicas se pusieran a cubierto en la oscuridad del refugio, sino que abrieron fuego en cuanto la última traspasó el umbral. Sin embargo, tras la apresurada primera ronda de disparos, se habían tomado su tiempo y habían ido comprobando un cuerpecillo tras otro y disparando si alguna de ellas daba algún indicio de seguir con vida. Se habían mantenido fieles a su lema hasta la muerte: «Lo que pasa en la Estación muere en la Estación.» Pero apuesto a que no contaban con que la peor de las ratas se hubiera escabullido y hubiera escapado con vida de allí: la farsante traidora, la cuentacuentos.

Encontramos a Mija enseguida. Antes que la cara, reconocí los piececitos, embutidos en los zapatos de cuero enmohecido de Yongmal, un número más grande que el suyo. En ese momento, en su letargo, lucían un aspecto pálido y lánguido. Le quité los zapatos. Yo iba descalza y quería tener algo con lo que recordar tanto a Yongmal como a Mija. Los ojos de la pequeña miraban al vacío. Jayoung se sentó junto a su cadáver y le atusó el pelo alborotado. Luego le metió la mano en el bolsillo y apareció un último trozo de

caramelo envuelto en papel de aluminio arrugado. Lo desenvolvió y se lo colocó con delicadeza en la manita.

Salimos con paso fatigoso del refugio. El riachuelo de sangre que salía por la entrada se había vuelto más espeso, tanto en color como en alcance, y teñía el suelo de un intenso burdeos. Me agaché y observé aquella tierra nueva. Absorbiendo la dolorosa sangre de las consoladoras, la tierra sedosa de Semarang, siempre demasiado mansa y desabrida, había adquirido una textura nueva, con más garra: el amargor metálico y áspero lleno aún de espíritu combativo, su dentellada rojo cálido y mordaz. Hundí los dedos en la tierra oscura. Luego cogí un puñado y me lo tragué entero.

LA CUARTA VIDA

Yo, yo misma y el lunar

1955

Ésta es la historia de un lunar.

Del tamaño de un guisante, de color berenjena claro. Él aún recuerda la sensación entre sus dedos: cómo se erguía, tenso y turgente, cuando lo presionaba hacia abajo, pero también la flexibilidad con la que se inclinaba cuando lo acariciaba de lado. Una pequeña rareza por la que siempre la recordaría.

Cómo se deleitaba con todas las pequeñas peculiaridades de su cuerpo, lo entrañables que resultaban a sus ojos. Sus pómulos marcados y la mandíbula ligeramente cuadrada, dos rasgos poco comunes que la mayoría de los hombres casi nunca encontraban atractivos en un rostro femenino. Y qué decir de sus hombros huesudos, dos ondulaciones que emergían con un impulso voraz hacia arriba cada vez que lanzaba aquella risa gutural... El sonido se reproduce en un bucle perpetuo en su cabeza.

Ha imaginado cómo volvía a verla, seguro de que la reconocería al instante. Ha soñado miles de veces con el momento en que la distingue entre la muchedumbre. Una vez fue en una multitud roja en las calles de Pionyang, celebrando el cumpleaños del Gran Líder; en otra ocasión, entre un cúmulo de rostros sin forma en el valle de

Daedo, la antigua sede de una colonia ilícita de leprosos. Sean cuales sean las circunstancias, él siempre la reconoce de inmediato.

Aunque, en realidad, es ella quien lo reconoce a él primero.

Cuando llega a su sastrería, ella ve a tres hombres tras el elegante escaparate de cristal. Cuando cruza la puerta, los tres pares de ojos convergen en su rostro. Los hombres visten traje, todos gris oscuro, todos altos y delgados. Y sin embargo, ella se acerca directamente a su marido. Sabe qué buscar: dos marcas de viruela encima de la ceja derecha, como un punto y coma ladeado.

Le coge la cara con ambas manos, como disponiéndose a acariciar a un animal delicado.

—Mi marido. Mi marido...

Lo repite dos veces. La primera vez con entonación aguda, como una pregunta; la segunda se desinfla, con un alivio hondo y cálido. Los ojos se le llenan de lágrimas. Aun así, su sonrisa es un grito.

Un fantasma. Una aparición. Durante unos segundos, él duda de sus propios ojos, pero no tarda en darse cuenta de que no puede dudar del tacto de aquellos dedos en sus mejillas. Busca las señales en su rostro. Los pómulos prominentes y la mandíbula afilada: todo está ahí.

Es ella. Yongmal. Su esposa.

Su amada y fugaz compañera, la que desapareció de su vida un buen día, sin más. Como una ensoñación interrumpida de cuajo, sin un triste adiós, sin dejar rastro. Hacía más de una década. Salió de casa con su criada, diciendo que iba al mercado, a comprar unos dulces para su poni.

Algunos decían que había huido para escapar del matrimonio concertado. Todos en el pueblo sabían que ya lo había intentado una vez. A primera hora de la mañana del día de la boda, llevó a cabo su primer intento de fuga: se escabulló por la ventana y luego por la puerta de atrás para abandonar su pueblo natal antes de empezar su andadura no deseada con aquel hombre. Sin embargo, el intento fracasó —se cayó al río al cruzar un puente— y la boda se celebró tal como estaba previsto.

Pero él piensa que su segunda desaparición fue distinta. Aunque su relación empezó como algo forzoso —como la de todos los matrimonios tradicionales—, al final acabaron enamorándose. Él, un hombre callado e introvertido, se quedó prendado de la desenvoltura de ella, mientras que Yongmal, tan llena de energía y vitalidad, se sintió atraída por la paciencia y delicadeza de él. Se atraían mutuamente, como los polos opuestos de un imán. Con cada día que pasaba, compartían más y más sus maneras de pensar. Cada vez más las risas de ella, las miradas de reojo de él, que protegían su corazón palpitante de emoción. Y algunos secretos compartidos. Los murmullos de sus conversaciones fructificaron en sonrisas cómplices. En el transcurso de los tres primeros meses de matrimonio, se habían convertido en amantes.

¿El sentimiento no era correspondido? ¿Tan ciego estaba? Pese a su convicción inicial de que el afecto era mutuo, lleva desde entonces formulándose esas preguntas.

Hasta ahora.

El día del reencuentro transcurre en un estado de aturdimiento.

Ambos están como en una nube, perplejos ante el golpe de suerte que les brinda la vida, la sensación de felicidad tan intensa que los deja entumecidos.

Sin embargo, ella necesita pensar con claridad. Sabe que es ella la cuentacuentos. Está obligada a llenar el espacio temporal que incluye dos guerras —la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea—, una docena de años desaparecida. Sólo le contará la verdad; la cuestión es qué contar y qué omitir.

«Cuándo» contarlo es otra cuestión importante. Por suerte, ella lo conoce bien. Una de las cualidades que más aprecia es que es un hombre que sabe esperar. Sabe bien hasta qué punto es paciente: aunque tenía todo el derecho por ley y por costumbre, nunca le puso un dedo encima a su joven esposa sin su consentimiento. «Es una decisión que depende de ti, Yongmal, no de mí», le dijo. Ella sabe que amarlo es como dejar que una ligera llovizna te empape todo el cuerpo: sucede con el tiempo, poco a poco. Sin embargo, en cuanto lo ve allí, en su sastrería, sabe que ya está calada del todo.

Lo cierto es que la ha cogido por sorpresa. Es mucho más apuesto de lo que imaginaba. Esperaba que fuera un viejo desgarbado con el rostro cetrino, pero no es ni desgarbado ni está pálido, sino un hombre esbelto, de espalda recta, con un porte tan elegante como el del flamenco que vio una vez en su libro de inglés. Además, le gusta mucho su aspecto «anticuado»: su pelo entreverado de canas combina a la perfección con el traje gris grafito. Le gusta ver brillar las pequeñas zonas plateadas de su pelo cada vez que ladea la cabeza con aire pensativo, bajo las lámparas incandescentes de su sastrería. Lo que no le sorprende es su sonrisa: es tan preciosa como cabría esperar, y se le extiende desde los ojos hasta la boca, y

no al revés, como a la mayoría de la gente. Se da cuenta de que, como superviviente de dos guerras, hace tiempo que ha olvidado qué aspecto tiene una sonrisa genuinamente afable.

«Éste es mi marido», susurra de nuevo en su cabeza. Aunque la apariencia le importa poco en materia amorosa, se deleita con la inesperada belleza física de su esposo. No se puede creer la suerte que tiene: nunca habría imaginado que alguien que le gustase por su forma de hablar y su calidez pudiera ser también gratificante físicamente.

Por primera vez en su vida, siente una oleada de deseo por un hombre.

Se pregunta cuánto tiempo podrá aplazar su «primera noche», ya que no han consumado su matrimonio. No sabe bien cómo enseñarle su nuevo cuerpo. No le preocupan demasiado las cicatrices: la oscuridad de la noche las ocultará. Su verdadera preocupación es otra: antes de su desaparición, el cuerpo de Yongmal no había conocido varón. Ahora, en cambio, ha conocido a millares. La primera guerra forzó las repetidas presentaciones. ¿Cómo puede su cuerpo fingir ignorancia? ¿Cómo puede desaprender lo que se ha visto obligada a aprender a la fuerza durante años? Un pensamiento la tranquiliza: su cuerpo nunca ha sabido lo que es hacer el amor. Es la pura verdad. En ese sentido, no necesita fingir nada, no tiene nada que desaprender. En ese sentido, será la primera noche, su primera noche, fiel a su significado.

Vuelve a mirarlo a la cara. Ya se ha encariñado con sus cicatrices, encima de la ceja. Le gusta su textura. Piensa que es uno de los rasgos peculiares que lo hacen ser él. Se pregunta si él pensaría lo mismo de las suyas, si lo supiera. Cree que sí, pero no quiere

arriesgarse, todavía no. Prefiere asegurarse de que sus sentimientos por ella vuelven a ser fuertes y sólidos, antes de revelar algo demasiado impactante.

Le conmueve que se haya fijado en sus zapatos. Le bastó una mirada. Fueron los que le hicieron pronunciar su nombre. ¡Yongmal! Lo articuló con los labios, el sonido casi inaudible, la voz ronca, los ojos húmedos. Supuso que, para él, los zapatos habían sido el elemento decisivo. Al fin y al cabo, se los había hecho él mismo, a medida. Él había elegido la piel de becerro, el color granate oscuro. Los diseñó con la punta redondeada, y no puntiagudos como la mayoría de los zapatos de mujer de la época, para que pudiera incluso montar a caballo con ellos. Ahora ya no se parecen en nada a los de antaño; desgastados por el tiempo y las guerras, el granate brillante se ha vuelto mostaza mohoso. Los tacones están a un tris de convertirse en simples agujeros. Aun así, él puede verlos como lo que fueron, o lo que siempre han sido. Como cabía esperar, su consideración la conmueve. La conmueve hasta lo más hondo.

Pero, irónicamente, esa misma consideración también puede alarmarla, así que por eso decide hablar con él por la noche. Se acuestan frente a frente, ella de espaldas a la ventana, dejando que la luz de la luna le alumbre a él la cara, la suya inmersa en sombras. Así podrá estudiar su rostro, cualquier reacción que se dibuje en él, mientras el de ella permanece ilegible. Uno de los primeros aspectos que somete a prueba es su propia credibilidad. Decide abordarlo directamente. Limpio y claro.

—¿He cambiado mucho? ¿Estoy muy distinta? —le pregunta, con voz afable y firme, aunque el corazón le late desbocado en las costillas.

—Sí —responde él despacio.

Recuerda que antes, durante el día, le ha visto unas pequeñas señales en la cara que no estaban ahí antes, unos puntitos redondos que parecen marcas de viruela o, podría decirse, pequeñas cicatrices de quemaduras por unas chispas de ceniza. Esto último a él le parece convincente, teniendo en cuenta el interminable bombardeo de la guerra, todavía dolorosamente fresco en su memoria.

También suena distinta. Es como si su voz se hubiera suavizado. Ha perdido parte de su antiguo vigor. Y sin embargo, él sabe que era una adolescente cuando desapareció. Ahora es una mujer hecha y derecha. Se dice a sí mismo que ciertos cambios son naturales e inevitables. Lo que importa es lo que siente por ella. Sigue sintiendo la misma energía, el mismo deleite. Puede que el afecto se haya intensificado aún más en su ausencia y en la constante espera.

—Eres todavía más guapa —le dice.

Ella siente que el corazón le da un vuelco de nuevo, al tiempo que la alegría y la tristeza se unen para correr a acariciarlo. Se le escapa una extraña risilla que hace que parezca una cría, una niña feliz. Lo cierto es que se siente feliz, pero también muy inquieta. Se pregunta si se merece aquella felicidad. Le gusta creer que sí.

Aprende rápido. El Pionyang de posguerra es un buen lugar para alguien como ella. Hace sólo un par de años, Pionyang estaba completamente en ruinas: los bombardeos indiscriminados de las fuerzas estadounidenses durante la guerra de Corea no habían dejado más que amasijos de estructuras quemadas aquí y allá. No hubo un final satisfactorio de la guerra, ni un claro ganador: un

sangriento empate había llevado a un armisticio firmado entre Estados Unidos y Corea del Norte, dejando el país partido en dos. Aun así, el pueblo norcoreano ha mantenido el ánimo, embriagado por los vapores etílicos de la ideología y la propaganda del Partido Comunista, todavía joven y atractivo en pleno proceso de desarrollo. El Partido ha manifestado su intención de salir adelante por sus propios medios, a diferencia de su desleal hermano del Sur, que ya ha recurrido a la ayuda exterior, sobre todo a la de los yanquis. El pueblo y las máquinas han estado trabajando como una sola mente para hacer de su país el más grande del mundo: «El paraíso de los trabajadores en la Tierra» es su denominación exacta, proclamada bien grande en rojo llameante sobre todas las entradas de las fábricas y los laboratorios, junto con otros muchos eslóganes que elogian al piadoso padre fundador de la nación, Kim Il-sung. Día y noche, el Partido ha proporcionado a su pueblo palabras e imágenes contra su hermano convertido en enemigo; la gente sabe con certeza que las calles de Seúl siguen llenas de huérfanos hambrientos y mendigos, mientras que en su ciudad de las maravillas, Pionyang, cada día se construye un edificio nuevo y moderno. Como a tantos otros de sus habitantes, a ella le gusta la ciudad, aunque en realidad no se traga la propaganda que domina el paisaje urbano: sabe demasiados idiomas, ha visto ya demasiado mundo como para creérsela a pies juntillas. Aun así, no le cuesta seguir el juego siempre y cuando la ciudad continúe siendo un refugio para la familia afectuosa y estable que nunca ha tenido.

Viven en uno de los muchos apartamentos estilo armónica de la capital. El edificio se parece a la lengüeta de una armónica, con un montón de líneas rectas unidas por ángulos rectos: todo en aras de

la eficacia, sin reservar nada para la intimidad. Como granos de una mazorca de maíz, las viviendas están divididas por paredes sumamente endebles, de manera que espiar a los vecinos se convierte en parte natural de la vida, al igual que respirar el aire enmohecido de los largos y estrechos pasillos, los compartimentos estancos a los que rara vez llega la luz del sol. En ocasiones, cuando el viento nocturno sopla de un extremo a otro del pasillo, aúlla con un falsete agudo, como el sonido de una armónica.

Pero, a pesar de los pesares, para ella, aquél es un hogar feliz. Es su propia casa, donde el marido atento regresa noche tras noche y su inocente esposa lo recibe con los brazos abiertos. En público, es un hombre de pocas palabras. De hecho, muchos dirigentes del Partido, los principales clientes de su sastrería, lo respetan por su diligencia y dedicación, pero, sobre todo, por su discreción, hartos como están de la camarilla de trepas aduladores que pululan en el trabajo. Sin embargo, en casa, en la cama, con las luces apagadas, es un gran conversador, de los mejores. Comparte con ella su honesta (y a veces un poco peligrosa) visión de la vida, del mundo. Una noche le susurra cuánto echa de menos el cine de verdad. «En los viejos tiempos, las películas podían tratar de cualquier cosa», dice, bajando la voz hasta un murmullo sedoso. Habla de películas europeas e incluso estadounidenses que vio cuando era joven, de la fascinante historia de Scarlett O'Hara, de la Dorothy de voz melosa y su Mago, y de la ciudad subterránea imaginaria llamada Metrópolis, que —irónicamente para ella— no dista demasiado de su propia y querida capital. «El buen cine puede transportarte sin esfuerzo a otra época y lugar», dice su marido, con un suspiro embargado de nostalgia. Es triste que hoy en día el Partido adapte cada película a

sus fines políticos. Ella asiente con la cabeza ante su blasfema reflexión, luchando contra el impulso de contarle sus propias historias de cine, las que le había oído a su madre, que se crió en Seúl. Por lo general, le resulta fácil pasarse toda la noche escuchándolo. Está enamorada de su forma de hablar: lo hace como si estuviera escribiendo, amenizando sus frases con palabras y metáforas que casi nadie utiliza en una conversación cotidiana. Esa faceta suya le recuerda a su madre: una mujer poco común para su época, leída y culta, una coleccionista de palabras. Le resulta fascinante ese nuevo significado de la familia, cómo una unión ventajosa entre un hombre y una mujer se convierte en algo más que en la suma de dos individuos.

Una familia. No hay otra palabra para describirlo, reflexiona.

Rutinas. Diarias y semanales. En su vida anterior las aborrecía. Ahora son pequeñas partículas de placer que nunca se cansará de respirar. Casi todos los días laborables, su marido se pone un traje celeste de tres botones o uno gris sedoso cruzado, ambos entallados en la cintura pero anchos de hombros, que acentúan su figura, suave y elegante como la de un galgo. Los días festivos suele ponerse su vieja chaqueta de *tweed*, holgada y con los codos gastados. A ella le gusta su color canela y disfruta aspirando el leve olor a gasolina que desprende al salir de la tintorería. Entre semana lo llama «*yeobo*», un apelativo habitual para referirse al cónyuge, como cualquier otra esposa coreana; los fines de semana, lo llama por su nombre de pila, Young-min. Le gusta que sus nombres compartan las mismas iniciales: la Y y la M.

Su momento favorito del día es el atardecer. A veces espera a Young-min en casa. Otras, la mayoría, va a la tienda y lo acompaña

a casa. Ya se ha hecho amiga del señor Shin, un aprendiz de sastre que trabaja para su esposo. Shin es un hombre tranquilo, alto y delgado como su marido, cuyo rostro puede dar la impresión de ser bastante circunspecto cuando no sonríe. Sin embargo, cuando lo hace parece un simpático chico del campo recién llegado a la gran ciudad, de aire ingenuo, fácil de engañar. A ella le encanta el momento en que se asoma a mirar dentro de la tienda, antes de que los dos hombres, absortos en el trabajo, reparen en ella. Cuando por fin lo hacen, dejan lo que están haciendo y sonríen. Entonces ella cruza la puerta de cristal, sintiendo cómo a su espalda el crepúsculo, acaramelado y perezoso, le hace cosquillas en la nuca. Mientras ella y su marido salen cogidos del brazo, despidiéndose del señor Shin, ella ve cómo el rostro de éste se ilumina, como la miel, bañado en la luz dorada del atardecer. Reconoce una pizca de envidia sana en la sonrisa del señor Shin, lo que la hace sentirse un poco más eufórica. Aunque están en el norte, la luz del sol parece más cálida en esta parte del mundo. Cada día, a base de repetición, le ve un nuevo sentido a la vida.

Ha encontrado trabajo gracias a los contactos de su marido. Trabaja en la Oficina Comercial de Divisas de Pionyang. No es el trabajo soñado para la mayoría de las damas de los estamentos superiores de la capital, pero ella está contenta, ya que todos los días puede hacerse discretamente con dinero extranjero y artículos de alta gama. Su conocimiento de idiomas le resulta útil. Su dominio del inglés y sus nociones de francés, lenguas que aprendió del misionero francocanadiense cuando era niña, le permiten leer y entender manuales escritos en español e italiano, lo que la convierte en una encargada eficiente, capaz de explicar cómo guardar y

saborear en condiciones los puros cubanos, cómo lavar prendas italianas de punto de cachemira sin que pierdan su suavidad inicial. Incluso la adquisición forzosa del japonés le resulta útil cuando vende televisores del país vecino a las modernas esposas de los cuadros del Partido. Sin embargo, la enorme ironía del asunto le llama la atención: mientras que, en apariencia, en su país autosuficiente todo lo japonés es malo, hay una gran demanda de la mayoría de sus productos entre los poderes establecidos, pues los consideran muy superiores en calidad a los chinos y soviéticos.

Una vez al mes, ella y su marido viajan a Hyesan, la ciudad más septentrional del país, cerca de la frontera china. Es un viaje de negocios y familiar a la vez: van juntos para ver a la hermana de Young-min, Young-shim, que dirige una empresa comercial con sede en la ciudad y controlada por el Partido, a través de la cual Young-min tiene rápido acceso a telas importadas. No les cuesta conseguir permisos de viaje gracias a la conexión de Young-min con los clientes que son cuadros del Partido, los únicos que pueden darse el lujo de ir a la última moda sin sufrir represalias. A ella Hyesan le resulta fascinante, y aunque no tiene ningún deseo de cruzarla, estar cerca de la frontera sigue despertando su entusiasmo. Sabe de dónde le nace ese entusiasmo: de la impresión de movilidad, ilusoria o no. Como antigua experta en cruces fronterizos, tanto literales como metafóricos, está familiarizada con la sensación de escapatoria, con la proximidad de nuevas posibilidades. Su lugar favorito es el estrecho meandro del río Yalu, la frontera natural que separa Corea de China, a menos de cien metros de la casa de Young-shim. Allí tienen lugar infinidad de intercambios comerciales, sobre todo entre comerciantes chinos y norcoreanos. Es un paraíso

para los ladrones legales, dijo Young-min una vez, con una sonrisa pícara. Incluso para una mujer tan realista como ella, resulta chocante comprobar lo fácil que es hacerse con productos extranjeros que supuestamente no existen en ese país, con sobornos y un poco de suerte.

A veces sale a escondidas por la noche para contemplar el río Yalu. Bajo la luna llena, el río parece cobrar vida propia. Cuando la luz de la luna incide en su superficie, el agua se fragmenta en miles de cuerpos minúsculos, negros y brillantes: se ven hasta carpas cuervo o un simple ejército de serpientes, que bien podría ser una manada de focas pequeñas, siempre en perpetuo movimiento, todas en la misma dirección. El río emite un zumbido agudo mientras sigue su lento discurrir, respirando a través de un millar de branquias, oscuras y ágiles. A ella, esa imagen y ese sonido le parecen mágicos. En cualquier caso, al amanecer, el sol vuelve a teñir el agua de su verde apagado habitual.

Decide que a la hermana de Young-min no le cae bien. Es una mujer seria, de cuerpo recio y mirada penetrante, nada que ver con su hermano pequeño. A Young-shim su cuñada le parece sospechosa, y ya se lo ha dicho a su hermano. La habrá visto salir de noche a hurtadillas, imagina. Sin embargo, procura no darle importancia. Reconoce que en su país abunda la paranoia. Es el deporte nacional: sospechar de los demás, espiarlos y delatarlos. Los entrenan para ello desde la más tierna infancia. Comienza en la escuela primaria como «la hora de purificación de vida» o sesión de autocrítica, durante la cual los niños deben confesar todos sus actos o pensamientos impuros contra el Partido, seguidos de la denuncia de las acciones reprobables de sus amigos y vecinos, a los que

deben vigilar de cerca. Aunque piensa que tampoco es quién para culpar a nadie, ya que ella misma a veces escucha a escondidas las conversaciones entre los hermanos.

—Es que está tan cambiada... —oyó susurrar a Young-shim—. ¿Cómo vamos a saber qué clase de cosas habrá hecho durante todos estos años?

—No te preocupes, hermana —respondió en voz baja su marido—. Conozco bien a mi mujer. No tiene más que buenas intenciones.

No le falta razón. Ella sólo tiene buenas intenciones. Lo que ha hecho es por su propio bien y por el de su marido. (La única persona relevante a quien podría importarle ya está muerta.) Se quieren. Son felices juntos. Ese hacerse compañía le proporciona algo que nunca antes había tenido: una felicidad duradera. Aunque los recuerdos de su infancia con su madre están embargados de amor y alegría, también están salpicados por los muchos y oscuros golpes de su padre, congelados en el tiempo con olor a *soju* y a sangre rancia. Ha aprendido, gracias a su relación con Young-min, que la rutina diaria puede ser fuente de placeres perpetuos, un tedio dichoso del que poder quejarse con una sonrisa satisfecha. Toda su vida ha tenido vetado el acceso a esa clase de felicidad. Ahora por fin se la ha ganado y disfruta de ella. Cuando aún hace calor, pasean junto al río Daedong al atardecer; en invierno, patinan sobre hielo en la superficie del mismo río, cuando el niño que cada uno lleva en su interior se despierta con el golpeteo de la nieve; las noches de viento, cuando las ráfagas del norte sacuden su apartamento de armónica, ven películas clandestinas, surcoreanas o estadounidenses, bajo las mantas, con el volumen casi silenciado,

las manos húmedas y dulces de sudor; bajo la misma manta, en innumerables noches, hacen el amor.

La primera noche. Cuánto la temía y la deseaba a la vez... Antes se aseguró de que pasaran los tres primeros meses, el mismo tiempo que Yongmal había estado con él antes de su desaparición. Sin embargo, el miedo la mantuvo alejada de él un par de meses más, y luego, otro mes, aplazado por su eterna cobardía, hasta que una noche se dio cuenta, con amarga clarividencia, de que ya no podía seguir posponiéndolo por más tiempo. Si quería seguir viviendo esa vida, debía enfrentarse a ello. Revelar su nuevo cuerpo significaba revelar su pasado, del que sólo hablaría con la verdad por delante... acompañada de las necesarias lagunas y omisiones que ella misma eligiera.

Después de esa noche, ella lo quiso aún más. Él dejó que las elisiones siguieran elididas. No ahondó en las lagunas de su memoria. Después, se echó a llorar. Sin hacer ningún ruido, sólo lloraba con regueros de lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Le tomó los pies maltrechos entre las manos y los estudió con tristeza, antes de besarlos. «¿Recuerdas cuando te dije que te haría un par nuevo si se te quedaban pequeños?»

Ella asintió con la cabeza. Él se quedó callado y así permaneció durante los días siguientes. Sin embargo, la estrechó entre sus brazos, aún más que antes. Cuando volvió a hablar y a sonreír, empezó a llamarla «*yeobo*», mi querida esposa, en lugar de por su nombre.

Tardó algún tiempo en disfrutar del sexo. Intentó separarlo de su pasado llamándolo «hacer el amor», pero no siempre funcionaba. El acto sexual, cada vez, parecía devolver su piel a aquel lugar: el sabor lascivo de la jungla, la humedad que se adhería a cada uno de sus poros, asfixiándola. El recuerdo de aquella sensación nunca parecía extinguirse del todo.

No obstante, Yongmal también dio en el clavo con su metáfora: había sentimientos que sólo podían nacer en ti poco a poco, con el tiempo. «Es como dejar que una ligera llovizna te empape la ropa.» Y la llovizna constante —no el bombardeo de un chaparrón— era justo lo que su cuerpo necesitaba. Empezó con cambios pequeños y sutiles, como acostumbrarse a los movimientos de las caderas. El rítmico embate de las nalgas masculinas, hacia delante y atrás, que antes sólo le provocaba repulsión. Con el tiempo, con Young-min, se despojó de sus capas de terror. Comenzó pareciéndole algo incómodo y embarazoso, luego un poco ridículo... y también divertido. Acompañado de los suaves susurros de él al oído, se creaba cierta sensación de intimidad. No tardó en notar un asombroso efecto calmante en la consistencia de aquellos movimientos, hipnóticos y tranquilizadores. A finales de año, ya podía abandonarse a ellos.

Recuerda la primera noche de placer intenso. Fue una de las muchas que pasaron en Hyesan, cerca de la frontera. La despertó una imagen: el espectáculo lleno de embrujo del río Yalu, palpitando en negro con el poder hechizante de la noche. Ansiaba volver a verlo. Sabía lo que debía hacer: sacar los pies, en silencio, uno a uno, de debajo de la manta. Pero en lugar de eso, se acurrucó aún más adentro. Buscó con los dedos la mata de vello sobre el ombligo

de su esposo y lo acarició despacio. Él se despertó. Ella le tapó la boca con la mano: no podían permitirse despertar a su hermana y a la hija pequeña de ésta, que dormían en la habitación de al lado. En un silencio tenso, dos pieles se pegaron la una a la otra, como hojas encuadernadas de un libro polvoriento que nadie abre, perdidas en el tiempo.

«Ahora yo lo conozco y él me conoce como un libro abierto, o casi», piensa ella, sonriendo por dentro. Ahora se alegra más de que la llame «*yeobo*», en lugar de Yongmal. Hasta ahora los nombres le habían importado muy poco; había tenido tres nombres distintos y todas las veces los había aceptado tal como se los habían impuesto, sin protestar. Pero Yongmal era diferente. Yongmal era el primer nombre que no le imponía nadie: lo había tomado ella misma. Ansiaba poseerlo; ansiaba convertirse en él. Sin embargo, ahora que ya lo ha conseguido, empieza a odiarlo un poco. Empieza a sentirse atrapada en su propia trampa. Siente como si el amor que merece estuviera dividido entre ella y la sombra que ella misma ha creado.

Se pregunta hasta dónde sabe él. Sólo han hecho el amor a oscuras, así que no ha visto las cicatrices con claridad, aunque debería haberlas notado. Ella le contó la cruda verdad de lo que ocurrió al principio: que los japoneses las secuestraron en la calle del mercado. Luego le contó una versión ligeramente adulterada y simplificada de la historia, que no es del todo mentira: que se las llevaron a un campo de trabajo en Japón, donde cada día las obligaban a realizar trabajos físicos continuos que acabaron cobrándose numerosas vidas entre las cautivas, incluida la de Mija, su criada, y que los soldados estadounidenses liberaron a un reducido número de supervivientes, a quienes enviaron de vuelta a

sus países de origen. La ubicación no es ninguna falacia, sostiene cuando discute consigo misma. Nuestra Estación estaba en Semarang, Indonesia, pero casi todo el sudeste asiático estaba bajo el dominio del Japón Imperial, así que ¿por qué no se lo puede llamar «Japón»? Lo mismo puede decirse de la naturaleza del trabajo, piensa. Lo que omitió fueron los detalles. «La herida es demasiado grande para tocarla aún», eso fue lo que le ofreció, un aplazamiento para otra fecha, en la que habría más palabras. Aparentemente, él lo aceptó sin dudar, como el hombre paciente y de buen corazón que era. «Ahora estoy en un lugar seguro», siente ella. Nadie puede destapar su farol: los más difíciles de convencer, los padres, murieron entre una guerra y la siguiente. Ya ha ganado —o mejor dicho, recuperado, desde la perspectiva de Yongmal— la mano más crucial de la partida de aquel juego de cartas: la fe de su marido.

Se pregunta cuándo empezó realmente ese juego suyo.

No fue cuando entró en la sastrería de Young-min.

Empezó cuando se llamaba Kaiyo.

Kaiyo era su nombre cuando conoció a Yongmal. A ésta también le impusieron su nuevo nombre, Anzu, pero ella se negó a usarlo. La semilla estaba plantada, quizá, ya desde el principio, cuando las compañeras coreanas de la Estación, las otras «mujeres de consuelo», empezaron a llamarlas a ella y a Yongmal las «hermanas de hueso». Ambas eran más o menos de la misma estatura, ligeramente altas para ser adolescentes, delgadas pero anchas de espaldas. Otras chicas decían que las dos se reían con los hombros,

que solían subirlos y bajarlos con un movimiento vigoroso al ritmo entrecortado de sus carcajadas. Y lo que es más importante, tenían la misma mandíbula firme y los mismos pómulos, que más tarde se convirtieron en símbolo de su desquiciante cabezonería, en objetivo de numerosos puñetazos. No era de extrañar que Jobasan le gritara una vez «¡Anzu!» estando ni a un metro de distancia. No era de extrañar que Kaneda, el oficial japonés que había visitado y torturado a Yongmal casi a diario, empezara a acudir a su celda todas las noches tras la muerte de ésta.

Ella quería a Yongmal. Yongmal le salvó la vida, de muchas formas distintas, formas que nunca habría imaginado. Las historias que contaba sobre su hogar y su familia le enseñaron que aún quedaba algo de belleza en este mundo: algo por lo que merecía la pena vivir, y no simplemente sobrevivir. Yongmal también le enseñó que hay voces a las que no se puede acallar. Preferirían morir antes que ser silenciadas, y suponía que era lo que Yongmal había elegido al final. En cierto modo, se sentía la persona más cercana a ella, pues habían pasado juntas sus últimos años, susurrando historias. Dentro de los muros de la Estación, Yongmal era su anciana sabia y ella su entusiasta escriba. Entregada en cuerpo y alma a su papel, se afanaba por atesorar en su memoria cada detalle de su historia. Fue así como Kaiyo sobrevivió a la Estación: inmersa en el pasado de Yongmal, soñando despierta que vivía en su piel, que pisaba sus huellas.

Sin embargo, cuando se quedó con sus zapatos de cuero, la idea aún no se había abierto paso en su mente todavía. Antes de morir, Yongmal había regalado sus famosos zapatos —el regalo de bodas, hecho a medida, de su amante esposo— a su querida amiga Mija. Y

cuando ésta falleció en el ataque aéreo, ella se los había quitado para ponérselos. Tan sólo quería un recuerdo que pudiera llevar consigo, algo con lo que recordarlas a las dos. La idea surgió en algún momento de la segunda guerra que se interpuso en su camino, cuando todo a su alrededor volvió a convertirse en fuego y azufre. Necesitaba procurarse otra brizna de esperanza, pero esta vez tenía que ser algo más fuerte. Se prometió a sí misma que buscaría la mayor felicidad imaginable, aunque eso implicase tener que vivir de forma vicaria para siempre. «Si me quedé con sus zapatos, ¿por qué no quedarme también con su vida?» En aquel juego, pensó, si se jugaba bien, nadie resultaría herido y todos saldrían ganando. Quiso planteárselo como un último regalo de Yongmal.

Aunque ahora pregunta: ¿tengo que compartir esta felicidad con el caparazón de Yongmal... para siempre jamás?

Antes, se alegraba al sentir que una parte de Yongmal, incluso mucho después de su muerte, seguía viviendo dentro de ella, como un niño sustituido por otro al nacer. Ahora que se ha ganado el amor que tanto había deseado, lo que había visto como una bendición empieza a pesarle como otro esqueleto, acumulándose en su armario.

Ésta es la historia de un lunar.

Del tamaño de un guisante, de color berenjena claro. Él aún recuerda la sensación entre sus dedos: cómo se erguía, tenso y turgente, cuando lo presionaba hacia abajo, pero también la

flexibilidad con la que se inclinaba cuando lo acariciaba de lado. Una pequeña rareza por la que siempre la recordaría.

Así que cuando se apaga la luz y la ropa cae deslizándose al suelo, él intenta trazar con los dedos el viejo camino de vuelta a su marca particular, a su «secreto» de belleza. Sus manos recuerdan con claridad lo que su cabeza encuentra confuso. Bajan y recorren la quebrada entre sus clavículas, sus pechos pequeños y firmes —ni siquiera se detienen ni se inmutan ante los baches de las cicatrices, un remolino de papel de lija que florece alrededor de su ombligo— y finalmente remolonean alrededor del hueso derecho de su pubis. Para ser exactos, es donde la punta inferior del hueso se encuentra con el pliegue, que, si se sigue más allá, lleva hasta el mullido triángulo de terciopelo. Allí es donde tiene su delicioso lunarcillo.

Sólo que el lunar no está ahí.

Asombrado, desvía la mano hacia el hueso izquierdo del pubis, recorriendo el contorno en busca de un bultito voluptuoso. Pero de nuevo en vano.

Se pregunta si de verdad ha estado ciego todo ese tiempo.

Y ya sabe la respuesta.

Ella parecía la misma y distinta a la vez. Tenía la misma forma de la cara, los hombros, la misma risa, la picardía familiar. Aun así, se mostraba inusitadamente tímida: él la sorprendió lanzándole miradas furtivas de cuando en cuando, sonrojándose incluso al hacerlo. También se lo quedaba mirando boquiabierta al verlo vestido con su traje de corte occidental, en la sastrería, con ese diente incisivo mellado asomando entre sus labios entreabiertos, como si nunca lo hubiese visto con traje. Sin embargo, en su cabeza, el tiempo ha sido el único culpable. Dicen que una década puede cambiar hasta

una montaña y un río, se repetía. De hecho, esa nueva faceta suya le resultaba muy sugerente. También la encontraba más guapa. Le gustaba su piel más oscura y brillante, curtida por el sol. Le gustaba su sonrisa, ajena a sí misma e infantil, cuando, con el rostro radiante de alegría sincera, entraba por la puerta de su tienda. Su energía parecía contagiosa: hasta el circunspecto señor Shin, cuando estaba con la guardia baja, cogía su sonrisa y se la pegaba en sus propios labios. La leve punzada de celos que sentía cuando eso ocurría lo pilló por sorpresa, pero también le resultaba estimulante.

Ella escuchaba más. Antes, a pesar de su juventud, Yongmal hablaba mucho más tiempo del que dedicaba a escuchar, a menudo con el ánimo de llevar la conversación en la dirección de sus caprichos. Él la dejaba hacer gustoso y se abandonaba con sus propios pensamientos en las corrientes de Yongmal, pues era una hábil narradora dotada con una sinceridad irresistible y una hipérbole inofensiva. Pero tras su regreso no hablaba mucho de sí misma. Más bien parecía contentarse con escucharlo a él, los innumerables relatos de su monótona vida, las abigarradas listas de sus deseos, tanto en el presente como en el pasado, el arrebato de nostalgia de un anciano, quizá, o un pequeño acto verbal de rebeldía con el que uno se esfuerza por encontrar sentido a su mundo de absurdos.

A veces, entre los susurros de una conversación, él captaba el brillo del anhelo en los ojos de ella: los abría como platos y luego parpadeaba dos veces, rápida y firmemente. Intuía entonces que quería contarle algo, pero al final siempre acababa callándose. A él le entraban ganas de rogarle que se desahogara, que le permitiera compartir la carga con ella, pero no se atrevía. Lo último que quería era asustarla, añadir presión a su cabeza, tan magullada ya. No

podía permitirse el lujo de perderla de nuevo. Nunca se lo perdonaría. Lo que debía hacer, concluyó, era esperar. Hasta que ella tomara la decisión por sí misma. Y fuera cual fuese la verdad que ella decidiera contarle, cuando decidiera contársela, él estaba dispuesto a aceptarla tal cual. Sin hacer preguntas, sin condiciones. Era lo que siempre había pensado durante toda su ausencia: que no importaría nada más, que lo importante era que ella regresase algún día, con vida.

Se preguntó qué haría ella si supiera que él lo sabía. Se preguntó si tal vez, en el fondo de su corazón, ella lo sabía, pero tenía demasiado miedo para reconocerlo. Él conocía muy bien el dulce consuelo de la negación, la opción de postergar el momento de enfrentarse a la realidad. Era consciente, aunque fuese de forma un poco vaga, de para qué se llevaban a aquellas chicas jóvenes —por eso el padre de Yongmal la había casado a toda prisa, para empezar —, porque de algún modo los rumores sobrevivían, pero las chicas no. Ninguna había tenido la suerte de escapar y regresar, de revelar y difundir la verdad visceral de lo que habían sufrido sus cuerpos. Comprendía, además, que aunque lo hubieran logrado, nunca se atreverían a sacarlo a la luz. Incluso su propia sociedad, su patria coreana, las silenciaría, tachándolas de prostitutas. Llamar «putas» a esas chicas era mucho más fácil, pues no hería tanto su mezquino orgullo como mirar a la verdad a los ojos: que esa misma patria no había sabido proteger a los suyos. Y sin víctima, no hay crimen. Él lo sabía muy bien.

Pero lo que no vio venir fue que ella tal vez ya no fuese la mujer de antes, en un sentido literal.

Se dio cuenta de que había habido otra señal certera, antes de descubrir la ausencia del lunar.

Pero qué dispuesto había estado a pasarla por alto...

Supo reconocerlos con absoluta seguridad, por muy estropeados que estuvieran: eran los zapatos de cuero que había hecho a medida para Yongmal. Los había diseñado él mismo para complacerla, para satisfacer sus necesidades adolescentes, tanto prácticas como estéticas. Había elegido aquella piel de becerro tan cara porque quería mimarla con lo mejor de lo mejor. Había elegido un único color, el granate, porque sabía que ella renegaría de cualquier mezcla de tonos llamativos, diciendo que eran «demasiado infantiles» para ella, como si no fuera una niña. Los eligió sin tacón y con la punta redondeada para que pudiera montar a caballo con ellos y pasear con su poni por el bosque.

Y los eligió para que le quedasen perfectos. Como aún era joven, sabía que los pies todavía le crecerían un poco, de modo que el costoso regalo acabaría convirtiéndose en un amasijo inútil de tiras de cuero cosidas entre sí. Pero ése era precisamente el motivo de ofrecérselos como regalo de boda: quería que ella supiera que él siempre estaría ahí, creciendo y cambiando a su lado, en cada paso del camino, para ayudarla en cada hito de su vida adulta. «Te haré con gusto un par nuevo si se te quedan pequeños», le había dicho mirándola a los ojos, radiantes de alegría.

Por eso, cuando vio los zapatos gastados, más que sentir tristeza, se puso contento. Empezó a imaginar un nuevo diseño: algo sencillo, elegante pero resistente, de cuero negro flexible, que ella pudiera llevar todos los días al trabajo y también en sus paseos por el río

Daedong. Con el regalo quería decirle que ahora iban a empezar de cero, que lo que hubiera pasado antes ya no tenía importancia.

Quería que fuera una sorpresa. Así que esperó hasta que ella estuviera profundamente dormida, con el cuerpo encogido en posición fetal. Se agachó, levantó una punta de la manta con meticulosa lentitud y le acercó la vara de medir al pie derecho. Notó un cambio, algo en absoluto inesperado. El número que recordaba, de la primera vez que le había medido el pie, había cambiado otro número y medio. Lo que no podía prever era que el número se había hecho más pequeño, no más grande.

Lo comprobó tres veces, con el corazón latiéndole como un tren nocturno, frío y pesado en el pecho.

Una de las cosas triviales que había aprendido en su carrera, trabajando codo con codo con otros sastres y zapateros a medida, era que el tamaño del pie de alguien tan joven puede aumentar, pero nunca disminuir.

Y ahora, el lunar.

Su mente no parece capaz de idear otra explicación.

Vuelve a mirarle los pies. Parecen tan fatigados como los zapatos de Yongmal, los que han sobrevivido a la guerra, y descubre que le faltan tres uñas. A primera vista pensó que era por culpa de sus pies crecidos, de su dulce empeño en sobrevivir a las guerras como prueba de amor. Y el amor, para él, no debía ponerse en duda. Sin embargo, si era necesario, sí podía poner en duda su memoria, así que se convenció de que su cabeza entrecana tal vez se había equivocado con el número. Si la talla de un zapato no puede reducirse, la memoria de un anciano sí puede volverse más confusa. Pero se diría que el autoengaño ha dejado de funcionar, pues, una

vez más, sus dedos recuerdan con claridad lo que resulta dudoso para su cerebro.

«¿Quién es esta mujer?», pregunta su cabeza. Aunque el resto de su cuerpo ya la conoce íntimamente. Al final, la conoce desde hace más tiempo que a Yongmal.

Tiene que ser sin duda una persona muy próxima a Yongmal, piensa, para conocer de ese modo todas las historias de su vida, de su matrimonio.

Pero no lo bastante como para estar al tanto del lunar. Un pequeño secreto entre Young-min y Yongmal.

Después de su primera noche, antes de que Yongmal saliera a hurtadillas de la habitación de Young-min, ella le había susurrado que aquello debía seguir siendo un secreto entre ambos. Le hizo jurárselo.

Fue un mes después de su boda. El día que dieron aquel largo paseo por el bosque de abedules. Hablaron del futuro. Ella le habló de su afición por montar a caballo. Él le habló de una vida en Pionyang. Ella lo escuchaba, por primera vez, con gran interés. Él sintió que sus miradas se encontraban una y otra vez. Quiso cogerla de la mano.

Aquella noche Yongmal lo buscó. Salvo por la lámpara de queroseno que parpadeaba junto a su cama, todo estaba sumido en la oscuridad. Hasta los grillos habían dejado de cantar. El silencio nocturno sólo se veía interrumpido por el susurro de las hojas del otoño y los lánguidos aullidos de los animales.

Ella le indicó con un gesto que no hiciera ruido, primero llevándose suavemente el dedo índice a los labios y luego de nuevo tapándole la boca. La presión salada de la palma de su mano sobre sus labios le resultó tan placentera que se olvidó de respirar.

Por supuesto, no era ajeno a los misterios del cuerpo femenino; sabía cómo abrirse paso y desenvolverse en él, cómo compartir el placer. A pesar de que casi le doblaba la edad, el atrevimiento de ella lo hizo sentirse tan tímido y nervioso como si aún fuera un adolescente. Vio que le temblaban las manos. Vio cómo las de ella se acercaban a la lámpara de queroseno. Sin embargo, en lugar de apagar la luz, Yongmal la acercó a los dos. Su mirada rezumaba la ingenua audacia de una niña, curiosa e imperturbable, ladeaba apenas la cabeza hacia la derecha, como un animal inocente, observando. Lo tanteó, exploró su cara y su torso desnudo, con sus ojos redondos. Luego le deslizó los dedos, con exasperante lentitud, por el pelo, reluciente de sudor. Como si fuera su primera vez, él acabó enseguida.

Pero a ella no le importó. No le entusiasmaba todo aquel movimiento de entrar y salir. Pasaron mucho más tiempo estudiándose y acariciándose uno al otro, como adolescentes enamorados.

—Deberíamos repetirlo —le susurró Yongmal, justo antes de salir a la oscuridad de la noche. Y así lo hicieron. Casi todas las noches.

Aunque estaban casados y enamorados, tanto emocional como físicamente, dormían en habitaciones separadas. Yongmal lo prefería así. Todas las noches, ella entraba y salía a hurtadillas de la habitación de él, como un ladrón que entra por la ventana. Nunca le preguntó por qué. Tal vez, pensó, era por su timidez adolescente. O

podría ser un acto de desafío, fingiendo indiferencia ante el arreglo de su padre. Tal vez le gustaba la emoción de estar guardando un pequeño secreto, la cita clandestina entre ambos.

Impredecible y astuta, así era Yongmal.

¿Quién es ella?

Levanta la cabeza y vuelve a mirar a la mujer que tiene delante.

Una íntima desconocida a la que conoce y no conoce a la vez.

Una mujer con los pies maltrechos y la espalda llena de cicatrices. Con un diente delantero mellado. Con el puente de la nariz cubierto de pequeñas marcas de quemaduras.

Con una sonrisa infantil y ajena a sí misma.

«¿Puedes arriesgarte a perderla?», se pregunta.

Llora en silencio. Luego le besa los pies.

—¿Recuerdas cuando te dije que te haría un par nuevo si te quedaban pequeños? —le pregunta.

Ella asiente con la cabeza.

Se da cuenta de que un engaño, como hacer el amor, es cosa de dos. No hay engaño completo sin la persona engañada. Cuánto ansiaba creer... cuán dispuesto estaba, cuán desesperado.

Sabe lo que va a hacer.

Lo que sabe hacer como nadie: lo que ha hecho siempre y lo que siempre hará.

Esperar.

LA SEXTA VIDA

La espía que escribe en amarillo

2005

—Y dígame, ¿cómo se convierte alguien en espía? —pregunta el señor Park, con su característico tono plano y uniforme.

Sonrío, pensando que parece un filósofo o un poeta. Una vez más, me maravilla su talante sosegado, que he llegado a apreciar enormemente con el tiempo. Aunque ya me ha hecho la misma pregunta decenas de veces, consigue formularla como si fuera la primera. Supongo que el secreto está en la formulación: es un hombre de pocas palabras pero de vocabulario prolijo. No le gusta utilizar los mismos vocablos una y otra vez, ni siquiera para hablar del mismo concepto. Eso me hace sonreír, pues me recuerda a alguien a quien tanto tú como yo queremos mucho.

—De la misma manera en que una se convierte en madre, señor Park —respondo, sin disimular mi sonrisa.

El silencio, resbaladizo como el suelo helado, corta el aire entre los dos.

Se me borra la sonrisa al verle la cara. Está entrenado para que su semblante sea ilegible, pero he sabido sacar provecho a los tres meses que llevo observándolo. Veo cómo, por un instante, se le tensan los músculos de la mandíbula, junto a las orejas, y cómo se

le marcan las venas de las sienes. Da unos golpecitos con el dedo índice sobre el escritorio, una, dos veces.

Cree que estoy tomándole el pelo otra vez. Y no es eso. Estoy recurriendo a la mejor metáfora que se me ocurre. Me da pena que no la entienda, pero soy lo bastante inteligente como para captar su reacción y saber dónde está mi límite.

—Sólo es una forma de hablar, señor Park. No era mi intención incomodarlo. Y si quiere que le cuente la versión convencional de la respuesta, ya la ha oído muchísimas veces.

Suelta un breve suspiro, lo cual no es mala señal.

—Ya sabe cómo va todo esto, señora Choi. Cuéntemelo otra vez.

«Cuéntamelo otra vez.»

Fue tu frase favorita durante un tiempo, tras aquel año entero de «¿Y por qué?».

Me pedías que te contara los mismos cuentos una y otra vez, aunque te sabías de memoria hasta el último detalle, hasta los pelos y señales de su estructura narrativa, cada coma y cada suspiro, simplemente porque eran tus favoritos y te encantaba oírlos día tras día. Era un entretenimiento maravilloso para ti y una agotadora prueba de paciencia para mí. Y cada vez se hacía más difícil, porque siempre se te ocurría alguna pregunta distinta con la que sacarme de quicio: «¿Y por qué la mujer de Nolbu pegó a Heungbu con el cucharón del arroz? ¿Y por qué no con una cesta de aventar o con una vara?; ¿Y una urraca o una paloma no pueden ayudar? ¿Por qué tiene que ser una golondrina? ¿Y por qué el Gran Líder no le daba de

comer a Heungbu si tenía tanta hambre? Él siempre nos da de comer, ¿verdad?»

Al principio esas palabras me parecían fascinantes, pero luego, al cabo de unos meses, me resultaban muy inquietantes. A veces sentía verdadero miedo, porque sabía que en nuestra sociedad el camino al pelotón de fusilamiento o a los campos de trabajo estaba empedrado de preguntas.

Las preguntas. Ay, cuánto te gustaban... En cuanto pudiste juntar dos palabras para formar una frase, empezaste a hacer preguntas. Y no paraste hasta llegar a la adolescencia. A partir de entonces, supongo que comenzaste a recurrir más bien a tus compañeros de clase, a quienes considerabas una fuente de información más inteligente y guay.

Dicen que todas las madres creen que sus hijos, cuando son pequeños, son unos genios, pero luego resultan ser niños normales. Yo no era como las otras madres: nunca pensé que fueras ningún genio, pero sabía que eras mucho más lista que los demás.

Porque ¿qué criatura de tres años hace preguntas sobre la muerte?

Un día nos preguntaste por qué no tenías abuelos.

—Geumjoo tiene dos abuelos, ¿cómo es que yo no tengo ninguno? —refunfuñaste.

Yo te contesté que habían fallecido, lo que nos metió de lleno en un bucle interminable de nuevas preguntas.

—¿Qué significa «fallecido»?

Significa que murieron.

—¿Qué significa que «murieron»?

Significa que ya no están aquí con nosotros, que se fueron al cielo y que no pueden volver.

—¿Y qué hacen ahí en el cielo?

Nadie lo sabe con certeza, Mihee.

—¿Y eso por qué?

Sabía que no debía utilizar esa vieja expresión coreana, el eufemismo de la muerte: irse al cielo. La habían prohibido porque pensaban que tenía un trasfondo religioso y, por supuesto, la religión no tenía cabida en nuestra sociedad. De todos modos, yo seguí utilizando esa metáfora; pensé que, en tu cabecita infantil, eso facilitaría la comprensión del concepto.

Al cabo de unos meses, viste tu primer avión de cerca. Estábamos pasando por la puerta del aeródromo de Hyesan. Eso fue mucho antes del principio del fin y aún había bastantes aviones que despegaban y aterrizaban con regularidad. Lo primero que advertiste fue el ruido, que empezó como el retumbar de un trueno a lo lejos y te puso en alerta inmediatamente: agachaste la cabeza y me apretaste la mano. Al cabo de un segundo, estábamos justo debajo de un avión gigantesco, mirando su elegante panza gris y observando cómo se elevaba en el cielo hasta que el reflejo del sol en su cola desapareció en un mar de nubes. Paralizada, te quedaste inmóvil un buen rato, incluso mucho después de que la estela de vapor del avión se hubiese desvanecido en el aire.

Estuviste muy callada durante el resto del día, algo muy poco habitual en ti.

Luego, por la noche, cuando te arropé en la cama, me soltaste una pregunta, agarrando con fuerza el borde de la manta con los dedos.

—Mamá, me dijiste que mi abuelo se fue al cielo, ¿verdad?

—Sí. Bueno, todos tus abuelos, de hecho. Antes de que nacieras.

—Un avión puede volar muy alto en el cielo.

—Sí, como has visto hoy mismo.

—Así que, algún día, si cojo un avión, ¿podré alcanzar a mi abuelo allí arriba?

—Si le digo la verdad, nunca he saltado de un avión en pleno vuelo ni de un edificio en llamas. En contra de lo que imagina la mayoría de la gente, una buena forma física no es el factor más importante, en realidad. No es por donde empezamos la mayoría —le dije al señor Park.

—Entonces, ¿por dónde empiezan? ¿Qué es lo primero?

—Los idiomas.

El señor Park inclina la cabeza, sólo un poco, hacia la derecha. Significa que debo continuar.

—El lugar clásico para empezar es la Universidad de Estudios Extranjeros de Pionyang. Allí seleccionan a los alumnos más brillantes, los que destacan en otros idiomas, y llevan a cabo una exhaustiva comprobación de antecedentes. Los chicos deben ser de buenas familias de clase alta, con la mayoría de sus familiares aún vivos, para evitar la posibilidad de que sientan la tentación de desertar y quedarse en los países enemigos mientras están trabajando allí.

—Pero ése no fue su caso. Usted nunca fue a la universidad.

—Por supuesto que no. Yo he sido una inconformista. Siempre.

«Inconformista.» Me doy cuenta de que he pronunciado la palabra con un deje de falso orgullo.

Advierto que ya no me mira. Ahora tiene la mirada perdida en el aire, cerca de la esquina derecha de la habitación, donde hay una pequeña mancha gris de moho. Su semblante permanece inexpresivo. Esta vez no logro adivinar qué se le pasa por la cabeza. No sé si está pensando intensamente o si se está aburriendo. Continúo de todos modos.

—Cuando volví al Norte, me alegré mucho de reencontrarme con mi marido, al que no veía desde hacía una década. Fue la mejor época de mi vida. Viví con él en Pionyang. La economía iba bien, entonces. Los niños en la calle aún tenían las mejillas sonrosadas y estaban rellenitos.

Se me humedecen los ojos, muy a mi pesar. Esta falta de autocontrol me solivianta. Aprieto los puños bajo la mesa. Noto cómo se me clavan las uñas en las palmas de las manos, dejando las huellas de minúsculas medias lunas. Una punzada de dolor para volver al presente, al aquí y ahora.

Aquello también parece sacar al señor Park de su ensimismamiento. Aunque permanece en silencio, sus ojos lo delatan: los iris se le oscurecen y se le vuelven más redondos, como los de un gato por la noche.

—Supongo que éramos demasiado felices y, por tanto, un poco estúpidos. Es lo que pasa cuando sientes demasiada felicidad: hace que te relajes, que bajes la guardia. Cuando lo pienso ahora, al mirar atrás, habría sido muy raro que no les hubiera parecido sospechosa de buenas a primeras. ¿Cómo pude estar tan ciega?

¿Una mujer que aparece así, sin más, después de diez años de ausencia?

—¿Qué es lo que les pareció más sospechoso?

El señor Park formula la pregunta fríamente. Ya conoce la respuesta. Quiere acelerar la conversación para llevarla a su destino.

—Los idiomas, por supuesto.

—¿Qué pasaba con los idiomas?

—Que sabía inglés. Lo hablaba con fluidez.

—Y antes no lo hablaba.

—No, ni una palabra. Igual que el japonés. Aunque antes sí sabía un poco, cuando volví podía leerlo y hablarlo perfectamente.

—¿Y cómo descubrieron sus nuevas habilidades lingüísticas?

—Supongo que fue mi vanidad. Trabajaba en la Oficina Comercial de Divisas de Pionyang, donde sólo los nacidos en estamentos sociales superiores pueden comprar productos extranjeros de forma legal. Yo solía traducir al coreano los manuales escritos en otros idiomas para los clientes. Creía que los ayudaba y, al mismo tiempo, hacía un alarde inofensivo de mi inteligencia. Algunos de ellos debieron de denunciarlo al Bowibu, el Ministerio de Seguridad. Admito que fui ingenua. O simplemente estúpida.

El aeropuerto. El lugar donde viste tu primer avión. También fue el lugar que acabó con tu ingenuidad. Dejaste de ser una niña después de aquello.

En el aeródromo de Hyesan presenciaste tu primera ejecución pública. Tenías poco menos de once años.

Se aseguraban de que todos los niños las vieran ya desde bien pequeños. Era su método educativo predilecto, diseñado para infundir miedo y obediencia.

Era extraño ver la muerte bajo el sol, con la luz del día tan nítida y fuerte como el altavoz de la propaganda.

Eran dos hombres jóvenes, cada uno atado a un poste de madera por la cabeza, el pecho y los tobillos. Tenían los ojos vendados. A uno lo habían detenido por ver pornografía estadounidense y al otro una película romántica clandestina procedente de Corea del Sur. El castigo para ambos era el mismo: iban a morir fusilados.

El pelotón disparó tres veces, cada disparo con el objetivo de destrozar las cuerdas que ataban los cuerpos a los postes. Con el primer disparo, las cabezas estallaron en pedazos. El segundo hizo que ambos cuerpos cayeran de rodillas, como implorando perdón. El tercero logró que los cadáveres se desplomaran al suelo. Todo fue muy rápido. Un vaho rosado aún seguía flotando alrededor de los postes de madera salpicados de sangre caliente.

En un mundo cuerdo, te habría tapado los ojos.

Un par de meses después cumpliste once años. Nos comunicaste qué regalo querías.

Una bicicleta. «Y punto», dijiste.

En lugar de la bicicleta, te compramos un par de mocasines de color rojo brillante. Te pusiste furiosa.

—Pero ¿tú sabes lo difícil que es conseguir unos zapatos como éstos? —dijo tu padre.

—Otras chicas de tu edad se morirían por un par de zapatos rojos como éstos —dije yo.

No nos molestamos en decirte la verdad: que las chicas tenían prohibido montar en bicicleta. Creíamos que ya lo sabías y que por eso mismo habías insistido en aquel regalo en particular. El mundo que nos rodeaba decía que ver el cuerpo de una chica subida a una bicicleta era una desvergüenza: con los muslos abiertos, sentada a horcajadas sobre el sillín como un vulgar campesino a caballo, mientras meneaba el culito alegremente de un lado a otro al pedalear. La gente opinaba que era un espectáculo de horror e impureza.

Pero tú te montaste en una de todos modos. Te escapaste con la vieja bicicleta japonesa de tu padre, que aún era demasiado alta para ti. Te caíste cerca de la orilla del río Yalu y por poco te rompes la clavícula. Tu padre y yo sabíamos que no podíamos impedírtelo, así que al final acabamos comprándote la bicicleta que querías. Te hicimos prometer que no la sacarías cuando pudiese verte alguien.

Pero lo hiciste. La gente te vio en esa bicicleta y empezó a decir cosas. Algunos chicos te insultaron. Los ancianos y las ancianas te gritaron cuando pasaste esquivándolos por su lado, en la calle principal. Tu maestra me llamó para soltarme un sermón, mascullando entre dientes, con tono resentido: «¡Le va a dejar el trasero hecho polvo! ¡No puede dejar que su hija pierda la virginidad con el sillín de una bicicleta!»

La escena de la ejecución pública hizo algo raro dentro de tu cabeza, tuvo un leve efecto secundario que ellos no habían previsto ni deseado: despertó tu curiosidad. Empezaste a desear formar parte de aquello por lo que esos jóvenes habían creído que merecía la pena arriesgar la vida. Sin embargo, por suerte, también eras inteligente. Eras consciente del peligro en tu debilidad y sabías

cuándo dar un paso atrás. Jugabas con fuego sin llegar a quemarte. Porque yo te lo enseñé.

Tu padre y yo sabíamos que estabas predestinada a maquinar con todo lo prohibido, con cosas mucho más arriesgadas que dar un paseo en bicicleta, que era un tabú social pero no estaba castigado penalmente. Nos dimos cuenta de que prohibiéndote que hicieras algo sólo conseguiríamos que te burlaras de nosotros. Tenía que enseñarte cómo hacer que no te pillaran. Te enseñé a fingir y a engañar, la especialidad que yo misma había desarrollado sobreviviendo a dos guerras.

Una de las primeras lecciones que aprendiste de mí fue a contar cuentos. En la escuela, como eras tan inteligente, destacabas en todas las asignaturas salvo en una: la «purificación de vida». Se trataba de la sesión semanal de autocrítica, durante la cual todos tenían que confesar por turnos los pecados que habían cometido contra el Partido: cualquier ofensa verbal, mental o de conducta contraria a los ideales del Gran Líder. Comenzaba en la escuela primaria, entrenando a los niños a espiar no sólo a los demás sino también a sí mismos. El Partido lo llamaba «introspección», mientras que el resto del mundo lo llamaría «autovigilancia». «Un rollazo insoportable», decías tú.

—¡Mamá, la profesora me obliga a confesar aunque no tenga absolutamente nada que confesar! Luego se enfada conmigo y me grita que estoy cometiendo un pecado ahí mismo por el mero hecho de mentir, ¡por no decir la verdad!

—«El arte de contar historias» —te dije—. Tú haz como si la asignatura se llamase así, Mihee.

El truco te funcionó, ya que eras una lectora empedernida de literatura, una gran aficionada a la ficción. Era una tarea muy delicada, inventar historias para la sesión de autocrítica. Había que inventarse relatos sobre algún que otro lance que resultasen creíbles y lo bastante maliciosos como para que pudieran pasar por pecados, pero al mismo tiempo lo bastante inocentes como para evitar algún castigo grave o la inclusión en una lista negra. Aprendías rápido. Te convertiste en una pequeña máquina de contar historias. «Esta mañana, antes de salir de casa para ir a la escuela, todavía estaba medio dormida y se me ha olvidado inclinarme ante los retratos sagrados de Nuestro Gran Líder y del Querido Líder. Pido humildemente perdón por mi lamentable comportamiento. Cuando en la clase de historia nos hablaron de la ideología *juche* de Nuestro Gran Líder, me di cuenta de que el otro día cometí un grave delito al intercambiar el lápiz que me sobraba por la goma de borrar de la camarada Young-hye, y ahora me muero de vergüenza por haber participado sin saberlo en una perversa práctica de capitalismo yanqui. Cuando me regalaron caramelos y ropa nueva por el cumpleaños de Nuestro Gran Líder, me puse tan contenta que abracé a mi padre y le dije: "Gracias", ¡olvidando que en realidad esos regalos nos los da Nuestro Honorable Padre Líder, y no mi propio padre!»

También te enseñé a llorar. A medida que los niños iban haciéndose mayores, se suponía que debían mostrar cada vez más entusiasmo en la sesión de purificación de vida. A veces terminaba en una histeria colectiva de llantos y lamentos. Los alumnos empezaban derramando unas lagrimitas de culpabilidad y acababan llorando a mares con un sollozo en toda regla en el que a menudo

sacudían el cuerpo entero, arrodillándose y balanceando el torso hacia delante y hacia atrás, golpeando el suelo con los puños. Para ti, inventarte una historia era una cosa, pero fingir las lágrimas era otra muy distinta. «¿Cómo voy a llorar de culpa, mamá, cuando no siento ninguna?»

Viernes sí, viernes no, volvías a casa frustrada y furiosa, con el intento fallido de producir las lágrimas escociéndote aún en la garganta. Pero yo sabía que tú eras capaz de llorar, sólo que necesitabas el combustible adecuado. Te dije que usaras tu rabia. «Piensa en la gente que te ha hecho enfadar alguna vez. Por ejemplo, en ese niño abusón que te tiró una piedra cuando ibas en bicicleta, te hizo caer al suelo y luego te llamó "zorra mimada". Tienes que convertir ese sentimiento explosivo en lágrimas, cariño.» También te ofrecí un truco biológico por si fallaba el psicológico. «Baja la cabeza y tápate los ojos como si estuvieras llorando, pero mantén los ojos bien abiertos y no parpadees ni una sola vez. Al cabo de un minuto notarás que te escuecen, luego te arderán y, al final, se te saltarán las lágrimas, tanto si quieres como si no. Y en cuanto te salgan las primeras, luego será un no parar, ya lo verás.»

La lección de cómo llorar te fue muy útil, sobre todo más tarde, cuando murió el Gran Líder, a quien la gente consideraba prácticamente inmortal. El país entero sucumbió a la locura de la histeria apocalíptica. La gente se arremolinaba ante las colosales estatuas de bronce de Kim Il-sung, tan altas como un edificio de cuatro plantas, para poner en escena el espectáculo masivo de llorar a moco tendido. El asfalto del pavimento era abrasador, con el sol de julio y el calor acre que desprendían millones de cuerpos sacudidos por el dolor. Se desmayó muchísima gente. Algunos murieron.

Mientras tanto, los *inminban* lo controlaban todo. Los *banjang* de cada unidad de trabajo y clase registraban la frecuencia con que sus miembros acudían a llorar en público, y cómo lloraban. No llorar significaba coquetear con la muerte.

Ahora estoy escribiendo este diario, o carta si lo prefieres, en amarillo. La semana pasada lo hice en morado, y la semana anterior, en rojo. Cuando me quejé del color rojo al señor Park, diciéndole que estaba hasta el gorro de ver textos en rojo, lo entendió y me dio uno de color morado. Volví a quejarme y le pedí uno negro, normal. Entonces me dijo, con su voz plana y uniforme, tan tranquilizadora, que el morado es el color asociado con la nobleza, el símbolo de la realeza. «Verá, hace mucho tiempo, los tintes naturales para el morado eran muy escasos, por lo que sólo podían utilizarlos un reducido número de personas, las que tenían cierta posición social y riqueza.» Dijo que esa imagen de exclusividad había persistido a lo largo del tiempo y que acabó convirtiendo el color morado en un emblema de sangre azul. Le devolví la sonrisa y le dije que me gustaba su historia. Para mí, el morado había sido el color del hambre, de los rostros y miembros muertos amontonados en la estación de ferrocarril, en las calles del mercado de Hyesan.

Por supuesto, sabía que el señor Park me estaba contando una patraña. Sabía que me estaba dando el morado simplemente porque era uno de los pocos que quedaban. Pero aquel embuste venía envuelto con gran estilo, con una bonita historia. Me gustaba esa faceta suya, que apreciara el buen uso del lenguaje. Así que cuando

me devolvió el lápiz de color morado, lo cogí y empecé a escribir con él.

En realidad, más que un lápiz de color, es una barra de cera. A diferencia de un lápiz, este objeto no tiene ninguna parte afilada o dura. La mina se sustituye por cera coloreada, y la madera por finas y estrechas capas de papel que puedes despegar en lugar de sacarles punta. Es un híbrido entre una cera y un lápiz, está diseñado para que los niños coloreen con él y es el único útil de escritura que me dejan tener aquí. En mi habitación no puede entrar ningún objeto punzante de ningún tipo: ni bolígrafo, ni lápiz, ni tenedor, ni siquiera palillos de madera. Deben de haberse hecho una idea un tanto fantasiosa de mí, como si fuera James Bond o MacGyver, capaz de cargarme a un hombre con el clic de un bolígrafo. Aunque sabía utilizar ciertos tipos de armas y envenenar a alguien si era necesario, ese tipo de trabajo sucio no era realmente mi especialidad.

Mi especialidad es tejer una narración, como la carta que te estoy escribiendo ahora. El señor Park lo entendió antes que nadie: fue él quien me sugirió que lo pusiera por escrito. Él sabía que pasaba las noches cada vez más inquieta, que le daba demasiadas vueltas a la cabeza. «Escribir es la mejor manera de dar sentido a sus confusos pensamientos, señora Choi, así como de pasar el tiempo. Puede escribirlo en forma de diario o como una carta dirigida a alguien concreto si eso la hace sentirse más cómoda.»

Desde entonces, escribo con estos lápices de colores hechos de cera y papel, que no pueden hacerme daño ni a mí ni a nadie. De todos modos, es un juego en el que todos salimos ganando: yo conservo la cordura manteniendo la cabeza ocupada y ellos pueden

comprobar de forma más eficaz, leyendo lo que escribo, si es verdad lo que digo. Analizan mis palabras, las que verbalizo en voz alta y las que traslado al papel, decididos a encontrar cualquier fallo o discrepancia entre mis repetidos testimonios, antes de decidir si soy una pieza fiable o no.

Al principio odiaba el amarillo. Me quejé al señor Park diciendo que me cuesta ver el texto amarillo sobre el papel blanco, sobre todo con mi vista cada vez más cansada. Luego me contó que el amarillo es el color de la esperanza. «Algo que tanto usted como yo necesitamos mucho en estos momentos», me dijo, con esa sonrisa leve suya, esa sonrisa confusa en la que las cejas y la boca cuentan historias diferentes.

El amarillo como color de la esperanza... En boca de otra persona, habría pensado que es la típica tontería que se dice por decir, pero, como ya te he contado, el señor Park tiene una manera de decir las cosas que las carga de trascendencia, incluso cuando habla de las cosas más banales.

Proclive a escuchar, más bien lacónico, sabe cuándo callar y cuándo hablar. Con esa voz aterciopelada y esas cejas pensativas. Igual que tu padre.

Tenías dos años. Una mañana te acercaste a mí, me cogiste la cara con tus manitas regordetas y me besaste con una suavidad exquisita, como si yo fuera la cosa más delicada y tierna del mundo. Luego me dijiste: «Como papá besa a mamá.»

Teníamos pocos recuerdos de ti antes de que cumplieras los dos años. Nunca tuve ocasión de sostener en mis brazos a un recién

nacido, envuelto en mi propia sangre. Una oleada de felicidad y terror a partes iguales, lágrimas de conexión corporal en estado puro, instinto animal: nunca experimenté nada de eso. Necesitaba tiempo para conocerte. Para quererte, para apreciarte. Me convertí en tu madre poco a poco, pasito a pasito. Me convertí en madre a base de práctica. Me convertí en madre a base de entrenamiento.

Nunca conocimos a tu madre biológica. En realidad, tu primera madre adoptiva fue Young-shim, la hermana de tu padre, a la que ahora conoces por las viejas fotos familiares como la tía Young-shim. Su cuerpo, como el mío, no podía engendrar hijos. Yo sólo sabía que ella había adoptado a la hija ilegítima de una chica menor de edad del barrio, que estaba pensando en suicidarse. Ni siquiera el hecho de que Young-shim fuera viuda pudo impedirle que te adoptara. Debías de gustarle muchísimo.

Tuvimos que hacernos cargo de ti cuando Young-shim murió en un accidente de tren en Hyesan. Tu padre dijo que debíamos adoptarte y criarte como si fueras nuestra. A mí me daba miedo ese cambio tan drástico en nuestra vida, tener que convertirnos en padres sin pretenderlo. No estaba segura de ser capaz de amar a alguien que había aterrizado allí así, por casualidad, no por deseo propio. También tuvimos que mudarnos de Pionyang a Hyesan, donde Young-shim había trabajado, con el visto bueno del Partido, como supervisora de la oficina de relaciones comerciales con China, de la que también íbamos a hacernos cargo.

No fue amor a primera vista, sino un apego lento y por etapas. Como aprender a hablar otro idioma. Cuanto más aprendes, más pones de tu parte y más disfrutas. Y al igual que aprender otro idioma, requiere mucha práctica y paciencia. El amor va surgiendo

en ti poco a poco, con cada canción de cuna, con cada rabieta —primero soportada y luego amansada—, y con cada cucharada de papilla, ya sea tragada o escupida. Las recompensas me cogieron por sorpresa: la primera vez que oí la palabra «mamá» de tus labios; cuando me regalabas esos dibujos que hacías de mí con figuras de palitos y que llevaban por título: «Mi mejor camarada»; los abrazos repentinos y sofocantes, y todos los «te quiero» soñolientos en la cama, sin venir a cuento. Nunca en toda mi vida había visto una criatura tan vulnerable y tan transparente a la vez, dispuesta a amar y a confiar de forma incondicional.

Actuando como una madre enamorada, me convertí en una madre enamorada.

Y el preciso instante en que fui consciente de toda la dimensión de ese amor en mi interior fue cuando pronunciaste la frase: «Como papá besa a mamá.» Con tu beso suave y tus deditos regordetes en mi cara.

En cuestión de amor, tu padre era todo lo contrario de mí. Era como un bebé: alguien siempre dispuesto a dar, por naturaleza; dispuesto a entregarse sin condiciones, desde el principio. Como un bebé, era lo bastante valiente para mostrarse vulnerable y transparente. Así me quería a mí, y así te quería a ti también. Como si se hubiera encendido un interruptor en el momento en que llegaste a nuestra vida, el amor ya estaba allí, en sus ojos, cuando te miraba. Él sí hablaba ya ese idioma, no necesitaba aprenderlo.

Cuando lo conocí, me doblaba la edad. Sin embargo, me hablaba y escuchaba como a su más admirado maestro. Era un hombre humilde con una lengua noble. Un rebelde romántico al que ni siquiera le daba miedo coger de la mano a su mujer en público,

decirle «te quiero» cada mañana. El sacrificio significaba poco para él cuando se trataba de su familia: mudarse a Hyesan equivalía a renunciar a su vida privilegiada como sastre de Pionyang, y aun así lo hizo sin poner un solo pero. «Es el momento ideal para un viejo como yo, tener un nuevo propósito en la vida», dijo tu padre, entusiasmado. Comparado con su trabajo como fabricante de trajes para la clase alta, cuando su agenda estaba repleta de citas con dirigentes del Partido, ocuparse de los asuntos comerciales en Hyesan era una tarea mucho más relajada. Además, gracias a sus contactos con Pionyang, la importación y distribución de telas extranjeras para los altos estamentos funcionaban mejor que nunca, lo que le permitía tener más tiempo libre con su familia.

Cuando yo tenía que irme fuera a hacer alguna formación o en una misión, tu padre era tu madre y tu padre a un tiempo, y fue mejor madre de lo que yo llegué a serlo jamás. Si te digo la verdad, al principio estaba un poco celosa. Supongo que me sentía como la primogénita que está a punto de perder el control sobre un amor que había monopolizado hasta entonces. También te tenía envidia como hija: yo nunca tuve el tipo de padre que tienes tú ni la clase de infancia que tú disfrutaste. Mi propio padre nunca supo el significado de la palabra «dar»: sólo cosechaba dolor, su existencia subsistía a base de sufrimiento ajeno; el origen de mi lado oscuro. No es de extrañar que me sintiera atraída por tu padre, aunque sólo fuera por las historias que me contaban de él, mucho antes de conocerlo en persona. Quería amar y ser amada por él. Y en secreto, quería protegerlo. Sabes que solía decirle a tu padre casi todos los días que era la mujer más afortunada de Chosun por tener un marido como él. Pero es que, al mismo tiempo, pensaba que él era

igual de afortunado por tenerme a mí. Un hombre como tu padre no puede estar solo en este mundo de locos. Necesita a alguien como yo a su lado: una mujer buena y mala a la vez, capaz de un amor infinito y dispuesta incluso a matar para defender ese amor. Una mujer que hable el idioma de los locos.

—Háblemе de la Oficina de Enlace ciento treinta —dice el señor Park.

—Fue donde me formaron.

—Dígame cómo funciona, señora Choi. El proceso de formación.

—Ya sabe que no puedo hablar en nombre de nadie más. El mío fue un caso muy particular.

—Tengo interés en escuchar la historia de nuevo. Por favor.

Hoy, el «por favor» del señor Park es tan insípido como una planta de plástico, como si estuviera siendo irónico. Me sorprende lo dolida que me siento por dentro. Me pregunto si no me estaré convirtiendo en un patético caso de síndrome de Estocolmo: llevo demasiado tiempo aislada, con un solo hombre con el que hablar. Aun así, me resisto a dejarme llevar por pensamientos negativos hacia el único aliado que tengo. Tal vez simplemente está agotado. Hoy quizá quiera irse corriendo a casa con su mujer y su hijo, tumbarse en el sofá a ver la tele y olvidarse del trabajo.

—En mi caso empezó con una tortura. Llevaban tiempo vigilándome. Algunas personas ya me habían denunciado como altamente sospechosa. Una década de ausencia, un regreso repentino. Sumado al conocimiento de idiomas. Creían que era una espía del Sur, o de Japón. Más tarde me enteré de que, para mi

sorpresa, entre los chivatos estaba el señor Shin, un joven aprendiz de sastre que trabajaba para mi marido en Pionyang. Resultó que también estaba trabajando como confidente para la policía secreta. Su tarea principal consistía en espiar las conversaciones entre los clientes de los cuadros del Partido y mi marido. Me sorprendió enterarme de que ni siquiera los poderes fácticos están completamente exentos de vigilancia.

»Aunque siempre tuve la impresión de que el camarada Shin nos observaba de cerca, a mi marido y a mí, creía que era por envidia. Pensaba que sólo estaba celoso de ver a una pareja tan feliz y enamorada.

Lanzo un suspiro. Y no puedo evitar lanzar también un resoplido. Ante mi propia estupidez.

—Quizá también lo estaba —murmura el señor Park, con la mirada baja, como si hablara consigo mismo. Luego levanta la vista hacia mí —. Continúe. —Su voz vuelve a ser seca.

—Me sometieron a torturas brutales. Confesé toda la verdad sobre quién era, pero al principio no me creyeron. Supongo que no era la clase de historia que esperaban oír. Tardaron algún tiempo en entender lo que estaba pasando. En comprender la absurda verdad.

—¿La verdad?

—Que yo era una impostora, no una espía.

El señor Park me mira fijamente, sin pronunciar una palabra.

—Yo no era Yongmal, la chica que se había casado con Young-min, mi marido, diez años antes, y luego había desaparecido de repente. Conocí a la verdadera Yongmal en la Estación de Consuelo de Semarang, Indonesia. Uno de los muchos emplazamientos de las bases del Ejército Imperial japonés durante la Segunda Guerra

Mundial. A Yongmal y a mí, como a docenas de otras chicas coreanas, nos secuestraron y nos llevaron a Semarang para servir como mujeres de consuelo, el eufemismo que empleaban para referirse a las esclavas sexuales. Así fue como perfeccioné mi japonés.

»Todos en la Estación decían que parecíamos hermanas, Yongmal y yo. Nos hicimos buenas amigas. Ella era muy charlatana. Y yo la quería por eso. Me contó toda su vida en Corea. Me habló de su familia, de su pueblo natal, de su reciente matrimonio... De su marido. Y la quería y la envidiaba a la vez. Yongmal murió en la Estación, de tuberculosis. Yo sobreviví. Volví a Corea.

»Había perdido el rastro de mi propia familia, mi madre y mi hermana pequeña, así que se me metió en la cabeza la idea de encontrar a la de Yongmal. Y fue lo que hice. Y me convertí en Yongmal. Me convertí en la esposa del marido de Yongmal. Mi marido.

—Y lo consiguió, sin levantar sospechas.

—Sí.

—Su marido nunca se dio cuenta.

—No —dije devolviendo la mirada al señor Park—, soy muy buena en lo mío.

Principios de agosto. Otro día de verano de calor extraordinario en Hyesan. La humedad afloraba bajo las axilas, te resbalaba por las sienes. Yo estaba muerta de cansancio. Papá y tú ya habíais visto dos cadáveres de camino a la estación de tren. Papá y tú habíais ido

a buscarme. Yo volvía de Pionyang, de un «viaje de negocios». Llevaba casi medio año sin verte.

De pronto, se armó un gran alboroto en el extremo sur del andén: una madre y un niño que viajaban sin permiso, sorprendidos por un policía de paisano. Cada vez más gente se arriesgaba a viajar de manera ilegal, en busca de alimentos, que escaseaban más y más.

El joven policía ordenó a la mujer que le diera el fardo que llevaba encima. La mujer se negó. Desconcertado, el policía desenfundó su pistola y empezó a chillarle. De repente, la mujer se abalanzó sobre él de un salto, como un animal. Detrás de ella, vi correr a su hijo pequeño, abrazando el bulto con fuerza. Se oyó el ruido de disparos. Un grito agudo reverberó por la estación.

Una alarma se había disparado en mi cabeza. La sangre corría acelerada por mis venas y el corazón me palpitaba desbocado en la garganta. Pero mis manos se mantuvieron firmes. No me temblaba un solo centímetro del cuerpo. Los músculos de mi cara se relajaron y hasta llegué a fingir una sonrisa desganada. Mi corazón no tardó en seguir el ejemplo. Pertrechada con mi armadura de entrenado aplomo, seguí andando y dejé atrás el escenario del alboroto.

La cara de tu padre de pronto cobró nitidez. Luego oí tu grito, «¡Mamá!», a mi espalda.

Tu padre gritaba mi nombre. Reconocí la expresión de horror en sus ojos.

Me di la vuelta. Te vi en el suelo. Llorando. Tenías la mitad de la cara amarilla, cubierta de un polvo fino. Te salía sangre de la boca entreabierta.

Corrí hacia ti e intenté levantarte, pero me apartaste a un lado.

Tu padre vino y te cogió en brazos. Te limpió la cara con las mangas de la camisa. Entonces los dos me mirasteis. Con la mirada de un cachorro herido, con una mirada de asco.

En la Oficina de Enlace 130 me habían entrenado para hacerme pasar por extranjera. Japonesa, china, incluso asiático-estadounidense, si la misión lo requería. No basta con el dominio de idiomas: te entrenan para que reniegues de tu lengua materna, para que no boicotees tu propia tapadera reaccionando de algún modo al oírla. Me habían hecho vivir y soñar en otros idiomas. Había pasado meses hablando de lo que pensaba u ocultándolo sólo con palabras extranjeras. Cada vez que volvía la cabeza o desviaba la mirada hacia una interpelación en norcoreano, me penalizaban. «¡Camarada!», «¡Eh! ¡Aquí!», «¡Hola!», «¡Con permiso!», «¡Cuidado!», «¡Socorro!». Pero había una interpelación en particular que me había costado mucho más tiempo que otras ignorar: la de «¡Mamá!».

Al final, el entrenamiento mereció la pena. Cuando dispararon en la estación, corriste hacia mí, con los bracitos abiertos, gritando: «¡Mamá!» Querías protegerme. Querías asegurarte de que estaba bien. Querías salvarme; querías que yo también te salvara.

Pero pasé por tu lado como si fueras invisible. Tú te quedaste quieta, estupefacta. Una muchedumbre de soldados, alarmados por los disparos, salió corriendo. Todo el mundo corrió a dispersarse, como conejillos asustados. Te empujaron y caíste de bruces. Levantaste la cabeza, sangrando, y gritaste: «¡Mamá!», hasta que se te quebró la voz.

—¿Por qué cambiaron de opinión y decidieron contratarla?

—Empezó cuando les conté cómo aprendí inglés. Lo aprendí de niña, me lo enseñó un misionero canadiense que dirigía una fábrica de cerillas en mi pueblo natal, en Corea del Norte. Lo perfeccioné más tarde, trabajando para los soldados estadounidenses durante la guerra de Corea.

—¿Cuál era la naturaleza de su trabajo, cuando trabajaba para los estadounidenses?

La voz del señor Park, cuando pronuncia la palabra «naturaleza», tiembla ligeramente. No es propio de él.

—Hacía de intérprete entre las mujeres coreanas y los militares estadounidenses, en lo que llamaban «la Casa de los Monos», un lugar muy parecido a la Estación de Consuelo; basta con sustituir a los soldados japoneses por los estadounidenses, y la Segunda Guerra Mundial por la guerra de Corea.

Se me quiebra la voz. El señor Park entorna los ojos.

—¿Cómo acabó trabajando para la Casa de los Monos? En el mismo tipo de lugar que antes la había esclavizado a usted.

—No sabía adónde me llevaban. Disfrazada de chico, me estaba costando mucho sobrevivir yo sola a la guerra. En Busan abordé a los soldados estadounidenses para pedirles trabajo, les dije que hablaba un inglés fluido. Estaba muerta de hambre y no tenía dónde dormir.

Desplazo la mirada por encima de la cabeza del señor Park y me detengo en el cristal de la ventana, cerca del techo. La pequeña abertura cuadrada no es una abertura en realidad, sino una ilusión. Lo único que entra por allí es la gastada luz del sol. Una ventana doble, de cristal templado. Con una reja de barrotes de acero, más

que una ventana pequeña parece un desagüe gigante. No entra ni sale ningún ruido.

—Concéntrese, señora Choi, por favor. No tenemos mucho tiempo —suplica el señor Park—. Díganos por qué la OGR cambió de opinión.

—Fue al descubrir lo que había hecho en la Casa de los Monos. —Pensar en la Oficina General de Reconocimiento, el servicio de inteligencia norcoreano, hace que desvíe los ojos hacia la reja, al cristal de la ventana. Así que los cierro. «Concéntrate»—. La quemé. La casa. Luego hui de vuelta al Norte.

—¿Cómo los convenció para que se creyeran esa historia suya? —insiste el señor Park.

—Al principio no me creyeron, ya se lo dije. Luego hicieron sus comprobaciones y descubrieron que había un informe de un caso que encajaba con mi historia. Una instalación militar norteamericana cerca de Busan sufrió un incendió y se cobró la vida de varios soldados. Además, desapareció un joven huérfano que había trabajado como intérprete para la Casa. Resultó que el Sur había supuesto que yo era un espía enviado por el Norte. Las fuerzas aliadas me habían puesto en busca y captura. Era un terrorista, nada menos. Un guerrillero. Eso me convirtió automáticamente en un héroe para el Norte. Su actitud hacia mí cambió de la noche a la mañana.

»Querían que espiase para ellos, de forma oficial. Les brindaba una magnífica oportunidad: yo ya era un agente *de facto*, alguien que no requería demasiado entrenamiento. Sabía idiomas, era experta en sobrevivir a lo imposible, en fingir y engañar. Ya era una exitosa ladrona de identidades. Era una oportunidad que la OGR no

podía dejar escapar, así que me hicieron una oferta que no pude rechazar.

Digo la última frase impostando la voz de un malo de película. Lo hago para intentar arrancarle una sonrisa al pobre señor Park, que tiene un mal día. Pero no pilla la broma. Últimamente está cada vez más serio, y no puedo evitar preguntarme si, al final, eso jugará a mi favor o en mi contra. ¿Estarán a punto de tomar la decisión? La idea hace que se me acelere el pulso.

—Acortaron mi proceso de formación al mínimo. Incluso dejaron que mi marido y yo siguiéramos llevando el negocio de importación y exportación con los chinos. Habían previsto que podría aprovechar mi condición de empresaria como espía, pues eso me permitiría cruzar fronteras y contactar con extranjeros con mayor libertad. Sobre todo, me prometieron que guardarían mi «secreto» si decidía trabajar para ellos, pero lo que querían decir en realidad era que, si me negaba, revelarían mi verdadera identidad a mi querido esposo. No tuve más remedio que aceptar su oferta y convertirme en su espía.

—Las chicas —murmura el señor Park.

Observo el movimiento de su nuez en la garganta, cómo le sube y le baja.

—¿Perdón? —pregunto. Oigo el ruido de la lluvia golpeteando la pequeña ventana. Qué oportuna.

—Las chicas, señora Choi. Las mujeres coreanas de la Casa de los Monos. ¿Qué fue de ellas cuando quemó el edificio?

Primer día de entrenamiento en la 130.

Nos subieron a mí y a otra docena de aprendices al autobús ennegrecido. Era un vehículo blindado, un híbrido entre un tanque y una lanzadera, en realidad. Las estrechas franjas de las ventanillas eran oscuras y lisas con los cristales de unas gafas de sol, pero nos vendaron los ojos de todos modos. El interior olía a grasa ácida. El autobús empezó a moverse despacio. De repente, un golpe seco y frío nos puso en alerta ciega y sentí un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies. Sabía exactamente dónde estaban todos y cada uno de los ocupantes del vehículo sólo por el ruido de su respiración. Entonces oí de nuevo el golpe, un poco más prolongado, seguido de un eco esta vez. Las puertas del vehículo se cerraron. Y comenzó su descenso.

Parecía como si llevásemos allí una hora, bajando a varios kilómetros de profundidad, pero me recordé a mí misma que la oscuridad te juega malas pasadas con el tiempo, lo convierte en algo demasiado resbaladizo y traicionero para poder fiarte de él. Sin el sentido de la vista, a veces otras sensaciones se estiran y se doblan como un trozo de caramelo. Yo ya estaba familiarizada con ellas, tras sobrevivir a varias guerras en la penumbra del cautiverio.

Cuando el zumbido metálico enmudeció al fin, silenciando también todo movimiento de inquietud humana, me asaltó un olor gris. Era el olor del suelo de hormigón bajo la lluvia, hecho con materiales caseros y húmedo; el olor de un sótano, lleno de estanterías enmohecidas. Una evocación no del todo desagradable. Sin embargo, no tardó en apoderarse de mí un miedo consciente que me instaba a averiguar qué podía ser aquel lugar, aquel gigantesco inframundo enterrado en las profundidades de Pionyang. Andando en la oscuridad, atenta al sonido cavernoso de mis pasos, me

dediqué a barajar distintas posibilidades. Me vino a la mente un refugio antiaéreo subterráneo, pero también otros lugares que no quería ni imaginar, como un centro de reeducación o un campo de trabajo, otras variantes de la esclavitud.

El momento en que nos quitaron las vendas de los ojos fue cegador. El suave color burdeos, con la luz que se filtraba a través de la tela negra doblada, explotó en un estallido de blanco, y algunos de los aprendices se pusieron a maullar como gatitos malheridos.

Vi desplegarse ante mis ojos la calle de Myeong-dong, el mayor distrito comercial de Seúl, en Corea del Sur, iluminada por potentes focos. La intensidad de la luz se cebaba con alegres martilleos, me dejaba tambaleante, con la boca reseca y salada. Una serie de enormes escaparates de cristal a ambos lados de la calle captaban y proyectaban en un bucle sin fin la intensa iluminación, que reverberaba en todas direcciones; no quedaba un solo rincón a oscuras. Detrás de los ventanales, los maniquíes vestían modernas prendas de ropa occidentales, y toda una variedad de peatones se paseaban con vaqueros desteñidos, camisetas de colores con vistosos logotipos ingleses, zapatillas Nike, gafas de sol negras, minifalda, tacones y pintalabios rojo sangre. Todos y cada uno de esos elementos estaban prohibidos por el Partido; llevarlos en público era un pasaporte seguro para acabar en un campo de trabajo. Sobre todo el pintalabios rojo sangre. La última vez que vi uno fue en la estación de Hyesan. El hambre había convertido a las madres en prostitutas. Una plétora de mujeres jóvenes de extracción social baja, marcada por su *songbun*, habían elegido vender su cuerpo antes que perder a sus hijos y hermanos por inanición. Como

la prostitución era un delito grave contra el Partido, esas mujeres no tenían otra forma de prostituirse que lanzando miradas seductoras a los hombres que pasaban por la estación, con los labios pintados de rojo, su letra escarlata para sobrevivir.

Junto a Myeong-dong estaba Osaka. Los carteles de neón de la calle Dotonbori volvieron a inundarme la vista. Incluso mucho tiempo después de cerrar los ojos, las luces brillantes seguían flotando en mi cabeza. El gigantesco corredor de Glico ya estaba allí, dándonos la bienvenida con los brazos en alto en señal de victoria, tan surrealista e impresionante como la estatua de bronce de veinte metros de Kim Il-sung en Mansudae. Enfrente de Osaka estaba el distrito V de París, con su Jardín de Luxemburgo en miniatura y varios rinconcillos del Barrio Latino, donde algunos universitarios atolondrados, los *bourgeois bohème* aburridos de su privilegiada vida occidental, seguían masturbándose con la idea del comunismo.

Aquel submundo en las profundidades de Pionyang era su simulacro del mundo. Un parque temático hiperrealista, o el campo de entrenamiento definitivo, donde los mejores estudiantes de la Universidad de Estudios Extranjeros de Pionyang se convertían en agentes secretos de la República Popular Democrática de Corea.

Casi todos los días desayunaba temprano en París con Amandine, una francesa regordeta de mediana edad secuestrada en París a principios de los setenta, con la que practicaba conversación en francés; luego almorzaba en Osaka con Yuki, una jovencita taciturna secuestrada a los doce años en la costa de la prefectura de Niigata, con quien aprendía jerga japonesa y viejos proverbios; las cenas eran en Washington D. C. con Malcolm, un fornido desertor americano de Huntsville, Alabama, que había huido al Norte durante

la guerra de Corea tras matar de forma accidental al sargento de su pelotón en una pelea de borrachos y que me ayudaba a repasar historia de Estados Unidos y mi vocabulario militar en inglés.

Muchas noches me entrenaban para ser surcoreana. Aprendí a hablar, comer, sonreír, caminar y pensar como si lo fuera. (Y ese angustioso proceso me hizo darme cuenta de lo mucho que se había agrandado la brecha entre el Norte y el Sur.) Un error iba seguido, sin excepción, de su castigo correspondiente. Por suerte, aprendía rápido. A los dos meses de llegar, cuando me despertaban en plena madrugada ya podía protestar medio dormida con un perfecto acento surcoreano.

El día que llegué a la 130, al contemplar la calle iluminada de Myeong-dong, en Seúl, pensé en tu abuela. Mi madre, a quien había dado por muerta hacía tanto tiempo. Junto con los recuerdos de la guerra, había enterrado los que tenía de ella en algún lugar muy profundo, muy por debajo de mi pensamiento consciente. Ella era de Seúl y siempre me había hablado con gran cariño de sus recuerdos infantiles de la capital, coloreados por sus teatros y sus bibliotecas, sus mercadillos y sus helados. Después de casarse con mi padre, se había trasladado a la zona rural norteña, donde me tuvo a mí, apartada de la vida de ciudad que tanto le gustaba. Me pregunté qué habría dicho si hubiera visto aquella estrambótica réplica de su ciudad natal, aquella ironía secreta en lo más profundo del corazón del Norte. Me pregunté qué habría sentido.

Ahora me pregunto cuál fue tu reacción, la primera vez que viste la 130.

Apostaría lo que fuese a que, en lugar de sentirte intimidada o perdida, dabas saltos de entusiasmo. Y apostaría a que fuiste lo

bastante astuta como para disimularlo.

—Los fines de semana debíamos realizar diversas tareas en el Seúl de la 130, actividades cotidianas que sólo haría alguien que viviese en una sociedad capitalista. Todo lo que tuviera que ver con un banco, como abrir una cuenta, transferir dinero, actualizar una libreta de ahorros... Otras tareas más sencillas, un poco más divertidas, eran alquilar una película e ir de compras. Los surcoreanos nativos, la mayoría de ellos secuestrados cerca de la zona desmilitarizada, interpretaban diversos papeles, como el de peatones, empleados de banca y tenderos, y nos enseñaban cómo movernos y corregían nuestra dicción y entonación.

—¿Cómo se llamaban?

—Les asignaban nombres falsos, por supuesto. Pero no le costará encontrar sus registros si sigue las descripciones que le he proporcionado, cosa que estoy segura de que ya habrá hecho.

Levanto la vista. El señor Park aparta un segundo la mirada. Un destello de culpabilidad. Me dan ganas de decirle que no tiene por qué sentir remordimientos, que todos hacemos nuestro trabajo, eso es todo. Pero en vez de decirle eso, lo sorprendo con otra cosa: una pregunta trampa. Una improvisación. Un atajo.

—¿Y los otros nombres? —oso preguntarle.

—¿Qué nombres?

Sonrío. Lo he pillado desprevenido. Y sé que él lo sabe. Dibuja una pequeña «o» con los labios.

—Señor Park, le pregunto, simple y llanamente, si sus jefes están dispuestos a confiar en mí. —Vuelvo la cabeza hacia la derecha y

atravieso con la mirada el amplio espejo gris que ocupa casi la mitad de la pared, un espejo que al otro lado actúa como ventana.

El señor Park respira hondo y me mira a los ojos, como animándome a continuar.

—Le pregunto si están listos para oír los nombres que he venido a proporcionarles, señor Park. La lista de espías enviados desde el Norte, como yo, que han trabajado como agentes encubiertos aquí, en Corea del Sur.

Creí que tu resentimiento por mis frecuentes ausencias se prolongaría algún tiempo.

Pero con lo inteligente y cariñosa que eras, no tardaste en convertirlo en otra cosa.

A los dos años y medio dijiste que te casarías con tu padre; a los ocho anunciaste que de mayor querías ser como yo.

—Voy a ser empresaria, como tú, mamá —me dijiste con tu voz severa, la voz teatral que empleabas para llamar nuestra atención.

Te pregunté si sabías qué implicaba. Dijiste que el mío era un trabajo muy chulo, que gracias a él podía llevar un montón de ropa guay, que me permitía viajar por todo el mundo, un mundo que la mayoría de la gente no podía ver.

Suspiré y sonreí al mismo tiempo. Y te dije que sólo las personas muy inteligentes podían ser empresarias.

—Tienes que trabajar duro en la escuela y estudiar mucho, cariño —te contesté—, sobre todo idiomas. En los negocios, ésas son las herramientas con las que juegas tus bazas para conseguir lo que quieres.

Tú eras una alumna entusiasta, yo una profesora impaciente. Con tu pasión voraz, esa que sólo tienen las mentes infantiles, engullías todos los conocimientos lingüísticos con que yo te alimentaba. Y siempre pedías más. Incluso comenzaste a establecer nuevas reglas, como los «fines de semana sólo en inglés» y los «viernes de chino» y el «agosto en japonés». Nunca te había enseñado el acento surcoreano, pero supuse que ya habías empezado a coquetear con él por tu cuenta, como casi todos los chicos modernos de tu generación, que veían y compartían copias de series de televisión surcoreanas en secreto.

Te enseñé todo eso porque quería que te convirtieras en empresaria, no en la clase de mujer pluriempleada y experta en el doble juego que era yo, sino una mujer de verdad que pudiera saborear su éxito a plena luz del día. Pensé que incluso podrías llegar a ser diplomática, ¿por qué no? Quería que formaras parte de la clásica élite de manual a la que a mí nunca me brindaron acceso. Quería que recorrieras la Ruta de la Seda.

Cuando supe que te habían aceptado en la Universidad de Estudios Extranjeros de Pionyang, lloré de emoción. Estaba muy orgullosa de ti. No niego que mi sentimiento de euforia era vicario, que estaba disfrutando a través de tu éxito académico de lo que no me habían dejado conseguir a mí.

En esos momentos disfrutaba siendo una esnob sin tapujos.

Permanece inmóvil, con los brazos en jarras. Me da la espalda. Lo oigo suspirar, exasperantemente despacio, dos veces.

Nunca había visto al señor Park ponerse tan melodramático. Aunque tampoco me sorprende. Me limito a esperar a que sea él quien rompa el silencio.

—¿Por qué quiere convertir en enemigo a su único aliado claro? —pregunta. Su tono rezuma cansancio. Deja un papel encima de la mesa, delante de mis narices.

—¿No le gusta mi lista?

—Déjese de juegos, señora Choi —me espeta. Veo que cierra el puño de la mano derecha sobre la mesa—. En primer lugar, ni siquiera es una lista, señora Choi. Sólo hay un nombre. ¿Qué pasó con los otros nombres que nos prometió? ¿Todos los nombres que conoce de los agentes secretos de la OGR que operan en Corea del Sur?

—Nunca supe cuáles eran sus verdaderos nombres, sólo sus alias.

—A ver, señora Choi, ¿quiere que me trague esa patraña como si fuera idiota?

—¿Es que no ha estado escuchándome, señor Park? ¿No le he dicho que mi país es un país de espías? Desde que tienes edad para saltar a la comba, en la escuela te enseñan a desconfiar y a delatar a todo el mundo, incluso a los miembros de tu propia familia. ¿Acaso no le he dicho que hasta los poderes fácticos están bajo una constante vigilancia? La única persona libre en el Norte es el propio Kim Jong-il. No confían en nadie, y no quieren que confiemos los unos en los otros. Siempre dan por sentado que podría haber agentes dobles entre nosotros. Así que, por lo que más quiera, y por última vez: les estoy diciendo la verdad. No conozco sus verdaderos nombres.

—Entonces no nos sirve usted para nada.

—Eso no es cierto. Puedo proporcionarles sus nombres en clave, las descripciones de sus misiones, de su aspecto físico y de su cara, todo lo que sepa. Pueden obtener mucha información de ahí. Ya lo han hecho.

Veo que afloja un poco el puño. Mueve los ojos de un lado a otro antes de lanzar otra profunda exhalación.

—Entonces, el único nombre de la lista... Ése es un nombre real —dice el señor Park. Más que una pregunta, es una afirmación.

—Sí.

—Pues no tiene mucho sentido, ¿no le parece, señora Choi?

Me mira una vez más, ladeando la cabeza como un cuervo. Permanezco alerta. Y en silencio. Emite un sonido a medio camino entre un suspiro y una risita entrecortada.

—Choi Mihee. ¿No le resulta demasiado familiar?

Hay un momento en la vida de toda madre en el que se da cuenta de que no puede controlar la vida de sus hijos como ella quiere. Cuanto más crecen, más se repite a sí misma esa verdad, como si fuera un mantra, para ahorrarse más miedos y decepciones. Sin embargo, en el fondo, sigue conservando intacta su fe ciega en su propio poder sobre su criatura, como las gotas de agua en una telaraña después de una tormenta, aferrándose al frágil espejismo maternal de que aún puede salvarla, de que puede devolverla al buen camino, al lugar que le corresponde.

Creía que yo no era como todas las madres. A diferencia de las demás, yo nunca te he echado ningún sermón para que no hagas nada peligroso. Siempre supe que ibas a probar cosas nuevas, era

inevitable. Al fin y al cabo, llevabas mi terquedad escondida bajo la lengua. En vez de eso, te decía que procurases que no te pillaran. «Si no te pillan, no hay delito», era el lema clandestino. Y lo ponías en práctica sin apenas esfuerzo.

La vida universitaria en Pionyang te iba de maravilla, pero la policía secreta no era ninguna broma. Podían sorprenderte cuando menos te lo esperabas. De vez en cuando hacían inspecciones aleatorias en los apartamentos de los estudiantes, y si pillaban a alguno en posesión de algún material subversivo clandestino, debía enfrentarse al pelotón de fusilamiento. El año anterior habías visto cómo pegaban un tiro en la cabeza a tres compañeros tuyos. Fue la típica ejecución pública en el campus, a plena luz del día. Dejaron que los cadáveres se pudrieran a la intemperie durante días, en la fosa abierta, para recordar a todo el mundo cuáles eran las consecuencias que acarreaba engañar al Partido. En cualquier caso, al cabo de un par de semanas todos los chicos siguieron con su vida como si nada.

Esa noche, estabas con tu amante letal en la cama.

Estabas viendo ese melodrama surcoreano tan ñoño en el que el apuesto hijo de un *chaebol* y una chica sencilla y sin dinero se enamoran, contra todo pronóstico. (Bueno, siempre lo hacen, ¿no?) Le habías pedido prestada la cinta de vídeo a un joven camarada de tu clase de inglés que se ganaba un dinerillo copiando y distribuyendo cintas ilegales. Tú y tu círculo de amiguitos lo llamabais «el Monje».

La policía secreta empezaba cortando la luz de todo el edificio, en plena noche. Luego llevaban a cabo una rápida visita sorpresa a cada apartamento. Lo primero que hacían era localizar el aparato de

vídeo y tocarlo con las manos: si notaban que el cacharro aún emitía un calor persistente, volvían a conectar la electricidad y ponían en marcha el reproductor para comprobar su contenido. Si la cinta de vídeo era de carácter limpio e inocente y sólo mostraba los habituales cambalaches propagandísticos de la familia Kim, te librabas del castigo. Sin embargo, la idea de que un adolescente estuviera viendo una película de propaganda después de medianoche para pasar el rato... había más probabilidades de encontrar a Buda en un burdel.

Si la cinta de vídeo era de naturaleza sucia, estabas jodido. No podías sacar la cinta y esconderla porque al cortar la electricidad había quedado atrapada en las entrañas del aparato. Si intentabas sacarla a la fuerza, desparramaría sus brillantes tripas marrones por todas partes, prueba evidente de tu traición. Y aunque por arte de magia consiguieras sacar la cinta intacta, estabas jodido de todos modos. Lo primero que hacían era palpar la máquina, ¿recuerdas? Ya sabían que estaba caliente. Sabían que estabas viendo algo y que lo habías escondido. ¿Lo ves? No tenías escapatoria.

Ése fue el destino del Monje, pobre chaval. Lo atraparon y en quince días ya lo habían ejecutado. Tenía diecinueve años. Pero la naturaleza de su ofensa es demasiado atroz, dijeron, porque además de cometer el delito de pensamiento, también lo propagaba. Acribillaron a balazos o recluyeron en campos de trabajo a otro puñado de chicos acusándolos de un delito similar.

Y sin embargo, tú, Mihee, saliste ilesa de todo aquello. Sin un solo rasguño.

«Si no te pillan, no hay delito», lo sabías muy bien. Estabas constantemente alerta por si había algún registro inopinado, así que

tenías dos aparatos de vídeo siempre a punto. Aquella noche no fue una excepción. Pusiste en marcha los dos reproductores de vídeo de forma simultánea, con dos cintas de vídeo distintas: una cantando las alabanzas de la esplendorosa vida de nuestro Gran Hermano mientras la otra entonaba una balada surcoreana de amores no correspondidos. Ambos aparatos estaban en pleno funcionamiento, calentando sus cuerpos melódicos, pero tú estabas absorta sólo en el segundo. El primero no estaba conectado al televisor, por supuesto.

Cuando la policía secreta cortó la luz, los otros chicos cayeron presas del pánico, pero tú mantuviste la calma en todo momento. Lo único que tenías que hacer era esconder el reproductor de vídeo que contenía el romance surcoreano en tu armario y conectar el otro vídeo al televisor. Tardaste un minuto.

Un minuto y treinta segundos exactos después del corte de electricidad, los agentes irrumpieron en tu piso. Pusieron las manos encima de tu aparato de vídeo y notaron el calor. Volvieron a dar la luz y reprodujeron la cinta del interior. Vieron la sonrisa benévola de Kim Jong-il inundando la pantalla, a miles de personas llorando, lanzando vítores ante el simple movimiento de la punta de sus dedos. Todo era perfecto. Todo estaba limpio.

Cuando otros pensaban que no había salida, tú siempre encontrabas algún recoveco. Una pequeña rendija. Una fina grieta en la muralla que nadie más había visto.

Cuando me contaste esta historia, advertí el brillo en tus ojos, el mismo que había asomado a ellos en nuestra primera clase de inglés, con tu voz ronca de emoción al recitar el abecedario, sólo que

esta vez era más intenso e inquietante. Me di cuenta de que tu brillo adolescente ya escapaba de mi control.

Luego empezaste a llevar contigo esa extraña sonrisa interior, nuevos secretos que ya no ibas a compartir conmigo.

Yo te procuré la leña adecuada y ahora estabas encendiendo la hoguera abrasadora tú sola. Y no dependía de mí sofocarla.

Como yo, eres una farsante. Pero más por diversión, menos por supervivencia. No lo llevabas en la sangre, sino encima y debajo de la lengua, alrededor de esos ojos que siempre me han mirado con admiración. Era mi amor. Era mi vanidad.

—Y la única forma de seguir esa senda legalmente en nuestra sociedad era formando parte del servicio secreto. Mihee era la clásica recluta de manual. Los archivos de la policía secreta la recordaban como la exaltada revolucionaria obsesionada con las películas de propaganda del Gran Líder. También era una alumna aventajada de la Universidad de Estudios Extranjeros de Pionyang, que ya hablaba varios idiomas con fluidez. No era de extrañar: lo aprendió todo de la mejor.

»Al final, adoptar otra identidad es como hablar otros idiomas. Cuando aprendes otra lengua, no sólo aprendes las palabras. En el proceso absorbes sus estados de ánimo y sus peculiaridades, así como el relato compartido de quienes la hablan con toda naturalidad, sin pensar. Cuando empiezas a sentir que te has hecho dueña de la lengua, ella también se ha adueñado de ti, como por arte de magia. Con sólo cambiar la forma de hablar, te conviertes en

una extraña. Adoptas otro perfil. Puedes colarte en la historia de otra persona sin darte cuenta.

Me detengo a coger aire. Y me doy cuenta de que estoy hablando como si escribiera, como si estuviera pronunciando un discurso, en vez de hablar. Eso no puede ser nada malo para el señor Park, pues es un verdadero entusiasta de las palabras precisas, cuidadosamente escogidas. Levanto la vista para escrutar su rostro. Es entonces cuando sé que mis palabras se han adueñado de él. Al menos de momento.

—Una vez me preguntó por las chicas. Las coreanas de la Casa de los Monos, durante la guerra de Corea. Me preguntó qué pasó con ellas cuando quemé el edificio. La verdad es que no lo sé. No he sabido nada de ellas desde entonces. Pero lo que sí le puedo asegurar es que intenté salvarlas a todas. Prendí fuego a la casa el día de la revisión médica mensual, cuando las llevaban al hospital militar de la ciudad. Esa mañana, cuando las subí a un camión, metí una pistola que le había robado al celador en el bolsillo de una de las chicas. Les hice unos nudos corredizos en las muñecas, unos que podrían deshacer fácilmente con sólo un tirón largo y suave. Les dije que se soltaran las manos cuando el camión militar redujera la velocidad por el serpenteante camino de montaña, que dispararan al conductor en la cabeza y que saltaran del camión y huyeran por el bosque. No sé si lo consiguieron o no. Sólo espero que lo hicieran, al menos algunas de ellas.

»Lo que intento hacer ahora no es tan diferente. Intento salvarme dándonos a mí y a mi hija una segunda oportunidad, a las dos. Me la merezco. He pasado un infierno, un auténtico calvario. A estas alturas ya debe de saber que me importa un bledo la ideología, y a

mi hija igual. Simplemente he sacado todo el partido posible del montón de chorradas que me han ido arrojando por el camino.

»Sólo que esta vez me vendría bien algo de ayuda. Pero no soy ninguna caradura, así que no le estoy pidiendo que me la den gratis. Ustedes me ayudan y yo los ayudo a ustedes. Van a averiguar más información sobre los entresijos de la OGR gracias a mí y a mi hija de lo que jamás hayan averiguado de nadie, en especial de todos esos falsos espías a los que han incriminado aquí en la KCIA.

»Lo único que pido es una amnistía completa para mí y para mi hija, inmunidad total con respecto a lo que hemos hecho hasta ahora, a cambio de la ingente información que hemos acumulado sobre la OGR. Todo debe llevarse con la máxima discreción, por supuesto, sin la presencia de los medios de comunicación, porque si nuestra maniobra llega a oídos de la OGR, seguro que cambiarán todos sus códigos secretos, todas las formas confidenciales de operar que conocemos, lo más rápidamente posible.

»En cuanto usted y sus jefes acepten mis condiciones y garanticen nuestra seguridad, les traeré a mi hija. Ella es aún más valiosa que yo. La que lo tiene todo más fresco en la memoria, con la información más actualizada.

El silencio vuelve a instalarse entre los dos, el más largo hasta ahora. Pero no es un silencio frío ni cortante, sino cálido y nervioso, como el vértigo. Necesita tiempo para digerir todo aquello, así que le dejo hacerlo. Ya le he ofrecido la oportunidad que no puede dejar pasar.

—No lo entiendo.

Puedo ver miles de signos de interrogación desfilar por sus ojos parpadeantes.

Se vuelve hacia el amplio espejo gris, como pidiendo refuerzos, o un acuerdo de conformidad.

—Para empezar, ¿cómo se ha mantenido en contacto con su hija, señora Choi? Tal como ha dicho, siempre hay alguien vigilando, algún departamento del servicio que censura cualquier forma de correspondencia entre agentes. Se supone que no se puede revelar nada sobre una misión a otro agente a menos que ese mismo agente también forme parte de la misión.

Reprimo otra sonrisa.

—Usamos un método la mar de simple, señor Park. Fue idea de Mihee. Como ya he dicho, se le da fenomenal encontrar pequeños resquicios que los demás suelen pasar por alto. En medio de todas las tecnologías novedosas que surgieron durante la Guerra Fría, recurrimos a la forma de comunicación más arcaica que existe.

»Las cartas. Manuscritas. A ella le encantaba redactarlas. Por lo general, siempre había algún tercer agente oculto que las interceptaba y censuraba cada palabra que pudiera implicar a la OGR de algún modo. Mihee era cuidadosa, pero para cuando cada una de sus cartas caía en mis manos, siempre había un par de palabras suprimidas o tachadas.

»Pero, claro, Mihee cometía esos deslices a propósito. Pequeños señuelos. Como cuando se inventaba todos esos pecadillos para la clase de purificación de vida, con el único fin de tener a los soplones ocupados y satisfechos. Luego llenaba las páginas con los relatos inofensivos y monótonos de su vida que quería compartir conmigo. A mí me encantaba leerlos.

»Escribía la información prohibida, más que nada sobre su misión y sus planes de futuro, en el interior del sobre. Era un sobre de

papel manila color mostaza, de esos normales y corrientes que se encuentran en cualquier oficina. Lo abría, lo desdoblaba y escribía su mensaje secreto en el interior del sobre, con una vela vieja, de esas largas y delgadas que son fáciles de coger, como igual de fácil es escribir con ellas. Teníamos un montón por casa, porque los cortes de electricidad eran muy frecuentes en Corea del Norte. Al principio, esas velas eran todas blancas, pero cuando llevaban mucho tiempo guardadas, se ponían viejas y se volvían ligeramente amarillas. El color se fusionaba a la perfección con el tono natural de un sobre de papel manila. Aunque lo sostuvieras delante de tus narices, no notabas nada.

»Sólo tenía que mojar el sobre y pasarle un pincel humedecido con cualquier pintura de acuarela oscura para que surgiera el texto céreo y traicionero y conseguir que hablara por sí mismo.

Ahora me toca a mí lanzar un profundo suspiro, con una mezcla de cansancio y satisfacción.

Noto que el corazón me late un poco más deprisa. Un viejo reloj cuyo tictac suena cada vez más a destiempo.

Por suerte sé cómo calmarlo, cómo engañarlo para que se sienta como en casa.

Cojo el único objeto que me está permitido coger en esta minúscula habitación: el lápiz de cera amarillo. Un híbrido entre una cera y un lápiz. Lo coloco entre los dedos índice y corazón, y lo froto con delicadeza contra la protuberancia ósea de este último —«callo de escritor», lo llaman—, como si estuviera escribiendo. El peso familiar de la calma me aplasta plácidamente hacia abajo, y me siento anclada y completa de nuevo, como las palabras en una página.

LA SÉPTIMA VIDA

Confesiones de un matrimonio normal y corriente

2006

ROUSSEAU

Aimé Adel dijo una vez que el matrimonio es un viaje de lo extraordinario a lo ordinario.

Un proceso continuo en el que vas descubriendo, gota a gota, que lo que antes creías tan especial sólo es mediocre. Se parece mucho a la manera en que mi madre describió el final de su relación con mi padre: cómo todas las cosas que al principio le habían parecido originales y emocionantes en él al final no resultaron ser más que las típicas señales de alerta de un vulgar mujeriego. «Un triste y patético cliché», decía.

La seguridad con la que le pidió la mano en su primera cita; la audacia con la que se tatuó el sobrenombre de ella en la parte interna del bíceps en la tercera; la elegancia con la que la hizo bailar con él, descalzos, sobre el capó de su Cadillac de segunda mano al ritmo de «Earth Angel (Will You Be Mine)» en la quinta.

Sin embargo, esos momentos especiales nunca fueron únicamente para ella. Resultó que mi padre también había representado el mismo guión con otras muchas mujeres; incluso había reciclado el

sobrenombre tatuado (*Mon petit chardonneret*, «Mi pequeño jilguero») para al menos cuatro. La última de esas chicas fue una *stripper* local que se llamaba Angela Diabola. Yo tenía nueve años cuando mi padre nos dejó por aquella chica con aquel nombre tan raro.

Poco después de que mi padre nos abandonara, Dios me abandonó a mí también.

Crecí en el seno de una familia religiosa. Mis abuelos habían sido misioneros en su juventud y mi madre me llevaba a la iglesia todos los domingos. De pequeño tenía una fe literal en la Biblia, como la mayoría de los niños criados en un entorno cristiano de firmes convicciones. Uno de mis pasajes favoritos de la Biblia era Mateo 17, 20: «Porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Pásate de aquí allá", y se pasará; y nada os será imposible.» Como Philip en *Servidumbre humana*, de Somerset Maugham, que tenía una fe absoluta en que Dios le arreglaría su pie deforme, yo creía que, si le rezaba con toda mi devoción, Él nos devolvería a mi padre a mi madre y a mí. Así que, al igual que el pequeño Philip, fijé la fecha para que Dios me concediera aquel milagro y me puse a rezar. La espera fue muy estimulante. No tenía ninguna duda de que Dios me otorgaría mi deseo, pues sabía que tener fe absoluta en su poder era el único requisito para obtener un milagro. Albergar aunque sólo fuese una pizca de duda equivalía a aniquilar la semilla de aquella bendición antes incluso de que empezase a germinar. Y como mi fe era absoluta, igual que la de Philip, la decepción que sentí un mes después, la mañana en que estaba previsto que ocurriera el milagro,

también fue absoluta. En la historia, el pie deforme de Philip nunca llega a curarse, y en mi infancia mi padre nunca volvió con nosotros.

Perdí en el acto mi fe literal en Dios. Sin embargo, mi fe en la Iglesia como comunidad pervivió. Los fieles de la iglesia de mis abuelos nos ayudaron a superar los tiempos difíciles: iban a visitarnos a nuestra casa con frecuencia para asegurarse de que teníamos comida suficiente mientras mi madre, sumida en una depresión, pasaba la mayor parte de los días en cama. Cuando se recuperó y empezó a hacer turnos dobles para mantenernos, a menudo me invitaban a cenar a sus casas, para que no estuviera solo demasiado tiempo con pensamientos tristes en la cabeza. Crecer en la reconfortante compañía de la congregación me hizo sentirme en deuda con ellos por sus atenciones. También sentía que era mi deber natural devolverles el favor en el futuro, cuando estuviera en condiciones de ayudar a otros. Mi pasión por la Biblia continuó asimismo: cuando dejé de verla como fuente de verdad, comenzó a fascinarme como una magnífica obra de ficción, tan rica en hechizantes relatos de héroes intrépidos como en conmovedoras lecciones sobre la debilidad humana. Aunque ya no creía en la omnipotencia de Dios, seguía interpretando el papel de buen cristiano cuando estaba con la gente de la iglesia. Seguirles el juego me salía de forma natural. Ya sabía hablar su lengua, las palabras de la Biblia y las melodías de los himnos del Evangelio. Y a pesar de que, en secreto, había perdido la fe, rezar aún me gustaba, una fuerza de la costumbre que me procuraba consuelo cuando me fallaba todo lo demás.

Me preguntaba si para la gente normal y corriente el matrimonio era lo que la religión fue para mí tras la marcha de mi padre: una

compañía a la que se sometían voluntariamente, por costumbre y por lealtad, y que, incluso después de que la fe y la pasión absolutas hubieran desaparecido hacía tiempo, continuaba ofreciéndoles apoyo y consuelo. Una constante que, si bien ya no era capaz de suscitar el entusiasmo, resultaba satisfactoria. «No está nada mal como principio por el que regirse en la vida», solía pensar.

Pero detesto pensar en nosotros, mi mujer y yo, como gente normal y corriente.

Hurgo en mi memoria tratando de buscar la primera fisura de mi matrimonio. Me pregunto cuándo empezamos a vernos sólo como otro matrimonio normal y corriente, como aquellos de los que solíamos compadecernos. De esos que miran al vacío que se extiende por detrás del hombro del otro en vez de mirarse a la cara en un restaurante. De esos cuyos esfuerzos por entablar una conversación acaban en una retahíla de suspiros. De esos que sienten tan poco interés mutuo que ya ni siquiera se molestan en pelearse. De esos que ya no recuerdan la última vez que se acostaron. De esos que sólo se mantienen unidos por un hijo.

Parecía que el mundo que nos rodeaba estaba lleno de esas parejas infelices, y cada vez que veíamos una especialmente amargada, Seong-mi y yo poníamos cara de cachorritos tristes y nos decíamos «te quiero» en silencio. Era nuestra forma de disfrutar de nuestra superioridad romántica, manchada de culpa y, sin embargo (o, y por tanto) poderosa. «Si algún día me convierto en una de esas esposas tristes y reprimidas, te pido por favor que me pegues un tiro en la cabeza», me susurraba, con su exagerado acento norcoreano,

y luego fingía morir en mis brazos. Yo le daba un beso suave en la frente y ella se despertaba y me devolvía otro más largo, uno de verdad, en la boca. Seong-mi era así, una fuente inagotable de sorpresas: por lo general un ser melancólico y taciturno, que cuando menos te lo esperas puede ser el descaro y la osadía personificadas, si de verdad estás cerca de ella.

Si de verdad sabes cómo es, si la conoces.

Yo pensaba que era la persona que mejor la conocía en el mundo entero, hasta que descubrí la sencilla nota, cruel en su brevedad, que me dejó en la mesa del ordenador, en mi estudio.

El estudio es la única habitación de la casa en la que Aram no puede entrar; este verano, una mancha de humedad ha florecido alrededor de la esquina superior de la puerta de madera, haciendo que sea casi imposible moverla a menos que la empujes con toda la fuerza de un adulto. Así que el estudio ha servido alguna que otra vez como nuestro escondite secreto para el sexo cuando nos apetecía un cambio, donde podíamos ponernos en plan juguetón sin preocuparnos de que nuestro hijo pequeño nos sorprendiera.

Necesito un tiempo lejos de todo. Yo sola.
Por favor, cuida de Aram.

La nota es de puño y letra de mi mujer —con trazos pulcros y firmes, concisa y directa—, no hay ninguna duda.

Dada la pulcritud de la escritura, no tenía prisa, así que no creo que corriera ningún peligro físico al escribirla, gracias a Dios.

Pero si había tenido que irse de esa manera, debió de estar sufriendo una especie de crisis, si no física, emocional.

Mis propias emociones van cambiando a lo largo del día: al principio es puro estupor; luego, una especie de aturdimiento, como si tuviera el cerebro entumecido, que con el tiempo ha ido escalando hasta convertirse en ira, antes de metamorfosear al fin en una amalgama de desconcierto y ansiedad.

Si Seong-mi hubiera estado deprimida, yo lo habría notado hacía tiempo.

¿Cómo pude estar tan ciego?, me pregunto. Pero sigo estándolo. Aún no sé el motivo de la desaparición de mi mujer.

Miro a Aram, nuestro querubín de sangre mixta de tan sólo un año. Su sonrisa amplia y despreocupada me recuerda que al menos hay una parte positiva en todo esto: Aram es demasiado pequeño para que este momento se quede grabado en su memoria a largo plazo, el desconcertante incidente de que su madre haya desaparecido de la noche a la mañana, dejando sólo una nota de trece palabras.

Me avergüenza admitir que anoche no noté nada raro. Ni siquiera esta misma mañana, cuando me pidió que llevara al niño al parque, diciendo que estaba un poco indispuesta. Cuando volví a casa, nuestra asistenta, la señora Kwon, estaba allí, pero no vi ni rastro de Seong-mi. Acosté a Aram para que durmiera la siesta. Fui al estudio a encender el ordenador y encontré la nota de Seong-mi junto al teclado. Corrí a nuestro dormitorio y descubrí que su maleta había desaparecido.

Seong-mi ha desaparecido. Como una ilusión. «Yo sola», decía.

«Necesito un tiempo lejos de todo.»

Nunca imaginé que me incluiría en la categoría de «todo»: todo lo que la agobia. Pensé que sería la primera y la única persona a la que

recurriría y en la que confiaría cuando se enfrentara a la adversidad. Nunca pensé que yo formaría parte de la realidad mundana y asfixiante de la que ella querría huir.

Una ilusión. Pensar que de verdad conoces a alguien. Que tu pareja es un libro abierto para ti, cada página, cada palabra. Podías estar ciego a lo que se leía entre líneas, a las numerosas viejas cicatrices y las penas escritas con tinta invisible.

¿Quién es esta mujer, esta desconocida?

«Bae Seong-mi.» Murmuro su nombre despacio, como si nunca lo hubiera oído, como si necesitara memorizarlo.

Tanto Seong-mi como yo somos especiales, pero no en el sentido romántico y banal de que «no hay nadie igual». Nuestros años de formación fueron la antítesis de lo que se considera normal, aunque pienso que los suyos fueron mucho más extraordinarios que los míos.

Nací en Durham, Maine, de padre francés y madre coreana. Mi padre era un ex soldado que había emigrado a Estados Unidos con veintipocos años y mi madre era huérfana de guerra, adoptada por una pareja de misioneros estadounidenses. Mi madre tenía unos trece años cuando llegó a Estados Unidos, pero mis abuelos nunca supieron su edad exacta. Yo heredé la nariz aguileña y de puente prominente y los ojos hundidos de mi padre, mientras que saqué de mi madre el iris castaño oscuro, el pelo negro azabache y la piel ocre, que puede volverse marrón chocolate tras cuarenta minutos bajo un sol potente. En una pequeña localidad rural del norte de

Estados Unidos, donde la mayoría de los niños tienen la piel clara y pelo rubio, yo destacaba como una mosca en una tarta nupcial.

Mis abuelos eran personas inteligentes y cariñosas, y prácticamente fueron ellos quienes me criaron, junto con mi madre. Iba a su casa en Bangor todos los fines de semana y compartían conmigo una gran cantidad de cosas valiosísimas: su pasión por la literatura, su sofisticado vocabulario en inglés y anécdotas e historias que habían visto cuando viajaban por el mundo como una joven pareja de misioneros. A menudo hablaban de forma entusiasta de Corea, país que yo apenas conocía a pesar de mi ascendencia. Pero en aquel entonces, saber cosas sobre Corea no era mi prioridad, ni mucho menos: hacía todo lo posible por evitar cualquier asociación que me distinguiera de los demás, del grupo. Lo que yo quería era ser normal y corriente, uno más en clase, un chico al que nadie señalara con el dedo. Las cosas fueron cambiando a medida que me hice mayor. Aunque mi físico exótico seguía haciendo que la gente se volviera para mirarme fuera de Durham y Bangor, también empecé a sacar partido a ciertos elementos de mi apariencia.

El niño al que tanto había aborrecido, el que se avergonzaba de sacarles una cabeza a los demás compañeros de clase, se convirtió en un hombre esbelto y musculoso, con unos brazos robustos como los de mi padre. Se me daban bien los deportes, sobre todo los que implicaban lanzar cualquier tipo de pelota. Aunque mi cuerpo no era lo bastante fuerte como para hacer de mí un atleta profesional, me servía de armadura protectora contra los abusones del colegio, incluso sin tener que llegar a pelearme de verdad. Y me sorprendía mucho que algunas chicas se fijaran en mí. Sin embargo, en el transcurso de mi pubertad mantuve un perfil bajo: me preocupaba

volver a ser la comidilla del pueblo, atraer una atención no deseada que me sacara de la normalidad, de mi eterna zona de confort.

Seong-mi fue quizá la primera cosa extraordinaria a la que deseé acercarme.

Conocí a Seong-mi en Shenyang, China, cuando estaba trabajando como misionero en la Iglesia de la Nueva Vida. Al igual que el abuelo Nolan, después del instituto fui a la Universidad de Cornell y me especialicé en inglés y francés. Luego hice un máster y un doctorado en Literatura inglesa. Tras dedicar tanto tiempo a los estudios, decidí pasar un año en Asia Oriental para ampliar mis horizontes, como me había recomendado el abuelo Nolan. Uno de sus viejos amigos misioneros me habló de la existencia de la Iglesia de la Nueva Vida, una iglesia protestante surcoreana en China que ayudaba de forma clandestina a los refugiados norcoreanos a escapar a Corea del Sur. La iglesia buscaba a un joven coreano-estadounidense que pudiera trabajar como traductor de inglés y como asistente del pastor principal, a la vez que impartía clases de inglés en una escuela local. Por aquel entonces no tenía ni idea de que lo que esperaba que fuera un año de voluntariado se convertiría en un trabajo de media década acogiendo y ayudando a los refugiados norcoreanos de China.

Seong-mi era una desertora norcoreana que acabó llamando a nuestra puerta.

Había tenido una vida muy movida. Nació en Hyesan, una de las ciudades más septentrionales de Corea del Norte, en la frontera con China. Es más joven que yo, pero ha vivido experiencias para las que cualquier persona normal necesitaría diez vidas: había sobrevivido a la hambruna que acabó con la mitad de la población de su ciudad;

sobrevivió a un matrimonio con un marido que la maltrataba y que la convirtió en madre adolescente; ha sido víctima de una red de tráfico de drogas y de la prostitución forzada. Y, sin embargo, nunca ha perdido las ganas de vivir y comerse el mundo. A los veintipocos años, decidió escapar sola de su patria, el país más totalitario y aislado del mundo.

Lo que más me impresionó de ella fue su aplomo. A pesar de todas las vicisitudes de su vida, sigue siendo una persona con la sangre fría, sólida como una roca; me recordaba a aquel monje vietnamita de los años sesenta que se prendió fuego y permaneció impasible entre las llamas de su autoinmolación. Aunque algunos de los desertores que he conocido mostraban una calma similar, todos acababan teniendo sus estallidos, a menudo desencadenados por los recuerdos de sus seres queridos o por los traumas indelebles a los que habían sobrevivido.

Cuando nos conocimos, tal vez una pequeña parte de mí ya se había enamorado de ella, pese a que el resto de mi ser luchaba con uñas y dientes por evitarlo; tenía miedo de mí mismo, de la posibilidad de que pudiera aprovecharme de un ser humano que necesitaba mi ayuda.

Cuando la vi, parecía un viejo fantasma atrapado en el cuerpo de una mujer joven, la desconocida exhausta que acababa de entrar renqueando en nuestra iglesia. Escudriñé su rostro mientras me contaba la historia de su vida. Sus ojos, aunque sin rastro de patas de gallo en las comisuras, transmitían cansancio, con la expresión firme y desafiante de un anciano: había en ellos mucho dolor, pero ningún remordimiento. No miraban hacia otro lado ni recorrían la habitación como hacían muchos de los jóvenes al confesar su

vulnerabilidad. Incluso cuando describía los episodios más dolorosos de su vida —los años atrapada en una violenta relación de sumisión con su marido, los meses en un burdel chino—, su mirada permanecía serena, impertérrita. Tampoco tensaba las manos en forma de garras nerviosas, sino que se limitaba a mantenerlas semienroscadas en el regazo, como flores de loto entreabiertas. Me gustó que no fuera efusiva con su relato. Sus frases eran cortas y sencillas, y nunca caía en la tentación de la hipérbole. Percibí de inmediato la sinceridad en su forma de hablar, y me encantaba su actitud pragmática. Me gustaba pasar tiempo con ella. Su vida y su tranquila presencia me llenaban de plácida humildad. Le dimos cobijo y trabajo en nuestra iglesia y poco después empezó a trabajar para mí como mi ayudante.

Aimé Adel decía que un amor que florece en circunstancias extremas no puede sobrevivir al otoño de la monotonía, de la vida cotidiana.

Me pregunto si nuestro traslado a Corea del Sur, el hecho de unirnos para formar una familia, fue el principio tanto de nuestro éxito como de nuestro fracaso como matrimonio.

Desde que estamos en Seúl, nos sentimos seguros y todo está en sitio: ella ya no es una refugiada ilegal, nuestro amor se ha certificado por escrito y juntos nos hemos convertido en padres, el sello de la edad adulta y la vida estable.

Recuerdo el día en que empezó todo, nuestra vida como adultos, el compromiso.

Le propuse matrimonio cuando nos vimos por primera vez en Seúl. Fue casi cuatro meses después de su huida a la capital desde Dalian,

que yo había organizado con un intermediario chino que conocía desde hacía muchos años, y sólo un día después de que terminara su formación de tres meses en Hanawon, el Centro de Apoyo para Refugiados Norcoreanos. Aunque estaba seguro de nuestro amor, esperé a que llegara sana y salva a Seúl, a que fuera legalmente libre para tomar esa decisión, pues no quería que se sintiera presionada u obligada a aceptar casarse conmigo sólo porque necesitaba mi ayuda.

Fue la primera vez que la vi llorar. En cuanto pronuncié las palabras, se abalanzó sobre mí y me abrazó. Me apretó la cabeza contra su pecho, como si necesitara que escuchase los latidos de su corazón o, con la perspectiva del tiempo, ver cómo abrazaría al Aram de apenas un año para arrancarle unas risas enloquecidas.

—Es imposible que quieras casarte conmigo, bobo —me susurró al oído—, no puedes querer como esposa a una infeliz como yo. —Sonreía con el rostro, pero las lágrimas seguían rodando por sus mejillas.

—No diré que el pasado no importa, porque no es cierto —le contesté susurrando también. Vi cómo se le congelaban la sonrisa y el llanto—. Me has dejado admirado con tu pasado, Seong-mi —le dije—, y nadie me había hecho sentir nada parecido antes.

Tras mis últimas palabras, su rostro congelado volvió a echarse a llorar. Y entonces me besó. La gente que pasaba por la calle, la mayoría abuelos coreanos muy bajitos y con el ceño fruncido, nos miraba con gesto de reprobación, pero nos importaba un comino.

Luego pienso en otro comienzo. El momento —el día o el mes, es difícil decirlo— en que aquella mujer extraordinaria empezó la muda

de ir desprendiéndose de su piel moribunda, escama a escama, para transformarse en su antítesis: una mujer normal y corriente.

La mediocridad. El punto al que acaba llegando, sí o sí, cualquier matrimonio, según Aimé Adel.

Su personalidad. Su característica sangre fría, la que me había hecho enamorarme de ella.

La enigmática serenidad que antes había hecho que todas las demás jóvenes me parecieran insulsas y vanidosas en comparación.

Al principio pensé que vivir en la estabilidad de Seúl sacaría un poco más a la luz su lado alegre, la Seong-mi expresiva que había visto el día que le pedí matrimonio. Pero llevaba su oscuridad a cuestas como una niebla invisible, un pequeño manto en el que se refugiaba cuando lo creía necesario. Y yo era el único que lo notaba. Su cara se quedaba en blanco, como si alguien acabara de apagar un interruptor justo debajo de su piel; los brazos y las piernas flácidos y pesados, como si se moviera bajo el agua. En esos momentos, a veces ni siquiera me respondía cuando la llamaba, con delicadeza: «Seong-mi, cariño.» Pero intentaba no preocuparme demasiado, porque después de esos segundos de apagón interior siempre volvía conmigo. La segunda vez que la llamaba, sí me respondía, indefectiblemente. Y como si hubiera tenido una epifanía, de pronto la embargaba una ola de entusiasmo: se acercaba a mí, entrelazaba las manos por detrás de mi nuca y me ronroneaba al oído, como suele hacer antes de atraerme hacia la cama sin despertar a Aram. Un par de veces le pregunté en qué estaba pensando. «En nada en especial», me respondió una vez. «Es mejor no saberlo, cariño», respondió en otra ocasión, con un rictus de fingida seriedad, como una vieja profetisa.

Poco a poco empezó a darme un poco de rabia esa carga de profundidad, algo que antes me había deslumbrado, que me había atraído hacia su presencia. A veces, Seong-mi podía hacer que la gente a su alrededor, yo incluido, se sintiera demasiado simple e ingenua, incluso inmadura, como si fuera mucho más sabia y superior que ellos, y que yo mismo, aunque a menudo fuera la más joven del grupo. En ciertos momentos intuía que estaba lista para abrirse: la sorprendía mirándome desde lejos, con esa mirada suya vieja y pensativa, la boca entreabierta, a un milisegundo de decir lo indecible. Pero nunca llegó a hacerlo.

—Estoy aquí para lo que necesites, cariño, para cuando tengas ganas de hablar. Y no olvides que lo que hayas hecho en el pasado no cambiará el amor y la admiración que siento por ti —le dije una vez, con la mayor delicadeza posible.

Lo que obtuve a cambio fue un profundo suspiro, que sus manos ahuyentaron con demasiada ligereza, y luego una sonrisa falsa.

—Gracias, cariño —respondió, y me pasó los dedos por el pelo como si fuera un niño pequeño, como suele hacer con Aram para calmarlo o ayudarlo a dormirse. Un gesto tierno y cargante al mismo tiempo. Me pareció leerle el pensamiento, oírla murmurar: «Gracias, cariño, pero hay cosas que nunca entenderás.»

Los paseos, su pasatiempo solitario. En su día me habían parecido preciosos. En Shenyang, en cuanto obtuvo un carnet de identidad chino falso, empezó a dar largos paseos de forma habitual hasta el parque del barrio, siempre con un libro en la mano. Cuando le preguntaba dónde se metía todas esas veces después de su trabajo en la iglesia, me decía que le gustaba pasear por el antiguo mercado o por el extenso parque público, a varios kilómetros de distancia.

—Es algo que una mujer joven no puede hacer en mi país, pasear sola, simplemente porque sí. —La vi sonrojarse y luego esbozar una sonrisa radiante. Me dijo que también le encantaba leer bajo la luz del sol, tanto si estaba en lo alto del cielo como bajo y anaranjado en el horizonte—. Al fin y al cabo, es un pasatiempo que no cuesta nada —añadió.

No pude evitar mirarla, como si fuera una rara criatura salvaje cuya existencia desconocieses. El libro que llevaba en la mano era un ejemplar en coreano de *El techo abierto*, una novela semiautobiográfica de Aimé Adel, mi escritor francés favorito. Era un ejemplar clandestino que guardaba en el armario de mi despacho, al que Seong-mi tenía acceso al ser mi ayudante. Con el corazón palpitando de emoción, le pregunté qué le parecía el autor.

—No me entusiasma —respondió de inmediato, para mi sorpresa y decepción—. Es un predicador que no puede poner en práctica lo que predica, ¿no? Supongo que sabes lo que eso significa, teniendo en cuenta que tú también eres predicador.

Una semana más tarde le pregunté si podía acompañarla en su paseo al parque Dongling. Tras un instante de vacilación, dijo que sí. Desde que mantuvimos aquella seca conversación sobre Aimé Adel, una leve inquietud asaltaba mis pensamientos. En mis clases de francés en Cornell, y a buen seguro en el equivalente de todas las demás universidades de la Ivy League, nadie tenía derecho a faltarle al respeto a Aimé Adel. Era un importante pensador europeo de finales del siglo xx: el azote del colonialismo europeo y el faro de todos los movimientos de derechos civiles, en especial del feminismo. Todas las universidades francesas habían hecho pegatinas con la foto en blanco y negro de Adel y su compañera,

Sandrine Mauraux, con quien el escritor había mantenido una célebre relación abierta durante los años que estuvieron casados. En la foto se veía a Adel y Mauraux en la cama, con aspecto demacrado y semidesnudos, en huelga de hambre para apoyar el movimiento contra la guerra de Vietnam. Adel era un dios y una estrella del rock de la filosofía posterior a la Segunda Guerra Mundial; nadie, ni siquiera los profesores, tenía las agallas de mostrar abiertamente su desaprobación por él en clase, frente a sus airados jóvenes estudiantes revolucionarios. «¡Adel y Mauraux liberaron a las mujeres de las convenciones del matrimonio!» Muchas de las alumnas estaban dispuestas a utilizar esa frase como pegatina para el parachoques de sus coches.

Pero aquella refugiada de aire inocente que caminaba tranquila a mi lado, sin título ni pedigrí, me soltó: «Además, eso del matrimonio abierto es una estafa total, ¿no?» Me sentí dolido y, a la vez, más enamorado de ella que nunca. Le pregunté por qué el matrimonio de filósofos más importante del siglo le parecía una patraña. Se rió y dijo que Mauraux no había fijado ninguna de las condiciones de su unión. «Es la excusa bohemia de Adel para acostarse con quien le dé la gana sin tener que afrontar las consecuencias.» Lo resumió así: «Te tiras a las mujeres que quieras y al mismo tiempo posees a la esposa abnegada a la que siempre puedes volver. Una vida de ensueño de la que han disfrutado todos los reyes y dictadores que en el mundo han sido. La única diferencia es que a Adel lo llaman "feminista" por ello», masculló con ligero desdén. Pura franqueza norcoreana. Me parecía fascinante que siguiera hablando en el mismo tono tranquilo de siempre, a pesar de la mordacidad de sus palabras. Sus dientecillos se me clavaron en las tripas, horadándome

las entrañas durante horas antes de que, por fin, pudiera entregarme al sueño aquella noche. En un sueño intermitente me vi con ella, con la boca entre sus muslos. A la mañana siguiente, en la oficina, estaba demasiado avergonzado para mirarla a la cara: había dado por sentado que, teniendo en cuenta su lugar de origen, una mujer como Seong-mi no tendría muchas opiniones propias sobre asuntos metafísicos, temas que no tienen que ver de manera directa con la supervivencia.

Creía que sus paseos solitarios dejarían de serlo cuando nos casáramos. Poco podía imaginar que aquel paseo crepuscular por Shenyang, durante el que se despachó tan sumamente a gusto con Aimé Adel, sería nuestra primera y última caminata juntos. Ella decía que los paseos eran algo que prefería hacer sola, con un libro en la mano. Ahora que ya no vivía sola, me explicó, para ella era más importante que nunca pasear sin compañía. «Soy lo que los occidentales llamáis una "introvertida"», dijo, con una mueca de fingida tristeza. Tras el nacimiento de Aram, se diría que su necesidad de pasear en solitario fue en aumento. «Necesito ese espacio a solas para no perder la cabeza, para seguir siendo una buena madre y una buena esposa.» Así que me aseguré de que lo tuviera, pensando que merecía cada segundo. Al mismo tiempo, me sentía menospreciado por la exclusión. Me sentía solo, pensando en la cantidad de cosas que ella tal vez prefería hacer sin mí. Y me avergonzaba de mí mismo por sentirme así, por ser el marido mezquino y celoso en el que nunca había querido convertirme.

En mis horas más bajas, consumido por la rabia, llegué a imaginarme un amante secreto al lado de Seong-mi, tal vez alguien del grupo de desertores norcoreanos en Seúl, a cuyas reuniones

asistía de vez en cuando. Algún compañero refugiado, nacido y criado en la abrupta Corea del Norte, igual que Seong-mi. Un hombre que comprendiera sin esfuerzo su sufrimiento. Un hombre al que no necesitaría hablarle con condescendencia. Me sentía como si estuviera compitiendo por quién había tenido una vida más trágica y sabía que llevaba las de perder. Ese hombre imaginario hacía que mi vida, que en algún momento había considerado complicada, pareciera trivial.

¿Hasta qué punto sabes cómo ha sido la vida de tu pareja?

¿Hasta qué punto puedes conocerla de verdad?

En Corea, se emplea el concepto de *chon* para medir el grado de cercanía familiar. Por ejemplo, sólo me separa un *chon* de mis padres, mientras que entre mis hermanos y yo hay dos. Y los hermanos de mis padres están a tres *chons* de mí, mientras que a mis primos y a mí nos separan cuatro. Las palabras coreanas para «tío» y «primo», *sam-chon* y *sa-chon*, vienen literalmente de esa definición de *chon*; en coreano, *sam* y *sa* significan, respectivamente, «tres» y «cuatro». Con agudísima precisión, la definición coreana dictamina que no hay *chon* entre marido y mujer. Esto esconde múltiples significados: en primer lugar, como pareja unida por el amor físico y psicológico, son prácticamente uno solo en el momento más álgido de su intimidad; pero en segundo lugar, un marido y una mujer, a fin de cuentas, no tienen relación biológica entre sí; y por último, al no tener *chon* ni haber una relación biológica entre ellos, un marido y una mujer podrían convertirse

técnicamente en completos extraños, o incluso en enemigos, una vez que se rompa el endeble lazo legal de su matrimonio.

Antes, sólo entendía la sutileza del término desde el plano teórico. Ahora lo entendía desde las entrañas.

MIHEE

Mihee debía elegir una identidad, de entre dos posibles.

—Ambas son reales —dijo el camarada Cha, así que ella le preguntó por qué recurrir a personajes reales en lugar de a las identidades inventadas que solían adoptar.

Con un intenso brillo en los ojos, le susurró que era una forma más eficiente de hacer las cosas, nada más.

—Está demostrado estadísticamente. —Los agentes interpretan mejor los papeles que se les asignan cuando éstos están anclados en vidas reales, aunque estén fingiendo de todos modos, tanto si sus tapaderas son ficticias como si no lo son.

Aunque la voz del camarada Cha era suave, su mirada fulminante le pesaba, recordándole que no les gusta que los novatos hagan preguntas.

—Además —continuó—, si completas tu misión con éxito, al final te enviarán a Corea del Sur, lo que requiere de todos modos que asumas la identidad de una persona real.

La primera opción era un hombre llamado Kim Cheol.

—No dejes que el sexo te eche atrás —dijo el camarada Cha. No era el caso: ella ya sabía que la hambruna había encerrado los cuerpos de muchos hombres en una pubertad retrasada para

siempre—. Kim Cheol es bajo, de constitución delgada, así que puedes pasar por él fácilmente, si eres buena en lo tuyo.

Ella se preguntó si sería una prueba. El camarada Cha continuó hablando de cómo aquello, si se hacía bien, podría ser luego una enorme ventaja, el día que necesitara escapar sin ser vista del lugar donde había llevado a cabo la misión:

—Podrás volver a ser una chica, mientras ellos buscan en vano a un chico.

Se reunió con Kim Cheol en su celda, un día antes de su ejecución. Le ofrecieron la última comida de su elección, unos fideos fríos de trigo sarraceno con huevo duro, además de tres cigarrillos. Él estuvo más que encantado de cooperar.

—Si le digo la verdad, señorita —murmuró Cheol con una sonrisa y la brasa llameante de un cigarrillo bailando entre sus labios llenos de costras—, habría cooperado de todos modos, con o sin la comida.

A ella le irritó que la llamase «señorita», pero lo dejó pasar, pensando que al día siguiente sería fiambre. Aun así, comprendía lo que quería decir. Cualquier vida, al borde de su final, sentiría el impulso de dejar una huella. Y lo único que Kim Cheol había querido siempre era dejar una huella de su existencia en este mundo, contando la historia de su vida. Aquello —su derecho a pronunciar su discurso final— lo hacía parecer arrogante a veces, como si fuera un héroe de guerra entrevistado por su gallardía.

La vida de Cheol estaba marcada por el hambre. Pasaba horas de su limitado tiempo hablando de comida, de lo que se podía y lo que no se podía comer, como si todas las cosas del mundo pudieran clasificarse en esas dos categorías tan simples.

—Los perros, los gatos y los conejos ya se habían acabado, así que pasamos a cosillas más pequeñas, como ratones y ratas —explicaba—, y cuando hasta eso se acabó, fuimos a por ranas y renacuajos, luego cigarras y saltamontes. —Con la boca entreabierta y la mirada vacía, Cheol nadaba en la nostalgia.

Ni siquiera un retazo de la memoria infantil de Mihee, las libélulas brillantes y rojas bailando un vals en el jardín lleno de cosmos de su familia, parecía sobrevivir al apetito de Cheol.

—Aunque hay que quitarles la cabeza —recalcó—, porque son demasiado amargas, pero sin la cabeza, las libélulas están tan ricas y gustosas como los boquerones fritos.

Ella sintió asco y lástima a la vez por aquel hombre.

Era un *kotchebi*, uno de los muchos huérfanos generados por la hambruna, un período de hambre extrema y crisis económica en los años noventa que arrasó a una cuarta parte de la población de Corea del Norte. No conservaba ningún recuerdo de su madre, que lo abandonó cuando tenía tres años, y su padre, un obrero con un *songbun* muy bajo, los había entregado a él y a su hermano mayor a un orfanato. Su hermano había muerto de fiebre tifoidea en aquel hospicio, y él escapó de allí poco después. Nunca volvió a ver a su padre.

Con once años, Cheol se las apañaba con lo que encontraba para comer, saltando de un tren a otro, perdiendo y recogiendo a variopintos compañeros de viaje, robando y siendo víctima de robos él también. A los doce años ya dominaba el arte de la caza y la recolección. Y el trueque a los trece. A los catorce tomó la decisión más trascendental de su vida: cruzar la frontera. A partir de entonces, se dedicó a la quincallería ilegal, vendiendo chatarra y

baratijas norcoreanas a los chinos al otro lado de la frontera. No tardó en convertirse en el hombre de su edad más rico que había conocido: piezas de hierro y cobre, cerámica y joyas que los norcoreanos regalaban por un dólar le sacaban quince del bolsillo a un comprador chino. El negocio fue viento en popa hasta que Cheol cumplió dieciséis, la mayoría de edad.

—Para entonces ya había cruzado ilegalmente la frontera unas diez veces —le contó Cheol, con el pecho henchido de orgullo—. Me conozco al dedillo los puntos del río Tumen donde los guardias fronterizos hacen la vista gorda.

Con un documento de identidad robado de entre una pila de cadáveres detrás de una estación de ferrocarril, Cheol consiguió un piso franco cerca del río, donde guardaba parte de su mercancía y un fondo para emergencias, por si acaso.

Al final no fue por cruzar la frontera por lo que lo condenaron a la pena de muerte. La policía secreta lo detuvo en su piso franco mientras sacaba parte de su fondo para emergencias. Había escondido el dinero en el marco de unos cuadros, detrás de los retratos de Kim Il-sung y su hijo, Kim Jong-il. A Cheol le pareció un escondite ingenioso en el que nadie se atrevería a husmear: cualquier representación gráfica del Padre y el Hijo se consideraba sagrada, y causar algún desperfecto en ella, del tipo que fuese, equivalía a cometer un acto de traición. Cuando la policía secreta irrumpió en el piso, a Cheol se le cayó al suelo el marco del retrato de Kim Jong-il, que estaba abierto a medias. El cristal se hizo añicos y la imagen sufrió un rasguño en una esquina, dejando al Gran Líder con una inquietante sonrisa ladeada.

—Ya ves —dijo Cheol—: puedes irte de rositas por cruzar la frontera, pero no puedes irte de rositas por insultar a nuestro Gran Comandante.

«No, eso nunca», pensó Mihee, sobre todo si has alcanzado la mayoría de edad legal. Asintió con la cabeza, mirando a Cheol. Su generación había crecido con historias de pequeños héroes que habían salvado los retratos sagrados del Padre y del Hijo de un edificio en llamas o de un naufragio, arriesgando virtuosamente sus vidas.

Mihee se preguntaba si podría estar tan serena como Cheol ante la muerte. Como muchos otros norcoreanos que habían sobrevivido a la hambruna, una y otro se mostraban indiferentes ante ella: la habían visto demasiadas veces, en todas partes. Pero Mihee nunca podría mostrarse indiferente a su propia muerte. El mero hecho de pensarlo —de saber que iba a dejar este mundo al día siguiente— le parecía imposible, algo demasiado monstruoso para concebirlo siquiera. Cheol se burló con ternura cuando le preguntó si tenía miedo.

—Ya nada me perturba, señorita —respondió—. Después de haber visto lo que he visto, de haber hecho lo que he hecho, me siento como si ya tuviera mil años. —Le dijo que, si pudiera elegir, preferiría vivir—. Pero no me arrepiento de casi nada, aunque no tenga elección —añadió encogiéndose de hombros. Lo que de verdad le daba miedo era morir de hambre, la clase de muerte lenta, entre delirios y sufrimiento, que te despoja de todo vestigio de humanidad.

»La mía será rápida, por obra de unos disparos, indolora, así que no será una mala forma de morir. Además, lo haré con el estómago

lleno, con una comida decente a base de caldo de carne y fideos de trigo sarraceno, uno de verdad. No como ese caldo de pacotilla hecho de mazorcas de maíz, o con la corteza interior de los pinos, ya sabe...

Se tragó aquellas últimas palabras acompañándolas de una sonrisa. Sin embargo, una sombra de tristeza se cernió sobre su rostro, como una voluta de humo de cigarrillo.

La segunda opción para Mihee era una mujer que se llamaba Bae Seong-mi.

Una mujer alta y delgada. Con la cara blanca como el papel. Con ojos de cachorrillo, ligeramente caídos en las comisuras. Con los labios finos, pero la mandíbula fuerte.

Era más joven que Mihee, aunque parecía mucho mayor.

A diferencia del efusivo Kim Cheol, Bae Seong-mi era parca en palabras, que dispensaba con cautela. Iba desvelando los avatares de su vida poco a poco. Sin embargo, como Cheol, Bae Seong-mi había cruzado la frontera chino-coreana en numerosas ocasiones antes de que la detuvieran y la enviaran a un campo de trabajo. Había traficado con drogas: *bingdu*, metanfetamina.

—Antes de todo esto, era una madre normal y corriente —dijo en voz baja, con una sonrisa amarga.

Seong-mi no lloraba nunca, y aun así, cada vez que mencionaba a su hijo, le seguía un prolongado silencio. Hablaba despacio, con voz menuda y tierna, casi sin inflexiones. Eso captó la atención de Mihee. Cada vez que Seong-mi dejaba su historia suspendida en el aire, a mitad de frase, en apariencia exhausta por la intensidad del

recuerdo, Mihee sentía que el corazón le daba un brinco, estimulando su curiosidad. Aquel talento para la narración procuró a Seong-mi cuatro días más para contar su vida antes de la ejecución, mientras que Cheol sólo tuvo uno.

Al igual que Mihee, Seong-mi era de Hyesan, una de las ciudades más septentrionales fronterizas con China, lo cual era una ventaja para Mihee, pues no tenía nada nuevo que estudiar ni memorizar sobre la ciudad donde había crecido. Le iba a ahorrar mucho tiempo. Seong-mi nació en una familia de un *songbun* muy bajo y se casó con alguien de la clase media-alta. Su marido era un propagandista del régimen que trabajaba en la radio pública de Hyesan.

—Era un hombre musculoso, guapo y con una risa franca —le contó Seong-mi—. Era un hombre rudo, pero tenía mucha labia. Lo adoraban tanto los hombres como las mujeres. —El dulce recuerdo terminaba ahí—. Cambió de la noche a la mañana, literalmente —murmuró.

Continuó su relato diciendo que, a partir del mismo día de la boda, había habido alcohol y malos tratos. A Mihee le parecía raro que aquella mujer hablara con tanto distanciamiento de la violencia que había sufrido a manos de su marido, como si todo aquel dolor lo hubiera vivido otra persona. De repente, un día Seong-mi sintió la inaplazable necesidad de huir de aquel matrimonio, la mañana después de una nueva paliza inducida por el alcohol, seguida de las lágrimas y las promesas de que no volvería a ocurrir, la apasionada declaración de amor, el discurso de costumbre, que ella era capaz de recitar del derecho y del revés a fuerza de oírlo. Mientras se ponía polvos de talco con color en los moratones del ojo y el cuello,

sintiendo una lenta quemazón en todas las articulaciones de la mano, vio la cruda verdad: que algún día acabaría matándola.

«No va a parar hasta que me mate», concluyó.

Seong-mi tenía dos opciones: «O lo mato antes de que él me mate a mí, o me voy de aquí para siempre», se dijo.

Salió corriendo de la casa como poseída por un fantasma, vestida únicamente con la fina capa de un camisón sobre la piel. Nunca volvió.

Decidió cruzar el río Yalu e ir a China, la única opción que tenía de todos modos. Conservaba un vago recuerdo del tío Majo, el hijo de su tía abuela, que vivía en Changbai, un condado chino donde la mayoría de la población era de origen étnico coreano. La familia del tío Majo la recibió con tibieza, limitándose a hacer lo que se sentían obligados a hacer por una pariente lejana a la que no veían desde hacía una década. Le dieron un techo y comida hasta que empezó a tener un aspecto normal y le desaparecieron todos los moratones del cuerpo.

—Entonces tuve que volver a apañármelas yo sola, con ocho dólares en el bolsillo y una bolsa llena con ropa de la tía Majo.

Extranjera indocumentada, saltaba de un peligroso trabajo mal pagado a otro.

—La única opción real para mí, como mujer, norcoreana e ilegal, era la prostitución, en sus distintas variantes —dijo Seong-mi, con la mirada fija en el vacío.

Desde masajes con final feliz o hacer de esposa de un granjero chino discapacitado hasta llegar al clásico barrio rojo como destino final. Sin embargo, durante su segunda semana en el burdel, volvió a escaparse. Cuando enviaron a todas las trabajadoras a un baño

público, con los chulos apostados vigilando en la puerta, Seong-mi fingió que tenía que ir a hacer pis y saltó por la ventana del retrete. Cuando empezó a darse cuenta de que la vida más allá de la prostitución tampoco era un camino de rosas y ya estaba dándole vueltas a la idea de acabar con su vida, se le presentó lo que vio como su segunda oportunidad.

—Me ofrecieron un trabajo para sacar droga de Corea del Norte —contó.

Era un trabajo peligroso pero muy lucrativo, le aseguró la banda de narcotraficantes chinos, todos con la cara surcada de cicatrices.

Corea del Norte llevaba décadas produciendo y refinando opio a gran escala, uno de los pocos productos de la República Popular Democrática de Corea que cumplía las normas de calidad internacionales. Técnicamente, como medio de obtener divisas, las drogas eran sólo para exportación. No obstante, en una economía tan fallida, en la que los sobornos llevaban más dinero a casa que los salarios, las drogas llegaban también a manos de la población general. Debido a la escasez de medicinas y suministros médicos occidentales, la metanfetamina se convirtió en la panacea del pueblo. Se utilizaba para todo tipo de dolores y enfermedades, desde el herpes hasta el cáncer terminal. Incluso la población sana recurría a ella para evadirse del hambre o de la realidad.

—En China, la demanda de *bingdu* norcoreana era muy alta por su buena calidad y su precio relativamente barato —continuó Seong-mi —, y las bandas chinas estaban empeñadas en encontrar formas más eficientes de hacerse con ella.

Pensaron que Seong-mi, una norcoreana de aspecto anodino, ni demasiado joven ni demasiado vieja, sería una candidata perfecta

para pasar la droga bajo cuerda. No destacaba entre la multitud, por insignificante y por su aire poco amenazador, y como mujer, estaría menos sujeta a cacheos. Pasaría desapercibida al entrar y salir del país.

Estaba activa sobre todo en invierno. Los gruesos abrigos le proporcionaban más espacio para esconder la droga, así como dinero y cigarrillos para sobornar a los guardias fronterizos. El intenso frío invernal congelaba el río Yalu, así que lo cruzaba sin tener que preocuparse por si la mercancía sufría algún daño.

—Por primera vez en mucho tiempo tenía un propósito en la vida —susurró Seong-mi, con los ojos cerrados.

El negocio resultó ser, en efecto, muy lucrativo, pues el primer viaje le reportó unas ganancias equivalentes al sueldo de un año de su marido, y empezó a imaginarse su nuevo futuro, y a su hijo de diez años en él. Nunca había trabajado con tanto ahínco. Necesitaba más dinero para comprarle a su hijo la vía de escape más segura y un buen sitio donde vivir en China. El invierno siguiente hizo varios viajes de negocios más a Corea del Norte. Sólo una vez la detuvo un guardia fronterizo, pero le bastó con sobornarlo con tres dólares y un paquete de cigarrillos.

Su sueño se hizo añicos justo cuando parecía que iba a echar a andar, un mal paso que dio al traste con todo. Un día, al pasar por su antiguo barrio de Hyesan, no pudo resistir el impulso de acercarse a la escuela de su hijo.

—Sólo para poder verlo de lejos. —A Seong-mi le temblaba la voz.

No vio a su hijo, pero alguien la vio a ella: un hombre llamado Injae, un viejo vecino y amigo íntimo de su marido. La policía apareció a los pocos minutos.

Sabía que su suerte estaba echada. Al contrario que la mayoría de los policías, el camarada Injae se negó a dejarse sobornar. La mordida que le ofreció lo hizo montar en cólera: «¡Desertora de mierda, traidora al Partido y al padre de su hijo!», le gritó Injae.

—Me siguió a comisaría para asegurarse de que no me escapase esta vez.

Al quedarse sola en la celda, con el ruido de fondo del enfurecido camarada Injae contándole a su marido toda la historia por teléfono, se dio cuenta de que había llegado a un callejón sin salida. Ya no podía seguir huyendo. Sabía demasiado bien lo que le esperaba: el campo de trabajo, y luego de vuelta con su marido. Tenía que tomar su última decisión rápidamente, mientras aún estuviera en su mano. Se había escondido *bingdu* por todo el cuerpo, así que se la metió en la boca lo más rápido que pudo antes de que el guardia pudiera detenerla.

—Me tragué lo suficiente para matar a un caballo, pero, por alguna razón, no acabó con mi vida —susurró Seong-mi, con la cabeza inclinada hacia delante. El silencio inundó el aire. Mihee se preguntó si Seong-mi estaría llorando—. Me juzgaron y me condenaron a muerte —dijo al fin, con una risa leve seguida de un suspiro.

»La razón principal de mi condena a muerte no fue el haber cruzado la frontera ni el traficar con drogas. —Seong-mi estaba mirando a Mihee directamente a los ojos—. Fue el intento de suicidio.

«Pues claro», pensó Mihee para sus adentros. El Estado no tolera el suicidio. El suicidio es el peor de los males, una protesta pasiva contra el Partido. Un forma interna de deserción. No podían dejar

que sucediera algo así en su propio territorio, en su propia celda, el lugar que se supone que te despoja de la libertad por completo. No podían dejar pasar aquel acto vergonzoso sin cobrarse su venganza.

Seong-mi empezó a llorar desconsoladamente. Horrorizada, Mihee no sabía qué hacer. No era un espectáculo agradable de presenciar: el derrumbe de alguien que parecía tan imperturbable, tan dueña de sí misma. Le dieron ganas de abofetearla y abrazarla al mismo tiempo. Pero permaneció sentada, en silencio, tal como la habían entrenado.

Después de enjugarse las lágrimas, Seong-mi dijo algo que Mihee no esperaba oír: dijo que, pese a todo, se sentía afortunada. Le alegraba tener la oportunidad de contar la historia de su vida antes de que se desvaneciera.

—A la mayoría de los condenados a muerte no se les da esta última oportunidad, ¿no? —murmuró con una débil sonrisa.

No estaba negando que fuera a morir al día siguiente, pero el hecho de saber que iba a seguir existiendo, aunque fuera encarnada en la farsa de otra persona, era reconfortante. Una felicidad vicaria, extraña como la vida misma.

—En cierto modo, nos estamos regalando la una a la otra una nueva vida, ¿no? —dijo Seong-mi. Empezaron a rodarle las lágrimas por las mejillas sonrientes.

Se dijeron adiós.

Cuando Mihee ya estaba saliendo de la celda, Seong-mi la llamó de nuevo. Le dijo que había olvidado contarle algo importante.

Seong-mi agarró a Mihee de los hombros y le susurró al oído:

—Si cruzas el río Yalu cuando no esté helado, asegúrate de quitarte toda la ropa antes de meter un pie en el agua.

Mihee vio alejarse a Seong-mi.

Lo que le había dicho Seong-mi le recordó a su propia madre.

Su madre, su heroína. Gracias a ella, Mihee había elegido aquella profesión, muy en contra de la voluntad materna. Pero tal como rezaba un viejo refrán coreano: «No hay padre que pueda con su hijo.» Con el tiempo, su madre también lo reconoció. A partir de entonces, había sido una maestra entusiasta.

Su madre le contó una vez que había tenido que cruzar muchos ríos para sus antiguas misiones.

—El Yalu, el Dooman e incluso el Imjin —enumeró—. Conmigo hicieron una especie de experimento.

Como su madre no era la típica agente que había seguido la vía de formación habitual de la élite, la utilizaron como banco de pruebas humano para una serie de tareas sucias, despreciables y peligrosas. La habían arrojado directamente a la intemperie para ver si podía salir con vida.

Le dijo a Seong-mi que lo aguantara todo.

—La primera misión es crucial —le aseguró, haciendo mucho hincapié en ello—. Hasta que demostré mi valía con la primera serie de pruebas, no me dieron una cobertura estable como empresaria.

Antes de lucir la brillante armadura de empresaria, su madre se había prendido una flor en el pelo para interpretar el papel de una huérfana de guerra perturbada. Haciéndose pasar por vagabunda, había recopilado información secreta sobre la base militar estadounidense de Paju, en Corea del Sur. A Seong-mi, el papel de sordomuda demente le parecía horrible, pero su madre decía que

era un personaje inteligente y convincente, muy agradecido de interpretar. Decía que, después de la guerra, todos los pueblos de Corea del Sur tenían su propia huérfana loca. El dolor la había convertido en alguien ciego a la realidad. Demasiado desgraciada y ajena al mundo, nadie la consideraba nunca una amenaza, y por eso gozaba de una extraña libertad.

Al igual que Seong-mi, su madre le dijo que era mejor que se quitara toda la ropa antes de cruzar un río.

—Sobre todo en el caso del Yalu —insistió—. Por la noche, incluso en verano, el agua puede estar mortalmente helada. No querrás morir de hipotermia antes de poder echar un vistazo a ese mundo de ahí fuera —dijo sonriendo.

Mihee tenía que elegir entre esas dos vidas, la de Cheol y la de Seong-mi.

Sin embargo, la elección parecía demasiado fácil ya desde el principio. Optaría por Seong-mi, no había duda. Entonces se preguntó de nuevo: ¿y si todo aquello sólo era una prueba? Sabía que rara vez dejaban el poder de decisión en manos de una recién llegada. ¿No será una ventaja por el hecho de tener una madre adoptiva legendaria?, se preguntó Mihee. ¿O es quieren saber hasta qué punto estoy dispuesta a arriesgar en el juego?

¿Es una conformista de manual? ¿O alguien con agallas, capaz de asumir riesgos?

Entre las paredes de aquella profesión tan insólita, siempre era difícil saber la verdad.

La forma tan despreocupada con que Seong-mi despachó a Aimé Adel. Aquello me dolió en el corazón, pero también me lo robó.

Me maravillaba que no tuviera pelos en la lengua, que no se dejara arrastrar fácilmente por la opinión dominante. Le envidiaba esa seguridad en sí misma. Yo, por el contrario, había pasado mi infancia y adolescencia con miedo a la imagen que los demás tenían de mí.

Pero eso también empezó a darme rabia: su cómodo menosprecio de lo que pensaran los demás.

Aunque *El techo abierto* no la había entusiasmado, acabó leyendo todos los libros de Aimé Adel que había en mis estanterías, en nuestra humilde morada nupcial de Seúl. Y cuando terminó con Adel, siguió con Sandrine Mauraux.

Un día la vi leyendo *El invernadero*, de Mauraux, la historia de una mujer, botánica de formación, y del sufrimiento que le produce su larga relación sentimental con su amante, un poeta mujeriego.

Cuando Seong-mi terminó aquella novela semiautobiográfica, le pregunté, con el corazón imbuido de esperanza, si alguno de los libros que había leído le había hecho cambiar su opinión sobre Adel. Ella esbozó una sonrisa enigmática y se encogió de hombros.

—Me gusta el mensaje de su filosofía. Llenó de ilusión y motivación la vida de mucha gente. Es sólo que no me gusta como persona.

—¿Y eso? —Formulé mi escueta pregunta en un tono excesivamente agudo y experimenté la desagradable sensación de notar que se me aceleraba el pulso.

—Muchos de sus actos en la vida real entraban en contradicción con lo que escribía. Se vendía a sí mismo como el azote de la supremacía blanca, haciéndose llamar «paria» por su mezcla de sangre, cuando el tipo era rubio con ojos azules. No se le notaba el cuarto de ascendencia afroárabe por ninguna parte. Nunca sufrió el racismo en la vida real, pero sacó mucho partido a su herencia afroárabe invisible. Nunca había pisado la patria de su padre, sólo se regodeaba en su cómodo privilegio de europeo blanco del primer mundo, del que renegaba en sus escritos. Menudo farsante... —Se rió.

Aunque no era yo quien estaba hablando, me quedé sin aliento.

—Y encima se hacía llamar «feminista» —continuó Seong-mi—. Con ese «matrimonio abierto» tan revolucionario que propuso. Bueno, hay que reconocer que sí era abierto con algo: se follaba a un montón de mujeres sin tener que afrontar las consecuencias. Qué término tan fácil y brillante acuñó.

Seong-mi volvió a reírse de su propio cinismo.

—Lo siento —añadió con un resoplido—, no puedo endulzar mis palabras como hacen los surcoreanos.

Me enfadé. No soportaba que hubiese mantenido el mismo tono pétreo y sosegado durante todo su discurso, a veces incluso jocoso, mientras a mí me ardía la cara. Me sentía como si me hubieran tendido una emboscada, pero mi atacante parecía estar tan tranquila, sin ninguna sensación de culpa. En mi cabeza, la pequeña torre de literatura que había construido desde niño se estaba tambaleando en la base, pero Seong-mi, que era quien acababa de provocar aquella tormenta, ya se había ido, se había metido en la cocina y estaba enjuagando el arroz para la cena, canturreando.

Esa calma brutal.

MIHEE

Así que Mihee renació como Seong-mi en el preciso instante en que hundió su pie descalzo en el río Yalu. Bautizada del pecho para abajo en el agua helada, Mihee agradeció tanto a su madre como a Seong-mi su imprescindible consejo: que se quitara la ropa antes de cruzar el río. Todo lo que había metido en la enorme bolsa de plástico impermeable —ropa, una toalla pequeña, un monedero, un par de calcetines y unos zapatos de goma— estaba tan suave y seco como el interior de la cuna de un recién nacido. Ponerse la ropa seca después del agua fría fue como sumergirse en un sueño profundo tras pasar una noche en blanco. Dejó escapar un leve grito de cansancio y alivio.

A decir verdad, pensó Mihee, cruzar en sí había sido decepcionantemente sencillo: para ella, la única dificultad la había planteado la temperatura del agua, no un alarido ni las balas de la pistola de un guardia fronterizo. La distancia era muy pequeña, apenas cincuenta metros de ancho. Unas pocas docenas de pasos lentos a través del agua, que la mayoría de las chicas jóvenes podían dar sin ayuda, era lo único que hacía falta para salir del país más aislado del mundo. Pero Mihee ya había aprendido de Seong-mi que cruzar la frontera no era el principal escollo, sino sobrevivir sin papeles.

«Qué espectáculo tan extraño», pensó Mihee. Nacida y criada en Hyesan, ya estaba familiarizada con la vista del otro lado de la

frontera. Sin embargo, contemplar su ciudad natal desde el lado opuesto era algo que no había hecho nunca. El horizonte bajo y gris de Hyesan en la oscuridad le parecía muy íntimo y muy ajeno a la vez. Era como la experiencia extracorpórea de verse a uno mismo durmiendo, flotando ingrávido sobre su propio rostro, suspendido en el letargo. La pequeña distancia física que había recorrido para cruzar la frontera empezó a pesarle en la conciencia.

A diferencia de la mayoría de los fugitivos norcoreanos que habían escapado a China, Mihee sabía adónde ir. Reencarnada en Seong-mi, debía infiltrarse en Saesaengmyeong Gyohwe, la Iglesia de la Nueva Vida. Se rumoreaba que esa Iglesia protestante coreana de Shenyang había ayudado a cientos de norcoreanos a desertar al extranjero, sobre todo a Corea del Sur. La Iglesia la había fundado un empresario surcoreano y ahora la dirigía un pastor estadounidense, Adrien Rousseau.

—Nació en Estados Unidos —le había explicado el camarada Cha —, de padre inmigrante francés y madre coreana adoptada. Su lengua materna es el inglés, pero también habla francés, coreano y chino con fluidez. —El camarada Cha adelantó el labio inferior y enarcó las cejas, una señal de reconocimiento ante los logros del enemigo.

Describió al pastor como un hombre frío y distante, la clase de hombre al que cuesta impresionar y que, por tanto, no era fácil de engañar. Su trabajo, por el momento, consistía en vigilar al pastor Rousseau, informando de todas las actividades y conversaciones que pudieran interesar al Partido. A su debido tiempo, entraría en Corea del Sur con su identidad de desertora norcoreana, con la ayuda del pastor Rousseau.

—Se dice que ese mil leches es un confidente de la CIA —subrayó el camarada Cha.

A Mihee le molestó la elección del término: «mil leches». Evocaba en su mente imágenes de monstruos occidentales, como el Minotauro o Frankenstein. Pensó que no iba a ser nada agradable tener que vigilarlo todo el día, seis días a la semana.

Primero hizo una parada en Changbai para conseguir el documento de viaje falso que necesitaba para dirigirse a Shenyang. Se presentó en la dirección que el camarada Cha le había hecho memorizar. Era la puerta trasera de un restaurante de olla caliente en mitad de un mercado de especias abarrotado que daba a un callejón estrecho y en penumbra, impregnado del olor a manteca rancia y guindilla en polvo. Llamó a la puerta dando los golpes convenidos —cuatro rápidos y dos lentos— y no tardó en aparecer una anciana delgada. La mujer, ataviada con un delantal de goma con manchas de sangre, le dijo a Mihee que esperara y volvió a entrar. A través de la puerta entornada, Mihee vio una hilera de cuerpos menudos colgados boca abajo del techo, como una colonia de murciélagos inmóviles, animales que parecían conejos grandes desollados, pero que ella sabía que no lo eran. La anciana regresó con una pequeña mochila. Mihee la cogió y le dio las gracias. La mujer no dijo nada. El camarada Cha dijo que Mihee no tenía por qué saber el nombre de la mujer ni lo que hacía. En Shenyang le harían entrega de la mayoría de los materiales esenciales de manera similar, por parte de otro agente anónimo establecido sobre el terreno, con el mínimo intercambio de palabras y el menor contacto físico posible.

Mihee bajó del tren una parada antes de lo necesario y caminó hasta la Iglesia de la Nueva Vida. Siete kilómetros antes de llegar, se cambió de zapatos. Tiró el par viejo a la cuneta de la carretera. El par nuevo parecía desgastado a propósito, y le faltaba un trozo de la suela izquierda. Para cuando llegó, le dolía de verdad, así que entró en la iglesia cojeando del pie izquierdo.

Vio a dos personas en la entrada: un conserje con un marcado acento chino-coreano y una mujer de mediana edad a la que el conserje se había dirigido como diaconisa Kang. Le miraron el pie y la acogieron enseguida; Mihee sabía que aquellas personas devotas no podían denegar auxilio a una mujer herida que necesitaba la ayuda de Dios. El exterior de la iglesia no le pareció nada del otro mundo; habría sido imposible distinguirlo de otros edificios brutalistas, tan insulsos y grises como la carne hervida, de no ser por la cruz roja de neón que colgaba sobre la puerta. Al ver la cruz, a Mihee se le llenaron los ojos de lágrimas, unas lágrimas auténticas de dolor y alivio. Sin mediar palabra, la condujeron a la sala de oración subterránea, una gigantesca habitación sin ventanas que olía a madera lacada y moho. Allí le curaron el pie herido y le dijeron que esperara. Sabía que iban a buscar al pastor, la persona que tomaba las decisiones de la iglesia en todo lo referente a los refugiados. Se miró el pie: lo tenía llamativamente hinchado, aunque sólo con algunos cortes y magulladuras superficiales, cosa que serviría de excusa perfecta para permanecer en el interior de la iglesia hasta que pudiera volver a andar con normalidad. Se sorprendió sonriendo, y no tardó en empezar a sentir un ligero miedo de sí misma, al preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar la agente

Mihee, incluso haciéndose daño, comprometiendo su cuerpo, si eso fuera necesario para completar su misión.

Entonces decidió preguntarse otra cosa, sobre el asunto que tenía entre manos, mucho más importante y urgente que su pie ensangrentado, desde luego. ¿Quién era el pastor Rousseau?, se dijo. ¿Qué clase de persona era ese hombre tan extraño, un estadounidense de ascendencia mixta, aquel políglota taciturno? Mihee pensó en el arquetipo de estadounidense que le habían enseñado en la escuela: un monstruo de ojos claros y nariz larga y puntiaguda que parecía la bayoneta de un soldado japonés. «Chacales», los llamaban los profesores. Astutos depredadores sedientos de sangre de niños coreanos. Pero, incluso de niña, Mihee era demasiado lista para tragarse esas imágenes así, a bulto.

Por supuesto, el pastor Rousseau no cumplía ninguno de los requisitos de su imaginación. Era joven, alto y apuesto, además de moreno. Tenía la piel color miel, el pelo negro y un rostro pulcro y refinado. Una belleza extraña, pensó Mihee. Era la primera vez que veía a una persona birracial y se preguntó si todos los hombres de ascendencia mixta serían tan bien parecidos. El coreano del pastor era casi impecable, excepto por el leve acento americano que añadía después de cada fonema *uh* y por cómo pronunciaba como tónicas algunas partículas conjuntivas que deberían haber permanecido átonas. Sin embargo, su forma de hablar en general, cortante y directa, le recordaba a la de su jefe norcoreano. «Este hombre no está para tonterías, así que no te andes por las ramas y ve al grano», pensó. Y eso fue exactamente lo que hizo cuando le pidió que le contara su odisea, cómo había acabado en su puerta.

Mientras Mihee desgranaba con aplomo una versión condensada de la vida de Seong-mi, el pastor Rousseau parecía limitarse a observar y escuchar, con el rostro impasible. Un hombre sobrio, lo último que Mihee habría esperado de un pastor protestante estadounidense. Tampoco percibió la condescendencia que muchos evangelistas mostraban hacia los pobres del tercer mundo a los que se habían puesto como objetivo convertir. ¿Podría ser esto una prueba de que el hombre no estaba allí en misión religiosa, sino política?

Era un hueso duro de roer, pero Mihee sabía dónde atacar. Ganarse la confianza de un hombre como el pastor Rousseau era como ir conociendo a un perro nuevo: había que tomarse su tiempo y no correr a acariciarlo, sino dejar que él se acercara antes. No había que mirarlo directamente a los ojos, porque podía enfadarse o asustarse. Había que aproximarse y sentarse a su lado muy despacio y, una vez más, la clave es que piense que es él quien se está acercando, y no al revés. Lo único que se puede hacer en el momento final es extender la mano delante de él, con la mirada aún baja, pero debe ser él quien acerque la cabeza, olisquee y luego lama los dedos.

Así que durante un tiempo, a diferencia de otros refugiados norcoreanos de la iglesia, ella nunca acudió al despacho del pastor. Restringía sus conversaciones al mínimo, pero mantenía las manos ocupadas. Se ofreció voluntaria para limpiar la sala de oración, los bancos, las biblias y los libros de himnos; quitaba las manchas de moho de las paredes, pulía el púlpito, vaciaba el jarrón de flores y lo llenaba de agua limpia con regularidad. Todos los viernes limpiaba los retretes de todas las plantas. «Es lo menos que puedo hacer,

teniendo las manos bien como las tengo, diaconisa Kang», le estaba diciendo Mihee a la responsable de la iglesia, cuando el pastor Rousseau salía de su despacho por casualidad. Aunque lo saludaba cortésmente cada vez que se cruzaba con él, ella nunca iniciaba una conversación.

La oportunidad llegó antes de que Mihee volviera a caminar con normalidad. Fue unos días después del décimo aniversario de la Iglesia de la Nueva Vida. Miles de personas se reunieron para celebrar el cumpleaños de la iglesia coreana. Empresarios surcoreanos, propietarios de fábricas de muebles y conservas en Shenyang, acudieron con sus trabajadores, pertrechados con frutas exóticas y dinero en sobres rojos. Y varios coreanos étnicos de las regiones circundantes, Dandong, Changbai e incluso Yanbian, viajaron con sus familias a Shenyang, para disfrutar de las festividades y de la abundancia de comida coreana. Después de tres días de fiesta, gritando los mismos saludos ante miles de rostros radiantes y estrechando miles de manos, el pastor Rousseau se quedó temporalmente sin voz y sin fuerza en la mano derecha.

—¿Ha dicho usted que sabe escribir a máquina? —le preguntó sin más el pastor Rousseau aquella mañana, con la voz entrecortada, cuando Mihee trataba de eliminar una mancha de café de la puerta de su despacho.

El tono despreocupado le resultó desconcertante: hacía un mes que no le dirigía la palabra. Aunque entusiasmada ante aquella oportunidad, Mihee vaciló: nunca le había dicho que supiera escribir a máquina.

—Sí, sé escribir a máquina. Señor —le respondió al fin, manteniendo un tono de voz bajo y cauteloso.

El pastor Rousseau sonrió.

—Bien. ¿Me ayudará, entonces? Con la mano izquierda casi no puedo escribir.

Levantó un instante la derecha, que estaba cubierta de parches analgésicos. El fuerte olor a mentol hizo que le escociesen los ojos.

Siguió al pastor al interior de su despacho. Él le acercó su silla y le hizo una seña para que se sentara. Luego empezó a dictar lo que parecía ser su sermón para el domingo siguiente. Mihee, aún más desconcertada, mantuvo la boca cerrada y desplazó los dedos por el teclado lo más rápido que pudo. Unas gotas de sudor afloraron sobre su labio superior. Puso todo su empeño en concentrarse. Tenía la sensación de que pedirle que fuera más despacio o que repitiera lo que acababa de decir equivalía a perder un partido importante. Cuando acabó el dictado, la boca de él y los dedos de ella bailaban al unísono, en una sincronía casi perfecta, como si llevaran años practicando aquel *pas de deux*.

El pastor Rousseau cogió los papeles que había mecanografiado Mihee y comenzó a leerlos, y ella se sorprendió escrutando su rostro desesperadamente en busca de una señal de aprobación.

—Bien —dijo él, y a Mihee la invadió una oleada de alegría, como una niña ansiosa a quien su madre, por lo general distante, hace un gesto de cariño—. Demasiado bien, en realidad —añadió Rousseau, con una pequeña arruga en el entrecejo.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quiere decir con «demasiado bien», si me lo permite?

Ésa fue la primera pregunta que Mihee le hizo al pastor.

—«Matusalén» —respondió en voz baja—. Ha escrito la palabra correctamente. Sólo la he dicho una vez y la ha tecleado muy

rápido, sin cometer ninguna falta, ni siquiera se ha dejado la tilde.

Le preguntó si ya conocía la figura bíblica. Ella respondió que Matusalén, el abuelo de Noé, era el hombre más longevo de la Biblia, que vivió casi mil años. Para disimular sus mentiras, Mihee decidió lanzarle un pequeño hueso de verdad.

—Mi madre era cristiana, y fue educada y bautizada por misioneros canadienses antes de las guerras. Fue mi maestra de la Biblia.

Mihee vio sorpresa en aquel rostro casi siempre inexpresivo.

Él volvió a hojear los papeles y asintió con la cabeza. Mihee vio una leve sonrisa dibujarse en su rostro.

—Los desertores norcoreanos vienen aquí asegurando que quieren conocer la Biblia, que quieren ser cristianos —dijo—, pero, por supuesto, su verdadero objetivo está en otra parte. Aunque no los culpo. Hacen lo que tienen que hacer a cambio de la oportunidad de una vida mejor.

Cerró los labios con fuerza y miró a Mihee de hito en hito, como presionándola para que dijera algo. Sin embargo, ella permaneció en silencio y se limitó a mirarlo más fijamente aún.

—Es usted una de las rarísimas excepciones, alguien que sí conoce la Biblia, señorita Bae Seong-mi.

Volvió a sonreír, pero Mihee no le correspondió.

—Soy igual que todos los demás, pastor —dijo en su lugar—. En el fondo, quiero lo mismo que ellos. Quizá la única diferencia es que no me gusta tener deudas con nadie.

Mihee no añadió nada más y salió de la habitación. Sabía que con todo el esfuerzo que había hecho ese mes limpiando, lavando y sacando brillo ya había sabido transmitir un mensaje más certero.

Por la noche, el pastor Rousseau la llamó a su despacho.

Le dijo que lo que ella quería no podía hacerse de inmediato. Que tendría que esperar, incluso hasta un año.

—El Gobierno de Corea del Norte acaba de iniciar su mayor ofensiva contra los desertores de su país escondidos en China. —Suspiró y confesó que ya había tenido que rechazar a varios desertores, los que habían llegado el mes anterior, justo antes que Seong-mi.

Ella le contestó que no tenía ninguna prisa.

—Mi objetivo es ahorrar lo suficiente para pagarme yo misma mi huida del país, tarde lo que tarde —dijo pacientemente—. Ya he contraído deudas antes, con gente con la que ojalá no hubiese tenido nunca nada que ver, y me he prometido a mí misma que no dejaré que eso vuelva a ocurrir.

Tras la conversación, el pastor Rousseau la nombró su ayudante. A la mañana siguiente, Mihee estaba otra vez en su despacho, escribiendo las cartas de agradecimiento a los benefactores de la iglesia. La diaconisa Kang, que hasta entonces sentía aprecio por Mihee por compartir la carga de las labores domésticas, ahora le ponía mala cara cada vez que pasaba por su lado, insuflando en el aire un silencio hostil.

—¿Se puede saber de qué clase de habilidades has hecho alarde, jovencita? —le preguntó la diaconisa unos días después, cuando se encontró con Mihee en el baño de señoras.

«De unas habilidades de las que tú no tienes ni idea», respondió Mihee, sólo para sus adentros.

Le gustaba trabajar en el despacho subterráneo del pastor. Le recordaba al pequeño estudio de su padre en Hyesan, una

habitación llena de libros viejos y discos de vinilo ilegales. Sentía una fascinación secreta por su olor: al igual que en el estudio de su padre, la habitación estaba impregnada de un aire ligeramente mohoso, «el olor gris», solía llamarlo la pequeña Mihee. Era un perfume relajante que sólo podía percibirse en dos lugares: una pila de libros de tapa dura con manchas por el paso del tiempo y la entrada al aeródromo de Hyesan bajo la lluvia. La pequeña Mihee salía corriendo hacia allí cada vez que veía que un cúmulo de nubes negras encapotaban el cielo, sólo para aspirar la belleza cenicienta del olor: el extenso y liso pavimento de hormigón lechoso empapado por la lluvia.

Mihee, una rata de biblioteca sin remedio, revisó todos los libros de las estanterías y armarios del pastor. Se llevó una decepción al no encontrar demasiada literatura norteamericana, que esperaba tener ocasión de releer. El mundo pensaba que Corea del Norte había prohibido todas las influencias culturales de Estados Unidos, pero eso no era del todo cierto. Mihee había crecido viendo *Tom y Jerry* en la televisión. El Partido había reconocido la metáfora del elemento pequeño que supera a su gigantesco enemigo con su astucia, y la utilizó en su propio beneficio: como una alegoría de la victoria de Corea del Norte sobre el todopoderoso bravucón que era Estados Unidos. Y como alumna brillante de la universidad de élite del país, había tenido el privilegio de leer parte de la literatura prohibida de Estados Unidos, para «conocer al enemigo», tal como aconsejaba Sun Tzu. Como agente en formación, había tenido un acceso casi ilimitado a la literatura estadounidense, europea e incluso surcoreana, para aprender a hacerse pasar por una conocedora del Asia occidentalizada.

Pensó en las novelas yanquis que le habían encantado cuando era universitaria: *Lo que el viento se llevó*, *El gran Gatsby*, *Al este del Edén* y tantas otras. Pero el pastor no tenía ninguna. En cambio, tenía numerosos libros de filosofía y varias novelas, la mayoría escritas por académicos europeos. Le chocó descubrir dos estanterías repletas de las obras de Aimé Adel y Sandrine Mauraux. Eran los dos «tontos útiles» más famosos de Occidente, los ingenuos intelectuales de izquierdas que declaraban su simpatía hacia el comunismo. Habían sido invitados a la Unión Soviética y a Corea del Norte. Recorrieron los escenarios preparados de la estabilidad comunista, mientras los ciudadanos reales pasaban hambre y sufrían abusos entre bastidores. Una vez de vuelta en sus ricos países occidentales, aquel par de pajaritos cantaron, alto y claro, la belleza del comunismo. Dos décadas después se retractaron de lo que habían dicho, pero sólo en parte.

Qué ironía, pensó Mihee: un pastor protestante estadounidense, incluido en la lista negra de un Gobierno comunista, era admirador de una pareja de simpatizantes del comunismo. Cogió el ejemplar de *El techo abierto*, una famosa novela de Adel, aunque ya la había leído. Su curiosidad y su admiración por el pastor la convencieron de darle una segunda oportunidad, pero, una vez más, no sólo no le encontró ninguna gracia, sino que la ingenuidad del libro le hizo sentir vergüenza ajena. «Gente que sólo conoce el comunismo por lo que han leído en los libros», pensó Mihee. Para ellos, la pobreza no era más que palabras en una página, nunca el sonar de tripas. Y, para colmo, a menudo eran los que más pontificaban de esos temas. Mihee chasqueó la lengua y sonrió con amargura.

En el despacho, Mihee y el pastor trabajaban casi siempre en silencio.

Pero cuando empezaban a hablar, la conversación enseguida derivaba hacia asuntos profundamente personales. Aquélla parecía ser una de las habilidades particulares de Rousseau: atraer a los demás como si tal cosa a las redes de su conversación, donde se sinceraban hasta desnudar su alma.

—¿Se ha preguntado alguna vez cómo supe que sabía escribir a máquina, señorita Bae? —le soltó él un día. Le dijo que ella se lo había dicho el primer día, pero no recordaba haberlo hecho—. Me contó que había sido secretaria de un propagandista en una emisora de radio local antes de casarse. El principal trabajo de una secretaria allí es corregir pruebas y escribir a máquina, ¿me equivoco? —dijo Rousseau.

Mihee asintió.

No pensaba darle la satisfacción de compartir con él sus pensamientos más íntimos. Desde luego que no. Su objetivo era ganarse su confianza primero con sus actos y luego obtener algo más manteniendo sus reservas. Iba a invertir los papeles habituales de confesor y confesado: al fin y al cabo, todo psiquiatra necesita su propio oyente.

Una semana después, Mihee estaba pasando a máquina el sermón dominical del pastor sobre el tema de la confianza. Se basaba en la historia de la mujer de Lot, en el libro del Génesis. Estaba describiendo la famosa escena en la que la mujer de Lot mira hacia Sodoma y se convierte en una estatua de sal cuando, de pronto, el pastor se detuvo e hizo a Mihee otra pregunta extraña:

—¿Sabe cuándo pensé por primera vez que era usted de fiar? —le preguntó con una sonrisa.

Mihee rehuyó su mirada, con el sentimiento de culpa encogiéndole el estómago.

Le dijo que fue cuando se conocieron, cuando ella le contó el resumen de la historia de su vida.

—Nunca antes había visto aquí a una desertora que confesase, en la primera reunión, que se había dedicado a la prostitución.

Aseguró que sabía que la prostitución era uno de los pocos medios de supervivencia de que disponían las desertoras norcoreanas en China, que no juzgaba a las mujeres que se veían obligadas a ejercerla; lo más probable era que él hubiese hecho lo mismo en tales circunstancias. Pero dijo que admiraba su honestidad, su valiente negativa a disculparse o lamentar lo que había tenido que hacer. Rara vez lo había visto en otras personas con experiencias similares.

—Eso es ser muy valiente, ¿no cree? Vivir sin avergonzarte de tu pasado, de quien eres —entonó Rousseau.

—Dios ama a todo el mundo por igual —respondió ella—. María Magdalena no fue ninguna excepción.

Con los brazos cruzados, el pastor le dio la espalda. Suspiró profundamente, encorvando un poco los hombros. Mihee se sintió incómoda, como cuando Seong-mi rompió a llorar delante de ella. Aquella tarde, antes de salir del despacho, el pastor se despidió de ella con una enorme sonrisa y presionándole el hombro con fuerza.

Mihee permaneció paralizada en su asiento mucho después de que él se hubiera marchado.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

De entrada, ni siquiera sabía cómo interpretar lo que acababa de ocurrir. Se había ganado la confianza del pastor Rousseau, eso estaba claro. «Pero ¿qué espera de mí ahora, contándome todo eso? ¿Podría ser tan sincera sobre mi pasado como prostituta en un burdel aunque fuera mi verdadero cuerpo el que hubiera pasado por ese trance?» Ese pensamiento devolvió a Mihee a sus primeros días en la Iglesia de la Nueva Vida, a la pregunta que se había hecho a sí misma, mirando su pie malherido. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar la agente Mihee, incluso haciéndose daño, comprometiendo su cuerpo, si eso fuera necesario para completar su misión? Volvió a sentir la presión de la mano del pastor sobre la piel de su hombro. El olor a papel enmohecido en el aire, el aroma familiar que tanto le había gustado en otros tiempos, le formó de pronto un nudo en el estómago. Mihee salió del despacho del pastor.

Al día siguiente era martes, su día libre. Se dirigió al parque Dongling de Shenyang, a casi una hora a pie. Dongling era uno de los parques más grandes de la ciudad y el menos concurrido, por lo que no corría el riesgo de cruzarse con alguien a quien conociese de la iglesia. Durante el día sólo había algunos grupos de niños pequeños en bicicleta o parejas de ancianos practicando taichí. «Por la noche, la esquina noroeste del parque se llena de mariquitas. Unos sarasas que se reúnen en el pinar que hay detrás de los baños públicos para sus jueguecitos», le había dicho el camarada Cha. Así que allí estaba ella, al atardecer, el momento entre el día y la noche, cuando el parque suele estar vacío, para recoger su primer paquete.

Detrás del pinar había un angosto y frondoso sendero que recorría el muro de piedra de la parte noroeste, bastante alejado del público. Mihee se sentó en el quinto banco desde el extremo norte, el punto

acordado. Extendió la mano para tantear la parte inferior del banco y cogió el paquetito envuelto en papel de manila: su primera recogida. El camarada Cha le había dicho que se familiarizara con el parque, ya que en él se desarrollaría la mayor parte de sus comunicaciones secretas. Añadió que, irónicamente, el parque era el lugar más seguro para ella por la noche, por si algún día necesitaba establecer contacto por alguna emergencia. «Los mariquitas no te molestarían para nada», murmuró sin tapujos el camarada Cha. Mihee sabía que un contacto nocturno era el último recurso al que recurriría un agente ilegal: un acto desesperado que podía poner en peligro a ambas partes. Rezó por no tener que recurrir nunca a algo así.

No esperaba instrucciones escritas. Se suponía que, en cuanto lo viera, sabría al instante qué hacer con el objeto que alguien había dejado para ella. Dentro del papel beis había una mascarilla y una pequeña lata de metal. El pastor Rousseau tenía previsto salir hacia Yanbian de viaje al cabo de tres días para visitar otras iglesias protestantes en ciernes con las que la Iglesia de la Nueva Vida estaba asociada. Y la noche antes de su partida, Mihee debía ponerse la mascarilla y rociar con el contenido de la ampolla metálica la ropa, el maletín y los zapatos del pastor. El camarada Cha se lo había explicado: «Polvo radiactivo. En bajas concentraciones, para evitar envenenarlo, pero lo bastante fuerte para hacer saltar los contadores Geiger de la OGR.» «Van a seguirlo hasta Yanbian, o adondequiera que vaya», pensó Mihee.

Pasó las tres noches siguientes en vela, con la mirada fija en su puerta. En el despacho, el pastor seguía comportándose como antes, pero ella empezó a fijarse en pequeños detalles de su cuerpo en los que no había reparado hasta entonces: en su muñeca,

exageradamente grande y nervuda; en la parte posterior del cuello, que se hacía más firme y ancho como el de un rottweiler cada vez que estiraba los brazos, bostezando. Los detalles corporales más ordinarios de un hombre adulto, repugnantes y fascinantes a la vez. Como la mayoría de las norcoreanas de su edad que nunca habían contraído matrimonio, no sabía casi nada sobre el sexo. La única experiencia que había tenido fue con la botella que le dio el camarada Cha. Aunque por lo general era un hombre imperturbable, Cha se había puesto rojo como un tomate al dársela. Era un objeto alargado que parecía una pequeña botella de vino, con el cuello y la boca recubiertos de una goma lisa. Le dijo que practicara.

—Primero úsalo para romper el himen, y luego para ir cogiéndole el tranquillo —murmuró apartando un poco la cabeza del objeto, como si tuviera alguna enfermedad.

Mihee no hizo preguntas. Se limitó a hacer lo que le ordenaban.

El pastor siempre le daba las buenas noches, sentado todavía a su escritorio lleno de pilas de papeles.

—Tengo más trabajo que terminar antes de mi viaje —le decía sin más.

Ella se quedaba mirando la puerta, tumbada en la cama. Su dormitorio, un diminuto trastero reconvertido de cualquier manera, estaba al final del pasillo, a sólo veinte pasos del despacho del pastor Rousseau. Cada vez que oía un ruido, por ligero que fuese, creía ver una sombra tumefacta que se cernía sobre su puerta, el monstruo desgarbado que tiraría por el retrete cualquier admiración secreta que hubiera sentido por el pastor. En realidad, no obstante, no tardaba en disiparse en el aire, y su pequeña puerta se quedaba tan sola y silenciosa como siempre. La tercera y última noche antes

del viaje del pastor, cuando Mihee por fin se dio cuenta de que no iba a ocurrir lo que esperaba, su cuerpo se sumió en un profundo sueño. A pesar de que una sensación de alivio dominaba sus horas de reposo, por debajo latía el tenue pulso de la decepción, demasiado sutil para que su conciencia pudiera captarlo.

Se levantó antes del amanecer y entró en el despacho del pastor Rousseau para llevar a cabo su primera misión. Se puso la mascarilla que le habían proporcionado y un par de guantes de goma que había cogido del armario de la diaconisa Kang. Aunque vaciló un segundo antes de abrir el tapón de la ampolla, llevó a cabo su encargo tal como estaba previsto. Sin embargo, como de costumbre, improvisó sobre la marcha: en lugar de esparcir el polvo radiactivo por todo el abrigo, sólo lo dejó caer en la parte baja de la espalda para que su dueño no respirara el polvo ni lo tocara con las manos sin querer. Por la misma razón, también dejó libres de polvo las asas del maletín y los cordones de los zapatos.

En ausencia del pastor Rousseau, Mihee disponía de gran cantidad de tiempo libre. Leía muchos libros que había tomado prestados de su despacho. Visitaba el parque Dongling tres veces por semana. También frecuentaba los mercados chinos cercanos con su documento de viaje falso para practicar su mandarín hablado, que tenía algo oxidado. Mientras paseaba por el parque, repasaba la larga lista de códigos de comunicación que había tenido que aprenderse de memoria: dejar una cáscara de mandarina en el punto acordado significaba «corro peligro»; una cáscara de lichi vacía significaba «me voy del país mañana»; una rama en forma de i griega significa «necesito contactar urgentemente esta noche», además de muchos otros. Siempre vigilaba con atención el punto

acordado, el quinto banco desde el extremo norte del camino de piedra de la parte noroeste, no sólo buscando una posible señal o algún paquete, sino también para ahuyentar a los visitantes indeseados, como las ardillas, que podían entorpecer la comunicación ensuciando el lugar con sus propios restos de comida.

Mientras paseaba por el parque también pensaba en el pastor Rousseau. «Qué poquito sé de él», advirtió Mihee. No sabía casi nada de su vida privada. Se preguntaba a qué tipo de gente vería en su tiempo libre. A esas alturas, otros agentes de la OGR ya lo sabrían, siguiéndolo de cerca con su minicontador Geiger. Sintió una extraña envidia hacia esos agentes sin rostro. Aunque cada día trabajaba cara a cara con Adrien Rousseau, sólo conocía una mínima parte de él. La OGR encerraba a cada agente dentro de su propio caparazón de secretismo, permitiendo a cada uno tener acceso únicamente a una fracción del elefante: el ancho abanico de una oreja por aquí, el tubo serpenteante de una trompa por allá, la colosal columna de una pata un poco más abajo... Sólo los de arriba podían acceder a la imagen completa. «El único espía digno de confianza es el que está en un cementerio», un chiste de la OGR que el camarada Cha le había contado una vez. «Porque el único espía que no puede traicionar a nadie es un espía muerto», dijo, con una risa fría.

Mihee le había preguntado una vez a su madre si había tenido alguna implicación directa con alguien con quien tuviese prohibido implicarse. Ella asintió. «En la primera misión, por supuesto. Suele ocurrir al principio, cariño», dijo. Fue en Paju, un condado surcoreano cerca del paralelo 38, donde estaba recopilando información sobre el ejército estadounidense estacionado en el lado sur de la frontera. «Me hacía pasar por una huérfana de guerra,

abandonada y con problemas mentales, para poder ir y venir libremente y estar sola la mayor parte del tiempo», le explicó. Sin embargo, algunos chicos del pueblo no la dejaban en paz. Eran crueles, se ensañaban con ella como sólo los chicos de esa edad pueden hacerlo. Esos pobres infelices, los describía su madre, a quienes sus padres, destrozados por la guerra, habían arrebatado la infancia. «Pero había un niño, con un padre tan salvaje como el mío, que, no sé cómo, aún conservaba la inocencia», le susurró su madre. Aunque sin éxito, ese niño se esforzaba por protegerla de las piedras que le lanzaban; le llevaba a la puerta de su casa el pescado que había cogido en el río Imjin para que no pasara hambre; un día incluso le llevó un ramo de flores silvestres. «Un día, tras el final de la estación de lluvias, volví a ver a ese chico cerca de mi puerta, sangrando a borbotones e inconsciente.» Aunque sabía que si lo hacía podía hacer saltar por los aires su tapadera, lo cogió en brazos y corrió al hospital más cercano, con el *hanbok* empapado de sangre. «El chico sobrevivió, cosa que me llenó de alegría, y tuve que abandonar la ciudad poco después.» Lo que casi acaba con la vida de aquel niño fue una mina antipersona, dijo su madre, colocada por el ejército estadounidense durante la guerra de Corea. Las fuertes lluvias la habían arrastrado a la orilla del río.

Mihee interpretó la historia de su madre como un sí sutil a tomar la iniciativa y resolver ciertos asuntos por su cuenta, siempre y cuando esos asuntos fueran menores y pasaran desapercibidos. «Ni tú ni yo trabajamos para mayor gloria del Partido, precisamente.» Su madre había bajado la voz hasta hablar en un susurro.

«Mi madre tenía razón», pensó Mihee. Mihee no era la joven guerrera revolucionaria que el Partido había supuesto que era. En

apariencia, no fue Mihee quien decidió trabajar para la OGR, porque ésta no era una empresa a la que pudieras postularte para ofrecer tus servicios: eran ellos quienes iban a buscarte a ti. Sin embargo, fue Mihee quien los hizo fijarse en ella. Era una candidata perfecta para la élite: la mejor de su clase en la Universidad de Estudios Extranjeros de Pionyang, a sus veinte años Mihee ya destacaba en tres idiomas; su expediente moral era intachable; su madre era una «empresaria» importante, y su padre, un antiguo sastre para destacados miembros del Partido. Ella sabía que era una oportunidad que no podían dejar pasar.

Para Mihee, una carrera en el espionaje era su pasaporte legítimo hacia un desafío largamente ansiado. Ya llevaba en la sangre los secretos y el engaño, dos elementos cruciales del espionaje. Todos los que la rodeaban habían vivido inmersos en secretos, engañándose unos a otros para bien o para mal. Desde tierna edad se dio cuenta de que sus padres no eran las personas que ella había supuesto que eran. La pequeña Mihee descubrió un día, detrás de la vieja estantería de nogal del estudio de su padre, una caja fuerte en la pared. A lo largo de los años, había sido testigo de cómo numerosos objetos entraban y salían de aquella caja fuerte: novelas estadounidenses prohibidas, cuyas cubiertas se cambiaban por otras rusas; cintas de casete de canciones pop de Corea del Sur duplicadas ilegalmente; y los discos de vinilo auténticos de grupos británicos que su madre se había traído de sus viajes de negocios, uno cada año para el cumpleaños de su padre. Al igual que ellos, Mihee era una disidente discreta. Y fue su madre quien lo supo ver antes que nadie: se asomó a la cabecita de Mihee y se dio cuenta de

que su curiosidad se haría cada vez más irrefrenable. Así que en lugar de ponerle freno, le enseñó a controlarla.

La carrera de espía te ofrecía la promesa de viajar o incluso de vivir en el extranjero, algo a lo que otros norcoreanos no tenían acceso. También era una puerta de entrada a un poder inexplorado: una influencia que no requería testigos ni críticas y que, por tanto, no exigía demasiada responsabilidad. Era perfecta para alguien como Mihee: una esnob acostumbrada a la duplicidad, secretamente orgullosa de su superioridad intelectual, la íntima sensación de saber cosas de gran importancia que la gente corriente a su alrededor ignoraba por completo. Y el engaño era seductor, aun cuando la culpa lo seguía como su inevitable sombra.

ROUSSEAU

Pero ¿qué es lo que sabe de mí exactamente?

¿Qué parte de la verdad le enseñé?

Rousseau. Mi apellido.

Fue uno de nuestros primeros días en Shenyang. De pronto, sin venir a cuento, Seong-mi me preguntó si por casualidad era pariente de Jean-Jacques Rousseau. Al principio casi suelto una carcajada ante su ingenuidad, una confusión enternecedora que la hacía aún más adorable. Pero enseguida me di cuenta de otra cosa que me dejó bastante impresionado: conocía a un filósofo occidental del que, con toda probabilidad, la mayoría de los norcoreanos ni siquiera habían oído hablar. De hecho, sentí la ligera tentación de impresionarla a ella también y me imaginé a mí mismo confirmando

su conjetura con orgullo: «Sí, lo soy», regodeándome en la gloria vicaria de alguien mucho más trascendente que yo. Pero al final, por supuesto, le di la respuesta que me pareció más verdadera: Rousseau es un apellido francés muy común. Si viviera en Francia, le dije, lo normal sería que conociera a muchos otros Rousseau. Ella se encogió de hombros y dijo en voz baja que no le gustaría conocer a ningún otro Rousseau. Luego salió de la habitación, sin ver la expresión de sorpresa en mi rostro.

Pastor. Mi título. Todos en la iglesia de Shenyang me llamaban «pastor».

Pero técnicamente no era pastor.

La confusión empezó con el término coreano «*jeondosa-nim*». «*Jeondosa*» era un término paraguas que sólo existía en el diccionario de la Iglesia protestante coreana y que, en función del contexto, podía significar «evangelista», «misionero» y «predicador». Aunque en teoría «*jeondosa*» hace referencia a alguien que se está formando para ser pastor con un título en Teología, en realidad muchos líderes de las juventudes de la Iglesia recibían esa denominación gracias a su duro trabajo en la comunidad o, a veces, ganándose el favor de los veteranos con más poder e influencia. Debido a mi implicación en el grupo juvenil y en la comunidad de refugiados norcoreanos, los feligreses se referían a mí como «*jeondosa-nim*». Se me daba bien mi trabajo: ayudaba a los desertores norcoreanos a encontrar lugares de acogida temporales y a conocer la Biblia. Enseguida se corrió la voz y cada vez más gente acudía a la iglesia, algunos por curiosidad, otros desesperados por escapar y por conseguir una nueva vida. Un par de años más tarde, la gente empezó a llamarme «pastor», como era

natural, ya que la mayoría de los *jeondosa* se convertían en pastores tras un tiempo en una Iglesia coreana. En todo caso, yo rechazaba el término porque no había sido ordenado pastor y ni siquiera había ido a ningún seminario de teología. Al principio intentaba corregirlos cada vez que se dirigían a mí con el término, pero lo interesante de la forma en que te llaman los demás es que no depende de uno: son ellos quienes eligen y definen el nombre. A pesar de mi desaprobación, la gente seguía dirigiéndose a mí de ese modo y, por tanto, para ellos yo era *Rooso Moksanim*, el pastor Rousseau.

A Seong-mi, sin embargo, le confesé la verdad desde el principio.

—Técnicamente no soy pastor de la iglesia —le dije, tal vez nuestro segundo día de trabajo juntos en mi despacho, cuando ella estaba mecanografiando y corrigiendo mi sermón en coreano—. Así que puede llamarme «señor Rousseau». O incluso Rou, sin más, al estilo coreano, un nombre más corto y familiar, ya que casi todos los apellidos coreanos son de una sola sílaba, ¿no? —le dije.

Para mi sorpresa, Seong-mi sí que me llamaba Rou de vez en cuando, sobre todo cuando estábamos solos en el despacho, trabajando. Aun así, delante de la gente siempre se dirigía a mí como «pastor Rousseau». Más tarde, cuando empezamos a salir y formalizar nuestra relación, comenzó a llamarme por mi nombre de pila, Adrien. A partir de entonces ya casi nunca me llamaba Rou. Sólo recuerdo una vez en la que oí resucitar en sus labios ese término cariñoso: en la cama, después de hacer el amor en nuestro primer apartamento de Seúl. Estábamos abrazados, sumidos en un estado de aletargamiento. Empezó a peinarme el pelo húmedo con los dedos, despacio, y luego fue dibujando un trazo descendente

desde la frente, pasando por la nariz, hasta la punta del mentón, haciéndome cosquillas.

—Rouuu... —ronroneó, alargando el final de la sílaba como si fuera un delicioso caramelo fundido—. Qué guapo eres —me dijo con una lánguida sonrisa.

Aquél fue uno de los pocos momentos de mi vida tan perfectos que me hizo sentir que no me importaría si dejaba de existir en ese preciso instante.

Hoyeon. Mi pesadumbre.

Mi mayor remordimiento. Y la pregunta definitiva que me ha dado demasiado miedo hacer.

Nunca le he contado la verdad sobre Hoyeon a Seong-mi. Es el único secreto que le he ocultado todo este tiempo.

O eso creía yo.

¿Y si Seong-mi descubrió lo que pasó entre Hoyeon y yo?

¿Podría ser ése el motivo de su desaparición?

MIHEE

Mientras caminaba hacia el parque Dongling se preguntó hasta dónde estaba dispuesta a llegar en aquella misión. Se imaginó otro paquetito pegado a la parte inferior del quinto banco, el punto acordado para las entregas y los intercambios. Y que dentro del paquete habría una M1911, también conocida como la «Colt Government», una pistola del calibre 45 con cargador de seis balas y

con silenciador. «Eso es a lo más lejos que podrían obligarte a llegar. Pero ¿de verdad sería capaz de pegarle un tiro en la cabeza al pastor Rousseau?», pensaba. No sabía cómo responder a esa pregunta. Sólo deseaba que esa pistola nunca llegara a aquel banco.

Pero, en su lugar, aquella tarde encontró otra cosa debajo: eran dos palillos de madera, uno cruzado encima del otro en forma de equis. Un mensaje que no se esperaba, sobre todo aquel día, con el pastor Rousseau aún fuera, de viaje de negocios. «Encuentro mañana por la noche», recordó con claridad el código. Se le aceleró el pulso. Siempre se daba prioridad a otras técnicas como el intercambio en el punto acordado o mediante un contacto físico fugaz. El encuentro cara a cara sólo se producía cuando era absolutamente necesario. Ya estaban desfilando por su cabeza mil y una posibilidades, algunas buenas, otras malas y una en particular atroz. Experimentó una siniestra sensación de *déjà vu*, como si su imaginación pudiera convertir aquel temor en realidad. El camarada Cha le había dicho que un encuentro físico sería algo bastante raro, pues se reservaban para el intercambio de información de alto secreto o para la entrega de objetos cruciales: «Grandes cantidades de dinero en metálico o un arma muy cara que no podemos permitirnos perder.»

«¿Qué has hecho en Yanbian? ¿Has cometido una traición tan terrible como para que vayan a por ti?», empezó a preguntarse. Pasó el resto del día sumida en la angustia, con la vívida imagen de la pistola Colt instalada en el rabillo del ojo, como un orzuelo. Aunque sabía que eso no iba a ayudar en nada a calmar su aprensión, no pudo evitar adelantarse al futuro, analizando sus limitadas opciones. Si el plan definitivo que habían dispuesto para el

pastor Rousseau era realmente acabar con él, lo más probable fuese que la reclamaran de vuelta en Pionyang, una vez completada la misión, y eso era lo último que quería. Eso significaba que no recibiría ayuda de la Iglesia de la Nueva Vida, ni viviría en Corea del Sur en un futuro próximo. Pese a la falta de pruebas, confiaba en la promesa del pastor Rousseau de que apoyaría su huida al Sur. Se preguntaba si sería capaz de convencer al camarada Cha de que cambiara de idea, de que reconsiderara los costes y las ramificaciones de lo que planeaban hacer. Parecía imposible.

Mihee se presentó en el sitio acordado a las diez en punto de la noche. En contra de lo que esperaba, el quinto banco estaba vacío. Cuando se acercó para comprobar la parte inferior, dos brazos cubiertos de negro la agarraron por la cintura.

—Dirígete al otro extremo del sendero —dijo una voz femenina y grave.

Mihee y la desconocida caminaron en silencio, cogidas del brazo, como si fueran hermanas o amigas íntimas, hasta que llegaron al extremo sur del sendero junto al muro de piedra. La mujer indicó a Mihee que se sentara en un banco. Aun vestida de negro de la cabeza a los pies, parecía ancha y bajita, como una tetera. «Su físico, tan poco atractivo y anodino, es engañoso», pensó Mihee. Si se hubiera sentado junto a la mujer en un autobús o en un banco durante el oficio dominical, ni se le habría ocurrido sospechar que tenía a su lado a otra agente de la OGR.

Sin mediar palabra, la mujer se puso manos a la obra: sacó una fotografía en blanco y negro con mucho grano y la colocó sobre el regazo de Mihee.

—¿Has visto esta cara? —le preguntó iluminando un instante la foto con una linterna. Era la cara sonriente de un joven de pelo liso y oscuro.

—No —respondió.

—Puede llevar el pelo distinto. ¿Más claro y rizado? —volvió a preguntar la agente. A Mihee seguía sin sonarle el hombre—. En ese caso, memoriza su rostro y toma nota de todo lo que diga y haga si lo ves.

—¿Quién es?

La agente la miró con expresión gélida.

—Podré hacer mejor mi trabajo si sé quién es, qué hace y qué tiene que ver con el pastor Rousseau —continuó Mihee.

Con la mirada todavía ácida y fría, la mujer movió los labios despacio, con una mueca exagerada de irritación.

—Da igual lo que me pidas, sólo puedo decirte lo que se supone que debo decirte. Y esto es lo que puedo decirte: este hombre es periodista, trabajaba para el *Washington Post* y ahora trabaja para el *New York Times*. Se llama Nathan Zuckerman.

—¿Es estadounidense? —Confundida, Mihee acercó la foto a su cara.

—Su padre es un judío norteamericano, su madre una inmigrante china —contestó la mujer—. En esta foto tiene un aspecto más asiático, porque se alisó el pelo y se lo tiñó de negro. Su pelo natural es castaño y rizado.

Periodista: una de las tapaderas clásicas de los agentes legales enviados al extranjero, pensó Mihee, igual que diplomático o empresario. Un periodista estadounidense de ascendencia mixta, que se cambia el pelo para pasar por chino.

—¿Así que sospechamos que este hombre es el oficial de enlace del pastor Rousseau, y éste es su agente?

—El pastor Rousseau se vio con este hombre tres veces durante su viaje de negocios —prosiguió la mujer—. Intentamos acercarnos a ellos en un café, para escuchar su conversación, pero sospecharon algo y se marcharon. Obraban con gran cautela, en constante estado de alerta. Luego fueron a una habitación de hotel, así que no pudimos ir tras ellos. Todas las veces el mismo patrón: quedan en una cafetería o en un restaurante, pero cuando intentamos acercarnos a ellos, siempre se marchan y van a algún lugar privado donde ya no podemos seguirlos.

»Ahí es donde entras tú —dijo la mujer entregándole a Mihee una cajita de plástico de color blanco.

Cuando la abrió, descubrió una piececilla de metal plateado y rectangular, con los bordes lisos, tan pequeña como la uña de su pulgar. Comprendió que debía insertar aquel micrófono en el auricular del teléfono del pastor Rousseau.

—¿Cómo debo llamarte? —disparó Mihee a la espalda de la mujer, que ya se marchaba.

Ésta volvió la cabeza despacio hacia ella.

—Él ya me ha dicho que haces muchas preguntas —murmuró—. Será mejor que pierdas esa costumbre. Llegará un momento en que el nombre de tu madre ya no podrá salvarte.

Mihee se quedó mirando la espalda ancha de la mujer. Mientras se alejaba, la cola de su abrigo negro crujió al rozar el borde del banco. Su cuerpo bajito y entrado en carnes se contoneó perdiéndose en la noche como un pingüino, con un aire cómico e inquietante a la vez.

Al día siguiente, el pastor Rousseau volvió a su despacho.

A Mihee le sorprendió lo emocionada que estaba por tenerlo de vuelta en la iglesia. Su regreso significaba que ya no tendría que compartir sus secretos con otros extraños de la OGR; ella volvería a ser la principal testigo de su día a día. Mirándolo fijamente, Mihee se imaginó la cara de pasmado que pondría si, por casualidad, la oyera hablar en un inglés americano impecable. Aquel extraño pensamiento dibujó una sonrisa maliciosa en sus labios.

El pastor Rousseau le dio una caja grande de cartón papel y de color rojo. Un recuerdo, le dijo.

—No son de verdad, por cierto —añadió con un deje de vergüenza —. Es imposible encontrar unas auténticas, hoy en día, en este país.

Era un par de zapatillas Nike. Las clásicas blancas con una línea curva roja en forma de coma en el lateral y las suelas blancas con líneas azules estrechadas en el centro. Mihee recordaba haberlas visto en el campo de entrenamiento subterráneo de Pionyang, unas zapatillas de aspecto nuevo y reluciente en los pies de un figurante que hacía de transeúnte surcoreano en la réplica de la calle Myongdong. El padre de Mihee también tenía un par de zapatillas Nike: de color negro y con la línea curva blanca en el lateral. Eran un par auténtico que mamá se había traído a escondidas de uno de sus viajes de negocios.

—Me he fijado en que llevas unas zapatillas demasiado desgastadas, Seong-mi —dijo Rousseau en voz baja, observando sus pies.

Mihee bajó la vista y se dio cuenta por primera vez de que en verdad tenían demasiado trote. Al principio eran blancas, pero ahora eran de color amarillo tierra. Los refuerzos y las punteras de goma habían ido perdiendo grosor, como gomas de borrar usadas, y ahora

se le veía el contorno de los dedos debajo, todos apretujados. Eran el testigo encubierto de su duro trabajo, de todos sus viajes de ida y vuelta al parque Dongling. Aquella revelación le resultó alarmante y conmovedora a la vez.

—No lo entiendo —murmuró Mihee ruborizándose.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Rousseau la miró muy serio.

Mihee le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—La gente decía que se te da muy bien ayudar a los desertores, sacarlos del país, aunque también decían que eras un hombre frío. —Mihee entrecerró los ojos y apretó los labios—. Pero no lo eres.

—¿Crees que soy así de hablador con todo el mundo? —le preguntó Rousseau, con un deje suave en la voz.

«Supongo que no», pensó Mihee. Incluso la diaconisa Kang le había preguntado una vez cómo conseguía hacerlo hablar.

—¿Te he dicho alguna vez que antes trabajaba con perros? —le soltó él.

Mihee negó despacio con la cabeza.

Los envolvió un espeso silencio. Cada vez que exhalaba, Mihee oía silbar su aliento por la nariz.

El pastor dobló el dedo índice, se lo acercó al labio superior e inspiró hondo, como si estuviera fumando. Ella se quedó asombrada y se preguntó si habría sido fumador. Otra parte de él que no había visto.

—Cuando era adolescente —susurró Rousseau con los ojos entrecerrados—, siempre andaba corto de dinero, así que empecé a trabajar en un refugio de animales de Lewiston; por aquel entonces era el único sitio de la zona dispuesto a contratar a media jornada a un chico de aspecto extranjero. La mayoría de los animales

abandonados que tenían en el refugio eran perros. Mi trabajo consistía en limpiarles la jaula y darles de comer.

Su voz se había despojado de sus características habituales de ministro de la iglesia. Había desaparecido el ligero deje de autoridad, y su tono era amable y modesto, como una canción de cuna. A ella le entraron ganas de ponerse en posición fetal.

—En ese refugio de animales aprendí muchas cosas valiosísimas sobre la vida. Allí conocí a Jason, mi jefe, el director. Estadounidense de origen irlandés. Era pelirrojo y también grande y robusto como un armario. Olía igual que un porquero y siempre estrechaba la mano con un apretón húmedo y carnoso. En el trabajo apenas te miraba, ni te dirigía apenas la palabra. Nada que ver con lo que había imaginado. En mi cabeza, veía aquel lugar regentado por una rubia de unos cuarenta años, con montones de cachorros en los brazos, con esa sonrisa de dentífrico, cálida y americana... como esas caras que se ven en las cajas de cereales o en la portada de un folleto de seguros.

Se rió con ternura.

—Cuando Jason me preguntó por qué quería trabajar allí, le dije que adoraba los perros. Jason me contestó, con una frialdad de piedra, que en su refugio no había lugar para el amor.

Rousseau se quedó callado. Mihee oía el zumbido del ventilador eléctrico sobre sus cabezas, el ronroneo ascendente y descendente de sus quejidos y sus chirridos. Le dieron ganas de tumbarse y apoyar la cabeza en el regazo de él.

—Según Jason, esas demostraciones de amor eran un lujo que sólo podían permitirse los dueños. Cuando tienes cien perros a tu

cargo a los que alimentar, limpiar y pasear todos los días, no hay espacio para el amor.

En ese momento, la voz de Rousseau parecía llegar de muy lejos. Mihee se imaginó pasándole los dedos por el pelo, acariciándoselo como si fuera un perro grande. Sus ojos de expresión tierna, un poco caídos en los bordes de fuera, siempre le recordaban a los de un golden retriever.

—Jason decía que las lágrimas de emoción y las sonrisas angelicales, esas imágenes que vemos en la publicidad de los centros de rescate o de UNICEF, están reservadas para los actores de Hollywood, gente para la que las visitas a un orfanato africano son algo que sólo se hace una vez al año. Los verdaderos trabajadores y los rescatadores, los que tienen que presenciar la muerte, el maltrato y la enfermedad a diario, no pueden permitirse perder tiempo y energía derramando lágrimas. Cada día tienes cientos de ojillos clavados en ti, pidiéndote comida, un abrazo, pidiendo sobrevivir. Tienes que ser como un robot, un ser mecánico, para salvar y cuidar del mayor número de vidas posible. No puedes mostrar tus emociones, no puedes mostrar amor por todos ellos, porque «quererlos a todos es como no querer a ninguno», decía Jason. «Y el amor hacia sólo unos cuantos significa el abandono para el resto.»

Permaneció un rato en silencio. Tenía el cerco de los ojos y la punta de la nariz un poco enrojecidos. La voz se le puso ronca y luego se elevó hasta alcanzar un suntuoso barítono, todo un placer para el oído.

Ella observó el movimiento de la nuez en su garganta y cómo se apartaba el pelo de la frente con los dedos.

Cinnamon. El *aftershave* francés del frasco verde oscuro que usaba. Mihee pensó que hacía que la piel le oliera ligeramente a canela y mandarina.

—Y sin embargo, Jason también era humano. Yo sabía que tenía un favorito.

¿A qué sabría su piel?

—Un golden retriever al que acabó llamando *Moxie*. Un perro alegre y sociable a rabiar, incluso después de los años de malos tratos por parte de su dueño. Jason lo adoptó. Y acabó adoptando a cinco más.

A ella le dieron ganas de agarrarlo por el cuello y restregarle la cara por todo el cuerpo. Quería dejar el olor de ella en él, y el suyo en ella.

—¿Por qué sólo cinco? —le preguntó, con la mente ocupada alternando entre dos derroteros distintos.

—Jason pensaba que siete era el número máximo de perros que se podían tener de forma simultánea, para quererlos y cuidarlos como es debido. Si tenías más, acababas descuidándolos, por querer abarcar demasiado, o te tocaba dirigir un refugio canino en condiciones.

—¿Así que ya había tenido un perro antes de *Moxie*? —le preguntó fingiendo calma.

—Sí —contestó Rousseau sonriendo. Parecía estar pensando: «Ah, así que de verdad me has estado escuchando.»

Sentía que le palpitaban las sienes. Deseó poder apagar sus pensamientos.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —preguntó Rousseau.

Ella no tenía ganas de oír la respuesta. Le rodeó la cara con las manos. Quiso fundir sus labios con los de él, pero no estaba segura de cómo hacerlo, y temía que se riera de ella. En vez de eso, los dos se miraron a los ojos. De no haber sido por los brazos del pastor, Mihee se habría caído redonda al suelo. Se había quedado inmóvil a medio camino, apresada entre ellos, pero aun así, seguía teniendo la vertiginosa sensación de estar cayendo en el vacío. Le costaba respirar. Los hombros de Rousseau la habían encogido hasta quedar reducida a un bulto diminuto. El corazón le palpitaba por debajo del ombligo.

—Lléveme a la sala de oración, pastor. Allí no hay nadie.

Y entonces percibió también los latidos del corazón de él.

ROUSSEAU

Hoyeon. Mi pesadumbre.

Conocí a Hoyeon en Cornell, en mi primera clase de filosofía francesa.

Nos hicimos amigos enseguida. Los dos estudiábamos la especialidad de francés, teníamos gustos similares en literatura y música y, sobre todo, éramos los únicos estudiantes de ascendencia mixta de la clase.

Hoyeon era bajo y delgado, con el pelo largo, rizado y castaño. Yo era alto y ancho de espaldas. Así que cuando caminábamos por el campus uno al lado del otro, charlando, con la cabeza inclinada hacia el otro, la gente a menudo nos confundía con una pareja. Él era hijo de madre inmigrante china y de padre judío de origen

polaco, que dirigía una fábrica de ropa en California. Se le daban tan bien los idiomas como a mí. Cuando lo conocí ya hablaba chino y hebreo con fluidez, y en la universidad también llegó a dominar el francés. Más tarde, cuando volvimos a vernos en China, estaba perfeccionando su coreano y mencionó que su nueva novia era coreana. Hoyeon fue una de las pocas personas en mi vida que nunca me hicieron la típica pregunta, con los ojos abiertos como platos: «¿Cómo es que hablas tan bien otros idiomas?»

No había nadie como Hoyeon, el único chico de raza mixta que había conocido que parecía sentirse cómodo en la doble piel que había heredado. Más que cómodo, de hecho: parecía gozar con su naturaleza heterogénea, siempre dispuesto a sacarle el máximo partido. Aunque su verdadero nombre era el muy judeoestadounidense Nathan Zuckerman, el nombre que llevaba por su padre, a mí se me presentó como Wang Hoyeon.

—Así es como lo pronunciáis los coreanos, ¿verdad? —me dijo guiñándome un ojo—. Me lo enseñó una coreana muy sexy que conocí en la fiesta de la asociación coreana de estudiantes.

Entre los estudiantes chinos se hacía llamar Wang Haoran; Haoran era el nombre chino con el que lo llamaba su madre, y Wang su apellido de soltera. A los estudiantes judíos siempre les decía su nombre oficial completo, Nathan Zuckerman, mientras que para todos los demás era sólo Nate.

Era un camaleón humano. Su forma de comportarse y su sentido del humor cambiaban radicalmente en función del grupo con el que estuviera y según el idioma que hablara con ellos. Con los chicos blancos hablaba despacio pero mucho más alto, gesticulaba a menudo con las manos y soltaba esas carcajadas que sonaban como

un bocinazo en un túnel. En chino hablaba mucho más deprisa, con un tono más agudo y cantarín, pero dejaba las manos más o menos quietas. Cuando cambiaba al hebreo, de pronto me parecía hosco, algo reservado y un poco triste; pensé que quizá esa impresión se debía a que el hebreo, entre todos los idiomas que hablaba, era el único que yo no entendía en absoluto. Con cada grupo hacía bromas sin maldad sobre los otros grupos que no estaban presentes, poniendo una distancia temporal entre ellos y él. «En Estados Unidos, intercambiar chistes raciales ingeniosos es una buena manera de hacerse amigo de un desconocido», solía decirme Hoyeon.

Era miembro de tres grupos de estudiantes distintos —la fraternidad de los blancos, cuyo nombre empezaba por Phi, la Asociación de Estudiantes Chinos, y Hillel, el grupo de estudiantes judíos— y parecía sentirse como pez en el agua en todos ellos. Era capaz de encajar allí donde estuviera. Al principio, la identidad cambiante de Hoyeon me incomodaba. Luego, con el tiempo, empecé a reconocer en ella un elemento liberador: el hecho de estar dividido y sentirse dichoso por ello. Siempre había pensado que ser birracial significaba tener que elegir un bando y ceñirse a él para siempre; de lo contrario, nunca lograrías pertenecer a ningún grupo por completo. Así que en mi infancia opté por la opción obvia de ceñirme a mi lado americano y evité cualquier tipo de exhibición de mi herencia coreana o francesa. Sin embargo, para Hoyeon la dualidad no era algo que ocultar, sino algo que había que explotar al máximo. La aceptaba y disfrutaba de ella viéndola como una ventaja. Podía ser lo que quisiera en función de sus necesidades del momento, y no sentía ni vergüenza ni confusión por ello. Supuse

que esa seguridad franca y sin complejos era lo que siempre atraía a las mujeres hacia él; aunque no era, ni mucho menos, el hombre más guapo de la habitación, nunca tenía problemas para ligar.

Fue Hoyeon quien me introdujo en el mundo de Aimé Adel. Él ya era un gran admirador del filósofo cuando yo acababa de empezar a leer su primera novela para un trabajo de clase. Hoyeon dijo que Adel le había abierto la puerta a una nueva posibilidad.

—Aimé Adel fue uno de los primeros intelectuales de su generación que triunfó en su campo en Europa a pesar de su herencia mixta, que hizo que la gente lo escuchara y lo respetara —me dijo Hoyeon—. Hizo que los marginados y los mil leches, gente como tú y como yo, Adrien, sintieran que importan a alguien.

Pero cuando vi una foto de Adel, me quedé desconcertado.

—Pues no se parece a ninguno de los dos —le dije a Hoyeon, y le pregunté, por curiosidad, cuánto tenía Adel de afroárabe en realidad.

Hoyeon se rió con la sonora carcajada que solía soltar con sus amigos blancos de la fraternidad y me dijo que el grado de exotismo de Adel no era lo importante, en absoluto.

—Lo importante es la voluntad y el ingenio de Adel para utilizar su identidad como mejor le pareciera. Eso es lo que importa, chaval.

Cuando, años más tarde, volví a ver a Hoyeon después de la universidad, en China, no reconocí su cara. Se había cortado su rasgo más característico, el pelo de largos mechones rizados de color tabaco que le caían en cascada por las clavículas. Ahora lo llevaba por encima de las orejas, liso, con puntas asimétricas y negro azabache, como el pelo de muchos hombres de Asia Oriental. Hoyeon me contó que se lo había alisado y teñido justo antes de irse a vivir a China, para confundirse mejor entre la multitud asiática.

—Ahora soy periodista en un país comunista —me susurró con una sonrisa furtiva—, y lo último que querría es llamar más la atención de lo que ya lo hago.

Visto de cerca, la gente seguiría reconociendo la cara de un extranjero, aunque podía mezclarse fácilmente entre una multitud en la calle y pasar desapercibido.

—Algo que nunca hubiera podido hacer con mi melena de rizos a lo afro —dijo chasqueando la lengua y soltando una risita.

No sólo había cambiado de identidad étnica.

Casi al final de nuestro primer año de universidad, fumé hierba por primera vez. Hoyeon la trajo a mi habitación de la residencia de estudiantes un viernes por la noche, cuando supo que nunca la había probado. La residencia estaba casi vacía: todos los estudiantes estaban invitados a varias fiestas de fin de curso por todo el campus. Me gustaba disfrutar de la insólita tranquilidad de la residencia. Era agradable oír el eco lánguido de mi propia risa. Estuvimos bromeando, diciendo chorradas sin sentido y riéndonos hasta llorar de risa. Mientras iba bebiendo sorbos de vodka de su vaso gigante de refresco, Hoyeon volvió a preguntarme por Brenda, mi novia de entonces, con la que mantenía una relación intermitente. Quería saber hasta dónde había llegado con ella, cómo era en la cama.

—Te comportas como si no supieras que eres guapo. ¿Por qué? —murmuró Hoyeon—. Te comportas como si no importara y eso jode un huevo.

Hambrientos, estábamos masticando los cubitos de hielo que había sacado de la nevera para el vodka. Me dio un codazo en las costillas con demasiada violencia y empecé a toser lanzando una

carcajada, cosa que nos provocó a los dos otra ronda de risas mudas y desternillantes. Entonces noté el contacto de su lengua helada sobre la mía, entre mis labios y mis dientes. Durante un rato, no hice nada. Tenía la cabeza embotada, la capacidad de pensamiento lenta y enmarañada. Supongo que no tardó mucho en darse cuenta de que no le estaba correspondiendo. Recuerdo que se detuvo de repente y se echó hacia atrás. Me daba miedo que se sintiese cohibido y avergonzado, pero de puertas afuera, al menos, parecía estar bien. Dijo que tenía que ir al baño y eso hizo. Cuando volvió, era el Hoyeon de siempre, vivaracho y sarcástico, y actuó como si lo que acababa de ocurrir nunca hubiera ocurrido. Le seguí la corriente y jamás volví a mencionarlo.

Aún hoy desconozco la naturaleza y la intención del trabajo de Hoyeon, y nunca sabré en qué consistía.

Cuando le pedí una respuesta, me preguntó si sabía quién era Michael Foot.

—Por desgracia, eso es todo lo que puedo decirte respecto a mi trabajo —dijo, y me colgó el teléfono.

Michael Foot, periodista y político británico, líder del Partido Laborista, fue un presunto espía del KGB. Según el antiguo jefe de la estación del KGB en Londres, los agentes del servicio secreto soviético se reunieron con Foot muchas veces; éste les proporcionaba información y ellos le pagaban dinero de tanto en tanto. Hasta 1986, el KGB lo consideraba su «agente de influencia».

Sin embargo, la percepción de la misma situación por parte Michael Foot era muy distinta. Él no era consciente de que el KGB lo

hubiese clasificado como uno de los suyos desde el principio. Foot se reunía con agentes del KGB, pero nunca en secreto, pues no tenía intención de ocultarlo. Pensaba que estaba promoviendo la causa de la política progresista y la paz mundial al hablar con ellos y aceptar gustoso sus donaciones. Foot no infringió la ley. No reveló ningún secreto de Estado. Él no era un espía.

El significado de «espionaje» depende de cuál sea tu propia definición.

Nunca ha habido líneas claras.

El grado de implicación de Hoyeon con la Agencia es un misterio. ¿Era un agente en toda regla, elegido y entrenado por la CIA desde el principio, alguien que empezó a trabajar de periodista como tapadera? ¿O era un periodista que decidió cooperar con el servicio de inteligencia para beneficiarse de forma mutua, intercambiando historias e información útiles? Aunque nunca conoceré la respuesta verdadera, me inclino más por la segunda opción.

Si la pregunta era si yo sabía de su implicación, la respuesta es sí. Sabía que estaba implicado.

Pero ¿cuándo me di cuenta de la verdad? No lo sé.

Sé que lo descubrí, pero no puedo precisar el momento exacto. Puede que, en cierto modo, lo supiera desde el principio. Tal vez lo fui descubriendo de forma tan paulatina que no recuerdo la trágica epifanía, como cuando descubrí que Papá Noel son los padres. Tal vez sólo quería guardar la verdad en algún rincón de mi cabeza.

Ciertamente, esas líneas nunca han estado claras. En contra de lo que suele creer la gente, el espionaje en el fondo está rodeado de banalidad. La mayor parte de la información que se intercambia en las labores de espionaje no es el resultado de acciones encubiertas

llevadas a cabo por asesinos sin escrúpulos, sino de conversaciones en apariencia prosaicas en cafés o restaurantes. La mayor parte de la información no la obtienen ningunos James Bond profesionales a tiempo completo, sino oficinistas aburridos y barrigones, sin nombre ni apellido. La información en sí no siempre es secreta, sino más bien un batiburrillo de rumores y artículos de periódicos y revistas. A veces, el trabajo de un agente consiste tan sólo en ordenar y editar esas piezas de rompecabezas públicas, para leer las conexiones privadas que se esconden tras ellas.

Lo único que sé es que me alegré de volver a ver a mi viejo amigo. Vivir en el extremo nororiental de China como estadounidense, muy lejos de tus iguales, puede hacer que te sientas muy solo. Aunque agradecía la compañía de todos los miembros de la iglesia, siempre tan diligentes, tenía hambre de conversaciones más seculares. Echaba de menos dar esos paseos pensativos por el campus, filosofando sobre chicas, sexo, raza y todo lo que se nos pasaba por la cabeza. Echaba de menos tener a alguien con quien poder compartir mis pensamientos y sentimientos en la lengua en la que me sentía más cómodo, alguien que entendiera mi pasado y mis viejos demonios. Alguien a quien no debía ni justificación ni disculpa.

Así que cuando Hoyeon se puso en contacto conmigo en China, di saltos de alegría. Siempre que teníamos ocasión quedábamos y hablábamos.

Dicen que un psicólogo necesita su propio psicólogo. Un padre confesor necesita a su propio confesor. Escuchar las traumáticas historias de los refugiados norcoreanos era una experiencia inestimable y toda una lección de humildad, pero venía con un

precio. Y entonces Hoyeon apareció milagrosamente, materializándose en medio de la desolada monotonía del noreste de China, como si hubiera acudido en mi rescate. Era mi amigo, mi psicólogo y mi confesor.

Se llevaba mis penas y mis historias. Historias de los desertores a los que pude y a los que no pude salvar, algunos rostros que invadían mis sueños al azar, de aquella forma tan vívida. En las sórdidas habitaciones de hotel de Shenyang, Yanbian y Changbai, tuve mi momento con él, largamente esperado. Pecador impúdico, lloré en sus brazos, como si llorara la muerte de un ser querido. Sin embargo, no pensaba en ninguna en concreto. Simplemente, había habido demasiadas. Hoyeon era testigo y lo asimilaba todo sin emitir juicios. En un momento dado supe que algunas de mis historias se colaban en los artículos que escribía para el *Times*. Aun así, no me pareció alarmante: confiaba en nuestra amistad y en que él sabía lo que hacía.

Al principio no entendía muy bien la importancia de la información que había obtenido de mí, pero el tiempo me iluminó: fui una de las primeras personas del mundo en recibir testimonios de primera mano de norcoreanos que acababan de escapar de su país. Tenía a mi alcance información actualizada de la sociedad más cerrada del mundo, información que podía ofrecer y que codiciaban muchos países poderosos.

Pero para cuando Seong-mi llamó a nuestra puerta, yo ya estaba agotado. Y llevar a cabo mi trabajo era cada vez más complicado. La represión del Gobierno norcoreano contra los refugiados en China se hizo más severa y, como resultado, pocos intermediarios chinos decentes estaban dispuestos a trabajar con nosotros. Rechacé a

varios desertores que habían acudido en busca de nuestra ayuda; no estaba seguro de que pudiéramos serles útiles en las nuevas circunstancias y, sobre todo, no podía volver a soportar la muerte o desaparición de alguien bajo mi protección. Sentía que ya había hecho bastante. Estaba desesperado por tomarme un descanso. Me planteé volver a Estados Unidos, tal vez retomar mi carrera académica para conseguir la cátedra de Literatura.

Entonces Seong-mi cayó en mi vida como un meteorito, por un maravilloso golpe de suerte. Y nos enamoramos. Irme a vivir a Corea del Sur con ella parecía el comienzo de la vida de ensueño que había anhelado.

Quería que siguiera la ruta de escape más corta y segura. Seong-mi iba a volar con Korean Air a Corea del Sur desde Dalian. Se hizo pasar por una turista surcoreana que volvía a casa tras un fin de semana en un popular balneario de Dalian. Los honorarios del intermediario eran diez veces más altos de lo habitual. La culpa la tenían las inestables circunstancias políticas, decían, y además la tarea requería robar y falsificar un pasaporte surcoreano auténtico. Para hacerse pasar por una surcoreana de clase media, Seong-mi siguió los consejos del intermediario y se hizo la permanente, se tiñó el pelo y se pintó las uñas. El intermediario le enseñó a fingir el acento surcoreano, cosa que, por fortuna, aprendió rápido. Para minimizar las sospechas, otro intermediario con pasaporte surcoreano se hizo pasar por el marido de Seong-mi y la acompañó durante el viaje hasta que aterrizaron en el aeropuerto de Seúl. Si había una jerarquía en los servicio que prestaban, decían esos intermediarios, sonriendo, Seong-mi estaba recibiendo el trato

exquisito y exclusivo que correspondía a un miembro de la realeza. Seong-mi se lo merecía, porque era la reina de mi amor.

MIHEE

Mihee nunca pensó que las decisiones más importantes de su vida estarían determinadas por cosas tan prosaicas: el nacimiento de su hijo y la muerte de su padre. Era como si no fuese distinta de la mayoría de las mujeres que conocía.

Aram nació un mes antes de lo previsto. Su ginecólogo dijo que el bebé estaría bien. «Treinta y seis semanas no es mucho, pero es suficiente», le dijo dándole una palmadita en el hombro. Así que por eso se sintió traicionada más tarde por el doctor Go, cuando se enteró de que la enfermera había tenido que bajar corriendo con el recién nacido a la UCI de neonatos, sólo diez minutos después de que el ginecólogo y el pediatra hubieran abandonado el hospital, entre bromas y risas. Mihee se sentía fatal. La habían dejado al margen, con el cuerpo aún paralizado de cintura para abajo por la epidural, sola en la cama de partos, inútil e indefensa ante su primer posparto. Como una ballena asesina varada en la orilla, asegurándose de que no volviera a matar.

Adrien permaneció con el niño todo el tiempo. Lo llevó con la enfermera a la sala de neonatos y se quedó con él mientras la mujer volvía a pesarlo y le tomaba la huella del pie. Adrien fue el primero en darse cuenta de que las puntas de los dedos y los pies del recién nacido estaban poniéndose de color morado. Siguió a su hijo hasta la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales. Estuvo allí cuando las

enfermeras le pusieron una mascarilla de oxígeno en la cara, le ataron el monitor cardíaco al pie, tan grande como su propio pulgar, y le pincharon agujas en aquellos bracitos delgados como una barra de labios. Estuvo allí hasta que el doctor Go entró corriendo y le pidió, sin resuello, que abandonara la sala. Después, Adrien esperó al otro lado de la puerta de cristal opaco, aturdido y alerta al mismo tiempo. Cuando oyó el estallido del llanto del bebé procedente de la UCI de neonatos su alegría fue inmensa: el llanto significaba que había recobrado el conocimiento. Sin embargo, cuando el llanto se prolongó y se convirtió en un alarido desgarrador, el corazón de Adrien volvió a hundirse en el pozo oscuro donde había visto por primera vez esos diminutos dedos enroscados volverse violetas. Rezó como nunca antes lo había hecho.

Mihee vio al bebé mucho más tarde en la UCI, una vez que ya estuvo estable. Ella no lloraba: las lágrimas le manaban de los ojos como si se le salieran del cuerpo. No podía hacer nada para controlarlas, como no podía hacer nada por la criatura desamparada que tenía delante en una incubadora, con el ceño fruncido por el dolor incluso mientras dormía, como si cargara con toda la tristeza del mundo. El cuerpecito que todos decían que era suyo. «Su bebé, señora Bae», repetían una y otra vez, como si estuviera a punto de olvidarlo. «Si de verdad es mío, ¿por qué no puedo protegerlo? ¿Por qué no puedo hacer que se ponga bien?», se preguntaba Mihee mientras las lágrimas caían una tras otra sobre el suelo de linóleo.

Se sorprendió entablando una negociación, a pesar de que allí no había ningún secuestrador. «Si lo dejas vivir y crecer, como otros niños normales, haré lo que sea, puedes quitarme cualquier cosa de mi cuerpo o mandarme cualquier otra tragedia que prefieras, puedes

quitarme las piernas, puedes quitarme los ojos, puedes incluso quitarme la vida si me garantizas que vivirá una vida normal cuando yo ya haya muerto; prefiero dormir para siempre que estar despierta y saber que no hay nada que pueda hacer por esa pequeña carne de mi carne que tanto está sufriendo.»

Apretaba los dedos en un puño y seguía entonando para sí: «¿O quieres que confiese y me entregue? ¿Es eso lo que me pides? ¡Eso no es nada! Puedo hacerlo en un abrir y cerrar de ojos, puedo entregarme mañana a primera hora, si Tú me garantizas que vivirá, sano, como un niño normal.»

Dos semanas más tarde, cuando el bebé salió de la UCI de neonatos y por fin volvió a casa con ellos, Mihee reparó en algo que desconocía sobre sí misma: que podía rezar. Lo que recitó aquella noche en la UCI fue su primera oración. Aunque rudimentaria y egoísta, no dejaba de ser una oración sincera. Y, al igual que las lágrimas, la oración había salido de su cuerpo como si tuviera mente propia.

Al acostar a su hijo, Mihee volvió a llorar. Se quedó atónita ante la belleza de aquella criatura diminuta, que no había tenido la presencia de ánimo de apreciar hasta entonces. El ser humano más pequeño, más bonito y más aterrador que había visto jamás, una personita que aún no hablaba pero que ya llevaba la voz cantante en su vida.

Adrien la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Siento mucho —susurró con voz grave— lo que le pasó a Seung-ho.

Dejó escapar un doloroso y prolongado suspiro.

Con la barbilla apoyada en su hombro, Mihee le miró la espalda.

«¿A quién?», estuvo a punto de preguntarle, acariciándole la espalda con los dedos. Adrien volvió a suspirar y la abrazó con más fuerza. Entonces Mihee recordó el nombre.

Seung-ho. El nombre del hijo de Seong-mi. Mihee casi se había olvidado de él.

Aunque lo más probable era que el verdadero hijo de Seong-mi continuara vivo en algún lugar de Corea del Norte, en el relato que le había contado a Adrien, Mihee lo había matado, en la concisa narración de la vida de Seong-mi que Mihee había modificado y revelado a Adrien cuando se conocieron en la Iglesia de la Nueva Vida. Le había contado que Seung-ho apenas había sobrevivido unas horas tras el parto. Mihee había matado al bebé en su ficción para simplificar las cosas. Para ella y para cualquiera, era difícil fingir la experiencia de haber criado a un niño. No quería que su ineptitud como madre pusiera al descubierto su mentira.

Adrien se acordaba del nombre de su falso hijo, un nombre que ella le había dicho una sola vez, cuando se conocieron.

Adrien creía que sus lágrimas provenían del recuerdo de su hijo perdido. Adrien creía que ver a su nuevo hijo le traía a la memoria la muerte del primero.

Adrien se había tomado muy a pecho su tragedia fingida.

Y en ese preciso instante, estuvo a punto de contarle la verdad.

«No soy Seong-mi, me llamo Mihee.»

Sintió la frase entre las mandíbulas como una arcada de verdad en estado puro. No tuvo más remedio que tragársela, atragantarse con ella durante una fracción de segundo. Se le humedecieron los ojos y notó una sensación ácida en la boca. Un sabor amargo como de alcantarilla.

«Pero mi amor por ti es real.» Lo pensó, e incluso una vez practicó la frase en voz alta, susurrándola mientras se miraba a solas en el espejo del baño. Aunque las palabras decían la verdad, en cuanto abandonaban sus labios y salían disparadas en el aire, acababan sonando baratas, falsas.

Necesitaba hacer algo que no había hecho nunca: necesitaba hacer que su verdad sonara verdadera.

—Pero mi amor por ti es real —volvió a practicar ante el espejo.

—¿No crees que ya es hora? —dijo su madre, sin mirar a Mihee.

Allí estaban de nuevo, sentadas en cada esquina del mismo banco, a un metro de distancia la una de la otra, como dos sujetalibros sin nada en medio. Su viejo banco estaba detrás de una pista de tenis abandonada en el parque de Sohn Kee-chung, su punto de encuentro habitual. La primera vez que su madre le hizo esa pregunta fue justo después del nacimiento de su nieto. «¿No crees que ya es hora, Mihee?», le preguntó, pero Mihee la ignoró. No quería responder sí o no. El hecho de responder ya le parecía una traición, aunque fuera que no. «¿No crees que Aram y tú merecéis empezar de cero?», había insistido su madre con calma. Mihee se levantó y se fue. Su madre le volvía a formular la misma pregunta ahora.

—¿No crees que ya es hora?

Miraban al frente en vez de mirarse la una a la otra, y hablaban en voz baja sin mover mucho los labios, como un ventrílocuo y un muñeco deprimidos. Aunque el intercambio de cartas encriptadas era su principal modo de comunicación, desde que Mihee se mudó a

Seúl también habían mantenido reuniones cara a cara, su cita bimensual. Mihee siempre se aseguraba de ir sola de paseo hasta el parque Sohn Kee-chung, un desértico parque público en un barrio sombrío de Joongnim-dong. El parque sólo era atractivo para un puñado de adolescentes que hacían novillos durante el día. Sus frondosos plátanos orientales y sus setos de boj procuraban un buen refugio para protegerse de las miradas indiscretas, con muchos rincones verdes y oscuros donde esconderse en caso de emergencia.

Mihee supo lo que había pasado en cuanto su madre apareció en su campo de visión, una hora antes. Había llegado nueve minutos tarde, aunque normalmente nunca se retrasaba. Tenía un aspecto demacrado: llevaba dos tercios del pelo llenos de canas plateadas, como si hubiera envejecido una década en un mes. Permanecieron en silencio durante un rato, con el habitual vacío de un metro cuadrado entre ellas. Ninguna lloró, pero ambas sabían que lo harían más tarde, por separado, cada una en su cuarto de baño, con la ducha abierta para amortiguar el ruido.

Su madre dijo que había sido una muerte plácida. «Al menos ha muerto mientras dormía», dice la gente como gesto de consuelo. La clase de muerte con la que sueña la mayoría: sin dolor, sin gritos, tan sólo un sereno sueño nocturno que termina con un último aliento. «Papá se merecía ese tipo de muerte», pensó Mihee, pero no llegó a decirlo. Temía que eso provocara que su madre, dura como una roca, se derrumbara delante de ella. Mihee no quería que eso sucediera, ese día no.

«¿Llegó a saber quién eras en realidad?», quiso preguntarle en su lugar. Pero ya conocía la respuesta: por supuesto que él lo sabía.

Tenía alma de cervatillo, pero eso no significaba que tuviese el cerebro de uno. La pregunta pertinente sería: «¿cuándo lo supo?».

«El mayor engaño de todos es dejarse engañar.»

Su padre le había dicho aquello cuando era pequeña, mirándola con unos ojos redondos como la luna llena, cuando los suyos ya eran redondos como los de una gacela.

Ese día, Mihee había llegado a casa perpleja. Le enseñó a su padre una pequeña goma de borrar de color rojo que llevaba en la mano.

—Yeonjoo me ha dado otra vez una de estas gomas, me ha dicho que su padre se las ha enviado de Cuba. ¿Tú crees que de verdad me toma por tonta? —preguntó.

—No, cariño —le contestó él—. Sólo quiere ser tu amiga. Es su peculiar manera de hacer amigos, de expresar su interés.

Su peculiar manera de hacer amigos. Mihee se quedó pensando en las palabras de su padre. Era cierto que Yeonjoo era una niña peculiar, la clase de niña que casi todos los niños preferían ignorar con educada indiferencia. Sin embargo, no era tonta, pensó Mihee, pues siempre respondía correctamente a las preguntas del profesor, y sabía leer y escribir mejor que la mayoría de los compañeros de la clase. Yeonjoo era la niña rara que pasaba demasiado tiempo mirando por la ventana: demasiado soñadora y demasiado alta para su edad. Demasiado delgada también: sus muñecas eran tan finas que Mihee creía que se le romperían como un hueso de conejo si alguien la sujetaba con demasiada fuerza. Era pobre, vestía ropa de calle con remiendos raídos en los codos y las rodillas. Su tez era amarilla como la orina y siempre olía a col rancia.

—Esto ni siquiera es español —dijo Mihee examinando con atención los diminutos caracteres negros en lengua extranjera impresos en la goma de borrar—. Esto no es de Cuba. Eso seguro. —Frunció el ceño e hizo un mohín fingiendo estar enfadada.

—Es cirílico —respondió su padre en voz baja.

Era un día en que había que hacer una presentación sobre la familia en la escuela. Cada niño disponía de cinco minutos para hablar de los miembros de su familia delante de toda la clase. Cuando llegó el turno de Yeonjoo, se colocó detrás del atril de la profesora, con la espalda erguida, y declaró que estaba tremendamente orgullosa de su padre.

—Mi padre es un hombre inteligente, un hombre culto —dijo rezumando confianza en sí misma—. Un diplomático de éxito, que en la actualidad trabaja en Cuba.

Primero, Mihee se quedó atónita, luego, se enfadó. Miró a su profesora, la señora Bong, una mujer de cuarenta y tantos años, de buen corazón y muy estricta con las normas, con la esperanza de encontrar en su rostro la misma reacción emocional que en el suyo. Sin embargo, la maestra no parecía sorprendida ni enfadada. Más bien parecía triste. Permaneció callada y dejó que Yeonjoo volviera a su asiento indemne, sin hacerle preguntas ni reproches.

La señora Bong sabía que la niña estaba mintiendo. El padre de Yeonjoo no estaba en Cuba, sino en un gulag. La mayoría de los vecinos del pueblo sabía que habían pillado al padre de Yeonjoo robando material médico del hospital público donde trabajaba como conserje. Cualquier persona sensata en la ciudad, incluida Mihee, por supuesto, sabía que la familia de Yeonjoo era de un *songbun* muy bajo y, por lo tanto, difícilmente elegible para un trabajo

prestigioso como diplomático. Se rumoreaba que, para llegar a fin de mes, la madre de Yeonjoo había empezado a usar pintalabios rojo y a llevar a desconocidos a casa mientras su hija estaba en la escuela, y que esos hombres le pagaban con comida y diversos artículos, como arroz, cebada, carbón y ropa. Algunos productos que no se podían comer ni lucir acababan en manos de Yeonjoo, que a veces los llevaba a la escuela y los repartía entre los niños que le caían bien, diciendo que eran regalos que su padre le había enviado desde Cuba. Al parecer, Mihee era una de los pocos niños de los que Yeonjoo quería hacerse amiga.

Mihee le dijo a su padre que no quería ser amiga de una mentirosa descarada. La desvergüenza de Yeonjoo la había escandalizado. No creía que fuera posible que una niña de su edad mintiera con tanta desfachatez delante de toda una clase, delante de un profesor, sin la menor señal de remordimiento. Mihee estaba enfadada porque ningún adulto había castigado a la niña.

—Eres una chica lista, Mihee —dijo su padre.

Ella captó la peculiar entonación de su voz, más grave y áspera que de costumbre. «Es la voz de las regañinas», supo reconocer. Su padre nunca gritaba. Tenía su propia manera de inculcar disciplina mediante palabras pausadas, sosegantes pero intensas a la vez, como una puesta de sol.

Mihee observó con atención, con los ojos y los oídos bien abiertos.

Su padre le dijo que, aunque lo que estaba a punto de decir podría parecerle un poco confuso, acabaría entendiéndolo con el tiempo.

—No todas las mentiras son malas, Mihee. A veces una mentira no es un instrumento para hacer daño a los demás, sino un intento de

sobrevivir. El intento de alguien por no perder la cabeza.

Mihee frunció el ceño, desconcertada, pero siguió escuchando.

—Con su mentira, Yeonjoo no pretendía engañarte para robarte lo que es tuyo. Era su forma de ocultar su propio pasado doloroso. Como una venda para proteger su herida.

Tras unos segundos de silencio, su padre se arrodilló delante de ella y le cogió los brazos con delicadeza, con ambas manos. Parecía muy grande y muy pequeño al mismo tiempo.

—A veces, Mihee, el mayor engaño de todos, y el más amable que existe, es dejarse engañar. Eso puede resultar un consuelo inestimable para el otro, cariño.

Mihee vio dolor en sus ojos, un brillo brumoso que lo hacía morderse un poco el labio. Pero no tardó en hacerlo desaparecer con su sonrisa habitual, dulce y melosa, como un caramelo de mantequilla. Depositó un beso tierno en la frente de su hija y la estrechó entre sus brazos. El aroma astringente del tónico capilar de su padre le inundó las fosas nasales. Mihee también percibió parte de su sabor en la boca, a jengibre crudo y a anís. Siempre la embriagaba y luego le daba sueño. Sonrió.

Como sólo pueden hacer los niños, Mihee entendió lo que le había dicho su padre sin darse cuenta. Al día siguiente, después del colegio, Mihee se acercó a Yeonjoo y le dio las gracias. Le dijo que le agradecía el haber compartido con ella un regalo familiar tan importante, que Yeonjoo debía de estar realmente orgullosa de ser la hija de su padre. Luego le pidió que le hablara más sobre Cuba, sobre todas las cosas fascinantes que había oído de su padre acerca del mundo exterior. Aunque notaba que las pequeñas gotas de sudor

en su frente traicionaban su nerviosismo, Mihee hizo todo lo posible para aparentar que hablaba muy en serio.

Nunca olvidaría la expresión en la cara de Yeonjoo.

«Sabe que lo sé.» Mihee lo percibió de inmediato.

Yeonjoo la miró fijamente a la cara, en silencio, con la boca entreabierta y los ojos encendidos. Mihee no estaba segura de si Yeonjoo iba a echarse a llorar como un bebé o a ponerse hecha un basilisco.

Los labios de Yeonjoo se curvaron en una sonrisa, la sonrisa más pura y triste del mundo. A Mihee le recordó a su padre, después de hablarle del engaño. Los ojos de Yeonjoo, con el leve trazo descendente en las comisuras, estaban anegados de lágrimas, mientras que un par de hoyuelos bien marcados le hundían las mejillas. Mihee vio casi todos los dientes de Yeonjoo en su boca abierta, ahíta de placer.

Las chicas recorrieron juntas el camino a casa, enfrascadas en su conversación. Era sobre todo Yeonjoo quien hablaba, mientras Mihee la escuchaba. Le habló del vuelo en avión de su padre a Cuba, de cómo se zarandeaba el aparato en el aire, entre los gruñidos del motor; le habló de cómo las mujeres en Cuba llamaban la atención por ir escasamente vestidas, a menudo enseñando los muslos y el escote; de cómo comían la carne los cubanos, untada en ajo y mantequilla y luego asada a la parrilla, con las patas de la mesa temblando bajo las pesadas bandejas de salchichas de cerdo, ternera y chuletas de cordero. A Mihee se le hizo la boca agua aunque sabía que las historias de Yeonjoo no eran reales. Que Yeonjoo supiera que Mihee sabía la verdad no cambiaba nada. No podía menoscabar en absoluto la importancia y el placer de lo que

habían compartido ese día de camino a casa. La sonrisa llorosa en la cara de Yeonjoo le decía que mientras duraba su historia y ella la escuchaba con todo su corazón, Yeonjoo era la persona más feliz de la tierra.

Eran cómplices en su fantasía compartida.

Yeonjoo y Mihee se hicieron íntimas amigas y lo siguieron siendo hasta que se separaron para ir al instituto.

Su padre lo sabía.

Puede que nunca hubiera necesitado pruebas contundentes.

A veces, esa clase de cosas uno no las adivina ni las razona. Uno simplemente lo sabe.

Puede que su madre creyera que siempre había engañado a todo el mundo, pero al final la única persona a la que no pudo engañar, y la única persona que la engañó a ella sin el menor esfuerzo, fue su querido marido.

Él la engañó dejando que ella lo engañara a él. Ella no sabía que él lo sabía.

«Eso podría resultar un consuelo inestimable para el otro», le había dicho su padre a Mihee.

—¿No crees que ya es hora? —le dijo su madre, sin mirarla.

Unas gotas de lluvia intermitente repiqueteaban sobre la frente de Mihee.

—Ya no hay nada que nos retenga allí.

Su madre hundió su cabeza gris en su pecho. Eso significaba que era consciente del peso de lo que acababa de decir. Se suponía que Mihee debía soltarle un ladrido de rabia a su madre, pero no pudo. Sintió un nudo en el pecho. No podía permitirse ser una hipócrita ahora, ese día no.

—Me entregaré y luego me encargaré de lo que viene después —continuó su madre—. Eso llevará unos meses. Puede que tú también tengas que desaparecer durante una temporada. Pero no por mucho tiempo, lo prometo.

Mihee escuchó el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas de los plátanos de sombra. A través de los gruesos mantos de ramas combadas, oyó el primer canto de las cigarras. El verano ya se había colado en los árboles. El golpeteo más áspero de la lluvia no tardó en sofocar los ruidos de las criaturas estivales.

Ninguna de las dos se movió. El aire tenía un tacto suntuoso y espeso a su alrededor, como el terciopelo.

Mihee abrió la boca.

—Pero pueden venir a por ti, madre. ¿De verdad quieres eso? Significa pasar el resto de tu vida huyendo y escondiéndote, asumiendo un nombre falso para el resto de tus días.

Hablando bajo la lluvia, Mihee se dio cuenta de que sus palabras salían en forma de grito estridente. No estaba segura de si le gritaba a su madre o a sí misma.

—Cariño mío —dijo su madre en voz baja—, ¿acaso no es eso lo que ya estamos haciendo?

Mihee nunca pensó que la decisión más importante de su vida estaría determinada por cosas tan prosaicas: el nacimiento de su hijo y la muerte de su padre. Era como si no fuese distinta de la mayoría de las mujeres que conocía.

«Quizá ya va siendo hora de que me merezca algo normal y corriente en la vida», pensó, pero no sin sentirse culpable.

El golpeteo de la lluvia se había reducido a una ligera llovizna, que repiqueteaba lánguidamente contra los escaparates, sus luces de lunes tan solitarias como vacía estaba la carretera. Aunque estaba empapada, Mihee no sentía frío.

Como solía hacer bajo la lluvia, fue andando hasta la estación de metro de Chungjeongno, conocida por su abreviatura de CJR. Sin embargo, no iba a coger el metro para volver a casa. Chungjeongno era su estación favorita. Aunque situada en pleno centro, nunca estaba abarrotada, ni siquiera en las horas punta. Contrastaba con su famosa vecina, la estación del Ayuntamiento, que se llenaba de gente de la mañana a la noche, acechada por el ruido constante de los pasos apresurados. La de CJR era también la estación más desabrida y desprovista de color de Seúl. Mientras que unos ladrillos burdeos cubrían el interior de la estación del Ayuntamiento, el de CJR, un pasillo central jalonado por una elegante columnata de mármol blanco, era un monótono torrente de baldosas grises, una cubierta tosca y superficial para los enormes bloques de hormigón que formaban la espina dorsal de la estación.

Pero esos bloques de hormigón brutalista eran justo lo que la llevaba a aquel lugar una y otra vez, sobre todo cuando llovía. «El olor gris», solía llamarlo la pequeña Mihee. El olor de la entrada del aeródromo de Hyesan. La pequeña Mihee solía correr al aeródromo

cada vez que veía que unas nubes negras encapotaban el cielo, sólo para aspirar la belleza cenicienta de un olor: el extenso y liso pavimento de hormigón empapado por la lluvia.

A moho y almizcle: un cruce olfativo de tierra húmeda y papel viejo, con una nota de abrazo sudoroso.

Mihee había vuelto al diminuto estudio de su padre en Hyesan, una habitación repleta de libros viejos y discos de vinilo semiilegales. Pilas de libros de tapa dura manchados por el tiempo exhalaban el suspiro familiar, colmado de moho y tinta. El olor de su infancia.

Sabía que nunca volvería a casa. Que nunca volvería a oler el aeródromo de Hyesan. Sin embargo, resultaba tristemente reconfortante saber que cada vez que la embargasen los recuerdos de su padre, cada vez que añorase el olor de su infancia, volvería allí, a la estación de metro de Chungjeongno bajo la lluvia.

ROUSSEAU

—¿Cómo está Aram?

Sus primeras palabras. Después de una larga ausencia, su voz resuena ahora con un deje extraño en mi oído, como la voz doblada de alguna celebridad en la boca de un conejito de dibujos animados.

—Aram está bien —le respondo sofocando un grito—. Sólo echa de menos a su madre. Como yo echo de menos a mi mujer.

Me siento como si volviera a ser un niño, vulnerable, siempre al borde del llanto y con un miedo constante al abandono. Cuando nació mi hijo, me prometí a mí mismo y a Aram que él nunca crecería rodeado de tanta angustia.

Más o menos por las mismas fechas en que nació Aram, me enteré de la muerte de Hoyeon.

Fue una sobredosis de opiáceos. Llevaba muerto cuatro días cuando su novia ucraniana encontró el cadáver, en su dúplex de Los Ángeles. La novia declaró que en los últimos meses de su vida había estado consumiendo cada vez más drogas, sobre todo heroína. No podían estar seguros de si había sido un accidente o un suicidio.

De no haber sido por el nacimiento de Aram, la muerte de Hoyeon habría consumido todo mi pensamiento.

El recién nacido era un agujero negro en el que todos nos veíamos felizmente absorbidos, una tormenta perfecta cuyos llantos, breves cabezaditas y frecuentes ataques de hambre nos quitaban el sueño y trastornaban toda nuestra rutina diaria. Al mismo tiempo, llenaba de asombro cada una de las horas que pasábamos despiertos. Nos recordaba el olvidado encandilamiento de nuestra infancia, la sorpresa con la que percibíamos todo aquel mundo nuevo a nuestro alrededor, dejando que cualquier objeto o persona prendiera la mecha de nuestras infinitas reservas de curiosidad. Estar con alguien con semejante pasión por la vida es una experiencia que eleva el espíritu.

A mi mujer no le gustaba Jean-Jacques Rousseau porque abandonó a todos sus hijos en cuanto nacieron. Teniendo en cuenta la tremenda falta de higiene en los orfanatos parisinos del siglo XVIII, es poco probable que alguno de aquellos cinco niños sobreviviera mucho tiempo después del abandono. Ella decía que era una terrible ironía que un hombre conocido por su defensa de la justicia y la igualdad, un hombre que predicaba el amor a la infancia y a la

mente infantil, abandonara a sus cinco hijos a una muerte segura nada más nacer.

Jacquelin Rousseau, mi padre, nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía nueve años. Aunque gracias a mi madre y mis abuelos crecí en un entorno estable y rodeado de amor, la ausencia de un padre había dejado un pequeño hueco en mi vida que no podía llenarse. Un signo de interrogación atrapado en el limbo de las incógnitas irresolubles. Entonces Aimé Adel se cruzó en mi camino, un filósofo que tenía todas las respuestas. Por descontado, Adel me gustaba por la misma razón por la que me gustaba Hoyeon: era un símbolo de esperanza y un modelo para todos los desvalidos invisibles del mundo occidental. Pero para mí las palabras de Adel significaban algo más que una historia de éxito. Fue la opinión de Adel sobre el matrimonio lo que catapultó a mi yo más joven, el Adrien Rousseau en la universidad, a su mundo literario. Aimé Adel veía el matrimonio tradicional como una convención condenada al fracaso. «Un viaje de lo extraordinario a lo ordinario.» Un lento proceso de desilusión. Aunque brutal y pesimista, su fatalismo sobre el matrimonio proporcionaba una respuesta filosófica al misterio de mi vida, una especie de justificación que me había pasado toda la infancia buscando sin darme cuenta: por qué mi padre era como era, por qué de pronto un buen día nos dejó y se marchó para siempre. La idea de Adel de que el matrimonio es una convención arcaica condenada al fracaso hizo que la renuncia de mi padre me resultara mucho más soportable, incluso comprensible. Ponía a mi disposición un perdón indirecto que no había sido capaz de forjar de niño. Hacía que la cicatriz que no había podido dejar de mirar todos esos años me pareciera menos repulsiva. Me salvó de tener que vivir el resto

de mi vida odiando a mi padre. Reducir mis expectativas con respecto a lo que esperaba de los demás me hizo menos difícil lidiar con la tristeza del mundo. Reducir mis expectativas me hizo menos crítico con ellos. Un hombre como Adel, pese a todos sus defectos y su duplicidad, consiguió alcanzar la grandeza en el mundo, haciendo grandes cosas por los demás. Quizá era así como yo quería imaginarme a mi padre también: un hombre imperfecto, pero que podría haber sido grande a su manera.

Quizá por eso me enfadé tanto con ella por lo que había dicho de Adel.

Ella reparó en la fácil justificación y fue lo bastante valiente —o contundente— como para señalármelo.

—En primer lugar, quiero que sepas que te quiero, y que quiero a Aram. Ahora lo único que deseo realmente es estar contigo y con Aram. Necesito que lo sepas.

Seong-mi aprieta la mandíbula como si estuviera enfadada, o como si estuviera conteniendo las lágrimas. Saber que no soy el único que está nervioso me procura cierto alivio. Habla con voz ronca y tensa, como una goma elástica a punto de romperse. Me recuerda a cuando nos conocimos, en la Iglesia de la Nueva Vida, en Shenyang, cuando me contó la historia de su vida. Ahora parece distinta. Parece más joven y vulnerable. Tiene los puños cerrados, como rezando, tan apretados que los nudillos se le ponen blancos. Agita las pestañas con inquietud.

Se me encoge el estómago. Me da pavor lo que pueda decir ahora.

Según mi escritor favorito, mi propio matrimonio, esta historia de amor entre dos seres humanos inusuales en circunstancias tan

inusuales, está sin duda condenado al fracaso.

Aimé Adel decía que un amor que florece en circunstancias extremas no puede sobrevivir al otoño de la monotonía, de la vida cotidiana.

Pero yo ya no soy el adolescente pesimista e inexperto en el amor y la paternidad. Aunque Adel era un escritor elocuente, en cuestiones como el matrimonio y el compromiso, más que un hombre era un niño; no había vivido en primera persona la responsabilidad de ser padre; nunca supo lo que significaba querer a otro cuerpo humano más que al tuyo propio. Lo que pudiera saber sobre el tema se limitaba a su cerebro de académico. Murió sin saber qué es lo que te hace sentir eso en las entrañas.

Además, ¿qué tiene de horrible la banalidad, de todos modos?

Durante todo el tiempo que estuvo desaparecida, las cosas que más echaba de menos de nuestro matrimonio eran las más prosaicas.

Un pelo de su cabello color carbón en el hombro de mi traje. La sintonía de aquella telenovela tan cursi que siempre tarareaba en la cocina al estilo *bossa nova*. El tacto esponjoso del chaleco de lana beis que se ponía en casa las noches de frío; «Una alfombra de pelusa humana», la llamaba yo con aire burlón, o «Una osita de peluche a la que me encantaría tirarme». El olor de la pastilla de jabón barato que usaba para lavarse la cara, con el aroma a pepino y limón que dejaba en su almohada. Las risitas sofocadas de ella y Aram detrás de la puerta de nuestro apartamento. A veces me quedaba plantado ahí un minuto, sin hacer ruido, sólo para absorber un ratito más el ruido que hace la felicidad inocente, antes de abrir la puerta y volver a casa con ellos. Echo de menos esos pequeños

retazos de nuestra vida cotidiana juntos, detalles insignificantes que sólo me importan a mí, a nosotros.

Con la boca desencajada, fija la mirada en el suelo. Siento un nudo en el pecho.

Vuelve a hacerse un silencio, más sonoro e intenso que un grito.

Mientras piensa, miro a mi alrededor en el banco donde estamos sentados, en el parque de Sohn Kee-chung. Con su altura imponente, los plátanos proyectan sombras por todas partes, dejando sólo unas pocas manchas de luz que tiemblan con delicadeza aquí y allá en el suelo. Levanto la cabeza y miro hacia arriba. Un crepúsculo anaranjado se extiende por el cielo. El aire, antes asfixiado por el estridente canto estival de las cigarras, lo inunda ahora el solitario chirrido de los grillos. El otoño ya ha llegado.

«Así que aquí es adonde vienes a dar tus paseos solitarios», pienso.

—¿Por qué has querido quedar aquí? —le pregunto.

—Porque un faro no ilumina su propia base —murmura, como si hablara consigo misma en sueños, con la mirada aún fija en el suelo —. Éste es el último lugar donde esperarían encontrarme.

Su extraña respuesta me provoca una sensación de *déjà vu*. Algo resuena en mi cabeza, un pitido metálico. Quiero expresarlo con palabras, pero me contengo: prefiero que me lo diga ella, a su ritmo. Además, es curioso, pero siento como si ya supiera la mitad de la respuesta. La esperanza y la angustia, dos mariposas en guerra entre sí, libran la batalla en el interior de mi estómago.

Al final, me mira a la cara y abre la boca.

—Tengo que confesarte algo, Rou. —Pronuncia las palabras como si las hubiera ensayado muchas veces, como si fuera la frase de un guión. Pero sigue temblándole la voz.

—Yo también tengo que confesarte algo, Seong-mi —le digo mirándola a los ojos.

Veo desvanecerse la angustia perpetua en ellos. La sorpresa reclama el escenario brevemente, hasta que hace su entrada la curiosidad familiar, con una pizca de temor. Ahora entiende cómo me siento. Volvemos a sentirnos íntimos cómplices en nuestros secretos mutuos.

Entonces Mihee se presenta, primero como enemiga, pero luego como amiga.

LA OCTAVA VIDA

Las ocho vidas de una centenaria sin nombre

La perspectiva de la muerte impulsa a la mayoría de la gente a decir la verdad, pero puede empujar a un reducido número de personas en sentido contrario. A lo largo del proyecto de la redacción de necrológicas he conocido a no pocos ancianos con una imaginación desbordante. Cuando les pedía que contaran una breve historia de su vida, se inventaban auténticas leyendas, fabricando una amalgama de irrealidad con sus sufrimientos y sus fantasías. Tres meses antes de su muerte, el abuelo Park Myeong-yi afirmó que había sido un asesino profesional de altos vuelos al que habían enviado a Corea del Norte, donde había estado a punto de matar a Kim Il-sung. Pero cuando llamé a la Asociación de Veteranos del HID, una unidad de operaciones encubiertas del Ejército de la República de Corea, para contrastar la información que me había dado el señor Park, me aseguraron que no existía ningún soldado con ese nombre y descripción. Otro nonagenario, el abuelo Gaam Boo-yong, confesó que había sido la mano derecha secreta de Chun Doo-hwan, el mayor dictador militar de la historia de Corea del Sur, y lo proclamaba con orgullo. Ni siquiera me molesté en comprobarlo, ya que intuí el farol de inmediato: el señor Gaam era el tipo de anciano que peroraba sobre política con el aire falso de un experto, tachando a todos los liberales o bien de comunistas o bien de chaqueteros.

Cuando murió, cuatro meses después de esa confesión, no apareció ninguna corona funeraria de parte del señor Chun. De hecho, a su entierro no llegó ninguna corona, como tampoco acudieron dolientes llorosos.

Siempre me preguntaba a quién querían impresionar aquellos ancianos con sus leyendas inventadas: ¿A mí, una insignificante encargada de redactar un obituario? ¿O a ellos mismos? Quizá creían que una mentira contada de forma tan convincente puede cobrar vida propia y convertirse en una verdad para consumo interno. Quizá era así como querían recordarse a sí mismos antes de perder sus facultades mentales para siempre. Y yo hice todo lo posible por honrar sus últimas decisiones, escuchando sus relatos con toda mi atención y sin juzgarlos, al margen de lo que sintiera por ellos a título personal. A veces, lo único y lo mejor que puedes hacer por los demás cuando sufren es prestarles tus oídos.

Mook Miran era distinta. No se parecía en nada a esos otros personajes movidos por la desesperación. En primer lugar, era la primera fanfarrona de sexo femenino que había conocido en Golden Sunset.

Las abuelas soltaban alguna que otra fanfarronada de vez en cuando, pero reservaban sus inofensivas exageraciones para los logros de sus hijos y nietos y no para relatar sus propias hazañas.

Cuando le pregunté cómo podía alguien vivir las vidas de todos esos personajes que había mencionado, me contestó, con una seguridad apabullante y una mirada firme, que en su época era perfectamente posible. «Qué respuesta tan genérica para una anciana», pensé.

La mentirosa más descarada que he visto en mi vida.

No sólo afirmaba ser una asesina, sino nada menos que una asesina en serie.

—Dicen que a partir del muerto número tres te ganas el título completo. Ahí tienes más fans del número tres —dijo la señora Mook, con un deje de sarcasmo en la voz.

Le pregunté a cuántas personas había matado y me contestó que a cuatro.

—Entonces, ¿cómo es que no está en la cárcel? Siendo una asesina en serie además de espía, según sus propias palabras. —Yo no podía dar crédito.

—¿Acaso está Kim Hyon-hui en la cárcel? —me preguntó, con el gesto inexpresivo.

La señora Mook tenía razón: Kim Hyon-hui, ex agente norcoreana responsable del atentado del vuelo 858 de Korean Air en 1987, en el que murieron ciento quince personas, no estaba en la cárcel. Se casó con el ex agente de inteligencia surcoreano que había llevado su caso y tuvieron dos hijos. Desde que el presidente Roh Tae-Woo la indultó, vive en Corea del Sur como una mujer libre.

—Yo no maté a nadie en mis misiones de espionaje —dijo Mook.

—Entonces, ¿quiénes eran? Las cuatro víctimas —pregunté con renovada humildad.

—Tres eran soldados. La cuarta, un miembro de la familia. —Vaciló un poco ante la palabra «familia».

—¿Su marido? —Sólo después de que esas palabras salieran disparadas de mi boca me di cuenta de que las había dicho demasiado rápido, demasiado alto.

Vi que sus ojos se iluminaban de curiosidad.

—¿Algún problema con su marido tal vez? —Se estaba burlando de mí. La punta del colmillo derecho le brillaba por detrás de los labios.

—Ex marido.

Y ahí estaba, ya lo había dicho. La palabra temida. Era la primera vez que decía «ex marido» en voz alta, que oía ese término en mi propia voz. Una vez pronunciado, ya no sonaba tan triste, ni tan aterrador. Fui cogiendo más confianza y volví a pronunciarlo. Necesitaba acostumbrarme.

—Mi ex marido y yo... ya no somos amigos.

Soltó un suave resoplido.

—No existen las rupturas felices —murmuró en voz baja, como si fuera un aparte dirigido a un público secreto—. Y fue a mi padre a quien maté, no a mi marido. Mi marido era un hombre maravilloso. —Se le quebró la voz con la palabra «marido».

—¿Por qué mató a su padre? —le pregunté.

—Fue en defensa propia —contestó ella de inmediato, como si tuviera preparada la respuesta—. Iba a matarnos a mi madre y a mí. —Recobró la voz seca y práctica, la de las portavoces que parecen un robot.

Le pregunté si los otros tres asesinatos también habían sido en defensa propia.

—Por supuesto —me respondió.

Luego me miró frunciendo el ceño, con un rictus de amargura. «¿Por qué otro motivo iba a haberlos matado si no, imbécil?», parecía decir.

—Fue durante las guerras —dijo. Una mirada vacía se le quedó congelada en el rostro. Se hizo un silencio, pero no me atreví a

llenarlo con ningún sonido—. La guerra del Pacífico, luego la guerra de Corea —continuó—. Esos hombres eran criminales de guerra. Mentían. Se llevaban a las chicas y las convertían en esclavas. Murieron demasiadas chicas jóvenes. Sólo maté a tres soldados, intentando salvar a algunas de ellas y a mí misma.

«Mujeres de consuelo.» Afirmaba haber sido víctima de esclavitud sexual en tiempos de guerra.

—De hecho, la abuela Song Jae-soon y yo ya nos conocíamos. —Se detuvo para respirar hondo—. Nos conocimos durante la guerra de Corea, cuando su nombre no era Jae-soon, sino Jenny, un apodo que le pusieron los soldados norteamericanos.

Jenny. El nombre le arrancó un suspiro de dolor.

—Casi me echo a llorar cuando la vi aquí en Golden Sunset, aunque ella no me reconoció en absoluto; ya había perdido la memoria. Pero yo aún recordaba todo lo que me había contado. Historias de su infancia, de sus hermanas pequeñas. Hablar con ella fue lo que me ayudó a sobrevivir durante esa época.

Casi se le cierran los ojos enrojecidos mientras una tenue sonrisa volvía a su rostro. Pero poco a poco fue dejando paso a otro tipo de sonrisa: la maliciosa, con un destello de su colmillo.

—Antes de huir al Norte, liberé a esas pobres chicas. Y luego incendié la casa cerca de Busan donde las retenían. La vi arder en llamas. No tenía ni idea de que ese acto me convertiría en una guerrillera terrorista buscada en el Sur.

La señora Mook se rió en voz baja, con una inquietante llamarada de alegría. Pero pronto se transformó en algo distinto, un sonido a medio camino entre un gorgorito infantil y un gruñido sordo de animal. Luego el gruñido se convirtió en una carcajada y pronto en

una tos que le sacudió con violencia el pecho enjuto. Corrí a su lado, aunque me empujó con una fuerza que no esperaba de unas muñecas tan frágiles.

—Suéltame —susurró, sin resuello—. No me toques.

Quise llamar a la enfermera, pero ella se negó en redondo, diciéndome que no podía hacer nada para ayudarla.

—Necesito tiempo para calmarme, eso es todo —me dijo en voz baja, agarrando los aros de empuje de su silla de ruedas.

Tal vez debería haber interrumpido la conversación en ese momento y devolverla a la sala.

No lo hice. Tenía tantas ganas como la señora Mook de seguir hablando con ella. Estaba deseando oír lo que tenía que decir sobre los asesinatos que había cometido. Por cortesía, le pregunté si quería cambiar de tema y me contestó con un no rotundo, sin mirarme.

—¿Cómo los mató? —le pregunté.

Aunque no era muy bajita para su edad, no me parecía alguien con el físico para liarse a puñetazos con nadie, y mucho menos contra profesionales militares.

Estiró los brazos hacia mí, con las palmas abiertas. Bajo las gruesas mangas blancas de la chaqueta acolchada se le veían las muñecas huesudas, que, más que de humano adulto, parecían las de un cervatillo.

—¿Tú qué crees? ¿Combate cuerpo a cuerpo? —dijo.

Se echó a reír y yo también estallé en carcajadas.

—Veneno —contestó bruscamente.

En cuanto pronunció la palabra, le cambió la cara. La sonrisa pícara desapareció, al igual que las suaves curvas de sus mejillas.

Recobró la mirada inexpresiva.

—El veneno está en todas partes, porque cualquier cosa puede ser veneno —susurró—. Cualquier sustancia puede matar a un hombre, en función de la cantidad y la rapidez con que penetre en el organismo.

Dijo que cualquiera puede encontrar veneno en su propia casa.

—También en la cárcel, en la escuela... Y sitios como un hospital o una residencia de ancianos son jauja. Incluso aquí —murmuró, y volvió la cabeza hacia la larga franja vacía de tierra que formaba un semicírculo alrededor del jardín.

Era donde habían florecido las flores de cosmos en otoño. Empezaba a oscurecer y el aire se había vuelto más frío. Me subí la cremallera de la chaqueta de plumón hasta arriba. Advertí que la señora Mook tenía la punta de la nariz rosa, así que desplegué la manta de lana que descansaba sobre su regazo y se la envolví alrededor del cuerpo.

No reaccionó cuando la toqué. Tenía la mirada fija en el parterre vacío. Levantó el brazo despacio y señaló con un dedo raquítico la valla metálica de gran altura que había detrás del parterre.

—Está ahí, el veneno —anunció—, lo huelo cada vez que el viento sopla desde esa dirección.

Con los ojos cerrados, aspiró el aire frío que soplaba desde el norte y volvió a exhalarlo lentamente.

—Detrás de la valla está ese terreno abandonado que lleva al bosque. Ese lugar tan salvaje atestado de maleza. Allí hay *sanak*, nuez de serpiente. A montones. Tiene ese olor peculiar, a frutos secos y a podrido a la vez.

Me hizo un gesto para que olisqueara el aire y lo hice, con los ojos cerrados. Pero no noté nada, salvo el olor a tierra y a verde que se respira en cualquier zona agreste de Paju.

—Eso significa que la tierra de allí es buena —continuó—. La *sanak* no es una hierba que se encuentre con facilidad; necesita un suelo específico para florecer. La tierra debe ser mitad marga, mitad arena, con una pizca de arcilla. Ni demasiado seca ni demasiado húmeda. El olor significa que allí la tierra es buena y rica.

Una vez más, aspiró profundamente el aire helado. Luego abrió la boca y se tragó la corriente. Un escalofrío me recorrió la espalda al verla relamerse los labios.

—La *sanak* es una hierba medicinal y venenosa. Si masticas tres hojas, si lo consigues a pesar de su olor, caerás en un plácido sueño. Sin embargo, si bebes una taza de la primera infusión de sus raíces, nunca despertarás de ese sueño. Las raíces son mucho menos olorosas y mucho más venenosas.

»Aunque el veneno en sí no es, ni mucho menos, la parte fundamental. Cómo y cuándo administrar el veneno, ésa es la parte que requiere más ingenio.

Entrecerró los ojos.

—Con los soldados, lo más fácil es con la bebida: su whisky y su ron, su sake barato y su *soju* —susurró, con los dedos nudosos cerrados en un puño—. Aquellos soldados bebían hasta caer redondos, sobre todo hacia el final de la guerra. Tal vez querían limpiar sus pecados y sus recuerdos con alcohol, esterilizarse hasta quedar inmunes.

Dejó escapar una risa de los labios entreabiertos.

—Cuando ya están borrachos y sólo quieren continuar bebiendo más para seguir borrachos, es cuando hay que atacar. Cuando están demasiado borrachos para notar algún sabor u olor raro en las botellas. Así fue como los maté.

Relajó los hombros encorvándolos ligeramente y se recostó en la silla de ruedas. Apoyó cada mano en los reposabrazos, con la palma hacia el cielo. Como una reina, tranquila y satisfecha.

No percibí ningún sentimiento de culpa.

«Doña Escritora», me llamó jocosamente la señora Mook la siguiente vez que nos vimos.

Las vacaciones de Año Nuevo habían terminado hacía tiempo y el jardín de los cosmos había recuperado su popularidad. Un montón de pacientes paseaban por el pequeño paseo empedrado o tomaban el sol sentados en sus sillas de ruedas cerca de las vallas del jardín.

La señora Mook y yo preferíamos hablar en privado, así que la llevé a la sala de orientación.

—Nunca había estado aquí —dijo, sorprendida, arqueando una ceja.

Le expliqué que los días laborables por la tarde aquella sala solía estar vacía.

—Así que hoy tenemos tiempo de sobra para charlar hasta la hora de la cena —le dije con entusiasmo.

—¿Es aquí donde escribes? —me preguntó mirando alrededor de la estrecha habitación.

Las paredes estaban pintadas de un tono claro, de color del té verde con leche, el tono que supuestamente es bueno para la vista,

que te ayuda a relajarte. Y, sin embargo, estar cara a cara con la señora Mook en aquel espacio tan reducido me ponía muy nerviosa.

Le dije que no era allí donde trabajaba y que ni siquiera era escritora en realidad.

Ella se encogió de hombros con brusquedad.

—Escribes sobre la vida de la gente y tus lectores te adoran por ello. Eso te convierte en escritora.

Lo que dijo me gustó y sentí que me ruborizaba. Una sonrisa desprevenida se dibujó en mi rostro, un sonrisa radiante, toda dientes y encías. La clase de sonrisa que aborrecía. Sabía que me hacía parecer una imbécil. La borré lo más rápido que pude, pero era imposible que la señora Mook hubiera pasado por alto una grieta como aquélla en la armadura. Estaba esperando a que, de un momento a otro, se burlara de mí.

Pero no lo hizo. No había ninguna señal de desprecio en su expresión.

—¿Era tu sueño cuando eras niña? ¿Ser escritora? —me preguntó, bastante seria.

Me di cuenta de que nunca había estado tan cerca de la señora Mook. Sentada frente a ella en una habitación de cuatro metros cuadrados, amueblada de forma espartana con un escritorio, dos sillas y una macetita con un poto, descubrí algunos rasgos en los que no había reparado antes. Dos pequeñas manchas en las mejillas, que yo había confundido con unos hoyuelos, ahora me parecían cicatrices, puede que marcas de viruela. La piel que le rodeaba el cuello alargado y las clavículas estaba salpicada de cicatrices similares de distintos tamaños. Una de ellas,

especialmente llamativa, empezaba en la punta de su clavícula derecha y descendía en diagonal hacia su corazón.

Reconoció mi mirada y lanzó un leve suspiro.

—¿Te estás preguntando de qué son? —dijo.

No contesté, pero ella sabía que sí.

—Algunas son quemaduras de cigarrillo, otra de un cuchillo del ejército... ese tipo de cosas —murmuró, y exhaló un suspiro más profundo—. Mira, lo siento, pero hoy no estoy de humor para charlas profundas.

Fuera acababa de empezar a lloviznar, señal de que se acercaba la primavera. Ahora el tiempo era mucho más cálido, pero el incremento de la humedad en el aire tenía a muchos residentes quejándose de dolores de espalda y en las articulaciones. La señora Mook estaba más callada y pensativa que de costumbre. El cansancio se había apoderado de sus hombros encorvados.

—Sí, era mi sueño de niña, ser escritora —le dije con una sonrisa tímida—. Junto con... ser madre.

Sentí que se me borraba la sonrisa y supe qué la había espantado de mi cara: la palabra «madre». Era otro término en el que tenía que trabajar además del de «ex marido». Me obligué a repetir la palabra tras respirar hondo.

—Madre. Siempre quise serlo. Sé que hoy en día ya no está de moda decirlo en voz alta, como mujer, pero siempre tuve la fantasía de ser una madre entregada al cuidado de mis hijos. —Solté una leve risita.

—¿Qué te lo impidió? —me preguntó.

—Mi ex marido. El médico dijo que tenía un recuento bajo de espermatozoides. Yo quería intentar la fecundación in vitro, pero él

no quiso.

Le hablé de mi marido: nunca fue un hombre violento, ni siquiera me alzó la voz durante todo el tiempo que estuvimos juntos, pero podía llegar a ser increíblemente testarudo a su manera, aun siendo un hombre tranquilo. Yo pensaba que su no rotundo y frío significaba un no para siempre. Me daba miedo perderlo. Temía acabar vieja y sola, así que acepté la vida sin hijos que él quería. Al final, me encontré en ese lugar tan temido de todos modos: vieja y sola. Pero lo bueno era que el miedo había perdido su aura inicial. Sólo después de verme inmersa en mi peor pesadilla me di cuenta de que en verdad no era tan aterradora. La realidad de vivir sola no era tan mala como yo la veía en mi imaginación, donde mi miedo se había convertido en algo desproporcionado. Por supuesto, había pasado por una etapa de shock y de dolor, pero ambos se estaban mitigando con el tiempo. De vez en cuando me asaltaban pequeños ataques de soledad, pero no era algo que no pudiera soportar. Vivir sola resultaba bastante llevadero, y cada día lo era más.

—Pero sigo enfadada —le confesé—. Estoy enfadada con él por haberme arrebatado la oportunidad de ser madre. Ahora ya es demasiado tarde. Ya he entrado en la menopausia, así que... ¡zas! Se acabó. —Me hice un corte horizontal invisible en el cuello dibujándolo con el pulgar, como si el humor pudiera ocultar mi pena.

Sentí la amenaza de las lágrimas justo debajo del diafragma y la contuve. Así era como solía lidiar con la ira: como exteriorizarla me hacía sentirme aún peor, la convertía en tristeza y la desmenuzaba llorando. Pero ahora, delante de la señora Mook, no quería llorar, no en su precioso tiempo. Así que reprimí las lágrimas.

Aun así, le dije cuánto me enfadé al enterarme de que había ido a una clínica de fertilidad con su nueva novia, apenas cinco años mayor que su sobrina. Observé atentamente la expresión de la señora Mook, pensando que encajaría con su carácter lanzar una cáustica invectiva contra mi ex marido. Pero permaneció callada y se limitó a asentir despacio, bajando la mirada.

—¿Qué se siente al ser madre? —le pregunté.

—Es maravilloso —susurró—. Y también duro.

Se quedó con la mirada perdida a lo lejos, aunque delante no tenía más que un muro verde. Luego sonrió, ruborizándose como una niña pequeña. Supe que estaba viendo la cara de su hija en su mente, y sentí una enorme envidia.

—Mi hija, de pequeña, era guapísima, y también muy muy difícil —dijo, con el rostro arrugado por un recuerdo agridulce—. ¿Qué puedo decir? De tal palo, tal astilla.

Sonrió con afectación.

—Dicen que es más difícil educar a los niños inteligentes, y mi experiencia me ha demostrado que es cierto —continuó—. Mi hija estudió en la Universidad Kim Il-sung de Pionyang. La mejor de Corea del Norte.

Presumir de hija parecía haberle quitado un peso de encima, literalmente: irguió la espalda y el cuello, lo que le confirió un discreto aire triunfal, la misma impresión chocante que tuve de ella en el jardín de cosmos, cuando confesó haber envenenado a sus torturadores.

Pero el cambio también la hacía parecer más cercana, más accesible como ser humano. Ya había visto muchas veces esa expresión, el orgullo y el placer que mostraban las abuelas cuando

hablaban de los logros de sus hijos y sus nietos. Percibir lo mismo en la señora Mook me resultó sorprendente y tranquilizador a un tiempo. A fin de cuentas, la anciana hablaba uno de los idiomas comunes de las mujeres corrientes: el de las madres orgullosas. Una vez más sentí envidia, pero también me alegré profundamente por ella.

Siguió explicándome que había querido que su hija fuera diplomática, pero que ella se sintió más atraída por el campo de los servicios de inteligencia.

—Y no pude detenerla —murmuró—. Era tan cabezota como su madre. —Dejó escapar un pequeño gemido y luego una risa nerviosa.

Pensé que no era mal momento para interrogarla sobre su segundo personaje más interesante: la espía. Sin embargo, mi pregunta hizo que volviera a asomar a sus ojos la misma expresión fría e impasible de antes. Luego vino la respuesta que sonaba tan ensayada como el mensaje grabado de un contestador automático:

—Hay ciertas cuestiones de seguridad nacional de las que no tengo permitido hablar —dijo la señora Mook—. Forma parte del acuerdo con la KCIA, la agencia de inteligencia surcoreana —añadió bajando la voz.

—¿Es como eso de «podría decírtelo, pero después tendría que matarte»? —le pregunté en broma y esperando que se uniese a ella y me respondiera con su sarcasmo habitual.

Pero me respondió muy seria, lo que me hizo sentir que mi chiste había estado fuera de lugar.

—Yo ya soy demasiado mayor para que me hagan daño, pero podría ser perjudicial para mi hija, su marido y mi nieto, que ahora

viven en Estados Unidos. —Su expresión se había vuelto severa y distante, como si hablara con un desconocido.

Sin embargo, cuando le dije que no sabía que tenía un nieto, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro y el volumen de su voz volvió a la normalidad.

—Sí, tengo un nietecito precioso. Mi hija se casó con un estadounidense y viven cerca de su ciudad natal. Son profesores en una buena universidad. —El orgullo vicario volvió a erguirle el cuello y la espalda, dejando al descubierto a la esnob que llevaba dentro y a la que me resultaba imposible odiar.

La reticencia de la señora Mook a hablar sobre su vida como espía me pareció convincente. Los charlatanes que había conocido antes en Golden Sunset, como Park Myeong-yi y Gaam Boo-yong, estaban ansiosos por relatar con pelos y señales las peligrosas misiones en las que habían participado, el primero como asesino y el segundo como secuaz de un dictador. El hecho de que no tuvieran familiares directos parecía animarlos a fabular aún más, pues no iba a visitarlos ningún hijo o hija con quien yo pudiera corroborar las historias que me contaban. Pensé que si la señora Mook fuera una auténtica mitómana, soltaría alegremente sus rocambolescas historias de espionaje y se lo pasaría en grande al hacerlo, como habían hecho aquellos ancianos.

¿O no?

La duda que planeaba sobre mi cabeza me lanzó una verdad incómoda. Tal vez la señora Mook se había callado porque no tenía nada que decir y punto. ¿Cómo iba a hablarme de los entresijos de un oficio al que nunca se había dedicado? ¿Cómo iba a saber ella algo de los espías cuando no manejaba una sola palabra de su

jerga? La mejor forma de proteger su falsa identidad sería cerrando el pico. La gente siempre se equivoca cuando habla demasiado, como suele decir la policía.

Y eso de que su hija y su yerno fueran profesores en una universidad estadounidense volvió a despertar mi escepticismo.

«Viven en Estados Unidos.»

Ésa era una frase habitual en Golden Sunset. Muchos residentes, en especial los ancianos que no tenían familia directa o que recibían pocas visitas, aseguraban que sus hijos y hermanos vivían en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos. Según ellos, esos parientes eran médicos y abogados, profesores y empresarios. Algunas de las afirmaciones eran ciertas, otras difíciles de comprobar o a todas luces falsas. Algunos residentes mentían para guardar las apariencias, otros para proteger a sus familias de las críticas, para que nadie pensara que eran unos hijos desagradecidos que nunca venían a ver a sus padres.

Fueran cuales fuesen sus razones, sus mentiras parecían compartir una misma convicción fundamental: que Estados Unidos es la tierra de las oportunidades, de la riqueza y el poder inmensos. Hoy en día, por lo general, las condiciones de vida de estadounidenses y surcoreanos no son tan distintas, pero la cabeza de aquellos ancianos no estaba en sintonía con los tiempos. Con la edad, los recuerdos de su juventud parecían adquirir un papel más relevante en su memoria: su testimonio y la supervivencia a la guerra de Corea, y la poderosa mano de Estados Unidos por debajo de todo aquello. Al fin y al cabo, pese a sus asombrosas peculiaridades como mujer de su generación, la señora Mook podría haber soñado con el poder y el éxito —o al menos haberlo pretendido—, al igual que

muchas otras personas de su época, cuyo objetivo en la vida era dejar de ser pobres y oprimidas.

Entonces me di cuenta de lo difícil que era no juzgar. Recordé que me había propuesto ser un público receptivo a las historias de la señora Mook, ya fueran ficción o realidad. Había creído que prestar toda mi atención a su vida, a la versión que ella me ofrecía con sus propias palabras, era el regalo más valioso que podía hacerle en la última etapa de su existencia. En realidad, sin embargo, me sorprendía cada dos por tres desmenuzando sus comentarios en fragmentos digeribles, tratando de detectar indicios de verdad o falsedad. Cuanto más la conocía, más fuerte era mi necesidad de identificar los hechos. Cuanto más implicada me sentía en su vida, más deseaba que sus historias fueran ciertas.

Volví al presente y miré a la anciana que tenía ante mí.

Desplazaba la mirada por la pequeña habitación. Se quedó un rato mirando el techo bajo y luego se puso a observar el poto que había en una maceta de barro en un rincón de la sala. Las hojas verdes y brillantes en forma de corazón se amontonaban unas sobre otras, pidiendo a gritos más espacio.

—Tienen que buscar una maceta más grande para esta pobre criatura —murmuró en voz baja, inclinándose hacia el poto. Acarició las frondosas hojas con sus dedos artríticos, bajó la cabeza y la olisqueó—. ¿Sabes cómo la llaman los occidentales? —me preguntó, pero no me dio tiempo a pensar y respondió su propia pregunta de inmediato—: «Hiedra del diablo» —susurró—. Cuando era pequeña oí a un misionero canadiense llamarla así y supuse que la planta contendría algún veneno nocivo, como la *sanak*. Pero no. Los occidentales la llamaban «hiedra del diablo» porque crecía sin

problemas en cualquier sitio y se mantenía siempre verde, incluso sin luz.

Le dije que yo también tenía un poto en casa por la misma razón por la que se había ganado su apodo: por su vitalidad y porque apenas requería mantenimiento.

Su sonrisa se desvaneció cuando dejó de mirar las hojas verdes y dirigió la vista de nuevo al techo bajo.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos de vivir aquí, en Golden Sunset? —preguntó sin mirarme—. No es que me queje del lugar. Es de lo mejorcito que hay para ser una residencia pública —añadió enseguida mirándome de reojo.

Le pedí que me dijera qué era lo que más echaba de menos. Dormir a la intemperie, respondió.

—Qué locura, ¿verdad? —Se rió a carcajadas, con la mirada aún fija en el techo—. Lo odiaba. Lo odiaba con toda mi alma cuando no tenía más remedio que dormir así, durante la guerra de Corea. Casi todas las casas y edificios quedaron destruidos bajo los incesantes bombardeos. Ni sé cuántas noches tuve que dormir sin un techo sobre mi cabeza.

Su voz se hizo más tensa. Se detuvo a recobrar el aliento.

—Fuera hace mucho frío por la noche. Si llueve, seguro que acabas resfriándote. Algunos refugiados murieron así, no por los bombardeos o los disparos, sino por hipotermia, neumonía, por la humedad helada de la noche. Pero a veces, cuando no hacía tanto frío ni había nubes en el cielo, podías ver la belleza en estado puro. El cielo más impresionante que puedas imaginar. Vi mi primera estrella fugaz una noche así, durmiendo al raso. A veces la ausencia de cualquier rastro de ruido humano hacía que pudieras oír el aliento

de la luna sobre ti, fresco, mentolado y tan intenso... —susurró, y luego se rió con una risa suave, como la de un niño pequeño al que le hacen cosquillas—. Aunque mi marido decía que tal vez sólo era el canto de los grillos, a lo lejos. La luna estaba tan llena, tan redonda, tan radiante, que podías contar hasta la última de sus puñeteras marcas de viruela.

Se estremeció un instante, como si un hormigueo frío le recorriera el cuerpo. La expresión de euforia de su rostro era inquietantemente enternecedora.

—De vez en cuando me obligaba a mí misma a aguantar despierta, para verlo todo, de principio a fin.

Describió cómo el suave viento nocturno suspiraba y silbaba con el telón de fondo del cielo oscuro. Y las estrellas, con un brillo tan intenso que parecían un espectáculo de fuegos artificiales, millones de artefactos de pirotecnia congelados en el tiempo. Se entusiasmaba viendo la sutil transición del cielo de la noche al amanecer, el pálido resplandor azul de la mañana derramándose lánguidamente por el horizonte.

—Ojalá pudiera salir fuera de noche —dijo mirando al techo—. A mi edad, los días parecen muy cortos, pero las noches se hacen largas. Cuesta mucho conciliar el sueño y dormir.

Dijo que el viejo claro que había cerca del bosque, detrás de la valla alta del jardín, sería el mejor lugar para tumbarse a contemplar el cielo nocturno.

—Allí también podría coger unas cuantas hojas de *sanak* y guardarlas para mis noches de insomnio. Con una hojita bastaría para un cuerpo tan menudo y decrépito como el mío. —Una sonrisa se dibujó en su boca—. Dormir toda la noche como un lirón.

Empecé a sentirme incómoda. No sabía si seguía hablando por nostalgia o si me estaba presionando de forma un tanto sutil para que infringiera una regla por ella: organizarle una escapada nocturna.

—La *sanak* también te iría bien a ti —dijo con aire despreocupado.

Le pregunté qué quería decir.

—Envejecer también tiene su lado positivo, algo que nadie espera, ¿sabes? Con la edad, pierdes el miedo a cosas que antes te aterrorizaban. —La señora Mook siguió hablando, ignorando mi pregunta.

—¿Y en qué puede ayudarme a mí esa hierba? Yo no tengo problemas para dormir —insistí.

—¿Sabes lo que no me da miedo a estas alturas de la vida? —me preguntó apoyando la barbilla en la mano, como una niña movida por la curiosidad inocente.

A continuación siguió un momento de silencio apremiante.

—La cadena perpetua. La pena de muerte —murmuró.

Dejé de hacer preguntas. Me limité a mirarla, con una mezcla de intriga y ligera irritación.

—¿Qué le pasaría a ese hombre tan irresponsable, a ese mentiroso que un día fue tu marido? Si alguien pudiera dejarme salir de aquí durante una o dos noches.

Me quedé sin habla.

—Dime —dijo, con una expresión vacía en el rostro—, ¿crees que él desaparecería?

Primero oí el pitido agudo en el oído, el sonido que se hacía cada vez más fino, más afilado. Luego, de repente, percibí todos los ruidos que venían de fuera: el ronroneo de los automóviles, la voz

áspera de la señora Docgo gritando a un paciente, los pasos perezosos de los ancianos caminando por el pasillo.

—Pero ¿se puede saber qué coño está...?

La señora Mook empezó a reírse a carcajadas, con una risa entrecortada. Como si le hubiera dado un hipo, la risa sacudía su torso arriba y abajo. La sangre se le subió a la cara.

—¡Te pillé! —exclamó, sin aliento—. Te lo habías creído, ¿a que sí?

Siguió riendo hasta que su risa se transformó en una tos seca.

—Me ha dado un buen susto —le dije, con un suspiro de fastidio y de alivio a la vez. Le masajeé la espalda para calmar la tos.

Más tarde, de camino a casa, me vino a la cabeza una idea, como un estornudo.

«¿Y si hubiera mantenido la calma y hubiera reaccionado mostrándome intrigada? ¿Se habría echado a reír también?»

Yo tenía mi propia respuesta. Lo dejé ahí.

A la semana siguiente, fui al departamento de administración.

No hubo miradas de recelo, ya que había ido allí muchas otras veces, a hacer recados y recoger algunos documentos para la directora Haam.

Me puse a revisar los historiales de los residentes para tratar de encontrar documentos sobre Mook Miran. Cuando encontré su expediente, lo abrí y saqué unas fotos del contenido, que no tenía ni tres páginas. Las leí durante la pausa para el café, decepcionada porque no había mucha información sobre ella que no supiera ya.

Sin embargo, cuando las examiné con más detenimiento la segunda vez, descubrí algo bastante raro. En la fotocopia de su

carnet de identidad coreano figuraba su fecha de nacimiento. Hice el cálculo y me salió la cifra de noventa y ocho años. Sin dar crédito, utilicé la calculadora de mi mesa y me dio la misma cifra.

La edad de la señora Mook, en el documento oficial, era de noventa y ocho años.

«Pasado mañana cumplo cien años», me había dicho. Por supuesto, yo no me lo había creído. Ahora me daba cuenta de que había cosas que había malinterpretado por completo. En primer lugar, no había captado la metáfora: «pasado mañana». La gente, sobre todo los ancianos, utiliza a veces esa figura retórica para referirse al año que viene después del próximo, una forma ingeniosa de expresar lo rápido que parece pasar el tiempo para las personas mayores. A pesar de su mente despierta, de su lucidez y de su físico de aspecto octogenario, la señora Mook realmente era lo que había afirmado ser: sólo le faltaban dos años para ser centenaria.

Poseída por un extraño arrebato de determinación, fui corriendo al despacho de la directora Haam. Éste era una especie de museo de su experiencia como madre: tenía las estanterías repletas de los logros de sus tres hijos, con cientos de trofeos y diplomas con los nombres de todos ellos, de torneos de taekwondo y concursos de inglés y recitales de piano. Había fotos por todas partes. Las caras sonrientes de los niños decoraban su escritorio y las paredes, algunas en marcos de colores vivos hechos con los palitos de madera de los helados.

Como contrapunto, el olor de su despacho rezumaba seducción. El sensual aroma de un perfume francés con el que se rociaba el abrigo inundaba la estancia. Que te gustara ese olor a rosa almizclada dependía muchas veces del tiempo que hiciese y de tu estado de

ánimo: en los días más relajados, cuando hacía fresco, el olor resultaba vigorizante; en cambio, en las calurosas, húmedas y agotadoras tardes de verano podía ser nauseabundo.

Aquel día, el olor pareció revitalizarme, a pesar de que hacía calor. La directora Haam me miraba con sus ojos de conejillo asustado, inmóvil en su silla, y escuchaba atentamente mi efusiva charla sobre la señora Mook: la verdad sobre su edad, lo inteligente que era, el terrible error que había cometido alguien al trasladarla a la sección A, etcétera. Cuando acabé mi discurso, estaba sin aliento.

La directora Haam lanzó un suspiro.

—Tenía intención de hablar contigo de esto —dijo—. Debería haberlo hecho antes.

Se agachó y abrió el archivador metálico de color gris encajado entre la pared y su escritorio, casi oculto a la vista. Sacó una carpeta naranja y la soltó sobre la mesa con un golpe seco.

—El supervisor y la enfermera Docgo me han dicho que pasas demasiado tiempo con la abuela Mook. Están preocupados. Y yo también.

Sentí un nudo en el pecho. Me pregunté si era preocupación o lástima.

—Lo que he aprendido después de dos divorcios y de criar a tres hijos de dos padres distintos es que mantener una distancia saludable resulta clave para una buena relación. Ya sea con un hombre o con una mujer, incluso con tu propio hijo. Con cualquiera, dicho sea de paso.

De repente se levantó y empezó a caminar en círculos, con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera aterciopelada. Su indumentaria me impidió concentrarme en sus palabras: ¿dónde

narices se compra alguien un top de entrenamiento ceñido de terciopelo y de color burdeos? Me lo pregunté con auténtica curiosidad, no con sarcasmo.

—Mira, sé que eres una chica maravillosa y que has pasado por muchas cosas últimamente. Lo que ocurre es que me da miedo que estés buscando consuelo en el lugar equivocado.

Me pareció un poco fuera de lugar que me llamara «chica». Tenía cuarenta y siete años. Pero también era tierno por su parte: la directora Haam siempre mostraba un fuerte sentimiento maternal hacia cualquiera que fuese un poco más joven que ella y siempre velaba por su bienestar.

—Deberías tener más cuidado con la señora Mook. No es exactamente quien tú crees que es —dijo.

Le pregunté qué quería decir.

—Ya sé que te conté que éste no es el trabajo de mis sueños, que se diga, pero eso no significa que no me importe. Siempre he mantenido este lugar agradable y limpio. Aquí todos los residentes comen como es debido, los bañamos dos veces por semana y nunca, ni una sola vez, he hecho trampas con la financiación pública. Por eso siempre hay tanta gente en la lista de espera. Hay quienes han llegado incluso a ofrecer sobornos para asegurarse la plaza de sus padres en Golden Sunset. Pero yo siempre los he rechazado sin excepción. Me atengo a las normas.

»La abuela Mook obtuvo su plaza aquí porque es una desertora norcoreana. Los desertores norcoreanos, al igual que las familias de los héroes de guerra o de la independencia coreana, tienen prioridad para entrar en los centros educativos públicos y en las residencias de ancianos. Es probable que lo único que se ha demostrado cierto

sobre ella es que sea una desertora norcoreana, de entre todas las cosas que ha afirmado ser.

La directora Haam lanzó un nuevo suspiro. Luego negó con la cabeza y se cruzó de brazos, apartando la mirada de mí.

—Los desertores norcoreanos suelen mentir sobre su edad en Corea del Sur. Los jóvenes dicen ser más jóvenes para poder optar a la educación universitaria gratuita, y los mayores afirman ser aún más viejos para así recibir las prestaciones sociales para la tercera edad. A menudo también cambian de nombre, porque no podemos comprobar sus certificados originales en la frontera, ¿a que no? Por lo tanto aquí en el Sur, su ficción se convierte en realidad, con sus nuevos carnets de identidad —dijo con una sonrisa amarga—. Aunque no los culpo. Tienen derecho a empezar de nuevo —añadió de mala gana.

Abrió la carpeta naranja que tenía sobre la mesa.

—Mook Miran. Un nombre bastante raro, ¿no te parece? Mook no es un apellido común por aquí abajo y Miran es un nombre demasiado moderno para una mujer casi centenaria.

Dio la vuelta a la carpeta abierta y me la puso delante.

—Se supone que no debo compartir esto con nadie que no sea el personal médico, pero por esta vez voy a romper la norma por ti —me dijo, tras un pequeño titubeo.

La página era una historia clínica, escrita en la letra ilegible de un médico. Empecé a sentir una mezcla de irritación y de enorme cansancio. El fuerte perfume de Haam, junto con la intensa humedad en la habitación, me estaba pasando factura. Le pregunté qué significaba todo aquello.

Sin palabras, la directora Haam pasó a la siguiente página del expediente. Vi más de una docena de imágenes diminutas en blanco y negro de lo que parecía ser la resonancia magnética de un cerebro.

—La abuela Mook tiene un tumor cerebral. Inoperable. Del tamaño de una pelota de tenis... —A Haam se le quebró la voz.

No acerté a decir nada, aunque tenía la boca abierta.

—La abuela Mook siempre ha sido una persona sumamente especial. Muy habladora cuando está de buen humor, como ya sabes. Bromista y mordaz, también. Hay a quienes les resulta estimulante y divertida, mientras que otros la encuentran soberbia y grosera. Suele corregir la gramática y el vocabulario mal empleado del personal de enfermería que no le cae bien, sólo para fastidiarles.

Hizo una pausa para reír. Y en ese momento entendí el motivo de la indisimulada hostilidad de la enfermera Docgo hacia la señora Mook. La directora Haam volvió a poner cara de tristeza y continuó hablando.

—Pero sus expresiones faciales, la forma en que a veces le cambia el semblante, en apenas un segundo, como si de repente el gesto se le separase de la cara, ¿sabes? Y la forma en que se queda mirando al vacío en mitad de una conversación... Todo eso es nuevo. Suponemos que es por el tumor.

Me sudaban las manos.

—La pusimos con la abuela Song en parte porque se llevaban bien. La abuela Song parecía llevarse mucho mejor con Mook que con cualquier otra residente con la que hubiera compartido habitación. Pero la razón principal era que ambas tenían pica.

«Pica.» Era como si ya supiese lo que significaba la palabra antes incluso de descubrirlo.

—Las dos comen cosas que no son comida, en gran parte cosas no nutritivas y perjudiciales. La abuela Song tiene fama de intentar comerse de vez en cuando su propia caca, y la abuela Mook... Bueno, come... tierra —susurró Haam.

Tierra. La directora Haam pronunció la palabra con tanta vergüenza como si estuviera hablando de la promiscuidad sexual de la abuela Mook. Tenía la cara roja como un ladrillo.

—A principios del año pasado, la enfermera Docgo pilló a la abuela Mook atiborrándose de tierra en el jardín de cosmos. Le prohibimos salir a pasear por el jardín durante una semana. Luego la vimos de nuevo la semana siguiente, robando tierra de la maceta de un cactus de Navidad en el vestíbulo.

Me quedé patidifusa. La tierra era lo último que habría relacionado con la perspicaz y altanera señora Mook. Imaginarla arrodillada, recogiendo tierra con las manos para llevársela a la boca, resultaba tan marciano como ver a la directora Haam vestida con un hábito de monja.

Acercó la carpeta naranja hacia ella y pasó unas cuantas hojas más antes de devolvérmela. Se masajeó las sienes con los dedos y me dijo que mirara la foto.

Tardé un rato en identificar lo que se veía en la imagen.

Tenía una textura esponjosa y grumosa a la vez, como una masa sobrefermentada mal trabajada.

Miré con más atención. Entonces vi las cicatrices alargadas y curvas, sobre las que los bordes de piel humana áspera y flácida

caían como cortinas deformes, como si tuviera unas branquias gigantes en el vientre.

Sentí que me mareaba.

—Después de la primera ecografía que le hicimos a la abuela Mook, el doctor Koo me dijo que no tenía útero —me explicó Haam. Movía los dedos desesperadamente alrededor de las sienes. Parecía triste y enfadada—. Dijo que las cicatrices eran muy antiguas. Dijo que ningún médico en su sano juicio realiza ya una histerectomía así. Debió de ser cuando era muy joven. Nunca pudo tener hijos, pobre mujer. Ella misma lo escribió en el formulario de admisión, que no tiene hijos.

Tenía la boca seca como el esparto. La había dejado abierta demasiado rato, sin pronunciar palabra.

—He oído que estos últimos tiempos cuenta unas historias más disparatadas todavía, sobre todo cuando está contigo. No estoy segura de si es por el tumor o sólo es ella, pero la verdad es que no importa. Porque lo que me preocupa eres tú, tu bienestar.

No podía mirar a la directora Haam a los ojos. Me sentía cómplice de la pulsión mitomaníaca.

—Si el pensamiento mágico de la abuela Mook es lo que la hace feliz al final de su vida, me parece estupendo. Bien por ella. Pronto morirá y nadie le dirá que se coma sus palabras. Pero tú, cariño... —Lanzó un nuevo suspiro, largo y áspero esta vez—. Pareces mostrar un interés desmedido en lo que dice. No olvides que te estás recuperando de los engaños que dieron al traste con tu matrimonio. Me niego a ver cómo vuelven a hacerte daño con mentiras, cuando estás aún tan vulnerable, lamiéndote las heridas de tu divorcio.

Mi corazón era como un reloj. Oía su tictac alto y claro.

Me tomé unas vacaciones del trabajo. Casi dos semanas. La directora Haam fue muy comprensiva. Dijo que hacer un viaje me sentaría bien. Sin embargo, pasé casi todo el tiempo encerrada en casa. Por la noche veía viejas películas en la televisión por cable. Durante el día leía novelas y dormía muchas siestas. Aun así, me obligaba a ir al gimnasio tres veces por semana; era la única vez que salía de mi piso.

Seguía lamiéndome las heridas. Pensé en muchas cosas: en mi matrimonio, en mi ex y en mi jefa. Pero sobre todo pensé en la señora Mook. Y en los cuentos que me había contado. Y mi relación con ellos. Aunque siempre había dudado de la veracidad de sus historias e incluso me había jurado a mí misma que continuaría siendo su oyente fiel con independencia de si decía la verdad o no, descubrir su alegre falsedad por boca de otra persona, alguien con autoridad y con pruebas, me dejó en estado de shock. Me recordó la irónica conmoción que sentí al descubrir la verdad sobre mi ex: sabía que la mayoría de los hombres engañan a sus mujeres, pero aun así me quedé estupefacta al saber que mi propio marido me había engañado. Estaba muy enfadada con la señora Mook.

Pero también la compadecía. Me daba lástima que, al igual que el puñado de abuelos fanfarrones con sus fabulaciones delirantes, hubiera tenido que inventarse su vida para redimirse. Las últimas chispas de felicidad que había planeado para sí misma eran de carácter puramente ilusorio. Sentía pena porque la señora Mook parecía estar por encima de todo eso, porque en mi opinión se merecía mucho más. Podría haber utilizado su extraordinaria inteligencia para fines mucho más constructivos.

Y el tumor. Un tumor del tamaño de una pelota de tenis, que seguía creciendo. Eso fue lo que me empujó a ir a verla de nuevo, al menos una última vez. Aunque seguía sintiéndome traicionada, sabía que necesitaba verla por mi propio bien: me sentiría tremendamente culpable si no terminaba lo que había empezado. Necesitaba despedirme de ella como es debido. Necesitaba verle la cara antes de que muriera o perdiera la lucidez. Temía que aquel tumor inoperable, una bomba de relojería en su cabeza, me arrebatara la oportunidad de hablar con ella por última vez.

La vi en el jardín de cosmos. No podía sacarla por la noche, como ella quería, pero al menos podía dejarla disfrutar de la maravillosa tarde soleada en el jardín, adonde ya había llegado la primavera. Todas las ramas de los árboles estaban cubiertas de diminutos brotes verde menta, y toda la hierba reseca y de color arenoso se había visto reemplazada por retoños de firmes briznas verdes. El aire era aún frío como el hielo, pero la brisa que me acariciaba las mejillas era más bien refrescante. Los pájaros gorjeaban con fuerza desde todos los rincones.

Apareció en silla de ruedas, como de costumbre. Esta vez iba acompañada de la señora Hwang, la auxiliar de enfermería más joven de la sección A. La más pizpireta, también.

—Que tengáis una buena charla —nos dijo con su voz de *mezzosoprano*.

Sus mofletes rellenos se elevaron unos centímetros al sonreír. La abuela Mook parecía haberse contagiado de la simpatía de la señora Hwang. Estaba más contenta y relajada que de costumbre. Pese al agradable clima primaveral, aún llevaba la gruesa manta de invierno

sobre el regazo. Le pregunté si tenía frío y me dijo que no, que estaba bien.

Me juré que primero la dejaría disfrutar del buen tiempo durante un rato, pero enseguida se me agotó la paciencia.

—¿Es Mook Miran su verdadero nombre? —le pregunté, tras un breve silencio.

—No —respondió despacio, pero sin vacilación. Su expresión era serena y firme, sin rastro de culpa.

Me sorprendió. Le había hecho la pregunta sin ni siquiera saludarla, pensando que la pillaría por sorpresa.

—¿Cuál es su nombre, entonces?

—Depende de lo que entiendas por mi nombre —respondió, sin cambiar el tono.

—El nombre por el que la conocían su hija y su marido —dije con sequedad.

Me miró directamente a la cara, con el ceño fruncido. Chasqueó la lengua.

—¿Crees que la inteligencia surcoreana me habría dejado conservar mi nombre norcoreano aquí? Ya te expliqué que hice un trato secreto con ellos. ¿Recuerdas las cosas que te conté? Tengo gente que proteger.

Su voz se volvió tensa y seca. Gruñó con fuerza.

Sentí el fuerte impulso de morderme la uña, pero me resistí.

—¿Quieres saber el nombre por el que me conocieron mi marido y mi hija? Es Yongmal. Pero ése tampoco es mi verdadero nombre. ¿Qué quieres saber? Tengo una lista de todos los nombres que he utilizado a lo largo de mi vida. Mi nombre inglés es Deborah. Mi nombre japonés, Kaiyo. ¿Qué esperabas?

Estaba enfadada, cuando era yo la que tenía todo el derecho a estarlo.

—¿Por qué no me dijo lo del tumor cerebral?

—¿Tenía que hacerlo? —Me fulminó con la mirada y luego negó con la cabeza.

Se le iba pasando el enfado, pero la irritación seguía ahí.

—¿Y eso qué más da? Si te lo hubiera dicho, me habrías mirado con lástima desde el primer día. No te pongas sentimental por mi culpa, querida. Yo ya he vivido lo que le corresponde a una mujer según la esperanza media de vida. ¿Qué más da ahora morir de un tumor cerebral o de una angina de pecho o de un cáncer? ¿Y de un ataque al corazón o de gripe? La muerte es la muerte. Moriré de todos modos, con el tumor o sin él.

—¿Y su hija? ¿La que está en Estados Unidos? —Oí el temblor en mi voz.

La señora Mook no parecía enfadada. Parecía habérsele borrado de su rostro cualquier signo de emoción. Sólo le quedaban la mirada vacía y los labios cerrados. En cierto modo, aquello era peor que su ceño fruncido y sus salidas de tono.

—Si lo que quieres es jugar a verdad o mentira, yo no juego —murmuró, como un mensaje de voz sintetizado. Vi cómo se le hinchaban las venas moradas y azules en sus frágiles brazos mientras hacía girar la silla de ruedas, y se alejaba de mí despacio.

Agarré la silla de los mangos. Volvió la cabeza y me miró fijamente, con la misma expresión gélida. Bajé la voz y le dije que lo sentía, y se lo decía de corazón. Volví a repetirlo cuando giró la cabeza para mirar hacia la entrada del jardín.

Me preguntó qué era lo que sentía, sin mirarme.

—No era mi intención husmear. Sobre su familia.

Permaneció inmóvil en la silla de ruedas, sin decir una palabra.

—Si no quiere hablar de su familia, de acuerdo, lo respeto. Pero creo que tengo derecho a que me dé algunas explicaciones sobre otras cosas. A fin de cuentas, me eligió para que escribiera sobre su vida. Fue usted quien me buscó a mí.

Aunque no podía verle la cara, noté cómo iba cambiando de actitud. Aún tenía las manos en los bordes de la silla de ruedas, pero no se había puesto en movimiento todavía.

—¿Puede decirme por qué come tierra? No la estoy juzgando, sólo quiero entenderlo.

La oí resoplar, con ese ruido breve y crujiente. Lo había echado de menos.

Le pregunté si la geofagia era una costumbre nueva derivada del tumor cerebral.

La pregunta la hizo volverse para mirarme. Sentí un profundo alivio.

—No. Ya comía tierra cuando era pequeña. Bastante a menudo. Y mucha. Dejé de hacerlo durante un tiempo, luego empecé a hacerlo de nuevo, como un alcohólico empedernido que vuelve a caer una y otra vez en el dichoso vicio. Pero a los treinta perdí las ganas por completo, así, como por arte de magia.

Clic. Hizo un chasquido con los dedos largos y esqueléticos. Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro.

—No volví a recaer durante más de medio siglo. Entonces, un día, sin más, recuperé la costumbre. Como si nunca la hubiera abandonado.

Su sonrisa se transformó en una sonrisa radiante, sin reservas, como la de una niña feliz.

Utilizaba el lenguaje de la enfermedad para describir la afección, hablando de recaídas y de alcoholismo, pero al pensar en ella se le iluminaba la cara de euforia, como alguien que acabara de recuperar el sentido del gusto, perdido hacía tiempo.

Dijo que, a medida que envejecen, las personas parecen retroceder en el tiempo. La abuela Song había vuelto a sus primeros años de adolescencia; muchas otras enfermas de alzhéimer de Golden Sunset habían olvidado las caras de sus hijas y habían empezado a llamar a sus hijos por el nombre de sus maridos. Pero las personas sin alzhéimer también retroceden en el tiempo a su manera. Vuelven a recuperar viejos hábitos que casi habían borrado de su memoria. Muchos se convierten en niños pequeños: sus cuerpos se encogen, no pueden caminar solos, llevan pañales y se les caen los dientes. Sus sonrisas llenas de encías se parecen cada vez más a las de los recién nacidos: candorosas e inocentes. Se vuelven indefensos. Necesitan los ojos y los brazos de los demás las veinticuatro horas del día, igual que los bebés. Pero la diferencia primordial entre ellos y los bebés es que no tienen futuro, me dijo. Y por eso puede justificarse que vuelvan a sus antiguos hábitos nocivos. No les queda mucho futuro que destruir, sólo pequeños momentos de felicidad que perseguir y que tal vez no vuelvan a repetirse al día siguiente. Si tienes un cuerpo derrotado de noventa años y se te antoja un cigarrillo, te lo fumas, dijo.

—Si me entran unas ganas locas de comer tierra, me la como. No es que me muera por tener un cuerpo sano y vivir hasta los ciento diez años. —La señora Mook se rió entre dientes. Dijo que el *carpe*

diem no era algo que debiera predicarse entre los adolescentes, que ya eran bastante imprudentes de por sí, sino que estaba pensado para cuerpos viejos y esmirriados como el suyo—. «Aprovecha el día.» Puede que no haya un mañana, literalmente —susurró, y volvió a reírse.

Me dijo que las personas mayores son como los salmones: sus mentes siguen nadando contra las corrientes del tiempo y los recuerdos. No saben por qué lo hacen, es sólo que están programados así. Los ancianos hablan a menudo del *gohyang*, su lugar de nacimiento, donde están arraigados los recuerdos de su infancia. Incluso muchos refugiados de Corea del Norte que conoció en China y Corea del Sur, personas que habían arriesgado sus vidas para escapar de su patria totalitaria, sueñan con frecuencia con regresar a su *gohyang*. Dicen que esos sueños acaban casi siempre en pesadillas, en las que se parten la crisma tratando de huir de la policía secreta norcoreana. Se despiertan con la cara y las axilas empapadas de sudor y con un grito atrapado bajo la lengua. De vez en cuando, sin embargo, se sorprenden ansiando soñar esas mismas pesadillas, pues son la única forma que tienen de volver a ver su *gohyang.*

Reconoció la expresión de perplejidad en mi rostro y me preguntó dónde estaba mi *gohyang*, seguramente en un intento por ayudarme a entender lo que acababa de decirme.

—Soy de Ulsan, Gyeongsang-do —le contesté.

Pero añadí que no sentía mucha nostalgia por Ulsan, que ni siquiera pensaba en ella muy a menudo. No tenía ningún deseo de volver allí a vivir. Prefería Seúl o Incheon.

—¿Significa esto que aún soy demasiado joven? —bromeé entonces.

Me contestó con un no rotundo. Me dijo que no echaba de menos mi *gohyang* porque sabía que podía ir allí cuando quisiera; lo único que tenía que hacer era comprar un billete y coger el siguiente tren rápido a Ulsan en la estación de Seúl. Sin embargo, cuando sabes que nunca podrás volver, todo cambia. Me dijo que imaginara que me prohibían volver a mi *gohyang* para siempre.

—El origen de tus primeros recuerdos, donde se formó tu concepto sobre la familia y sobre la amistad. Sabes que está ahí, donde siempre ha estado, pero de algún modo te está vedado para siempre. Imagínatelo —murmuró.

Le pregunté qué era lo que más echaba de menos de su *gohyang*. Me contestó que, sobre todo, echaba de menos la tierra.

—¿A que es gracioso? —dijo—. Soy un caso perdido, ¿verdad? —Arrugó la nariz fingiendo una mueca de asco.

»Mi primera misión para el servicio de inteligencia fue aquí, en Paju —susurró, con los ojos vidriosos—. Está tan cerca de Corea del Norte que incluso ahora, en los días sin viento, se oye la propaganda de la radio norcoreana.

»Hace mucho tiempo, cuando tenían la enorme base militar estadounidense al final de la carretera, más al norte, me obligaron a recopilar información. Me entrenaron para dibujar el plano detallado de la base dentro de mi cabeza y memorizarlo. Aún lo veo con claridad meridiana si cierro los ojos.

Y con los ojos cerrados, levantó la mano derecha. Un director de orquesta ciego, moviendo una batuta invisible. O una bailarina:

bailando enérgicamente con los dedos en el aire, haciendo una pirueta tras otra.

—Pero ese mapa es inútil ahora. La base está vacía, obsoleta.

Bajó la voz y abrió los ojos despacio. Inclinó los hombros enjutos hacia delante.

—Sin embargo, la tierra sigue siendo la misma. La tierra de Paju es muy parecida a la que comía de niña en el Norte, en mi *gohyang*.

Una sonrisa nostálgica se apoderó de nuevo de su rostro.

Hablando de volver a casa, dijo que tenía una sugerencia formal que hacer a Golden Sunset y que quería canalizarla a través de mí. Le contesté que sentía curiosidad por oírla. Se aclaró la garganta y me comunicó que deberíamos construir una parada de autobús delante del edificio principal. Una en condiciones, con un banco grande de madera, la marquesina hecha con fuertes columnas metálicas, con las paredes y el techo de cristal, para que los residentes pudieran disfrutar de la luz del sol cuando hiciera buen tiempo, pero también guarecerse de la lluvia y el fuerte viento durante las tormentas.

Se paró a reír un poco al ver mi cara de sorpresa. Me aseguró que se refería a una parada de mentira, no una de verdad, adonde los residentes pudieran escapar libremente. Dijo que, de hecho, serviría para todo lo contrario: para que se quedaran, a salvo, en Golden Sunset.

En la sala de lectura, hojeando los periódicos, había encontrado un artículo sobre una residencia para ancianos con alzhéimer en Alemania.

—No eres la única que lee revistas y periódicos aquí —dijo con un guiño.

Después de una serie de incidentes regulares que implicaban a ancianos desaparecidos, según el artículo, la residencia había decidido construir una pequeña parada de autobús cerca de la puerta principal. Como los salmones, guiados por su instinto de regresar al lugar donde nacieron, los residentes que salían del centro empezaron a refugiarse en la parada, pensando que esperaban un autobús que los llevara a casa. Hubo un par de accidentes de coche provocados por residentes varones que se habían escapado del centro y deambulaban por la autopista cercana; en invierno, habían encontrado a unos cuantos en distintos puntos de los amplios jardines, sobre todo entre los arbustos y detrás de grandes plátanos, en un estado próximo a la hipotermia. La parada de autobús había puesto fin a aquellas peligrosas escapadas.

Mientras esperaban el autobús en el banco, los ancianos tenían ocasión de hablar entre ellos, buscando y hallando consuelo en su compañía. Un autobús los recogía y los llevaba a dar una vuelta de diez minutos por el barrio, y luego los devolvía al centro, diciéndoles que habían llegado, que estaban en casa. De ese modo, al sentir que habían vuelto adonde debían, nadie se resistía a regresar a sus habitaciones. Lo hacían voluntaria y plácidamente.

—La abuela Song estará mucho más segura y feliz con una parada de autobús en Golden Sunset —dijo la señora Mook—. Se acabaron las persecuciones a medianoche con las enfermeras corriendo como locas con jeringuillas de haloperidol.

Le dije que era una idea excelente y ella sonrió. Le di las gracias y le prometí que haría todo lo posible para que su sugerencia se llevara a la práctica. Mi aprobación la hizo sonrojarse. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —me dijo en voz baja.

Me sentí bien viéndola ablandarse.

—Hoy es tu día de suerte —añadió secándose los ojos con la manga de su bata blanca de residente.

Tiró de una esquina de la gruesa manta que cubría su regazo y reveló lo que había debajo. Sobre los muslos huesudos, en equilibrio con los pies de puntillas, había una pequeña pila de cuadernos. Me hizo una seña para que los cogiera.

—Vamos —dijo con impaciencia.

Había siete en total. Tenían una cubierta blanda y estaban hechos de papel fino de color beis ligeramente transparente, como el *hanji*, el papel tradicional coreano hecho con moreras. Cada página era lisa y un poco satinada, agradable al tacto.

Todas las tapas de los cuadernos llevaban el mismo título: *8 vidas*. Debajo del título, sin embargo, cada tapa tenía un número diferente, del dos al ocho. Cada hoja de los cuadernos estaba llena con la letra grande y desigual de la abuela Mook.

—Todo en letra de imprenta. Sólo tenía lápices de cera gruesa para escribir —dijo—. Ya te dije que no guardaba nada prohibido en el cajón, ¿no? —Me miró con aire triunfal, como si acabara de ganar una apuesta.

Recordé la cómoda de madera de su habitación y su cajón inferior, donde había visto de refilón un montón de papeles y un revoltijo de pequeños objetos de colores. Ahora comprendía lo que eran y lo que quería decirme: en las habitaciones de los residentes de la sección A estaba prohibido tener cualquier objeto punzante, incluidos bolígrafos y lápices, así que la abuela Mook había recurrido a escribir con ceras.

Dijo que esas libretas contenían su vida.

—Ahí dentro sólo encontrarás la verdad —susurró—, pero, por supuesto, mi versión de la verdad.

Le pregunté por qué me había elegido a mí para aquello.

—Tú aceptaste escribir mi necrológica. Plantéatelo como una versión más larga —me respondió.

Le pregunté el porqué del título: *8 vidas*. Se encogió de hombros y adelantó el labio inferior. «Eso no tiene demasiada importancia», decía su lenguaje corporal.

—Fue lo que prometimos, ¿verdad? Ocho palabras. ¿Te parece razón suficiente? —me contestó, y volvió a encoger los hombros—. Además, me gusta el número, igual que a ti te gusta el tres. —Me obsequió con una sonrisa maliciosa.

Explicó que también era el número favorito de los chinos, símbolo de riqueza y fortuna.

—Pero, sobre todo, me encanta la forma que tiene —murmuró—, esos preciosos bucles curvilíneos que se pueden dibujar de un solo trazo continuo. Cuando dibujas un ocho perfecto, no se ve dónde empieza y dónde acaba.

Esbozó el número en el aire con el dedo, con la medida cadencia de un poeta; al trazar los semicírculos ascendentes y deslizarse de nuevo hacia abajo, frenó con elegancia y aceleró de nuevo al acercarse a la esbelta cintura, la intersección de las líneas.

—¿Dónde está el cuaderno número uno? —le pregunté—. Aquí sólo veo del dos al ocho, así que sólo son siete vidas en total. No ocho.

Arrugó los labios y levantó las palmas de las manos hacia mí, como si lo que acababa de decir no tuviera sentido.

—Sí. ¿Dónde está? ¿Ya está listo? —dijo respondiéndome con otra pregunta.

Me explicó que lo que yo estaba escribiendo como su necrológica serviría como capítulo inicial de *8 vidas*. Estaba segura de que ilustraría muy bien cómo su vida se había transmutado en un libro.

—Te confío plenos poderes sobre el libro —dijo con su fingida solemnidad, como un cura absolviendo a un pecador. Le temblaban las manos mientras hacía la señal de la cruz en mi dirección.

Aún tenía muchas preguntas sobre los siete cuadernos, pero supuse que la mayoría hallarían una respuesta natural cuando me sentara a leerlos. Sin embargo, una pregunta destacaba sobre las demás.

Le pregunté cómo había encontrado tiempo para escribir. Tenía que haberle llevado bastante, varias horas ininterrumpidas al día durante al menos seis meses, según mis cálculos. En la sección A, los residentes estaban controlados las veinticuatro horas del día. Y para facilitar la vigilancia, los horarios giraban en torno a las actividades en grupo. Yo creía que la abuela Mook aprovechaba el ratito de tiempo libre diario que tenía para hojear los periódicos en la sala de lectura.

—Escribía por la noche —me dijo—. Es cuando todo está más tranquilo. El mejor momento para pensar. —En sus labios afloró una sonrisa débil—. No elegí compartir habitación con la abuela Song sólo porque quisiera ayudarla, sino también porque ella podía ayudarme a mí.

»A la abuela Song le dan somníferos casi todas las noches, o a veces inyecciones de haloperidol, para calmar su agitación nocturna. Entonces duerme tan profundamente que ni siquiera un terremoto

sería capaz de despertarla. Apagan todas las luces de las habitaciones, pero yo enciendo la luz de mi móvil y escribo.

—¿Tiene un móvil? —exclamé, atónita—. ¡Me dijo que no tenía nada que estuviera prohibido!

Me contestó que yo solamente le había preguntado por lo que guardaba en el cajón inferior de su cómoda de madera.

—Y ahora me dirás que eso es trampa. Puede ser. Pero no te dije ninguna mentira.

—¿Cómo consiguió el móvil? —pregunté.

Bajó la cabeza y soltó un leve suspiro.

—Digamos que tú no eres la única admiradora que tengo aquí dentro —me respondió levantando la cabeza con aire lánguido. Sus ojos entrecerrados parecían estar suplicándome: «No me hagas preguntas y no te mentiré.»

Pensé en la chispeante señora Hwang, la auxiliar de enfermería más joven de la sección A. Sin embargo, no añadí nada más. No quería que nadie dijera nombres.

Un largo silencio nos dividió.

Mi cabeza bullía con una amalgama de pensamientos contradictorios, pero la de la señora Mook parecía estar en su propio mundo de paz. Ya tenía los ojos medio cerrados, adormilados por los recuerdos. Observé cómo las patas de gallo que los rodeaban hundían aún más sus surcos en la piel mientras una expresión de soñadora satisfacción se desplegaba despacio por su rostro.

Me agaché para verla mejor. Acerqué la nariz a su pelo blanco como el hueso y aspiré el aire que la rodeaba. Percibí un leve olor a cachorro en un día de lluvia, algo que siempre había relacionado con la gente muy mayor. El aroma dulce y sulfúreo me reconfortó.

Las dos estábamos mirando por encima de la valla del jardín hacia una gigantesca zelkova japonesa que se erguía, de forma brusca y solitaria, a varias decenas de metros de Golden Sunset. Tenía las ramas ya tan llenas de hojas que, desde lejos, el árbol parecía una enorme cabeza de brócoli, pero si lo mirabas de cerca, veías sus miles de diminutas hojas verdes brillar cuando la luz almibarada del atardecer se derramaba sobre ellas. Se replegaban acongojadas sobre sí mismas cuando el viento se ensañaba con sus bordes.

Miré a la señora Mook, mientras sentía de nuevo en la cara el azote del viento del norte.

La vi inspirar profundamente, abriendo las fosas nasales al máximo, como un toro encabritado. Supe de qué estaba embebiéndose a través del aire.

Mirando a aquellos viejos ojos ladinos, le formulé la pregunta que antes no me habría atrevido a formular, la que me había sentido casi en la obligación moral de hacerle, como un sacerdote frente a un condenado a muerte.

Le pregunté si se arrepentía de los asesinatos que había cometido.

Lanzó un resoplido.

—¿Eso te haría sentir mejor? —dijo—. Porque si te dijera que me arrepiento, ¿eso es que debo de sentir un poco de culpa?

Cerró los ojos y abrió la boca. Volvió a inspirar hondo y una sonrisa inocente apareció en su rostro.

—No oso compadecerme, querida, como no oso perdonar.

A la mañana siguiente, muy temprano, me despertó la llamada de la directora Haam. Me preguntó, con un aplomo frío en la voz, si por

casualidad yo ya lo sabía. En circunstancias normales, la inusitada gravedad de su tono me habría intimidado, pero eran las seis de la mañana de un sábado y yo estaba en la cama, todavía grogui por un sueño que me había estado dando esquinazo hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Se puede saber de qué...? ¿Que si ya sé el qué? —mascullé entre dientes.

Oí a Haam exhalar un largo suspiro.

—Vaaale —dijo.

Fuera cual fuese la acusación, mi genuina reacción de perplejidad parecía haberme exonerado.

—Es que me daba pavor —continuó diciendo—. No dejaba de preguntarme si habrías tenido algo que ver con esto. En ese caso, me habría llevado una gran decepción.

Percibí el hipotético enfado persistente en su voz, lo que me irritó aún más.

—¿De qué me está hablando? —le espeté.

Haam me hizo un breve resumen de lo que había ocurrido durante la noche.

Me levanté y me vestí. No me molesté en ducharme. No necesitaba café. Lo que acababa de oír ya me estaba bombeando agria adrenalina por todo el cuerpo. Mientras conducía hacia Golden Sunset, pensé en la mirada suplicante de la señora Mook del día anterior, implorándome que no le hiciera más preguntas sobre lo que se traía entre manos. «No me hagas preguntas y no te mentiré.» Yo creía que sólo pretendía protegerse guardando su secreto, pero me di cuenta de que lo que quería era protegerme a mí. Sabía que mi ignorancia demostraría mi inocencia. Si hubiera tenido alguna

sospecha, por mínima que fuera, de lo que iba a hacer, la ansiedad y la culpabilidad se me habrían transparentado a través de la delgada piel, invitando a recelos equivocados por parte del personal de Golden Sunset.

La abuela Song se había despertado demasiado pronto y había empezado a reírse con mucho alboroto y luego se había puesto a cantar. No querían que despertara a toda la planta, así que habían ido a su habitación para ponerle una inyección con un sedante para calmarla. Sin embargo, cuando entraron en el cuarto se dieron cuenta de que la cama de la señora Mook estaba vacía. Llamaron a los guardias de seguridad y registraron la planta en vano. Rápidamente ampliaron la búsqueda a todas las habitaciones y los rincones más recónditos de Golden Sunset, que incluía dos edificios, dos grandes jardines y un aparcamiento. Aun así, fue en vano. No había ni una sola pista, ninguna señal de que hubiera entrado o salido alguien, pues todas las ventanas y puertas de las instalaciones de la residencia estaban cerradas a cal y canto. La señora Mook había desaparecido. Decidieron llamar a la policía. La directora Haam también me llamó a mí.

Horas más tarde, cuando la policía amplió la búsqueda más allá de Golden Sunset, por detrás del terreno abandonado tras el jardín de cosmos, y empezaron a recorrer el estrecho pasaje que se adentraba en el bosque oscuro y espeso de altos abedules, hallaron el primer rastro: su bata de color blanco. Cuatro miembros del personal de Golden Sunset, incluidas Haam y yo, nos incorporamos al sendero y

continuamos adentrándonos en el bosque. Llegamos al pequeño claro cerca del extremo norte y fue allí donde la encontramos.

Aún no saben cómo escapó de la residencia en plena noche, sin que nadie se diera cuenta. Una de las cámaras de seguridad estaba averiada, mientras que las demás no habían conseguido captar ni una sola imagen de ella. El vigilante de seguridad que estaba de guardia afirmó que había permanecido despierto toda la noche, pero que no había visto nada. La policía dijo que no iba a abrir ninguna investigación, dado que se trataba de una anciana del pabellón de residentes con alzhéimer, aquejada además de un tumor cerebral inoperable. Ningún familiar había solicitado una autopsia. Suponían que había muerto de hipotermia: por la noche la temperatura exterior podía descender hasta los dos grados centígrados. Sólo llevaba una fina bata blanca de residente y un par de sandalias de goma, sin calcetines. Cerraron el caso dictaminando que había sido un desafortunado accidente.

Cuando encontramos su cadáver en el claro me quedé en estado de shock, pero no lo manifesté, como habría hecho en otras circunstancias, porque para mi sorpresa la directora Haam parecía estar mucho peor que yo. Era la primera vez que la veía presentarse en el trabajo sin maquillaje. Tenía rotas un par de las uñas rojas y los ojos hinchados. Nunca la había visto llorar; le temblaba todo el cuerpo y también la voz. Me acerqué a ella y le susurré al oído que no debía sentirse culpable por nada de aquello. Era inevitable y no había nada que pudiéramos haber hecho de otra manera.

—Ya sabe cómo era la señora Mook —le dije—. Siempre acababa saliéndose con la suya, de una forma u otra.

Abrazando aún a la directora, di media vuelta y me topé con la señora Hwang.

Estaba de pie detrás del grupo de policías, llorando, recostada en la enfermera Docgo. Sus sollozos eran más agudos que su habitual voz de *mezzosoprano* y la enfermera tuvo que abrazarla y mecerla como a un bebé para calmarla. La conmoción y el dolor de la señora Hwang no parecían fingidos, así que desestimé mi suspicacia inicial: que podría haber sido cómplice de la señora Mook en ese último plan suyo.

Esa misma tarde llegó otra sorpresa.

Hacia las cuatro de la tarde, una joven pareja se presentó en Golden Sunset. Una mujer coreana y un hombre extranjero. El hombre llamaba poderosamente la atención: una residencia pública de ancianos en el campo coreano no es un lugar donde se suela ver a alguien de raza caucásica. Era muy alto y moreno. Su vestimenta no podía ser más genérica —pantalones de algodón beis oscuro, zapatos de cuero negro y una ligera chaqueta negra acolchada—, pero destacaba como un cisne negro entre sus hermanos blancos. Las dos jóvenes recepcionistas de Golden Sunset se pusieron a murmurar entre ellas, alargando el cuello, comentando lo alto y guapo que era el extranjero.

La mujer que estaba a su lado apenas merecía un vistazo. «Tiene un aspecto bastante normalito.» Los murmullos de decepción de las recepcionistas estaban preñados de envidia. De pie junto a su compañero, parecía bajita, una mujer normal y corriente. Sin embargo, cuando la pareja echó a andar despacio hacia mí, me di cuenta de que ella no era baja: me sacaba al menos diez centímetros. Llevaba unos vaqueros azul oscuro, una gabardina

negra y una bufanda gris. El pelo negro sin teñir le caía alrededor de los lóbulos de las orejas. No llevaba maquillaje. Me di cuenta de que se trataba de gente que no quería llamar la atención, pero que, al final, la atrae sin po-der evitarlo.

Tenía unos pómulos muy marcados y una nariz demasiado pequeña para considerarla atractiva. No era la típica belleza coreana. Aun así, me cautivó: debía de ser por la forma en que se movía con su esbelto cuerpo, ágil y grácil, como un galgo. Me tendió la mano y me dijo que se llamaba Mihee, como suelen presentarse los americanos en las películas. Pero su voz era suave y su acento de Seúl era impecable, así que no pensé que fuera estadounidense. Aunque me pregunté por qué me había elegido a mí entre los seis miembros del personal que había en el vestíbulo. Resultaba que yo era la de mayor rango (los demás eran recepcionistas jóvenes y auxiliares de enfermería de mediana edad), pero por lo general era la última persona que transmitía algún aire de autoridad. A pesar de mi desconcierto, la joven continuó hablando.

—He venido a buscar a la señora Mook Miran. Soy su hija.

El aire de Golden Sunset se quedó congelado durante unos instantes.

La alegre sonrisa de la joven me decía que no venía preparada para el funeral.

La pareja se quedó esperando en el despacho de la directora Haam.

Nunca había visto a la directora tan hecha polvo. Pese a ser una mujer grande y de espalda ancha, ese día parecía muy pequeña. La serie de acontecimientos y novedades inesperadas la habían

destrozado. Al borde de las lágrimas, Haam me dijo que ella no tenía ni idea de su existencia, la de aquella hija de la señora Mook que estaba sentada en su despacho con su marido estadounidense, y la creí: parecía más aturdida que yo.

Me rogó que la ayudara. Quería que fuera al despacho y hablara con la pareja. Yo era la persona más cercana a la señora Mook, dijo, y la última que había hablado con ella antes de morir. Para mi sorpresa, entré en la habitación sin dudarlo mucho, aunque sabía que aceptar ser la portavoz implicaba tener que darles la triste noticia. Sin embargo, pese al miedo que tenía, ardía en deseos de conocer a la hija de la anciana.

Tenía los dedos delicados, una mujer de huesos muy finos. Al principio temí que aquella señora tan frágil se derrumbase delante de mí al oír la noticia, rompiendo de paso mi dique de emociones, que tan bien había aguantado durante todo el día. Pero se lo tomó mejor que la mayoría del personal de Golden Sunset. Durante los primeros segundos, fue como si se hubiera quedado de piedra. No dejó escapar ningún sonido, no hizo ningún movimiento. Cuando empezó a agitar las manos, me preparé, anticipando el estallido, pero ella cerró los ojos con fuerza, como si rezara. En cambio, los grandes ojos oscuros de su marido se humedecieron. Le puso una mano en la parte baja de la espalda y con la otra le agarró los dedos. Aquello me hizo sentir muy sola. Y aliviada. Sabía que la señora Mook habría sentido lo mismo al ver a su hija y a su marido así, juntos en silencio.

Lo interrumpió la suave risa de Mihee.

—Esto es tan típico de ella... —murmuró para sí, moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro. Una sonrisa triste se dibujó

en sus labios—. Usted es la señora Lee Sae-ri, ¿verdad? Su biógrafa.

Mihee entrecerró los ojos. Con el brazo apoyado en la mesa, levantó un instante los dedos índice y corazón, como sujetando un cigarrillo invisible. No era la viva imagen de la señora Mook, pero compartían los mismos gestos. Movimientos rápidos de las manos, el tono sosegado de su voz, las risas y los suspiros apagados. El mismo encanto fuera de lo común.

Quise confesarle que en realidad no era su biógrafa, sino una simple redactora de necrológicas, pero no me pareció el momento oportuno para contradecirla, así que me callé.

—A estas alturas debe de saber tanto de ella como yo, ¿verdad, señora Lee? —dijo Mihee.

—Pues está visto que no —respondí con sinceridad.

No me atreví a decirle que hasta entonces no había creído en su existencia. En vez de eso, le dije que no sabía que iba a venir.

—¿Sabía la señora Mook que iban a venir? —le pregunté.

Mihee lanzó un resoplido, haciendo el mismo sonido exacto que su madre.

—¿Usted qué cree? —Volvió a levantar los dedos, arqueando las cejas—. Pues claro que lo sabía.

Le hablé de los siete cuadernos que la señora Mook me había dado el día anterior.

—¿Le dijo que cambiara todos los nombres de los personajes? —preguntó Mihee.

Respondí que no.

—¿Lo ve? —dijo Mihee cerrando los ojos—. Si hubiera tenido intención de seguir aquí, le habría pedido que cambiara los nombres primero. Sabía lo que hacía.

Se le quebró la voz. Se cubrió la cara con ambas manos. Respiró hondo varias veces y volvió a poner las manos sobre la mesa. No vi lágrimas, pero tenía los ojos enrojecidos. Entonces le susurró a su marido en coreano que le gustaría hablar conmigo en privado.

—Claro —respondió él en un coreano impecable, para mi sorpresa. Antes de salir, la atrajo hacia sí y le besó la sien durante unos largos segundos.

—He venido hoy aquí con el propósito de llevarme a mi madre a casa con nosotros, a Estados Unidos —confesó Mihee, con un pequeño gemido—. Y ella lo sabía. No he podido venir a verla aquí antes, debido a nuestras circunstancias un poco peculiares, como sabe, pero hablábamos con regularidad.

«Con su móvil», pensé, el que la policía no había podido encontrar. Yo la registré a ella por todo el cuerpo y luego busqué por todo el claro, pero tampoco había dado con él.

—Tras tomar la decisión en Corea del Sur de entregarnos, mantuvimos un perfil bajo. Después de entregarnos, más bajo aún. Me trasladé a Estados Unidos con mi marido estadounidense. Esperamos hasta que obtuviera la nacionalidad y pudiera invitar legalmente a mi madre a vivir con nosotros en Estados Unidos. Así era como queríamos hacer las cosas, de manera limpia y legal, porque estábamos hartas de vivir en la clandestinidad durante tanto tiempo. Cuando me contó lo del tumor, le dije que no importaba. Le dije que estaría con nosotros de todos modos, mientras estuviera viva, respirando.

Mihee desvió la mirada y fijó la vista en la pared lateral del despacho, que estaba cubierta de los dibujos de los hijos de la directora Haam.

—Mamá adoraba a Aram, su nieto... —Mihee no pudo evitar que le temblara la voz, aunque seguía luchando por combatir las lágrimas —. Yo ya sabía que no le entusiasmaba la idea de abandonar Corea. Sabía que no quería mudarse a otro país a su edad. Le daba miedo acabar siendo una carga para nosotros. Pensé que cuando estuviera allí con nosotros cambiaría de opinión, pero lo único positivo que decía cuando hablábamos del plan era: «Bueno, al menos así podré ver a Aram todos los días.»

Hundió la cabeza en el pecho. Juntó las manos y las puso entre las rodillas separadas. Como si se estuviera disculpando.

—Mamá lo sabía —dijo en voz baja—. Ella lo sabía. Que estando conmigo nunca podría haber hecho una cosa así.

Mihee permaneció callada e inmóvil un momento. Luego esbozó una sonrisa trabajosa, con los ojos inyectados en sangre brillantes por el esfuerzo.

—Lo último que habría querido es tenerme aquí llorando por los rincones —dijo sorbiendo por la nariz—. No llevaba muy bien el sentimentalismo. No le gustaba manifestarlo ni soportaba verlo en los demás. Ni siquiera conmigo.

Se le escapó una risa nostálgica.

—La única excepción era papá. El sentimentalismo entre ellos no tenía límites. Nunca vi en Corea del Norte a una pareja que se relacionase de una forma tan física y emotiva. Una vez hasta los detuvieron acusados de ofensa contra la moral, porque iban cogidos de la mano en público, en Pionyang, en los años sesenta.

A Mihee se le humedecieron los ojos, pero estaba sonriendo.

—Mi madre sólo mencionó la muerte de mi padre una vez, cuando me dio la noticia. Nunca volvió a sacar el tema. Se sentía culpable

porque mientras nosotras vivíamos aquí en el Sur con otros nombres, él había muerto solo, en Corea del Norte.

—¿Cree que eligió hacer lo mismo, morir sola, para castigarse? —le pregunté.

Mihee guardó silencio. Se secó las lágrimas de las mejillas con la palma de la mano, ocultando sus ojos durante un par de segundos.

—Yo no lo creo —dije para mí.

Se me quedó mirando con los ojos enrojecidos, sin decir nada.

—Quizá ése fuera uno de los motivos, no estoy segura. Pero no fue el único ni el más importante. —De esto último yo estaba convencida.

Le pregunté si ella también padecía geofagia, en la duda de si la enfermedad era hereditaria.

Al principio me miró con cara inexpresiva, pero luego frunció el ceño, desconcertada. Me di cuenta de que no sabía lo que significaba la palabra, así que se lo expliqué.

Me contestó que no y me dijo que era adoptada, por lo que no podía saber si el trastorno era hereditario. Murmuró que no sabía que su madre padecía esa enfermedad, que nunca le había hablado de ella.

En realidad, había algo en lo que Mihee no se equivocaba: puede que conociera bastante bien a la señora Mook, incluso mejor de lo que yo misma creía. Reflexioné sobre la extraña naturaleza de la intimidad humana, cómo a veces confiamos en unos desconocidos y les contamos secretos que no podríamos revelar a nuestros seres más cercanos. Sentí un dolor repentino en los huesos, una oleada de nostalgia. Iba a echar de menos a la señora Mook.

Le pregunté si estaba lista para ir a ver el cadáver de su madre.

Suele decirse que somos lo que comemos. La señora Mook había probado y comido la tierra de los lugares en los que había estado, así que no sólo había sido muchas personas distintas, sino también muchos lugares.

Decía que la tierra de Paju le recordaba a su pueblo natal en Corea del Norte. Paju está tan cerca de ésta que en días de calma se oyen los altavoces de la propaganda norcoreana anunciando a bombo y platillo sus promesas obsoletas, enalteciendo sus días de gloria pretérita. Un lugar del pasado al que no se puede volver.

Cuando le pregunté a Mihee si estaba preparada para ver el cadáver de su madre, me dijo que antes le contara qué aspecto tenía cuando la encontramos. Me pidió que se lo describiera con todos los detalles, sin suavizarlos.

—Mi madre me crió para ser una mujer fuerte —dijo—. Puedo soportar la verdad.

Así que le dije la verdad, tal como la vi.

La encontramos en el pequeño claro dentro del bosque de altos abedules.

El viento volvía a soplar del norte y me pareció percibir un olorcillo a basura recalentada por el sol. Sin embargo, al acercarme y arrodillarme junto a su cuerpo, se convirtió en algo más. El olor era extraño y familiar a la vez. Lo más parecido que se me ocurría para describirlo era el del *yulmu-cha*, el té coreano que se hace con lágrimas de Job; ese té de cereales opaco, tan espeso y lechoso que a veces parece papilla al deslizarse por la garganta. El aroma reconfortante a nata y frutos secos. Ésa era la ironía que encerraba la *sanak*, su olor repulsivo y dulzón. El aroma le emanaba de la boca

y de las dos manos. Lucía bajo las uñas unas pequeñas medias lunas oscuras de color verde.

Estaba despatarrada en el suelo verde. La extensa mata de pelo blanco, ovillada en torno a su cabeza durmiente, parecía una almohada hecha de nieve. El apacible abandono de una niña dormida en su cama, moviendo los brazos y las piernas sobre la nieve para dibujar la forma de una mariposa, antes de entregarse al sueño.

Me agaché un poco más y luego miré al cielo.

Era azul, sin nubes y despejado por completo. Llevaba haciendo el mismo tiempo los dos últimos días, así que debió de disfrutar de un firmamento nocturno perfecto, cuajado de estrellas. Entre los labios entreabiertos, vi la punta mellada de su incisivo. Tenía las comisuras de sus labios ligeramente torcidas hacia arriba, como dibujando una sonrisa, lo que dejaba atrapadas para siempre las cicatrices de sus mejillas en las arrugas verticales: un par de hoyuelos tatuados.

Cuando nadie miraba, le abrí un poco más la boca, con la mayor delicadeza posible.

Y ahí estaba, su lengua.

La desvergonzada farsante que la había sacado adelante una vida tras otra.

Como era de esperar, estaba recubierta de una gruesa capa de tierra, como la cobertura de azúcar granulado y ácido de un caramelo.

Agradecimientos

Muchos de los sucesos narrados en esta novela ocurrieron en la vida real, aunque me he tomado algunas licencias modificando las fechas y algunos datos. *Cuentacuentos* está inspirado en las historias de las supervivientes de las Estaciones de Consuelo, sobre todo en *Herstory*, de Chung Seo-woon, *Song of a Butterfly*, de Chung Ki-young, y *Spirits' Homecoming*, de Cho Jung-rae. Para determinados detalles sobre la vida en Corea del Norte y el espionaje, consulté *Querido Líder: Vivir en Corea del Norte*, de Barbara Demick, *La chica de los siete nombres: la historia de una huida de Corea del Norte*, de Hyeonseo Lee, *Espía y traidor: La mayor historia de espionaje de la Guerra Fría*, de Ben Macintyre, y *Your Republic Is Calling You*, de Kim Young-ha. La premisa de la impostura de *Yo, yo misma y el lunar* está inspirada en la famosa historia real de Arnaud du Tilh.

Varios capítulos de esta novela han sido publicados en revistas literarias estadounidenses como relatos cortos. «La Virgen Fantasma en la frontera norcoreana» apareció en *Meridian*, en el número de verano de 2018. «Cuando dejé de comer tierra» apareció en *Black Warrior Review*, en el número de otoño/invierno de 2019. «Cuentacuentos» se publicó en *Pleiades*, en el número de invierno de 2020. «Hasta derrumbar la casa» apareció en *Shenandoah*, en el

número de otoño de 2020. «Yo, yo misma y el lunar» se publicó en *The Massachusetts Review*, en el número de otoño de 2021.

Gracias a mi agente Nicki Richesin; a mi editora Anna Kelly, de Virago, y su increíble equipo, incluidas Zoe Carroll y Hazel Orme; a Mary Gaule y Emma Kupor, de Harper; a Erin Wicks, Jenny Meyer y el gran equipo de Wendy Sherman Associates, junto con Callie Deitrick y Heidi Gall, Page Richards y Brittani Sonnenberg; a mis amigos desertores norcoreanos de la Iglesia de Seúl, y a Joo-myeong.

Gracias a mi hija y a mi hijo, a mis padres y a Jonafe, a mi tío Kim Jin-soo y a mi tía Lee Jeom-soon, a mi difunta abuela Kim Nam-soon y a mi difunta tía abuela Kim Byeong-nyeo, cuyas vivencias inspiraron esta novela.

Por último, gracias, como siempre, a mi marido.

¿Cuántas vidas se necesitan para sobrevivir a las turbulencias de las guerras de Corea?



A sus casi cien años, Mook Miran pensaba que se llevaría sus secretos a la tumba, pero, en lugar de eso, una empleada de la residencia de ancianos le ofrece la oportunidad de contar su vida y hacer así las paces con su pasado. Bajo la mirada atónita de quien ella llama "su biógrafa", la señora Mook habla del hambre y las penurias que padeció al nacer en una Corea ocupada por el ejército japonés; de las tragedias que afrontó durante la Segunda Guerra Mundial; de las terribles elecciones que soportó para capear unos años densos e implacables; de las personas a las que engañó y a las que mató. Poco a poco, de sus historias emerge la figura de una mujer enigmática y camaleónica, capaz de adaptarse a cualquier

situación, de luchar con ferocidad y de amar con la seguridad de quien teme más al arrepentimiento que a la muerte.

La crítica ha dicho:

«Decir "fantásticamente original" no es suficiente para describir esta estimulante obra maestra que abarca todo el mundo y salta de década en década. Lee ha logrado lo imposible: a partir de un siglo fracturado de agonías y traiciones, ha tejido una novela de inmensa belleza y regeneración.»
Junot Díaz

«Una historia apasionante con la turbulenta historia de Corea como telón de fondo. [...] Brillante y original.»
The Washington Post

«Apasionante, cautivadora y tentadora.»
The New York Times

«La hermosa novela de Lee es una historia de supervivencia, trauma y amor en medio de los tiempos más tumultuosos de la Corea moderna. Su lenguaje metafórico y lírico, su narración brutal e inquietante y su prosa magistral mantendrán a los lectores enganchados hasta el final.»

Mirinae Lee nació y creció en Seúl. Ha publicado obras de ficción en *Antioch Review*, *Meridian*, *Black Warrior Review*, *Pleiades*, *Shenandoah* y *Massachusetts Review*. Vive en Hong Kong con su marido y sus hijos. *Las ocho vidas de una centenaria sin nombre* es su primera novela.



Título original: *8 Lives of a Century-Old Trickster*

Primera edición: octubre de 2025

© 2023, Mirinae Lee
All rights reserved
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Ana Alcaina, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Andrea Torres Balaguer

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19851-91-8

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Las ocho vidas de una centenaria sin nombre

La quinta vida

- La Virgen Fantasma en la frontera norcoreana

La primera vida

- Cuando dejé de comer tierra

La tercera vida

- Hasta derrumbar la casa

La segunda vida

- Cuentacuentos

La cuarta vida

- Yo, yo misma y el lunar

La sexta vida

- La espía que escribe en amarillo

La séptima vida

- Confesiones de un matrimonio normal y corriente

La octava vida

- Las ocho vidas de una centenaria sin nombre

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mirinae Lee

Créditos